

CUÉNTAME CÓMO SUCEDIÓ...

RELATOS
INDEPENDIENTES

2



ERIKA JENNEL

Cuéntame cómo sucedió...
Relatos independientes 2
Erika Jennel

Sin libertad
El secreto del amor
Palabras de amor
Siempre tú

1ªEdición: Abril, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Sin libertad

Capítulo 1

Apenas llevaba dos semanas en la universidad cuando me di cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, ya estaba empezando a coger el ritmo y a despreocuparme por las riñas tan fuertes que había tenido con mi padre a causa de la elección de la carrera.

Notaba la presión a cada instante, porque yo era el ojito derecho de la familia y todos tenían grandes expectativas puestas en mí y no podía ni debía defraudarlos.

Al final, como siempre, tuve que decantarme por su propuesta. Yo hubiese preferido escoger la carrera de Turismo, pero él se encabezó porque hiciese la de Derecho.

Mi padre poseía uno de los mayores despachos de abogados de toda la provincia de Sevilla. Era uno de los mejores letrados y movía infinidad de clientes influyentes en nuestro país.

Tenía claro que, si trabajaba a su lado cuando acabara la carrera, mi futuro iba a estar resuelto y seguramente heredaría una cartera de clientes que me haría rica en muy poco tiempo. Mi padre había amasado una gran fortuna gracias a su tesón y a esa inteligencia natural que lo caracterizaba.

—Debes sacar provecho de tu trabajo. Eres una criatura especial. Tienes un gran futuro delante de tus ojos — me decía él con frecuencia, con voz seria.

—Lo sé, papá.

—No lo desaproveches. Todo esto que tengo será para ti. Recuerda lo que te digo. Eres inteligente y yo tengo clientes que generan muchos beneficios. No lo olvides.

—Haré todo lo que pueda —decía yo, con voz tímida.

—No es suficiente con lo que dices. Quiero hechos. No me puedes fallar, cariño — siempre repetía esas mismas palabras cuando quería que dejásemos la conversación, palabras que nunca sonaban a amenaza, pero sí sonaban a advertencia.

Mi madre se dedicaba a agotar las mañanas entre cafés con sus amigas y luego a quemar tarjetas por las tiendas de moda de la ciudad. Solo tenía cuarenta y cuatro años, una belleza y elegancia espectaculares la caracterizaban y un amor de madre que se desvivía por su única hija.

En cambio, mi padre dedicaba todo el día a trabajar y siempre me estaba inculcando disciplina, pero yo sé que me amaba por encima de todas las cosas a pesar de lo cabezón que era.

Era un ganador y sus palabras hacia mí estaban llenas de sentido común. Aunque él sabía que Derecho no era mi primera opción y que a mí me hubiese encantado hacer Turismo, sabía que yo no podía desaprovechar la oportunidad que me estaba dando.

Este fin de semana se presentaba muy especial ya que iba a salir con mis amigas Natalia y Mónica. En un principio, habíamos pensado perdernos por la ciudad, pero al final habíamos decidido ir directamente a uno de los locales de moda donde habíamos reservado un rincón en la zona Vip.

Mónica estaba estudiando Medicina y Natalia se había matriculado en la misma universidad que yo. Ella sí tenía ilusión por ejercer Derecho.

Tanto Mónica como Natalia eran personas a las que yo debía mucho. Siempre habían sido mi paño de lágrimas cuando me enamoraba tontamente de algunos chicos del instituto.

Yo también había sido una gran amiga para ellas, especialmente para Natalia, cuya madre murió hacía unos años en un accidente de tráfico. Aquello fue un golpe muy duro para mi amiga que tardó varios meses en volver a salir a la calle.

Mónica y yo luchamos mucho para que ella no se hundiera en una tristeza profunda que la pudo haber llevado a una grave depresión.

Mónica tenía otro carácter. Era más extrovertida y simpática que nosotras, y, aunque, por suerte, su vida había sido feliz y dichosa hasta ahora, su relación con los chicos fue siempre turbulenta.

Recuerdo aún una noche en la que se escapó con un novio que se había echado hacía una semana. Tenía catorce años. Al final Natalia y yo la encontramos en el banco del parque al que solíamos ir por las tardes algunos sábados para hablar de nuestras cosas.

Sus padres me llamaron desesperados a las tantas de la mañana y caí en la cuenta que Mónica podría estar allí. Estaba muy loca, pero me encantaba ese carácter tan abierto y díscolo que tenía. Las tres formábamos un trío donde, a pesar de nuestras diferencias de carácter, nos compenetrábamos muy bien. Sabíamos escucharnos y ayudarnos.

Aunque todavía éramos muy jóvenes, estaba claro que nuestra amistad era sincera y que iba a durar para toda la vida.

Últimamente estábamos las tres muy lanzadas. Queríamos disfrutar, solamente disfrutar. Habíamos alcanzado nuestra mayoría de edad y ahora podríamos entrar en todos los locales que quisiéramos. Meses antes lo teníamos bastante difícil, más bien imposible, así que nos teníamos que conformar con tomar algo en alguna terraza o hacer algún botellón de esos que hacíamos a escondidas con otros compañeros y compañeras de instituto.

En esos momentos nos sentíamos un poco desplazadas porque no nos sentíamos integradas en aquel tipo de celebraciones. Sentíamos que aquellos botellones eran propios de niños y no ya de chicas como nosotras que buscábamos otras experiencias: nuevos rostros, otra música, otras conversaciones.

Me había pasado toda mi juventud estudiando. Solo aprovechaba el verano para pasarlo de escándalo con ellas e incluso, en más de una ocasión, nos fuimos de vacaciones juntas con alguna de nuestras familias, pero en invierno estábamos concentradas en los estudios. Alguna vez en mi casa, recién cumplidos los diecisiete, nos quejábamos de no poder entrar a pubs y discotecas.

—Estoy harta, tía, de toda esta mierda. Me aburro en el instituto — decía Mónica con voz fuerte, encerradas en nuestro cuarto.

—Tienes razón, pero nos queda poco ya. En unos meses cumpliremos los dieciocho. Estaremos en la universidad y podremos salir a cualquier sitio — decía yo intentando calmarla.

—Ya, pero, mientras tanto, tenemos que quedarnos aquí, estudiando o dando vueltas por la calle. Ni siquiera tenemos coche para ir al centro comercial — se lamentaba Natalia.

—Los tíos que hay en el instituto no me gustan nada — decía Mónica con asco.

—Lo sé. Pero tú, cada vez que puedes, te enrollas con alguno y luego te rompen el corazón y nos vienes llorando — le recriminaba yo como si fuese una madre.

—Joder, no sabía que te molestara tanto — dijo Mónica con cara de pocos amigos.

—No queremos que te enfades. Solamente te estamos diciendo que no te quejes tanto. Que tú por lo menos sales con chicos, pero Carla y yo lo tenemos más que prohibido — dijo Natalia con voz triste.

—Es verdad. A ti tus padres te dan más libertad —añadí yo.

—Sí, libertad para enrollarme con niños — respondía Mónica con

ironía.

Este tipo de conversaciones se repetían cada fin de semana, tanto si salíamos como si no lo hacíamos. Cuando llovía o hacía demasiado frío, quedábamos en mi casa, que era la más grande, y nos dedicábamos a ver películas de amor a hablar de chicos y a cotillear sobre algunas parejas del instituto.

A veces las chicas se quedaban a dormir y hacíamos guerra de almohadas antes de caer rendidas en la cama.

Sabíamos que algunas compañeras repetidoras no hacían este tipo de cosas, sino que falsificaban la edad en su carné de identidad y entraban a todas las fiestas universitarias y a todas aquellas discotecas donde los porteros no le pedían el carné.

En nuestro caso, nuestros padres estaban muy encima y vigilaban cerca cada uno de nuestros movimientos los fines de semana.

Apenas habíamos dejado tiempo para el amor. Mónica era la que había salido con más chicos. Evidentemente Natalia y yo habíamos tenido algún que otro escarceo con algún chaval del instituto. De hecho, he de confesar que hubo uno con el que estuve bastantes meses liada, pero al final, cuando llegó el verano, se acabaron esos momentos tan maravillosos que habíamos tenido. De todas maneras, no me apetecía meterme en una relación duradera ya que quería terminar los estudios tal y como me había ordenado mi padre.

Me encantaba irme por las tardes de tiendas con mi madre ya que siempre

terminábamos renovando armario. Mi padre siempre bromeaba sobre el asunto, pues él trabajaba de sol a sol y nosotras quemábamos su dinero.

Pero, ¿para qué engañarnos? Eso era lo que gracias a su trabajo y dedicación más le sobraba. Dinero.

Acababa de cumplir los dieciocho años y me saqué el carnet de conducir. Mi padre me había regalado un precioso Mini de BMW por mi último cumpleaños, así que, como yo esperaba, a mi mayoría de edad tenía todo lo que quería.

En casa las broncas venían por parte de mi padre. Mi madre era incapaz de levantarme la voz.

Mi padre lo hacía las ansias que tenía de que yo triunfara en la vida, pero por norma general no solía llevarme muchos rapapolvos ya que yo no era una persona que pudiera ocasionar muchos problemas, excepto los desacuerdos que tuvimos durante un año por decidir cuál sería la carrera en la que yo me matricularía.

Por fin llegó el viernes por la mañana. Ese día tenía muchas ganas de que llegase la tarde para prepararme y salir con mis amigas de fiesta, ya que habíamos escogido ese día para disfrutar por primera vez de nuestra tan ansiada mayoría de edad.

Aquella reserva que habíamos en la sala VIP del Glamour nos daría alas. Podríamos demostrarnos a nosotras mismas que ya no éramos unas niñas y que ahora podíamos salir a cualquier sala o discoteca que nos propusiéramos y,

sabiendo que muchos tíos se fijarían en nosotras y nosotras en ellos, estábamos nerviosas. Creo que la televisión había influido negativamente en nosotras y quizá nos estábamos haciendo demasiadas ilusiones. Sobre las nueve, las chicas pasaron a por mí. Natalia conducía un Opel de segunda mano. Hacía poco que se había sacado el carné y su padre no estaba dispuesto a comprarle un coche nuevo, porque todos sabemos que, cuando comienzas a conducir, cometes errores torpes que pueden joder el chasis de un coche, así que lo mejor es aprender a manejarte con soltura con un coche barato. De todas maneras, no estaba dispuesta a ir en un coche como aquel. Era nuestra primera gran salida, nuestra primera gran fiesta y le dejé claro a Natalia que cogeríamos mi BMW.

—Joder, tía, ¡cómo te pasas! Me estás insultando en la cara. Me estás llamando pobre.

—No. No es eso, joder. Pero teniendo un BMW aparcado en el garaje y que podemos usar, no tenemos ninguna razón para ir en tu Opel. No te estoy insultando, Natalia —dije yo sin dejar de sonreír, que era la mejor manera de convencerla.

—Carla tiene razón. Debemos deslumbrar e impresionar a todo el que nos vea — dijo Mónica atusándose el flequillo que le cubría la frente.

—Lo sé. Tenéis razón, pero tu coche lo conduces tú. Si luego pasa algo, no quiero que eches la culpa — dijo Natalia, convencida y esbozando una sonrisa.

—No. Mi BMW lo conduzco yo. Luego, más tarde, Mónica, si te apetece,

te dejo que lo lleves un rato.

—Tía, que yo aún no me he sacado el carné. Me han suspendido cuatro veces la parte práctica. Mierda de vados y de aparcamientos — dijo Mónica con un tono de tristeza y mirando al suelo avergonzada.

—Por eso. Tienes que practicar. Si la noche no sale como esperamos, nos vamos al polígono y allí practicas — dije yo convencida de cada una de mis palabras.

—Tú estás loca. ¿Al polígono? Allí solamente hay parejas encerradas en los coches sin dejar de follar y camellos — dijo Natalia escandalizada por mi propuesta.

—No seas tan negativa. Solamente estaba bromeando con Mónica —dije yo, regañando la actitud de Natalia.

Bajaron del coche. Estaban espléndidas. Se habían comprado cada uno de sus vestidos en una de las boutiques más conocidas de la ciudad. Las tres íbamos al gimnasio y nos cuidábamos mucho. Y, ¿para qué negarlo? Éramos unos pibones.

En el instituto, salvo Mónica, Natalia y yo teníamos fama de estrechas, pero todos los tíos nos desnudaban con la mirada y también algunas tías. He de decir que podía también sentir que muchas de mis compañeras nos miraban con mucha envidia.

Pero había aprendido de mi padre que debía hacer frente a todo tipo de

celos y críticas si quería destacar y sobresalir, pues el éxito está unido, por desgracia, en muchas ocasiones a este tipo de contratiempos.

Nadie que quisiera triunfar estaba libre de críticas destructivas. Que me envidiaran me gustaba porque me demostraba que estaba en el camino correcto.

La noche era una noche espléndida, llena de estrellas y con una luna llena que iluminaba todo. Notaba que mis amigas estaban nerviosas, inquietas, no dejaban de sonreír. Me despedí de mis padres con un beso en la mejilla y salimos a la carretera.

La noche era nuestra. Como en la famosa canción, la noche pertenecía a los que aman. Decidimos cenar en un restaurante de comida mexicana, porque a Mónica le encantaba ese tipo de platos.

Durante muchos años de su infancia, en su casa, había habido una asistenta que la cuidaba porque sus padres estaban prácticamente todo el día fuera. Estaban concentrados en una agencia de viajes que habían montado con unos ahorros y que había prosperado en poco tiempo.

La cuidadora de Mónica era mexicana y le preparaba con frecuencia tacos y burritos para comer, a veces, con picante y el paladar de Mónica se había acostumbrado a ese tipo de sabores.

Lo pasamos genial en el restaurante. Natalia y Mónica empezaron a competir con chupitos de tequila. Yo me conformé con mi Coronita porque tenía que conducir.

—Oye, parad ya de beber. Vais a llegar borrachas al Glamour —dije yo con cierto tono de preocupación.

—¡Qué va! Si acabamos de empezar — dijo Mónica tosiendo después de beberse otro chupito.

—Además, tú eres nuestro chófer esta noche — añadió Natalia con una cara desencajada.

—Madre mía, no os reconozco. No estáis acostumbradas a beber así — dije yo como una madre que se pone a regañar a sus hijas.

—Bueno, comed algo porque el alcohol con el estómago vacío no es nada bueno — dije yo nuevamente con intención de controlar el despelote de mis amigas.

Pero no me hicieron caso. Tuve que sacarlas del restaurante a empujones. Nos subimos al coche. No paraban de reír y yo me alegraba mucho al verlas a sí, tan felices, sonriendo sin cesar.

A mitad de camino hacia Glamour, tuve que parar el coche. Natalia y Mónica estuvieron a punto de potarme en el coche. Menos mal que no lo hicieron, porque me habrían destrozado la tapicería y el hedor a vómito hubiera durado toda la vida.

Se calmaron después de vomitar y se tomaron una aspirina cada una con un trago de agua. Siempre llevo aspirinas encima porque sufro de jaquecas y de dolores de cabeza con bastante frecuencia, un mal que heredé de mi padre.

Después de vomitar, apenas hablaron. Estaban mareadas y abrí la ventanilla para que el aire fresco de la noche las despejara. A la mierda los cincuenta euros de peluquería de cada una de nosotras.

Yo me estaba helando, pero ellas se iban recuperando poco a poco. Llegamos a la discoteca por una salida de la autopista y en la primera calle de un polígono encontramos aquella discoteca en forma de palacete. Luces de neón, rótulos vintage y una muchedumbre en el parking nos advertían de que por fin habíamos llegado.

Aparqué cerca de la puerta. Un portero nos señaló el sitio y al bajar le di diez euros para que vigilara el coche. No me habría gustado que cualquier niño me hubiese rayado el coche. No tuvimos que hacer cola porque teníamos pases especiales al haber reservado.

No era barato hacer una reserva allí. Pero era nuestra primera fiesta y yo no me iba a permitir hacer cola más de una hora para luego no poder entrar. Además, esa noche pinchaba DJ Crew, un discípulo de David Guetta, y toda la juventud de la ciudad estaba emocionada por tal acontecimiento musical.

Entramos a una de las primeras pistas con las que contaba la discoteca. La música resonaba por todos lados y los cuerpos de chicos y chicas vibraban bajo la emoción de aquella música disco. Natalia y Mónica creían estar viviendo un sueño. Yo seguía a una camarera que me había indicado que ella se dirigía al reservado VIP.

Cuerpos sudorosos de bailarines y bailarinas se giraban sobre las tarimas y, con sus aplausos y movimientos, animaban a toda aquella muchedumbre.

Cuando nos sentamos en nuestro reservado, yo estaba alucinada y mis amigas también lo estaban. Era como flotar.

Desde arriba podíamos ver las dos grandes pistas de la discoteca, que estaban abarrotadas. La música no cesaba. De repente, sentí la necesidad de moverme. Estaba feliz y me lancé a la pista.

Bajé unas pequeñas escaleras y me puse a bailar como una loca, como si la música me hubiese poseído. Estaba entregada y me moví con tanta fuerza que, de repente, le tiré un cubata a un chaval que caminaba entre la gente. Lo mojé entero con su propia bebida. Desde arriba.

—Perdona. Lo siento. No te había visto —dije yo, avergonzada y con intención de no darle demasiada importancia al problema.

—Hostias, mira lo que has hecho — gritó mirándose los pantalones que estaban calados de arriba a abajo.

—Perdona. Me he puesto a bailar como una loca y... — no pude seguir hablando, me estaba dando la risa al verlo allí, tan gracioso, tan ridículo.

Al fijarme en su cara. Sentí algo y yo creo que enseguida se dio cuenta de que entre nosotros había feeling. Aquel accidente había forzado a que nos mirásemos a los ojos y a que sintiéramos el inicio de un deseo. El chico se giró sonriendo y volvió a la barra, pero antes me dijo.

—No pasa nada. Yo tampoco he mirado bien y no es la primera vez que me pasa. Voy a pedir otra vez. Te invito, guapa.

No dudé ni un solo momento y fui tras él. Pedí un gin—tonic y él volvió a pedir un cubata. Empezamos a hablar un rato. Teníamos que elevar la voz porque era difícil escuchar al otro con el sonido de aquella música.

—Yo me llamo Carla — dije arrugando mis labios rojos.

—Yo soy Israel, ¿vienes por aquí mucho?

—No, es mi primera vez— me di cuenta que sonó ridícula aquella frase, porque me hacía sentir que era una quinceañera.

—Yo no vengo mucho. Pero hoy había quedado con unos amigos del trabajo. Pero no los encuentro, joder. Está lleno de gente esta noche.

—¿En qué trabajas? — pregunté por sacar un tema de conversación con el que poder seguir hablando un poco más de tiempo.

—Ahora mismo, no encuentro curro de lo mío. Soy soldador. Con la crisis no hay trabajo para gente como yo. Pero me saco unos euros repartiendo pizzas. Es lo que hay — cuando me contaba todo eso su voz sonaba triste.

—Ya. Lo sé. Seguro que pronto encuentras un trabajo mejor, Israel. Por cierto, me gusta mucho tu nombre. Nunca he conocido a ningún Israel.

—Mi padre se llamaba así.

—¿No está vivo tu padre? — pregunté intrigada.

—Como si no lo estuviera. Vivo con mi madre. Se divorciaron y él tiene una orden de alejamiento. Nos amenazó varias veces.

—Joder, qué mierda, ¿no? — comenté yo dándome cuenta enseguida que, cuando habló sobre su padre, el brillo de sus ojos se apagó.

—¿A qué te dedicas tú?

—He empezado la carrera de Derecho. Mi padre tiene un despacho y quiere que yo trabaje con él —dije don darle demasiada importancia a lo que significaba estar en la universidad.

—Así que eres una empollona —bromeó él. Sus ojos volvieron a brillar.

—Bueno. No saco unas notas excelentes. Pero le echo bastantes horas todos los días —dije yo haciéndome ahora la interesante.

—Qué envidia. A mí siempre se me dio mal el instituto. Era de esos chicos que se sentaban a final de clase y se pasaban la mañana dibujando graffittis en la libreta. Luego, pasó lo de mis padres y me hundí todavía más.

—Imagino que ha tenido que ser duro pasar por una experiencia así.

De repente vi que Natalia y Mónica se acercaban. Mal rollo. Con lo bien que estaba con Israel. Pero, antes de que se lo presentara, sonó el móvil de este chico que me estaba cayendo fenomenal. Sus amigos estaban en el

parking. Acababan de llegar.

—Bueno, me tengo que ir. Me ha encantado hablar contigo y te digo más. Qué pena que hayan venido mis amigos. Habría pasado todo el tiempo hablando contigo.

—Yo también. Por aquí vienen estas pesadas de mis amigas.

—Hagamos una cosa, si te parece. Hazme una llamada perdida a mi número —dijo él susurrándole en el oído una serie de cifras.

—Ok. Me encantará volver a hablar contigo, Israel — dije yo con miel en los labios.

El chico salió caminando deprisa entre la gente segundos antes de que mis amigas empezaran a acosarme a preguntas. Yo callaba y miraba a la pista donde la sombra de Israel ya se había esfumado como la propia música que salía y entraba de mi cuerpo.

Capítulo 2

¡Qué resacón! — pensé nada más levantarme, rápidamente me vino a la cabeza la imagen de Israel y lo bien que me lo había pasado aquella noche con él. Miré el móvil y tenía un WhatsApp de él.

“Escucho a mi madre desde la cocina gritar diciendo qué asco cómo huele mi ropa a alcohol ¡Por tu culpa! Va, te perdono, buenos días, Carla. “

Sonreí a pesar de estar muriéndome con esa resaca.

“Buenos días, Israel, una buena lavadora lo arregla todo...”

La madre debió de pensar que había cogido una borrachera monumental, pobrecito la que le lié con el cubata.

No tardó en volver a contestar.

“¿Te apetece salir luego a cenar algo? ¡Te invito! Pero recuerda que mi sueldo es de repartidor, que no te pienses que te voy a llevar a un lugar de lujo. Jejeje.”

Me hizo gracia aquel mensaje. En esos momentos no podía ni levantarme

de la cama, pero me apetecía ir a cenar con él. Como para eso faltaban muchas horas, me daría tiempo a recuperarme algo.

“Ahora solo quiero quitarme la cabeza de la resaca que tengo, pero para esta noche imagino que ya estaré bien, ¡acepto!”

“Fantástico. Lo pasaremos bien. Me quedé con ganas de conocerte mejor, Carla.”

Envié el mensaje muy ilusionada y el que recibí después me alegró muchísimo ya que ese chico había despertado en mí mucho interés. En esos momentos recordé a mi padre por la importancia que le daba a los estudios para poder obtener un buen trabajo. Si ahora le decía que me iba a cenar con un repartidor de pizza me lo cargaba de un plumazo, pero bueno, esa era su opinión. Era respetable. Cuando el amor llamase a mi puerta, estaba claro que no le iba a pedir un título o un estatus social. La vida era mucho más sencilla que todo aquello... y eso era algo que me había quedado claro desde hacía tiempo. No quería ser una de esas mujeres infelices que se casan para las que las mantenga su marido. Yo iba a ser independiente y me iba a permitir toda clase de caprichos gracias a mi trabajo.

No iba a necesitar el sueldo de ningún marido para salir adelante, sino que yo tenía las ideas muy claras en ese aspecto. Mónica y Natalia criticaban mi actitud, algo que me parecía incomprensible cuando ellas alardeaban continuamente de modernas. Israel me había caído genial y no iba a desaprovechar la oportunidad, a mis dieciocho, de divertirme un rato con aquel chico, aunque no hubiera nada serio.

Me levanté de la cama a medio día. Me metí en la ducha y me fui a la

cocina a comer ya que era la hora y estaban esperándome.

—Carla, ¿qué tal lo pasasteis anoche? — preguntó mi padre para estar al tanto de todo.

—Genial, estuvimos en este sitio en la zona VIP, tomando unos cócteles muy suaves — dije mintiendo como una bellaca.

—Tienes mala cara, hija — dijo mi madre muy preocupada

—Mamá, la cara que tiene cualquiera chavala después de salir una noche de fiesta — dije intentando quitar importancia

—Bueno, hija, tienes todo el fin de semana para descansar — dijo mi madre preocupada por mi aspecto

—En unas horas estaré bien. Esta noche salgo a cenar un rato.

—Me parece perfecto, pero recuerda que el lunes te tienes que poner las pilas en la universidad. Sé que eres lo suficientemente responsable como para no tener que decírtelo — dijo mi padre puesto en su lugar con aire muy serio.

—Lo sé, no se me olvidan mis obligaciones — dije para complacer sus oídos.

Tras una buena comilona para saciar mi estómago, me fui para la habitación a descansar un rato más y comprobé que tenía otro WhatsApp de Israel.

“Te recojo a la entrada de tu urbanización a las 9, un beso, chica pija.”

Me entró una leve risa al leer el final del mensaje. En el fondo cualquier cosa que me dijese me la iba a causar, pues estaba sintiendo esas mariposas dentro de mi estómago. Mis amigas no ligaron nada esa noche. Se dedicaron a beber de nuevo y a dar saltos en mitad de la pista. Sé que algún chico se acercó a nosotras buscando algo más que diversión, pero le dimos de lado. Ellas aspiraban a algo más que a niñatos de instituto y de primer año de universidad.

Yo no dejaba de pensar en Israel y eso tuvo ocupada mi cabeza toda la noche.

Tras pasar toda la tarde tirada en la cama, comencé a prepararme para esa magnífica cita que tanta ilusión me hacía. Estaba muy contenta pues algo me decía que una bonita relación iba a comenzar entre nosotros. Fíjate: yo, que no andaba buscando el amor, y de repente había aparecido en mi vida de golpe y porrazo.

Salí al salón un rato antes de marchar de casa. Mis padres me miraron de arriba abajo y me dijeron que iba muy guapa, pero que me había pintado demasiado. No es que lo hubiese hecho, es que el color de labios rojo pasión tan fuerte que me había puesto llamaba la atención a leguas. Pero me apetecía verme así. Quizás era una forma de expresar a través de aquel color lo que en aquellos momentos estaba sintiendo.

—Espero que te lo pases genial, cuídate, hija — dijo mi madre

preocupada como siempre cada vez que salía.

—Tranquila, mamá, me considero una persona responsable.

—Lo sé, cariño, pero toda precaución es poca en estos tiempos que corren.

—Bueno, cariño, deja a la niña que ella sabe cómo tiene que cuidarse, que disfrute que en breve está liada con sus obligaciones — dijo para quedar bien, pero recordando que tenía una carrera que hacer y que estudiar iba a ser lo primero en mi vida.

—Venga, pues me voy — dije mientras le daba un beso a cada uno en la mejilla.

—Cualquier cosa solo tienes que llamarme, hija — dijo mi padre

—Por supuesto, descansad.

—No bebas, Carla, por favor — el tono de mi madre sonaba angustioso porque pensaba que yo tenía quince años.

—Haz caso a tu madre. No bebas. Si vas a conducir, haz el favor de controlarte. No quiero que me llamen a mitad de la noche para decirme que tengo que ir a comisaría a recogerte, ¿me oyes? — dijo mi padre con voz seria antes de que cerrara la puerta.

Cuando doblé la esquina, lo vi sentado en su moto. Me reí ante tal escena, con la moto que imaginaba usaba para trabajar. El cajetín donde guardaba las pizzas estaba para el arrastre. Estaba pensando en coger mi coche. Pero me hizo gracia aquella escena y lo vi tan guapo y tan malote en aquella moto.

Me escuchó llegar y giró la cabeza para mirarme.

—Vaya, me veo toda la noche de guardaespaldas — dijo y silbó.

—Gracias por el piropo. No será para tanto, tonto.

—¿Que no será para tanto? ¿No te has visto delante del espejo? Estás radiante.

—Gracias. Eres muy halagador.

—No son halagos. Tú no necesitas halagos. Es la pura verdad — dijo Israel con brillo en los ojos.

Me miré de arriba a abajo. Tampoco iba tan arreglada, unos vaqueros ajustados y una camisa. Casual para mí.

—Toma, pónitelo — me ofreció el casco y se echó un poco para adelante para que pudiera sentarme.

—¿Y tú? — pregunté mientras me recogía el pelo.

—No pasa nada, iré con cuidado.

Me acomodé, arrancó la moto y nos fuimos. Era una noche calurosa. No corría apenas el aire, así que el trayecto en moto fue agradable. La luna llena seguía en el cielo y las estrellas temblaban sobre el cielo infundiendo un aura de magia a toda la ciudad.

—¿Vas bien, Carla? — me preguntó con voz fuerte.

—Encantada. Creo que es la segunda vez que monto en moto.

—¿Cuál fue la primera? —preguntó Israel intrigado.

—La primera fue con un amigo de Mónica hace dos o tres años. Quería salir con él y yo tuve que convencerlo. Y me llevó a dar un paseo en moto mientras yo le hablaba como te estoy hablando a ti ahora para que saliera con Mónica.

—¿Y funcionó?

—Qué va. El tío me llevó con su moto a un solar para enrollarse conmigo. Tuve que llamar a un taxi y quitármelo de encima como pude. Mi amigo de esto no sabe nada, Israel. Siempre le he dicho que aquel chico ya estaba saliendo con otra chica.

Llegamos a una plazoleta. Dejamos la moto aparcada e Israel me cogió de la mano. Entramos en un pequeño local que tenía un cartel que decía “Hamburguesería Paco”. Nos sentamos en una mesa que había libre al fondo. El lugar estaba decorado de forma rústica y había poca luz. Era un lugar pequeño pero acogedor, donde se respiraba cierto aire familiar de tasca, de

vieja tasca.

—Ya sé que este no es tu ambiente — dijo un poco avergonzado — pero estoy seguro de que te encantará la comida.

—No tienes que estar excusándote, Israel, yo no soy la niña pija que crees — dije intentando hacerle sentir mejor.

—No quería decir eso, Carla.

—¿Qué querías decirme?

—No quiero que te vayas a llevar una mala imagen de mí. Hago lo que puedo para salir adelante y mi madre, tras el divorcio y la orden de alejamiento, no está bien.

—¿Tienes muchos problemas en casa?

—No quiero preocuparte con eso. Solamente trato de disculparme por no ofrecerte lo que te mereces.

—No seas tonto. Eres un encanto. Y se está muy bien aquí —dije yo casi susurrando con tal de tranquilizarlo un poco.

—Me alegra saber eso. Uno nunca sabe cómo puede reaccionar una chica como vosotras.

—Oye, al final me voy a enfadar. ¿Cómo soy yo? ¿Pija?

—No. No sigo hablando de esto que la cago, Carla — dijo con una risa temblorosa en sus labios.

—Sé lo que quieres decirme. Soy una persona más sencilla de lo que parece. No te mentiré si te digo que me gusta vivir con toda clase de lujos, pero yo no valoro a las personas por eso —noté que aquellas palabras lo tranquilizaron.

En parte era así. Yo no era tan clasista como mis padres, pero la verdad era que me encontraba incómoda en un lugar así. Quizá sería por estar rodeada de desconocidos. Así que intenté centrarme en Israel y olvidar el lugar.

El camarero llegó y yo no sabía qué pedir. Era demasiado rara para las comidas, como decía mi padre. Estaba muy mal acostumbrada. ¿Para qué iba a negarlo? Al final dejé que Israel decidiera por mí y recé para ser capaz de darle un bocado.

—Quieras o no, desentonas en este lugar, pero me encanta que hayas aceptado venir conmigo — me dijo sonriendo con timidez.

—No me gustan esos comentarios, Israel, déjalo — le dije, dejándole claro que no volvería a hablar de eso.

—Perdona — se disculpó y me sentí mal yo por hacerlo sentir sentirse mal a él —. Entonces cuéntame. ¿Qué tal la carrera? No sé por qué pero no te veo de abogada.

—Bueno, es la elección de mi padre, no podía hacer otra cosa. Yo prefería hacer turismo.

—Uy, eso me suena a padres posesivos.

—No lo sabes tú bien... Pero también es cierto que sería una estúpida si dejara escapar una oportunidad como la que tengo.

—¿Por qué? — preguntó Israel extrañado.

—Mi padre tiene un despacho y le va muy bien. Tiene clientes muy importantes y, si estudio Derecho, tengo ya el futuro asegurado — dije yo con cierto orgullo en cada una de aquellas palabras.

—¿No será fácil la carrera?

—Hay que estudiar y debes organizarte. Pero, entre las clases y las horas de estudio, le dedico prácticamente todo el día — dije con voz apagada.

—Entonces, en tema de chicos... — empezó a reírse de repente y yo lo miré sonriendo, esperando que se le pasara y me contara cuál era el chiste — Me imagino la cara que hubieran puesto si te ven montándote en la moto del trabajo.

—Mi padre habría salido con la escopeta, eso no lo dudes — dijo yo riendo a la vez al visualizar la escena.

—¿Ningún novio formal? — nos trajeron la comida y él empezó a devorarla.

—No, mis padres tienen su favorito, por así decirlo, pero yo... digamos que le doy largas. Me lo paso bien con mis amigas, no estoy interesada en ningún chico — lo miré de reojo al decir esto, porque él sí estaba empezando a interesarme.

—Quizás alguien cambie eso — me guiñó el ojo y le sonreí mientras me ponía de color grana. Si mis amigas me vieran en ese momento, se partirían de la risa, pero estaba realmente nerviosa.

Cogí varias servilletas para envolver la hamburguesa y le di un bocado. Aluciné un poco al ver que estaba buena.

Comimos hablando un poco de nuestras vidas y me sentí bien al ver que la tensión o los nervios abandonaban mi cuerpo. Israel era un chico encantador y bromista, hacía que te olvidaras de todo lo que no fuera su conversación.

Dejé la hamburguesa cuando no pude más, porque estaba a punto de explotar.

—A este paso llego rodando a casa — dije mientras terminaba de masticar.

—No digas tonterías. Estás perfecta.

—Mi madre no piensa eso — dije con las cejas enarcadas.

—Pero tú sabes que es cierto — dijo él y dio en el blanco. Tenía curvas y me encantaban, pero mi madre pensaba que tenía que adelgazar, así que si fuera por ella, me pasaría la vida a base de lechuga y crema de verduras —. ¿Te han puesto hora para volver?

—No, pero yo tampoco soy de llegar al amanecer. ¿Por qué?

—Para tomarnos una copa en un lugar especial.

— ¿Y qué lugar es ese? — ya me estaba esperando lo peor.

—Ahora lo verás.

Pagó la cena y nos montamos de nuevo en la moto. Acabamos en un parque solitario. Millones de escenas de terror pasaron por mi mente, pero no tenía miedo. Con Israel me sentía segura, así que lo seguí sin rechistar. Nos sentamos en el césped con la botella de vodka que había sacado de la moto y todo lo necesario para emborracharnos esa noche.

Nos tomamos la primera copa, por decirlo así, ya que era en vasos de plástico, en silencio. Como no estaba acostumbrada a la bebida, a la segunda se notaba que el alcohol se me había subido un poco a la cabeza y me hacía hablar más de la cuenta.

Israel no paraba de reír con mis ocurrencias y yo estaba pasándomelo de escándalo. Era un chico muy divertido, sobre todo respetuoso y con una espontaneidad que me permitía que te relajaras y pudieras hablar con confianza. Y no sería porque yo fuera a decirle que no. Tenía ganas de que me

besara. Para matarme.

Me dejó en la urbanización un par de horas después. Yo iba un poco achispada.

—Espero repetir esto — dijo mirándome a los ojos cuando nos bajamos de la moto, me cogió la mano y la acarició —, me gustas mucho, Carla.

No pude ni contestarle, me dio un dulce beso en los labios y me sonrió.

—Te llamo mañana — me dijo antes de volver a montarse en la moto.

Lo vi desaparecer y sonreí como una idiota. Me gustaba ese chico. Llegué a casa y miré los mensajes que tenía en el móvil. Todos eran de mis amigas preguntándome por mi cita. Me dormí riendo, pensando que las dejaría con la duda hasta el día siguiente. Sobre todo, contenta. Quizás podría surgir algo bonito con Israel.

Aunque en secreto, claro, porque, si mis padres se enteraran de lo que había hecho, me internarían de por vida.

Capítulo 3

Después de haber estado todo el domingo recuperándome en casa, el lunes me levanté muy temprano para desayunar tranquila antes de ir a la universidad,

así que me tomé un buen tiempo para mí y luego salí en mi coche. Tenía ganas de pasear y de que me diera un poco la luz del sol.

Si algo me gustaba de vivir en esta ciudad, era el clima. Porque el sol me llenaba de energía y me daba la vida cada vez que abría los ojos. Tenía ilusiones y seguramente Israel podía ser parte de esa ilusión en la que ahora me encontraba sumida.

Según avanzaba por la carretera pude comprobar que las calles estaban más vacías que otras veces. Era lunes y la mayor parte de la gente estaba trabajando o de camino hacia el trabajo.

Curiosamente el tráfico era fluido. Conocía algunos atajos para evitar aglomeraciones y atascos. Una amiga de la universidad que solía hacer este trayecto me había enseñado cuál era la mejor forma de evitar el centro y llegar rápidamente al campus. Estaba alegre.

Escuchaba música, una canción de India Martínez. Aún recuerdo su letra. Sorprende a veces de lo que es capaz la memoria:

Cuántas veces te llamaba te llamaba sola y triste, pero nunca estabas, nunca estabas. Perdí... perdí la voz, mi corazón se fue arrugando en un rincón de miedo y solo hay una vida, vida, vida por vivir.

Parecía que aquella canción era una premonición de todo lo que iba a sucederme después, sobre todo cuando vuelvo a escucharla y resuena en mi cabeza palabras como “rincón de miedo”.

Cuando salí de una manzana y tuve que hacer un STOP, un chico se montó de repente en mi coche a punta de pistola.

—Sigue a aquel coche de delante. No se te ocurra hacer nada de lo que te puedas arrepentir, ¡conduce vamos! — me gritó.

—Está bien. Por favor, no me hagas nada. Por favor... —supliqué en ese instante.

No sabía qué hacer. Pensaba que estaba soñando, que aquello no podía estar pasando en realidad, que formaba parte de alguna broma de televisión. Pero no. Al cabo de unos segundos, comprobé que la amenaza iba en serio, que aquello no era ninguna alucinación.

—No te va a pasar nada si me haces caso — volvió a gritar con una actitud agresiva.

—¿Qué quieres de mí? ¿Adónde vamos? — pregunté yo con la voz temblorosa.

—No preguntes. Cierra la puta boca. ¿Me oyes? Yo soy aquí el que manda y el que da las instrucciones.

—De acuerdo, pero no me hagas daño, por favor —volví a repetir sin hacer caso de las instrucciones que me había dado aquel sujeto.

—¡¡¡Qué te calles!!! ¡¡¡Conduce!!! — su grito me hizo perder por unos segundos el control del coche, pero enseguida volví a concentrarme en la

carretera.

En aquel momento no sabía cómo actuar. Yo tenía que seguir al coche de delante. Estaba claro que estaba todo planeado de antemano y que aquello no se trataba de la ocurrencia de un loco o un violador.

Al girar la cabeza por unos instantes y ver el arma apuntándome, solamente pensé: “Me están secuestrando”. No podía llorar. Un nudo en el estómago me impedía respirar con facilidad y estuve a punto de mearme en las bragas. Pensé, cuando pasaron algunos minutos y vi que mi copiloto no gritaba ni me amenazaba, en saltar del coche.

Pero no caí en la cuenta. Estaba ansiosa, totalmente alterada, y mi capacidad para barajar varias opciones para escapar eran limitadas. A aquel hombre le habría dado tiempo de sobra a dispararme. Tenía el cañón apuntando a mi vientre y luego dirigía el cañón hacia mi cara.

No podía pensar con claridad. ¿Quién puede pensar con claridad en esos instantes? ¿Quién? Nadie. Seguramente nadie. Temblaba como nunca lo había hecho, no entendía nada de lo que estaba pasando, solo sentía mucho miedo dentro de aquel coche con aquel desconocido apuntándome con la pistola.

Veía a la gente caminar por las aceras o parada ante los escaparates. Algunas parejas miraban mi coche y al interior, pero nadie se daba cuenta de que estaba en peligro. No íbamos despacio con el coche. A la menor oportunidad que tenía el coche al que debía seguir aceleraba y yo debía pisarle para no perderlo de vista. No podía hacer absolutamente nada. Era un ser vulnerable ante aquel hombre.

Tragaba saliva sin parar y un sudor frío empezó a mojar mi espalda y mis axilas. Lo peor de todo es que tu cabeza se nubla de pensamientos de muerte, pensamientos sombríos donde ves con claridad que todo lo que has hecho en esta vida se va a esfumar en unos pocos instantes.

Recuerdas a personas importantes, a amigos, a tus padres, a profesores. Pero sus rostros se vuelven borrosos porque solamente estás pendiente de tu propia supervivencia.

A pesar de estar sumergida en un ataque de nervios, seguí aquí el coche que salía de la ciudad de Sevilla con dirección a Huelva. Vi cómo aquel tipo se ponía a registrar mi bolso y sacaba el móvil, y lo tiraba por la ventana. Cada vez sentía más miedo. Mil locuras se me pasaban por la cabeza, pero era incapaz de hacer nada en esos momentos. Cuando salimos de la ciudad, sentí el alivio de saber que todavía estaba viva, que habían pasado varios minutos y que aquel hombre no había apretado el gatillo, pero también sentí la tristeza, la profunda tristeza de saber que no había ya retorno, que la solución a todo esto tardaría mucho tiempo si es que alguien podía solucionar algo así. A los diez minutos de salir de la ciudad, me obligó a coger una carretera secundaria.

—Ve más despacio, nena. Y gira a la derecha. Sigue al coche y mete segunda. Ahora mismo este camino se llenará de piedras — dijo aquel hombre más calmado y cuyo rostro, apenas podía ver porque no paraba de apuntarme con el arma.

—De acuerdo. Pero no sé qué quieren de mí. No tengo nada. Se han equivocado de persona — dije yo, asustada, intentando convencer a mi

secuestrador, aunque sabía que era inútil.

—¿No has aprendido en la escuela a estar callada?

—Perdona. Estoy muy nerviosa.

—No te preocupes. Todo esto solo ha hecho comenzar — dijo aquel tipo y pude intuir una sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres decir?¿Me vais a matar?

—Obedece, niñata. Todo a su tiempo — dijo y noté al mismo tiempo el cañón de la pistola en una de mis caderas.

—No era mi intención enfadarle.

—¡Que te calles de una puta vez!

Volví a callarme y esta vez los ojos se me llenaron de lágrimas y comencé a sollozar mientras mi coche entraba en un camino pedregoso. Podía ver al otro coche disminuyendo la velocidad. La luz de la mañana entraba en un pinar salpicado de densos arbustos. El paraje era conocido y, por esa razón, se me hacía tan extraño que me llevaran a un lugar donde podrían encontrarme fácilmente. Pero, como había dicho mi secuestrador, aquello solamente era el inicio de toda una aventura.

—Mete segunda y ve suave. Si no es así, te cargarás el coche. Acuérdate

de lo que te digo — me ordenó aquel hombre al que pude ver con claridad una de las veces que giré la cabeza.

Pero no vi su cara. Llevaba un pasamontaña negro. Su voz dura contrastaba con unos ojos azules y venosos. El camino seguía estrechándose entre los árboles escasos.

—Estoy asustada, señor. Déjeme suelta. Puede llevarse el coche. Yo no lo quiero para nada. No voy a denunciar nada a la policía. ¡Se lo juro! — mi voz suplicaba una y otra vez porque veía que aquel camino era un descenso a los infiernos.

—Que te calles. Sigue conduciendo. Ahora cuando se pare el coche al final del camino, paras tú también. ¿Lo has entendido? ¿No es tan difícil? — volvió a su voz el mismo tono amenazante de otras intervenciones.

—Haré lo que me digan. Pero no me hagan nada. Soy hija única y mis padres... — dije mientras mis lágrimas arrasaban mi cara y se llevaban el maquillaje que me había puesto esa mañana para disimular las ojeras.

—Escucha. Para ya. ¿Ves? Aquel coche se ha parado.

Frené bruscamente y noté que el cinturón de seguridad se hundía en mi pecho. Me dolió aquel frenazo, pero cuando volví a mirar el hombre del pasamontaña ya no estaba a mi lado. Respiré hondo, pensando que había sido un mal sueño, que estaba dentro de un sueño terrible y demasiado real. Pero me equivoqué. Sin que me diera cuenta porque el sol entre los árboles me cegaba, sentí un cepo en mis muñecas. Eran unas esposas y el tipo me sacó con

un empujón seco al exterior. Caí de rodillas.

—¡¡Levanta, estúpida!!

Comencé a llorar con más fuerza. No podía gritar, pero tenía la sensación de que todo aquello iba a acabar. Tenía la esperanza de que alguien escuchara mi llanto y saldría en mi ayuda. Del coche bajaron otros dos hombres con caretas de payaso.

Mis muñecas me dolían mucho con aquellas esposas. Y antes de que los payasos se acercaran a mí, dejé de ver. El tipo del pasamontaña me había puesto una bolsa de tela atada a mi cuello y varios brazos me elevaron del suelo y me condujeron hasta el maletero de un coche.

Quería gritar, pero era imposible. No veía nada. No escuchaba nada. Solamente el trino de algunos pájaros. Me encerraron en el maletero y de repente el coche comenzó a moverse. Me faltaba el aire.

Con aquella saca en la cabeza y esposada, encerrada en un hueco en el que apenas podía moverme, pensé que todo se había acabado para siempre. Todo.

¿Cómo se sentirían mis padres cuando se enterarán de mi desaparición o de mi asesinato? ¿Y mis amigas? ¿E Israel? Ya no tenía futuro, ya no tenía vida.

¿De qué me serviría respirar? ¿Qué me esperaba? ¿Me torturarían? ¿Me tendrían encerrada durante años? Todas aquellas preguntas me asaltaban mientras no podía apenas moverme. Intenté quitarme la saca de la cabeza, pero fue imposible.

Estuve a punto de perder el conocimiento. Tenía ganas de vomitar y el calor era insoportable.

Me estaba deshidratando. Al cabo de una hora, el coche paró y alguien abrió el maletero. Me empujaban para que caminara y yo me caía. Sentía una sed tremenda. Mis brazos y mis piernas no dejaban de temblar por el miedo y el cansancio del viaje.

La luz del día traspasaba el pasamontaña, pero luego se hizo la oscuridad de nuevo. Y un húmedo frío envolvió mi cuerpo. Estaba en alguna habitación seguramente.

De repente, alguien me obligó a sentarme y otras manos me quitaron las esposas para atarme las manos con una cuerda. Ahí estaba yo, reducida, a oscuras, asustada, a punto de desmayarme porque había perdido mucho líquido.

Alguien con una careta de payaso me quitó la saca de mi cabeza y esa maldita máscara fue lo primero que vi.

—Bienvenida, nena, a tu palacio — dijo una voz detrás de la máscara riendo.

—¿Qué queréis de mí? — dije sin apenas fuerza en la voz a tres tipos que me rodeaban con la misma máscara absurda.

—Calla, ya te diremos lo que queremos. Toma, bebe algo — dijo uno de aquellos hombres adelantándome un cuenco con agua.

No pude evitarlo. Tenía tanta sed que empecé a beber como un perro. El agua que no bebía resbalaba por mi escote. Agradecí aquello, pero no podía perder de vista que unos tipos me habían metido en un maletero y me habían llevado hasta ese lugar.

Cuando mis pupilas se dilataron y pude ver con atención, me di cuenta de que se trataba de un almacén o de alguna habitación dentro de una nave. El silencio era absoluto. Solamente pasos y unas voces que murmuraban más allá del círculo de estos hombres que me miraban.

—El paquete ha llegado en buen estado — dijo uno de ellos, el más alto.

—Sí, eso parece. Es guapa la chavala. Lo malo es que está destrozada y toda despeinada— comentó otro payaso.

—Sí. Lleva el maquillaje corrido y toda la ropa manchada. Pero lo importante es que está consciente y ahora podremos pedir el rescate.

—Parece que ha salido todo bien — dijo una voz al fondo, alguien que no se dejaba ver.

—Sí, jefe, ha salido bien. No ha sido difícil. La muchacha se ha portado — volvió a decir el payaso más alto.

Capítulo 4

No sé el tiempo que habría pasado desde que me sentaran en aquella silla. El suelo de cemento y paredes encaladas me despistaban.

No sabía si estaba en una casa o en una nave, o en alguna especie de casa rural. No tenía suficiente información para deducir eso. Recuerdo que me dormí. Pero, al estar sentada, no dormía profundamente. Eran cabezadas a causa del calor, del estrés y del cansancio.

El viaje en el interior del maletero me había dejado molidos los huesos. Escuchaba voces, frases entrecortadas, palabras sueltas al otro lado de la pared. No había nadie vigilando y advertí que frente a mí había una puerta. Era por donde salían y entraban mis secuestradores.

Tenía sed nuevamente. No sé el tiempo que llevaba sin comer. De repente escuché que la puerta se abría y entró uno de aquellos payasos. Cuando lo vi,

me puse a llorar. Aquello no era una pesadilla. Estaba siendo real y ahora no había forma de escapar de allí y tampoco podía pensar en nada que no fueran mis amigas o mi familia. Se acercó con una bandeja y comenzó a hablarme.

—Hola, te he traído algo de comer y de beber — dijo con un tono amable.

—Dejadme salir de aquí, por favor — supliqué.

—No. No podemos. Eres muy importante para nosotros.

Puso la comida en una mesa de madera que había en una esquina y que no había advertido, porque la única luz que tenía era la luz de una bombilla que colgaba de un cable y a veces se apagaba, y me dejaba en plena oscuridad. Aquella luz temblorosa era una forma de provocar en mí mayor ansiedad.

—Debes comer. Te voy a soltar las manos para que puedas comer.

—No quiero comer. Me vais a matar.

—Nadie ha dicho eso — respondió de forma seca.

—Sí, esto siempre acaba igual. Toda esta mierda acaba siempre igual — no tenía fuerzas para gritar.

—Tienes que beber y comer, ¿me oyes? — su tono seguía siendo amable, pero notaba que se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Crees que puedo comer? ¿Crees que puedo comer en este estado? Putos

payasos — dije entre lágrimas.

—No me pongas nervioso. Es la primera vez que hago esto, ¿sabes? No hagas que la cague — dijo con un tono nervioso.

Aquella intervención me mosqueó mucho, porque presentí que aquel secuestrador era un novato y mis llantos y gritos lo estaban hundiendo.

—Me da igual que la cagues. Me da igual.

—No, por favor. No digas eso. Sé buena y esto saldrá bien.

—¿Cómo lo sabes? Eres uno de ellos, hijo de puta — sentencié sacando fuerzas de flaqueza, fuerzas que no imaginaba que tenía todavía.

—Joder, no seas cabezona. Bebe y come. Hazme caso. No compliques más todo esto.

—Estoy muerta. Estoy muerta.

—No estás muerta. Si comes, las cosas serán más fáciles — dijo casi susurrando, como si no quisieran que lo escucharan.

—No voy a tragarme esa mierda. Me vais a envenenar, cabrones — dije a toda velocidad y luego escupí al suelo.

La puerta se abrió de nuevo y entró el secuestrador más alto con su máscara de payaso. Tocó en el hombro al compañero que había puesto la

bandeja en la mesa y comenzaron a hablar.

—Déjala. Ya aprenderá. Que no coma. Que no beba. No entres en ese juego.

—Lo siento, jefe. Yo solo... — pero su voz se apagó de repente cuando el que parecía ser el jefe lo empujó amablemente a salir con él.

Allí me quedé yo, sentada. No llegaron a desatarme y miraba la bandeja que estaba en la mesa. Una papilla y un vaso de agua. Cerré los ojos y respiré hondo para tranquilizarme. Lo había aprendido en un curso de relajación en la universidad para los exámenes finales. Me concentré en un punto fijo, imaginario, y seguí respirando hondo, pero la paz duró poco. Entró el secuestrador más alto con una silla y se sentó frente a mí. Sus gestos agresivos me intimidaron.

—Que te quede claro, nena, aquí vas a hacer lo que yo diga o cualquiera de mis hombres.

—¿Por qué? — pregunté.

—Porque tu seguridad, tu vida y la de aquellas personas a las que quieren depende de tu actitud y, si nos jodes el negocio, tus seres queridos lo van a pasar muy mal, ¿entiendes?

—Sí, entiendo — mi voz temblaba.

—No. No lo entiendes. Ahora lo vas a entender.

Se levantó de la silla y, con una mano en forma de cuchara, cogió un pegote de papilla y me lo metió violentamente en la boca. Casi me ahogo. Luego me arrojó el vaso de agua a la cara y se marchó de allí dando un portazo. Estaba más que asustada. Comencé a llorar de nuevo, a llorar en silencio.

Escupí el puré que tenía en el interior de mi boca. Las paredes de aquella habitación parecían moverse, parecía que se acercaban hacia mí, como si fueran a aplastarme, y entonces se me vinieron a la cabeza algunos secuestros famosos como aquel de la joven austriaca, Natascha Kampusch, que fue raptada con diez años y permaneció encerrada durante ocho años.

Y mi corazón se aceleró. Parecía que se me iba a salir por la boca.

Aún no había pasado media hora cuando se volvió a abrir la puerta y apareció el payaso novato. Su cuerpo fibroso y su manera de caminar eran inconfundibles. Llevaba algo en las manos, lo que me produjo un escalofrío.

Dejó la puerta entornada y entonces escuché con claridad el sonido de una tele. Y entonces deduje que estaba en una casa, en una casa rural probablemente.

— ¿Estás mejor? —me dijo amablemente.

—No se puede estar mejor en un sitio así — y rompí a llorar de nuevo cuando terminé de hablar.

—No llores. Intenta pensar en otra cosa. Te he traído una cosa — dijo como ilusionado.

—No quiero nada de ti.

—No me hagas esto. Tienes que comer, por favor.

—No pienso comer nada. Me moriré aquí, cabrones, y espero que os caiga la condena de vuestra vida —mis palabras sonaban terribles.

Estaba claro que, con aquel secuestrador, yo me encontraba más distendida y relajada. Era capaz de mostrarme furiosa como si aquel tipo me diera la libertad de desahogarme sin que me pasara nada.

Me enseñó un pequeño paquete y lo abrió con cuidado. Era un pastel de nata. El olor dulce penetró en mi nariz y sentí que mis tripas sonaban. No quiso quitarme desatarme y cuidadosamente me fue dando bocados de pastel con una cuchara. Yo miraba aquella careta de goma, con aquella risa maléfica, y no sabía qué pensar.

Pero era cierto. Necesitaba comer y poco a poco me iba encontrando mejor. Cuando terminé, me dio un poco de agua que llevaba en una cantimplora.

—Que no se entere nadie, ¿sabes?

—Vale. Gracias — dije en aquel momento de desesperación.

—No pienses en el secuestro. Trata de imaginar algo o a alguien que te haga feliz. Hazme caso, por favor.

—No sé qué pensar de ti — dije y, como no sabía su nombre, hice un silencio que él completó enseguida.

—Me llamo Ángel — y tras susurrar eso desapareció de allí.

Antes de girar la cabeza para verme de nuevo, escuché algo terrible en la televisión que se escuchaba en el otro cuarto.

“Israel Rabasco, un joven sevillano de veintidós años, está siendo interrogado por la policía. Según testigos y fuentes policiales, se le vio por última vez con la joven desaparecida, Carla Ferrández.”

Se cerró la puerta y sentí que la tierra me tragaba.

Cerré los ojos mientras las lágrimas caían por mis mejillas sin poder controlarlas. El miedo se había adueñado de mi cuerpo y yo creía que iba a perder el conocimiento.

El nombre de Israel vino a mi mente, no podía ni imaginar cómo se encontraba él. Si la policía lo interrogaba, seguramente lo creerían culpable de mi desaparición.

Perdéis el tiempo, maldita sea, pensé.

“No pienses en el secuestro”. Las palabras de Ángel se me repetían como una cantinela dentro de mi cabeza, ese chico parecía que quería ayudarme pero

todo era una treta más para mantenerme ahí encerrada.

¿Cómo podían hacer algo así? ¿Serían capaces de hacerles daño a mis padres o mis amigas o...?

No sé cuánto tiempo permanecí así, abrí los ojos al escuchar cómo volvía a abrirse la puerta, una linterna me iluminó.

—Están todos durmiendo — susurró Ángel al acercarse a mí.

Mi gesto fue instintivamente el intentar cubrirme.

—Carla, no me tengas miedo — noté tanta tristeza en su voz que hasta me lo creí —. Yo intentaré que todo esto sea lo más fácil posible para ti.

—Estoy secuestrada, maldito idiota. ¿Cómo va a ser fácil? — dije entre dientes, con rabia.

—He dejado esto de la cena para ti — me acercó algo de carne y fruta —. Cómela tranquila, están durmiendo y a mí me toca cuidarte, no pasará nada — dijo tranquilizador.

—¿Por qué no me dejas irme entonces? — pregunté tristemente.

—Come. Toma, el zumo te sentará bien — me acercó el vaso y me lo bebí de golpe, sin pensar en que quizás pudiera estar envenenado o...

—No, no está envenenado — dijo casi con rabia —. No soy un asesino.

—No, eres un jodido secuestrador.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Por favor, Ángel, mi familia, tiene que estar preocupada, y mis amigas, Israel y...

—Así que Israel... Es ese al que han interrogado, ¿verdad? — Ni siquiera le contesté — ¿Es tu novio?

Seguí sin contestarle, no iba a darle datos de nada, de todas formas a saber lo que comentarían los medios de comunicación, eso solo eran darles armas a ellos.

—Está bien — se levantó y cogió la comida que no probé —. Que pases buena noche. Si puedes...

Se levantó y se marchó. Cuando la puerta se cerró, los sollozos salieron de nuevo de mi garganta.

Iba a morir allí.

Capítulo 5

Aunque no sabía exactamente dónde me encontraba y qué hora era. Al dormirme profundamente supuse que había amanecido cuando desperté. Tenía la sensación de que habían pasado varias horas. Me desperté sintiendo que

abrían la puerta. En ese momento, apareció un chico sin máscara. Rápidamente pude adivinar que se trataba de Ángel. Entraba con voz suave como siempre. Me dio los buenos días.

Su rostro me recordó a Leonardo Di Caprio, y no daba la sensación de ser peligroso para nada. Era un muchacho muy guapo. Sin saber por qué, aquellos ojos azules y sus facciones armónicas me transmitieron una gran sensación de alivio, una sensación que necesitaba con urgencia para resistir allí.

—No te preocupes, estamos solos. Te he traído este café recién hecho y estás tostadas —dijo con una voz tersa y mostrando esa amabilidad que lo caracterizaba desde el principio.

—Déjame ir, por favor. Te daremos todo lo que necesites, pero ayúdame, te lo suplico — dije llorando a lágrima suelta, aunque sabía que era inútil.

—No puedo, no tienes ni idea. Esta es una banda muy peligrosa y, si hacemos una tontería, nos matarán a todos — dijo con voz muy triste

—Ángel, te lo ruego. Mi padre nos puede ayudar. Confía en mí, déjame salir de aquí — volví a suplicar.

—Ya están en negociaciones con tu padre. Estoy convencido de que todo esto terminará bien. No compliques las cosas, Carla.

—Por lo que escuché ayer, están jodiendo a Israel y ¡no es justo! Demasiado dolor ya ha pasado su madre como para que ahora le inculpen por esto. No tiene nada que ver con este puto secuestro.

—Todo saldrá bien, Carla... por favor, toma el desayuno — repitió con ánimo de darme confianza.

—No puedes asegurarme que todo salga bien. Intentas tranquilizarme y ahora está todo en tus manos para ayudarme. Además, si me ayudas, podrías salir impune de esto. Mi padre es un abogado muy influyente.

—Yo no importo en este momento. Importas tú. Solo quiero que a ti no te pase nada...

—No me conoces de nada, no puedo importarte, deja de mentirme...

—Vuelvo a repetirte, Carla, no sabes nada... — su voz sonó enérgica y rotunda en esta ocasión.

—¡Pues explícamelo, por favor !

—Confía en mí, prometo que te sacaré de está, pero vamos a hacer las cosas bien....

—Cuando mi padre pague, sé que me van a matar —dije con voz apagada mirando a la siniestra oscuridad que me envolvía más allá del círculo de luz que trazaba la bombilla.

—Escúchame, Carla, y sé lista. Si quieres salir bien de esta, tienes que hacerme caso absolutamente en todo. Nada es lo que parece, pero no puedo contarte más porque pondría en riesgo tu vida y la mía

—Necesito salir de aquí Ángel, algo me dice que tú no eres como ellos, ¡ayúdame!

—Carla, escúchame, si eres capaz de hacerme caso en todo, te juro que no te vas a arrepentir. Yo no soy como ellos, pero no puedo contarte nada más, porque pondríamos en riesgo nuestras vidas. Entiende eso, por favor. Quiero que aprendas a mirarme, a interpretar mis miradas. Cuando ellos estén aquí, quiero que entiendas todo lo que te quiero decir cuando alguno de ellos hable. Me miras con disimulo y con la mirada te diré lo que necesitas responder y cómo actuar. Si tienes que responder “sí”, miraré ligeramente para la pared. Si la respuesta es “no”, miraré a la pantalla de mi móvil, ¿lo has entendido?

—Sí. Pero, ¿por qué no dejas que me marche ahora que no hay nadie?

—No puedo, no me preguntes más sobre ello. Estoy de tu parte, si eres capaz de creerme y de hacerme caso en todo, pronto estarás en tu casa y todos estaréis a salvo. Ahora haz el favor y toma el desayuno. Te necesito ágil y fuerte.

—No puede estar de mi parte alguien que me está reteniendo contra mi voluntad.

—Más adelante sabrás todo

—Más adelante ¡¿cuánto tiempo tengo que estar aquí?! — levanté la voz, pero no grité porque temía que entrara el jefe.

—Intentaré que sea el menor tiempo posible. Estoy haciendo todo lo que debo hacer, pero necesito más tiempo.

—Mis padres tienen que estar muertos en vida y eso no hay tiempo que lo cure, ¿entiendes? Mis padres estarán desesperados — dije yo con el rostro arrasado en lágrimas y con voz temblorosa.

—Tus padres lo están haciendo bien, créeme —su voz sonaba sincera.

—Hombre, viendo que tienen a su hija privada de libertad y sin saber en qué condiciones estará, harán todo lo que le pidan. Pero eso no significa que estén haciéndolo bien, todo lo contrario, lo están haciendo bajo presión.

—Nada es lo que parece —volvió a decirme mirando fijamente a los ojos.

—Bueno, pues si nada es lo que parece, déjame salir de aquí. Y ya me busco yo la vida — mis palabras resultaban irónicas dentro de aquella tragedia.

La luz volvía a temblar. Maldita bombilla. El olor a podrido llegaba a mi nariz y sentía repulsión.

El rostro bondadoso de Ángel contrastaba con aquella atmósfera en la que yo estaba sumida, una atmósfera gris, sin ninguna clase de ventilación, sin ningún contacto con el exterior, salvo el de las voces más allá de la pared, voces humanas que no sabía si provenían de mis secuestradores o de la televisión.

Ángel me desató y me acercó la mesa. Pude comer algo de pan y bebí. Estaba muerta de sed. El café me estaba sentado bien, pese a que no tenía nada de apetito. Pero debía hacerle caso a aquel joven que me miraba con ternura mientras yo masticaba y tragaba.

A los pocos minutos, apartó la mesa y volvió a atarme. Sus ojos no dejaban de mirar a los míos. Aquella acción me tranquilizaba misteriosamente. ¿Por qué debía obedecer a aquel hombre? ¿Por qué debía aceptar que sus palabras no eran parte de una estrategia para hacerme sufrir más? ¿Por qué me habló con esa naturalidad y me dio hasta su nombre?

No cesaba de formularme preguntas, no solo como resultado del estado de nerviosismo, sino también como resultado de la confusión que Ángel había creado en mí con aquella conversación que habíamos mantenido.

La luz de la bombilla volvía a parpadear. Algunas polillas chocaban contra ella y caían al suelo, fulminadas, hechas ceniza.

—Carla, te lo pido por última vez. Confía en mí, no te debería de estar diciendo esto ya que me estoy jugando mi propia vida, pero te lo ruego y suplico. Haz todo lo que yo te diga y saldrás bien de aquí — dijo con la cara desencajada de tristeza y saliendo por la puerta con paso firme y rápido.

Cuando desapareció, volví a estar triste, desesperada. Imaginé que eran las mismas sensaciones que estaban experimentado mis padres y mis amigas. ¿Cómo me había podido suceder esto a mí? ¿Qué oscura razón había detrás de mí rapto? Puto dinero, dije y luego grité ¡¡¡Puto dinero!!! Y me callé. Y la luz de la bombilla se apagó. Me asfixiaba.

A los pocos minutos, se abrió de nuevo la puerta y apareció el payaso más

alto, acompañado de otros dos. Uno de ellos era Ángel. ¿Debía confiar en todo lo que me dijo? ¿Debía hacerle caso? Con malas maneras, dándome gritos y empujones, aquellos dos hombres me levantaron y me pusieron contra la pared. Ni siquiera me desataron de la silla.

Me levantaron en peso. Noté la dureza de sus manos sobre mi cuerpo cuando me empujaron. Ángel, que llevaba la máscara en ese momento, como dijo, se apartó del círculo de luz. Yo quedé en la penumbra. Comencé a llorar de nuevo.

El miedo y la impotencia me hundían en esa frustración de la que me resultaba difícil salir. Menos mal. Estaba Ángel y lo miré, y pude comprobar que me indicaba con sus manos que me calmara. La luz volvió a parpadear y yo obedecí.

—Niñata, escúchame todo lo que te voy a decir. ¡Escúchame! — gritó al final el puto payaso alto y yo sentí un temor verdadero que no sentía cuando Ángel se ponía delante de mí.

— ¿Qué quieres? Dime, joder — intentaba hacerme la valiente con mi actitud, pero ellos podían ver que estaba asustada, muy asustada.

—Vas a ser actriz — dijo un payaso gordo con ironía recogiendo del suelo unos cartones que había traído cuando cruzó la puerta para entrar.

—Calla, no la pongas más nerviosa —volvió a decir el payaso alto.

—No sé qué queréis de mí. Estoy muerta. Y esto debe ser el infierno — intentaba fingir dolor en ese momento como me había aconsejado Ángel, aunque no era necesario, porque estaba temiéndome lo peor.

Pensaba que me iban a grabar un vídeo, pero no cualquier vídeo, sino uno de esos que circulan por la red donde se torturan y matan a jóvenes secuestradas, un vídeo snuff.

Durante mucho tiempo pensé que aquello era una leyenda hasta que me vi en esa situación, encerrada en una habitación a oscuras, con hombres capaces de hacer cualquier cosa conmigo, sin que nadie pudiera defenderme.

— Necesitamos grabarte pidiendo ayuda a tus padres, pidiendo el dinero. Necesitamos que transmitas dolor y terror. Si no lo haces, no me va a temblar el pulso. Haré que el dolor lo sientas de verdad.

—Las pijas saben interpretar muy bien — dijo Ángel con complicidad hacia los otros dos, con un intento de no parecer ajeno a aquella maniobra.

—Sí, además, las niñas pijas no están acostumbradas a ir dos días seguidos con la misma ropa. ¿O colaboras o....? — las palabras obscenas del payaso gordo fueron interrumpidas por las de Ángel.

—No es necesario que la atemorices más. Va a colaborar. Seguro que colabora — las palabras de Ángel calmaron a aquel payaso gordo al que veía muy lanzado y capaz de hacer daño sin pensárselo dos veces.

—Vamos a grabarte. Debes mirar al objetivo y leer lo que mi compañero te enseña en esta serie de cartones.

Pude ver que el payaso gordo me mostraba unas cartulinas donde estaba escrito un mensaje claro y conciso dirigido a mis padres. Temblaba. Yo temblaba como la luz de esa bombilla que quemaba a las polillas. Sentía

angustia y arcadas. En cualquier momento iba a vomitar el poco pan y el café que había tomado.

Ni una tibia corriente de aire. Nada. Todo era humedad, calor y sudor sobre mi piel. Lo que echaba de menos de repente estar delante del mar. Recordaba un viaje con mis padres al Cabo de Gata donde nos acompañó Natalia.

Acababa de morir su madre y su padre nos pidió que la llevásemos con nosotros para que intentara distraerse unos días. Recordaba que las dos estuvimos un largo rato hablando de chicos delante de aquel inmenso mar azul, sin olas, como si el tiempo, el dolor y la tristeza no existieran. Quizá ya no volvería a repetir un viaje como ese.

— ¿Has entendido lo que te he explicado? — preguntó el payaso alto y yo miré a Ángel que giró hacia la pared.

Con aquella señal, sabía que no debía negarme, que debería aceptar las órdenes y grabar el vídeo tal y como decían.

—Sí, está claro —dije con voz temblorosa y volví la mirada al payaso jefe.

—Muy bien. No trates de engañarnos o lo pasarás fatal. No tienes ni idea de lo que somos capaces — dijo el payaso gordo soltando una carcajada al final de la frase.

Aquel tipo me estaba poniendo muy nerviosa y sentí que no podía controlar mi estado de nervios. Y, aunque obedeciera, necesitaba soltar por mi boca lo que pensaba de ellos.

—No voy a engañar a nadie. Pero quiero decirles que sois unos putos cabrones. Me habéis jodido la vida. A mí y a toda mi familia. Vuestra familia tiene que estar orgullosa de vosotros. Os merecéis que os pase lo peor. Ojalá... — mi rabia contenida explotó, pero, antes de acabar la frase, el payaso jefe me interrumpió.

—Ojalá. Ojalá, ¿qué? — dijo con un tono amenazante mientras yo miraba a Ángel quien estaba con sus ojos puestos en el móvil.

Supe entonces que tenía que tranquilizarme y acceder a todo lo que me ordenaban.

—Lo siento. No quería ofender a nadie — dije con voz tibia mientras el payaso gordo, con las cartulinas en la mano, no dejaba de reír.

—Así me gusta. Mide lo que dices. Aunque seas una niña, no vamos a dejar que nos insulten. Para ti somos escoria, lo peor, pero ¿y tu padre? Tu padre ha amasado una gran fortuna soltando delincuentes de la cárcel y defendiendo a clientes que solamente han hecho blanquear dinero. ¿Te piensas que tu vida pija proviene de defender a desahuciados? — argumentó el payaso alto, ofendido y con ganas de rebatir cada una de mis insolencias.

—No diré nada más — dije intimidada. Veía que Ángel volvía a poner sus ojos en el móvil.

De repente me deslumbró la luz de la cámara. No podía ver nada hasta que pasaron unos segundos. Me ordenaron que leyera el siguiente mensaje,

sollozando, dando lástima, puesto que mis padres eran los que debían pagar mi rescate y tenían que sentir que yo estaba sufriendo mucho.

No iba a ser difícil, porque, pese a las palabras de Ángel, tenía la sensación de que jamás iba a salir de aquella madriguera. El mensaje era algo parecido a esto:

“Papá, mamá. No estoy bien, pero estoy viva. Estoy viva todavía. Me han secuestrado. Haced caso en todo lo que os digan. Mi vida está en vuestras manos, en vuestras decisiones. No estoy bien, pero estoy viva. Que no sean las últimas imágenes que veáis de mí”.

—Muy bien. Te has portado muy bien —dijo el payaso alto con orgullo.

—Sí, lo has leído del tirón y a mí me has emocionado y todo. Me están entrando ganas de llorar y de pagarte el rescate — añadió el payaso gordo con una cruel ironía.

Recogieron todo y salieron de la habitación. Ángel iba a la zaga y, antes de cerrar la puerta, se giró hacia mí e hizo OK con sus pulgares. Luego desapareció en la oscuridad. Esta vez no me movieron hasta el círculo de luz. Me quedé en la penumbra y respiré hondo. Y cerré los ojos e imaginé el mar, a Natalia y Mónica conmigo, mirando el horizonte infinito.

Capítulo 6

Se escuchaba mucho ruido desde la otra parte de la casa, si es que aquello era una casa. No sentía la voz de Ángel y eso me preocupaba bastante. En el fondo había algo que me hacía saber que, dadas las circunstancias en las que me encontraba, solo me quedaba la esperanza de confiar un poco en él.

No podía quitarme de la cabeza a Israel y a la presión que lo tendrían sometido. Me sentía culpable por todo: por lo que estaba sufriendo mi familia y todo lo que estaba ocasionando alrededor de mi vida aquel puto secuestro.

De repente, entró uno con la careta de payaso, el más borde de todos, traía en sus manos una caja de pizza.

—Toma, hoy estás de suerte, tu padre parece que está empezando a entender las cosas — dijo dejando la pizza sobre la mesa y marchándose.

El cabrón no había desatado. ¿Cómo me iba a comer la pizza? Tenía hambre. Por primera vez me apetecía comer, devorar aquel manjar, pues las pizzas me encantaban. Era una de mis debilidades y, aunque a me obsesionaba con el peso, Natalia, Mónica y yo quedábamos algunos fines de semana para ir

a la pizzería a meternos entre pecho y espalda raciones de lasaña y porciones de pizza prosciutto y cuatro quesos.

Luego ya lo quemaríamos en el gimnasio, pero es que esos sabores eran irresistibles. Con su humor natural, a cada bocado que daba, Mónica decía siempre la misma frase: “Joder, qué bueno. Me estoy poniendo como una cerda. Como acostarse con un tío sea igual, no me va a sacar de la cama ni Dios”.

No quise abrir la caja. Aquel cabrón me habría puesto cualquier cosa. Pensaba en algunas películas de terror, como Saw o La matanza de Texas. A ver si los tíos habían metido en aquel cartón un gato muerto o los dedos de una prima mía. No me fiaba de ese tiparraco ni de ninguno de aquella banda, salvo Ángel que estaba por la labor de ayudarme. Pero, en serio, en cualquier momento pensaba que iba a entrar por la puerta Cara Cortada o el cura de El exorcista. Con aquellos pelos, con aquella cara que yo tenía y atada a la silla, parecía una niña poseída.

Un rato después, escuché cómo salían los coches de la casa y el silencio se hacía presente. Al poco tiempo aparecía Ángel por la puerta.

—Puedes comer la pizza. Tranquila, que no la han echado nada — dijo con su calma habitual.

—¡No puedo más! — dije mientras me quitaba las cuerdas de las manos para poder comer.

—No te agobies, se han ido todos, sólo están los que se encargan de la

seguridad externa del terreno. Los demás tardarán en volver. Escúchame, Carla. Aunque quisiera ahora mismo, no te puedo sacar de aquí, pero debes de estar atenta y hacerme caso absolutamente en todo. Debo estar seguro de que lo harás antes de empezar a maniobrar. Soy todo lo que tienes para poder llegar a estar con las personas que desees, pero todo esto es mucho más arriesgado de lo que imaginas, así que necesito estar seguro al 100% de que puedo contar contigo.

—¿Quién eres, Ángel? — pregunté llorando intentando dar algún bocado a aquella pizza que se había enfriado ya.

—Ahora mismo soy todo lo que necesitas para salir de aquí ilesa. Cuando todo esto acabe, estoy dispuesto a darte todas las respuestas que hagan falta para aclarar tus dudas — dijo con serenidad mirándome con sus ojos azules.

—No entiendo nada. Estoy completamente perdida.

—Lo sé. Entiendo por lo que estás pasando. Pero ten paciencia, te lo suplico — su rostro mostraba también preocupación, aunque no dejaba de transmitirme serenidad a través de sus frases.

—Estoy psicológicamente tirada por los suelos...

—Olvídate de todo lo que hay, ¿quieres? Todos están bien. Concéntrate en estar al loro de todo lo que sucede a tu alrededor y sobre todo pendiente de mí y en hacer todo lo que te pida. Delante de ellos, tenemos que demostrar frialdad el uno hacia el otro.

—Prométeme que me sacarás de esta... — dije con actitud desesperada, esperando rápidamente una respuesta que me permitiera ilusionarme con salir de allí.

—Te sacaré de esta. Estas cosas siempre salen bien, pero no podemos cometer errores.

— ¿Me lo prometes entonces? — pregunté con un tono infantil.

—Te lo juro por mi vida — dijo acercándose a mí y abrazándome, hecho que me impactó mucho. En esos momentos rompí a llorar como una niña pequeña.

—Sé que me van a hacer algo.

—No, no lo vamos a permitir... tranquila, que no estoy solo en esto, pero los que están apoyándonos no están entre ellos.

—No entiendo nada...

—Come ya la pizza y deja de darle vueltas a la cabeza. Ya te esclareceré todas las dudas — volvió a decirme suavemente mientras nos soltábamos de ese abrazo.

Le hice caso y abrí la caja. Cogí dos porciones y le puse en sus manos una, me la aceptó y se sentó a mi lado para comérsela.

—Todo esto es muy extraño — dije yo intentando esbozar una sonrisa de complicidad.

—Aquí estamos los dos, comiendo pizza.

—Sí, parece una cita — dijo él con tono humorístico.

—Pues, vaya mierda de cita.

—Bueno, por algo se empieza, ¿verdad?

—No me hagas reír. Estoy bien acojonada y a ti no se te ocurre que hacer chistes con mi encierro.

—Lo sé. Perdona. No debía haberte ofendido.

—No me has ofendido, Ángel. Pero esto parece una prueba de Gran Hermano. Estoy aquí encerrada. A mis padres les piden un rescate. Me amenazan. Se ríen en mi puta cara jodiéndome la vida. Y ahora me pongo a comer pizza con uno de mis secuestradores —argumenté con un tono firme, como si estuviera recitando una de mis lecciones de Derecho.

—Es gracioso.

—Gracioso... Tu puta madre. No sabes por lo que estoy pasando — dije enojada lanzando un trozo de la pizza que me estaba comiendo.

—No te enfades. Ahora no puedes venirte abajo.

—Me va a sentar mal. Déjame en paz, por favor. No quiero comer más.

—Me voy a poner como una cerda — dije en ese momento, reproduciendo la frase de Mónica.

—Vale. Lo siento. Solamente quería relajar el ambiente.

—Lo sé. Pero yo no veo las cosas como tú. Me ocultas información. Ojalá tuviera tu seguridad.

—Recuerda lo que te he dicho. Tengo que dejarte. Oigo algo — dijo con decisión.

Un rato después escuchamos que llegaba alguno de ellos, así que Ángel salió hacia fuera para recibirlo como si no hubiese estado charlando conmigo.

Pude escuchar que le decían a Ángel que al día siguiente sería la entrega del dinero.

—Me alegra saber que han accedido. Entonces mañana se entrega a la chica cuando nos den el dinero, ¿verdad? —preguntó Ángel con ilusión en su tono.

—Eso no está claro aún. El jefe dice que aún podemos presionar más y puede que no entreguemos a la chica todavía — dijo la voz del payaso gordo, una voz que era fácil de reconocer para mí porque siempre acababa las frases riendo.

—Eso será más complicado. Creo que pondrá en riesgo muchas cosas —decía Ángel mientras yo no dejaba de llorar al escucharlos en aquel cuarto.

Estaba claro que esto no había hecho otra cosa que comenzar y que Ángel se había equivocado en sus planes. Él pensaba que lo tenía todo bien atado y no era así. Todo estaba más que jodido porque aquellos secuestradores no pensaban cumplir con el trato que habían hecho con mi padre.

Eso me destrozaba por dentro. Noté un duro golpe en el estómago. La pizza me estaba sentando mal. La ansiedad me estaba jugando una mala pasada en el interior de mi cuerpo.

—Ya sabes que quien manda es el jefe.

—¿Dónde han quedado? — preguntó Ángel con un tono mucho más serio. Verdaderamente estaba preocupado.

—En el Algarve de Portugal, luego nos explicarán todo.

—Perfecto.

—Bueno, me voy, solo vine a por el móvil que se había dejado por aquí, volveremos muy tarde. Encárgate de ella. No te enamores— dijo aquel payaso con un tono burlón.

—Está bien. Todo está controlado. Tranquilo, no voy a enamorarme — respondió Ángel riendo para no despertar sospechas en su compañero.

Un rato después, entro Ángel a mi habitación y le dije que lo había escuchado todo. Me dijo que no me preocupase, que iba a tener que poner en marcha el plan B y que confiase en él.

Lo noté hundido, pero también con cierto aire de valentía, como si estuviera decidido a acabar con mi secuestro de una vez por todas.

—Lo hago, Ángel, confío en ti. No sé por qué, pero lo hago — resoplé y cerré los ojos.

—Estás confiando en tu instinto — se sentó a mi lado —. Esto no va a ser fácil, Carla, pero ya lo tengo todo planeado. No contaba con este contratiempo, pero siempre hay que tener un plan B. Solo tienes que hacer lo que te diga en cada momento, sea lo que sea, sin dudarlo. ¿Serás capaz?

—Me costará, imagino — dije sinceramente —, pero haré lo que sea por salir de aquí.

—Entonces intenta no pensar hoy en nada más. Te voy a sacar de aquí, no tienes de qué preocuparte.

—¿Por qué? — le pregunté, quería entender quién era o por qué me ayudaba y traicionaba a sus compañeros.

—Todo lo sabrás a su tiempo. No puedo poner en riesgo este plan. Tú no debes saber nada porque, en el peor de los casos, siempre me podrán culpar a mí de esta fuga. Y así no se pone en riesgo tu vida en caso de que vuelvan a capturarte. Eres demasiado impaciente — sonrió mientras comentaba todo aquello.

—Impaciente... ¿Soy impaciente? — estaba empezando a enfadarme de repente — Me secuestrasteis, toda mi familia y amigos estarán muriéndose de la preocupación. Yo estoy aquí, metida en este... este... Bien, ¡no sé ni cómo llamarlo!

—Baja la voz — me advirtió.

—Pero es la verdad, no me puedes pedir que tenga paciencia, voy a morir.

—Nadie va a morir.

—Me quiero ir.

—Lo haremos.

—Deja de ser condescendiente — dije entre dientes. Me estaba sacando de mis casillas. Era uno de ellos y debería de tenerle miedo, pero eso no ocurría con Ángel.

—No lo soy, Carla, te he pedido que confíes en mí, hasta ahora te he demostrado que puedes. Sigue haciéndolo, te sacaré de aquí.

—Solo quiero irme a mi casa — terminé diciendo con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Eh, tranquila — me cogió la cara entre las manos y limpió mis lágrimas con los pulgares —, vas a salir de esta.

—Quiero ver a mis padres — sollocé —, y quiero ver a mis amigas y...

—A ver, cuéntame sobre ellas — dijo para relajarme.

—Son dos locas — reí entre lágrimas —, pero las adoro. Nunca les digo cuánto las quiero — terminé con tristeza —. Quiero ver a todos, y a Israel y...

— Dos locas. Imagino. Ojalá tuviera yo vuestra edad. Lo pasaba bomba. Recuerdo noches increíbles en la playa y en las discotecas — sus palabras me calmaban e intentaban mantenerme alejada de los pensamientos terribles que me acorralaban cada vez que me quedaba a solas.

Ángel se levantó de repente y me quedé muda. Como si hubiese dicho algo que le hubiese mosqueado, perdió su humor natural y todo se volvió más sombrío. No sé qué estaba pasando. Pero tuvo que acordarse de algo para ponerse así de tenso.

—Volveré después, y hazme caso en todo si quieres salir de aquí, ¿de acuerdo?.

—¿Sucede algo, Ángel? Te veo distinto. Dime si pasa algo.

—No. No te preocupes. Descansa y guarda energías. Intenta dormir un poco — dijo mirando a la pared del fondo, como si un pensamiento grave ocupara de repente su cabeza.

Salió y dio un portazo. Me quedé con cara de idiota. ¿Pero qué demonios

le pasaba? ¿Qué había dicho para molestarlo? Aquí nadie estaba bien de la cabeza.

Y yo tenía que confiar en ese tipo...

Suspiré, lo peor era que confiaba en él 100%...

Capítulo 7

Debió ser a altas horas de la madrugada. Escuchaba cómo se preparaban para ir a recoger el dinero. Notaba mucha tensión y yo estaba comenzando a temblar. A Ángel no lo escuchaba. Necesitaba que apareciese pronto para contarme qué estaba sucediendo.

Un rato después, cuando los coches comenzaban a alejarse, sentí los pasos de alguien viniendo hacia mi habitación.

—Carla, prepárate que nos vamos — dijo en voz floja Ángel mientras entraba por mi habitación.

- Pero, ¿Que dices?
- No querrás quedarte una noche más en la suite del Ritz, ¿verdad? — me dijo bromeando.
- No sé qué decir. Me he puesto muy nerviosa de repente — dije con

voz temblorosa.

- Vamos, Carla. No podemos perder tiempo — me dijo con un tono temeroso mientras me desataba.
- Está bien. Trataré de tranquilizarme. Abandonaremos la suite del Ritz — bromeé para buscar un poco de serenidad.

Según me quitaba las cuerdas de las manos, decía que me arreglase y que hiciésemos el menor ruido posible ya que nos lo íbamos a jugar todo a una carta.

—Si pasa cualquier cosa, corre, corre campo a través sin mirar atrás, ¿de acuerdo? —me ordenó mirándome con esos ojos azules que, desde hacía tiempo, empezaban a fascinarme.

—Me estoy asustando, pero te haré caso en todo — dije mientras que me levantaba con la ayuda de él.

—Vamos a salir por atrás, por la parte de la cocina, ve en todo momento detrás de mí. Nada de ruidos, vamos — dijo ordenando con las manos que empezase a andar detrás de él.

Estaba temblando, muerta de miedo. Era mi única oportunidad de salir de aquel lugar, así que lo seguí en silencio hasta la cocina y salimos por una puerta. Parecía que se me iba a salir el corazón por la boca y, una vez que él se asomó y me hizo señales con las manos, le seguí hasta detrás de un coche en el que nos volvimos a parar.

Observó a los tres que estaban en puntos estratégicos fuera de la casa, pero a lo lejos.

Se notaba que Ángel tenía controlada aquella zona y me hizo señas del camino que íbamos a tomar silenciosamente hasta ponernos detrás de un árbol.

En ese momento, sacó una pistola de un falso bolsillo de su pantalón. Ángel sabía que ese corto trayecto que teníamos que hacer era muy peligroso.

En esta ocasión, yo iba adelante y él detrás, sin perder de vista a sus compañeros por si se volvían y nos pillaban. Pero lo estábamos haciendo bien ya que caminábamos, ocultándonos entre los matorrales, sin ninguna posibilidad de que no nos viesan.

Llegamos hasta el árbol donde yo me puse a mirarlo. Tenía ganas de llorar. Me rodeó con su brazo y me echó contra su pecho, y me dijo al oído que no me preocupase, que de esta me sacaba, aunque le costara la vida.

¿Qué clase de sentimientos tenía yo hacia esa persona? ¿Qué me estaba pasando? ¿Era verdad que estaba experimentando una clase de deseo hacia esa persona? No podía asumirlo.

Aquel cabrón me había secuestrado, formaba parte de una banda criminal y mi corazón no experimentaba rechazo, sino afecto y unas ganas terribles por verlo de nuevo. Estaba volviéndome loca.

No podía ser que una cosa así me estuviera pasando. Había oído hablar muchas veces del Síndrome de Estocolmo, pero ¿cómo iba a imaginar que iba

a experimentar un vínculo afectivo hacia quien me había tenido encerrada y lejos de las personas a las que quería? Pero no podía pensar en eso. Tenía que seguir adelante.

Ya solo nos quedaba coger un camino donde ya no tendríamos visibilidad, así que teníamos que hacer el último intento para huir definitivamente de aquel fatídico lugar.

Atravesamos hasta el otro lado sin ser vistos. Estaba todo muy oscuro, pero Ángel lo tenía todo muy estudiado y sabía dónde íbamos.

La humedad de aquel espacio boscoso enfriaba mi sudor y a veces temblaba. Mi ropa mojada por el sudor no ayudaba a que entrara en calor.

Comenzamos a caminar rápido en medio de la nada. Todo estaba muy oscuro y el sacó una pequeña linterna que iba guiando nuestro camino.

La sangre no circulaba bien por mis miembros, por lo que trataba de moverlas continuamente.

—¿No tienes un móvil, Ángel? — le pregunté.

—Lo he dejado en silencio en la casa. No me fío de ellos. No quiero que sospechen. Mi móvil personal nunca ha estado en estos últimos tiempos conmigo. Dentro de unas horas sabrás toda la verdad. Nada es lo que parece.

—¿Me vas a dejar libre?

—Por supuesto, pero me encargaré de entregarte sana y salva personalmente.

—Pero Ángel, si vienes conmigo te van a detener, me estás ayudando y no quiero que te pase nada.

—Nadie me va a detener, Carla, ahora mismo lo que nos importa es quitarnos de en medio y ponernos a salvo. Una vez que consigamos llegar y que todo haya salido bien en esa entrega, podremos empezar a dejarnos de preocupar.

—¿Y si le pasa algo a mi padre en la entrega?

—Estoy seguro de que no le pasará nada, como también estoy seguro que serán cogidos por parte de las autoridades estos criminales. Me preocupas tú porque los que han quedado en la guarida tienen orden de matarte en caso de que las cosas no salgan bien.

—¿Cómo sabes que los van a coger las autoridades? Estoy convencida de que mi padre, con tal de no ponerme en peligro, no va a decir nada.

—Tu padre está trabajando codo con codo con la secreta. Está siendo asesorado por un equipo que está permanentemente en tu casa. Tu padre está actuando muy bien — dijo con seriedad.

—No entiendo nada. Si sabéis que mi padre va a ir con la policía al lugar de intercambio, ¿cómo aceptáis esa entrega de dinero? — dije mientras andábamos a gran velocidad.

—Solo lo sé yo...

—No entiendo porque tú sí y los demás no.

—Luego te lo explicaré todo, ahora no te desgastes mucho que tenemos que llegar a un sitio seguro y conseguir un teléfono.

—A estas horas a ver quién nos va a hacer caso.

—Tranquila, lo que no podemos es entrar a las primeras casas que encontremos cerca de aquí. Si nos buscan es evidente que empezarán por ahí, así que tendremos que tirar para una carretera y parar a algún coche, sé cómo hacerlo....

—¿Llevas un arma? Eso ayuda — dije yo emocionada, intentando buscar un rayo de luz en aquellos momentos de desesperación.

—Un arma no es una solución, Carla.

—Pero la usarás si es necesario — dije yo con ansiedad.

—La usaré si es necesario. Pero son muchos y un disparo solamente puede complicar más las cosas. La he usado muy pocas veces.

Caminamos lo que parecían kilómetros y kilómetros. Yo iba ya con la lengua fuera. Presionaba la mano en mi estómago y me caía de vez en cuando. Ángel me daba agua para beber. Me estaba deshidratando. Joder, ese hombre haría horas y horas de gimnasio, su resistencia no era normal.

—No puedo más — dije desplomándome en el suelo, caí sobre mis rodillas y seguidamente de espaldas. Me puse la mano en el costado, me dolía por la falta de aire.

—Toma, bebe un poco — me dio agua de nuevo con una cantimplora que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Bueno, ¿tú qué eres, Mary Poppins?

—No. Soy el Inspector Gadget — fue rápido al responder a mi chiste.

Me incorporé un poco y bebí hasta que me la quitó.

—Te dije que solo un poco.

—Tengo sed — me quejé.

—Y yo, pero hay que economizar.

—¿Qué más tienes ahí? — intenté mirar por dentro de la chaqueta pero me dio un manotazo en las manos.

—Estate quieta — dijo riendo.

—Tranquilo, que no te voy a violar — dije con ironía.

—No, seguro, no sería violación — se tumbó en el suelo y yo hice lo mismo.

—¿Te estás riendo de mí? — pregunté con ironía.

—Para nada, pero que si quieres tocar, te dejaría muy a gusto.

—No seas payaso... — gemí al decirlo, no quería ver a un payaso en mi vida.

—Ven aquí — intentó tocarme y me retiré cual reptil asustado —. Chiquilla, que no voy a hacerte nada, ¿a estas alturas dudas de mí?

Me lo preguntó tan serio que me sentí mal. Claro que no dudaba, pero la tensión de todo lo que estábamos viviendo me superaba.

Me acerqué a él como un conejito asustado, me cogió y me acomodó sobre su pecho y empezó a acariciarme la cabeza.

Los ojos achinados de Israel también venían a mi cabeza junto a su sonrisa natural, pero era la presencia de Ángel, su voz, aquella amabilidad, su trato educado dentro de aquella celda lo que verdaderamente me atraían y lo que me forzaba a olvidar de repente a Israel. Escuché su corazón palpitando, excitado, bombeando su sangre. Estaba lleno de vida y eso me excitaba.

Sentía pena por Israel, pero, sin saber por qué, ese deseo por Ángel me sumía en una paz interior que me daba la confianza suficiente para pensar que escaparía gracias a él y junto a él.

Israel formaba parte de una realidad que no era aquella, la que estaba haciéndome sufrir, la que hacía que sintiera las cosas de una forma exagerada, la que hacía estrecharme junto a aquel cuerpo atlético.

Muchas personas no entenderán que una chica como yo pueda sentir algo hacia uno de sus secuestradores, pero la voz de Ángel y sus modales me habían hecho una persona vulnerable, que se excitaba con facilidad. Bastaba tan solo un poco de comprensión.

Y eso había logrado Ángel, que, en aquella tortura, sintiera que había

humanidad, rasgos de humanidad en una persona a la que debería ver como a un enemigo. Pero me estaba salvando, me estaba liberando, arriesgando su vida por mí. No podía haber nada más romántico.

—Ya queda poco, relájate — dijo con voz suave.

—Tenemos que seguir, ¿no? — pregunté yo, con voz cansada.

—Sí, pero no pasará nada porque descansemos cinco minutos. Me gusta tenerte cerca, ¿sabes? — sus palabras no me incomodaron, al contrario, esas palabras me hicieron sentir especial.

Estuvimos un rato en silencio, solo escuchando nuestras respiraciones. Por una parte, yo estaba acojonada, me parecía que en algún momento iba a aparecer Jason con la moto—sierra y a ver cómo demonios salíamos de esa, o It, el payaso asesino, ni yo sabía qué era lo peor ya.

Pero el hecho de estar con Ángel me relajaba. Me agarré fuerte a él y aspiré su aroma. Olía muy bien, quería quedarme ahí... con Ángel, con aquel hombre que me estaba poniendo a cien. ¡Dios mío! Me estaba volviendo loca.

En ese momento pensé en Israel, el pobre debía de estar pasándolo muy mal, a saber, qué haría la policía con él. Pero seguro que todo estaba arreglado, no era culpable de nada, tenía que tener confianza. Y si todo salía bien, pronto estaría en casa y podría decirlo yo misma.

— ¿Estás mejor?

La voz de Ángel interrumpió mis pensamientos. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos, se le notaba cansada y preocupado.

—Sí — le dije sonriendo.

Nos quedamos mirándonos sin decirnos nada, noté cómo miraba mis labios y mi corazón se aceleraba.

Mierda, pensaba en besarme y yo estaba deseando que lo hiciera.

Levantó una mano y acarició mi mejilla, me entró un escalofrío ante el contacto y él sonrió con tristeza.

—Será mejor que nos vayamos — carraspeó.

Me levanté y él hizo lo mismo, me sentía idiota, no sabía ni cómo actuar. Me hizo señas para que caminara delante de él y lo hice, pero me temblaba todo. Y ya no era solo el secuestro, la huida y el miedo, ahora le sumaba que, de repente, estar cerca de Ángel me ponía nerviosa, pero en otro sentido.

Estaba claro, la experiencia me estaba dejando traumatizada.

Suspiré, deseando de terminar con aquella pesadilla.

Capítulo 8

Tras ese rato parados en aquella parte de la nada, comenzamos a andar para intentar llegar a la mayor brevedad posible a una pequeña carretera que había al final de aquel camino pedregoso. Tardamos casi una hora en llegar y ya estaba amaneciendo.

Las primeras luces se filtraban entre las hojas y agradecí con toda mi alma aquel calor y aquella temperatura que comenzaba a reinar en el bosque.

Nos pusimos a andar hacia el cruce donde había un STOP. Rápidamente paró un coche y casi me quedé sin respiración cuando Ángel sacó una placa y le dijo:

—Policía, necesitamos su coche. Es una emergencia. Tira en dirección a Sevilla — dijo mientras me abría la puerta de atrás y él se ponía de copiloto.

—Ahora mismo — dijo el pobre hombre de unos cincuenta años. Estaba en estado de shock por la situación que se le había acabado de presentar.

—No se preocupe. Todo saldrá bien. Siga mis instrucciones — dijo Ángel con determinación.

—Pero, ¿qué sucede? — preguntó el hombre con voz temblorosa.

—Ya será informado. Ahora simplemente obedezca.

—Yo paso todos los días por aquí y es la primera vez que me sucede algo como esto.

—Lo entiendo, pero ahora mismo no puedo decirle más. Tan solo he de comunicarle que está usted haciendo una gran labor humanitaria y ciudadana — añadió Ángel con sus ojos fijos en la carretera.

Me dieron ganas de chillar y preguntarle qué era eso de que era policía. Pero ya se me estaban cruzando muchas ideas por la mente y empezaba a comprender todo.

Ángel me había aconsejado que no pensara en que me habían secuestrado, pero en qué podía pensar si estaba allí maniatada y a merced de unos tipos que, en cualquier momento, podían hacerme cualquier cosa, sobre todo el payaso más alto, quien me metió el puré a la fuerza por la boca.

Ahora comprendía que siempre había estado vigilada por la policía. Por esa razón, Ángel siempre me dio ánimos y esperanza. ¡Qué encanto! Respiré más aliviada.

Ahora me sentía segura y también estaba más excitada, porque aquel hombre, además de guapo, tenía un corazón enorme. Había arriesgado su vida por mí. Era un auténtico príncipe azul.

Me quedé en silencio ya que no quería que pensase aquel hombre que no estábamos compenetrados y que todo eso podría ser muy raro.

— ¿Puedo usar su móvil? — preguntó Ángel señalando hacia el

dispositivo que estaba en medio de ellos dos.

—Claro, todo lo que necesite.

En esos momentos, Ángel marco un número de teléfono y oí cómo le decía a alguien que había conseguido escapar con la víctima. Luego añadía que íbamos hacia la comisaría en un coche que había conseguido parar. Hubo unos instantes de silencio mientras le decían algo. Cortó aquella conversación con un ok.

—¿Va bien todo? — pregunté.

—Muy bien. No te preocupes, Carla.

—Eres policía — dije con voz alegre.

—Sí. Lo soy. Ahora ya puedes atar cabos. No hay otro misterio. Pero debía ser prudente para que la operación saliese bien.

—Pero tú eras uno de ellos — dije intentando que me explicara todo.

—Estaba infiltrado en esa banda desde hace mucho tiempo: violaciones, atracos a mano armada, narcotráfico. Y ahora un secuestro.

—¡Dios mío! ¡Te han secuestrado! ¡Nena! ¿Cómo es posible? La gente ha perdido la cabeza —dijo el conductor horrorizado.

—Señor, ¿no ha visto la pinta que llevo? ¿Se piensa que yo salgo así por ahí? Hecha una pordiosera.

—No sé. Ahora la gente joven viste como indígenas de una tribu. Tengo un sobrino que lleva una cresta de gallina y tiene un piercing en la... — el señor se contuvo y tragó saliva.

—Tranquilícese. Siga conduciendo. Pronto llegaremos a la ciudad — dijo Ángel sin dejar de mirarme a los ojos.

—Estoy muy emocionada. Y no sé cómo darte las gracias —dije yo intentando gustar.

—Eso ya lo arreglaremos, guapa. Lo primero es llegar a casa y que te hagan un chequeo médico.

—Si quieres, me lo puedes hacer tú —dije yo poniendo cara de estúpida mientras el señor que conducía se ponía cada vez más rojo.

—No soy médico. Ya me gustaría —las palabras de Ángel me inundaron de alegría y me sacaron los colores.

Ángel le dijo que tirara para la estación de Santa Justa, así que estuvimos todo el tiempo en silencio y no me atreví a preguntar nada, espero no dejábamos de mirarnos.

Quería abrazar a mi familia cuanto antes. A pesar de todo lo que había escuchado de aquel policía, estaba hecha un mar de dudas del porque Ángel

estaba dentro de aquel secuestro y había permitido que fuesen a por mí.

Sin embargo, como él dijo, nada era lo que parecía. Prefería esperar a que fuese él quien me contase con todo lujo de detalles cómo habían planificado mi secuestro.

Llegamos a Santa Justa y nos despedimos del conductor, que salió pisando el acelerador, como si hubiese vivido una pesadilla. Ángel quiso pagarle la gasolina, pero él no se lo permitió y nos deseó mucha suerte, y eso que no sabía de dónde veníamos y en el lío que habíamos estado. Aquel hombre estaba más que asustado.

Nos montamos en un coche con dos policías vestidos de paisanos. Tanto el coche como ellos eran de la secreta. Todos comenzaron a preguntarme que cómo estaba. Me dijeron que mis padres estaban muy felices de saber que estaba bien y que había salido de aquel agujero sana y salva.

La entrega del dinero había sido un éxito y habían capturado a los jefes de la banda. Pensaba en el payaso gordo y en aquel tipo que se subió a mi coche apuntándome con un arma. Menudos cabrones. Ojalá se pudran en la cárcel.

Tanta información en mi cabeza me estaba pasando factura. Estaba empezando a sentir mareos y un fuerte dolor en las sienes. Ellos siguieron hablando. Iban a la casa a detener al resto, pues ya tenían la localización exacta.

Me acordaba mucho de Israel, pero me estaba entrando mucho agobio saber que me iba a tener que separar de Ángel, aquella persona que cuidó de mí desde que nuestras miradas se cruzaron. Tenía tantas preguntas dentro de mí que pensaba que me iba a volver loca.

Llegamos a comisaría y, conforme entrábamos, todos los compañeros se ponían de pie y empezaban a aplaudir. Se les veía muy emocionados a todos y no pude evitarlo y rompí a llorar.

Me metieron en un despacho y empezaron a prepararme un café a la vez que me ponían unas pastitas delante. Yo tenía el estómago cerrado de los nervios. Lo primero que pregunté fue por el nombre de una persona, Israel, ante la atenta mirada triste de Ángel por mi pregunta.

—Israel ya está en prisión — dijo una chica policía.

—Noooooooo, ¡él no tiene culpa de nada! — grité furiosa.

—Carla, estaba todo organizado y él fue el gancho para dar contigo y poder manipular tu móvil para localizarte el día del secuestro. Lo siento. Estoy comprobando que lo veías con otros ojos.

Pude ver la mirada triste de Ángel por esa situación al verme hundida por la sangre fría de aquel tipo. Qué bien se inventó lo de que era repartidor de pizza y de que había sufrido el maltrato de su padre. Seguro que fue él quien preparó el que yo le tirase el cubata encima. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas?, me puse las manos en la cara y empecé a llorar con mucha rabia.

Ángel vino hacia mí y me tiró a su pecho con un gran abrazo.

—No te sientas culpable de nada Carla, que sepas que te voy a echar mucho de menos — decía sin dejar de abrazarme.

—He sido una idiota. ¿Cómo no me di cuenta de lo que había pasado?

—Es muy difícil. Israel es un actor estupendo e hizo muy bien su trabajo. ¿No te das cuenta?

—Yo también te voy a echar de menos, Ángel —dije yo besándole en la mejilla.

Esas palabras terminaron de romperme el alma. El chico del que me creía haberme enamorado locamente resultó que era un delincuente que solo se quería aprovechar de mí.

El hombre que me protegió y cuidó durante mi cautiverio también se había convertido en una gran parte importante de mi vida, pero se estaba despidiendo de mí. Quizás preferiría echarme de menos, ¿tendría qué, treinta y cinco años? Y yo solo era una nena de dieciocho, ¿qué podía esperar que se convirtiese en el amor de mi vida? Lloré desconsoladamente en sus brazos.

—No me dejes — le dije entre llantos.

—Basta, Carla. Ahora necesitas recuperarte, estar con tu familia, ver a tus amigas.

—No te volveré a ver —dije con una voz triste, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—No es un adiós. Nos volveremos a ver y te explicaré todo lo que ha

pasado. Ten paciencia y hazme caso. Te repito. Esto no es un adiós.

—Sí, lo es. Eres una persona muy importante para mí —mi voz se inundaba de lágrimas.

—Lo sé. Pero debemos actuar con inteligencia. Dentro de unos días, me llamas y hablamos. Te lo prometo. No te he fallado. Has visto que no te he fallado.

Me abrazó más fuerte y me dio un beso en la cabeza. Había terminado de hundirme. Estaba claro que toda esa situación había podido conmigo y yo no quería que él me soltara.

—Te echaré de menos — dijo con voz triste antes de desprenderme de él y salir por la puerta.

Me quedé mirándolo un rato sin dejar de llorar. Era un torbellino en ese momento, el dolor del engaño y de la traición de Israel, el secuestro, Ángel...

La puerta se abrió y mis padres entraron casi como si fuesen un vendaval. Mi madre comenzó a chillar y me abracé a ellos llorando. Decíamos todas cosas sin sentido y éramos incapaces de soltarnos.

Cuando lo hicimos, tomamos asiento, en todo momento agarrados de las manos.

—¿Cómo estás? ¿Te han hecho algo? — preguntaba mi madre una y otra vez.

—Estoy bien, no me hicieron nada — le repetía yo, entendiendo su miedo.

—Ha sido horrible, horrible — gimoteaba ella.

La miré y vi lo desmejorada que estaba, ni peinada ni maquillada. Tenía que haber sido todo un infierno para ellos.

—Todo está bien — intenté tranquilizarlos a los dos —, Ángel me cuidó.

—¿Dónde está? — preguntó mi padre mirando al policía que estaba en la sala.

—Se fue — dije antes de volver a llorar.

—Agente, me gustaría agradecerle en persona que nos haya devuelto a nuestra hija, ¿puede localizarlo? — me sorprendió en parte la voz ronca de mi padre, rota por la emoción.

El policía salió de la sala y, unos minutos después, entró. Ángel lo hizo detrás de él. Venía triste de nuevo y se le veía bastante cansado. Intentaba imaginar cómo había vivido todo esto él, siendo policía infiltrado, pero no podía. Tenía que asimilar todo aún.

Mi madre se levantó y, para asombro de todos, sin decir nada, le dio un abrazo y después volvió a mi lado y a agarrar mi mano.

Mi padre se levantó y se presentaron oficialmente.

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros — empezó mi padre.

—No tiene que hacerlo, es mi trabajo — dijo él con tono de autoridad, no parecía el hombre que yo había conocido.

—Pero está aquí, viva y sana por usted, claro que tengo — decía mi padre en un tono que no daba lugar a dudas y eso me hizo sonreír.

—Me alegro. Ahora pasará la revisión médica y después podrán irse a casa. Carla necesita descansar — dijo Ángel mirándome a los ojos y retirando la mirada rápidamente.

—Me gustaría invitarlo a almorzar, no puede negarse — mi padre, sin darse cuenta del estado de ánimo de Ángel, seguía a lo suyo.

—Señor, no es necesario, de verdad — este negaba con la cabeza.

—Muchacho, no puedes decir que no. Te esperamos el sábado en casa para almorzar. Sobre las doce le viene bien, ¿no? — preguntó mirando a mi madre, quien afirmó con la cabeza.

—Pero yo... — Ángel miró a su compañero, quien se rio. Imaginé en ese momento que para ellos era su trabajo y no estaban acostumbrados a aceptar ese tipo de agradecimientos, pero, conociendo a mi padre, sabía que no iba a aceptar un no.

—A las doce — dijo mi padre dando por cerrado el tema.

Ángel me miró y yo sonreí. La sonrisa que me devolvió fue triste de nuevo,

hizo un gesto de afirmación con la cabeza y se marchó.

Apenas escuchaba nada de lo que hablaban mis padres. Me sentía cansada y triste. Necesitaba soledad y olvidar o sobrellevar todo lo que había pasado de la mejor manera posible.

No veía la hora de llegar a casa. Y un nombre se repetía en mi cabeza: Ángel.

Capítulo 9

Habían pasado tres días desde que había sido liberada. No había salido de mi casa para nada. Había perdido mucho líquido y los niveles de hierro y azúcar estaban completamente descompensados.

Mis padres estaban muy pendientes a mí. Su mirada delataba el sufrimiento tan grande al que se habían visto sometido al saber lo que le estaba sucediendo a su hija.

Sentía mucha rabia por lo de Israel. Mi corazón dejó de tener sentimientos buenos desde el primer momento que supe que había tenido que él estaba implicado en todo esto. ¿Cómo no me di cuenta?

Aquella terrible experiencia me iba a ayudar a entender mucho mejor el mundo en el que estaba. Lobos y hienas nos rodeaban y gobernaban este maldito mundo. Israel, que era un simple chaval, participaba de una red mafiosa dedicada al chantaje y a la extorsión.

Mi secuestro me ayudaría a madurar deprisa. Era el único aspecto positivo que podía extraer de mi experiencia traumática. Por su culpa, mi familia había sufrido y eso jamás se lo iba a perdonar. Por otro lado, tenía la voz tranquilizadora de Ángel, esa persona tan especial que había estado conmigo en los momentos tan difíciles.

Recordaba sus palabras de que me iba a echar de menos. Yo sí que lo echaba de menos... Y también lo recordaba en sueños. Porque se repetía el mismo sueño, la misma pesadilla.

Mi corazón se aceleraba. La vista se me nublaba. Solamente veía figuras borrosas hasta que aparecía el de nuevo. Era Ángel. En mis sueños. La tranquilidad regresaba a mí, pese a la difícil y complicada situación en la que me encontraba.

Pese a que a veces era consciente de que se trataba de una pesadilla. Me

saludaba y me miraba con su máscara de payaso. Detrás de aquella careta, podía advertir el brillo en sus ojos, una forma cariñosa y entrañable de mirarme, no como si yo fuese su presa o su víctima, sino como si fuese algo más, algo más que un preciado objeto que vender o subastar. Y luego se quitaba la máscara y me hablaba.

—No te preocupes, no te va a pasar nada.

—Lo sé. Ángel. Confío en ti.

—Tranquila, no te va a pasar nada — decía con una voz cándida.

—Bésame.

Se quitaba la máscara y me besaba despacio. Y en el momento en que íbamos a tocarnos, despertaba y lamentaba no estar allí junto a él.

Por fin era sábado. Me levanté de la cama, me metí en el baño y me di una buena ducha. Me sentía sucia. El agua no me limpiaba. Sentía que no podía deshacerme del sudor que había mojado mi piel durante aquellos días. Sentía asco de mi propia piel.

Me puse el albornoz y me fui a la cocina a desayunar, ese día venía como invitado a Ángel a comer, tenía muchas ganas de verlo. Mi padre tenía su número de teléfono y estuve varias veces a punto de cogerlo para meterlo en mi agenda y mandarle un WhatsApp, pero no podía tomarme el atrevimiento.

Me hubiese encantado que me lo hubiese dado él... No sabía nada de su

vida sentimental. A lo mejor tenía mujer e hijos, o una novia con la que estaba a punto de casarse.

Tenía que ser realista y reconocer que no tenía ninguna posibilidad. Aquel coqueteo no era más que una forma de tranquilizarme y, cuando me di cuenta de eso, lo odié por momentos. Pero luego, al recordar sus ojos, sus latidos en mi mejilla y la dureza de su torso cuando me abrazó, se me olvidaba todo. Volvía a amarlo, a sentirlo cerca, a soñarlo y a besarlo despacio en mis sueños.

Mis padres sabían todo el cariño que yo sentía hacia Ángel. Ellos lo veían como un héroe, incluso mi madre bromeaba diciendo que ese sería su yerno perfecto. Mi padre decía que era muy mayor para mí, pero lo hacía mirándome para ver mi reacción. Yo ponía los ojos en blanco y mis mejillas se ponían coloradas.

—Papa, mamá, parad, por favor. No va a ser mi novio.

—Es un chico muy especial para ti y para nosotros —dijo mi madre entusiasmada.

—Lo sé. Pero quizá tiene novia o está casado.

—Eso significa que, si estuviera libre, no te importaría salir con él —dijo mi madre bromeando.

—Mamá, para ya. Por desgracia, Ángel pertenece a un episodio de mi vida que quiero olvidar para siempre.

Por dentro, yo fantaseaba con comenzar una relación con mi héroe. Era evidente que no se iba a fijar en nadie como yo.

Seguro que me miraba como su hermana pequeña, pero más de una vez intuí que sus ojos me miraban con deseo, podría ser fruto de mi imaginación, pero a mí me lo pareció... quizá era muy inmadura, pues no había tenido relaciones serias como Mónica.

Sin embargo, en su forma de cogerme y de acariciarme, cuando estábamos en el suelo, sentí que él no lo hacía solo con la intención de calmarme, sino también buscando el placer, ese placer sexual que da tocar el cuerpo de alguien que te gusta y mucho.

Después de todo el desayuno pensando, me fui a mi habitación a decidir qué ropa me pondría para esa comida tan especial que estaba segura que me iba a alegrar el día. Teniendo en cuenta que iba a ser en mi casa, tampoco podía arreglarme demasiado, sino parecería que lo estaba esperando, al acecho. Y no quería que pensara que era una fulana.

No. No quería asustarlo ni que sintiera que lo estaba provocando. Me pondría algo sencillo y elegante. Ciertamente tenía un fondo de armario muy amplio para elegir. Me encantaba ir de compras con mi madre.

Al final me decidí por un traje corto vaquero, de tirantes, en forma de peto. Debajo me puse una camiseta de media manga, color blanco. No me puse medias ya que aún conservaba el moreno del verano y no hacía mal tiempo, así que me calcé unas bailarinas blancas como la camiseta.

Me tiré en la cama con el móvil nuevo que me había regalado mi padre. Ahora toda mi familia intentaba agasajarme con todo tipo de regalos para que intentara olvidar el sufrimiento de mi cautiverio. Miraba las redes sociales y en todas partes se estaba hablando de lo que había sucedido con mi secuestro. Era increíble la repercusión mediática que había tomado el caso. Podía leer mensajes en Twitter como este, que me hacían sentir como una auténtica heroína.

“Pobre muchacha. Qué valiente ha sido para salir de allí con vida. Menudos cabrones.”

“Se llama Carla y me encantaría ser su amiga. Qué ovarios ha tenido para enfrentarse a sus secuestradores.”

“No me lo puedo creer. Esa chica iba a mi clase y parecía una estúpida. Ahora ha sido capaz de sobrevivir a un secuestro. Bravo por ella.”

Circulaban muchas fotos de Israel y la gente comentaba que había sido un sinvergüenza por lo que había hecho conmigo. En definitiva, todos pensaban que debía pudrirse en la cárcel. Por otro lado, se hablaba mucho del policía que me había salvado, pero se mantenía su imagen en total anonimato ya que pertenecía al cuerpo de la policía secreta.

Cada vez que lo mencionaban, el corazón me daba un vuelco. A veces, me ponía a llorar. Aquel hombre me había salvado. A mí. A Carla.

Todo esto se me había venido muy grande. Además, tenía una mezcla de sentimientos muy importante. Todo había sido tan rápido y lento a la vez que

parecía que ahora estuviese en otra época de mi vida.

Lucía me decía que eso se llamaba trastorno de estrés postraumático y que tardaría en desaparecer. Me aconsejó que tomara algún ansiolítico o algún antidepresivo, que ese tipo de medicamentos ayudaba. Natalia me comentó que ella tuvo que tomarlos tras la muerte de su madre.

Me quedé tirada en la cama boca arriba, más de una hora, hasta que sonó el timbre exterior y me asomé por la ventana. Se abrían las verjas doradas y entraba un Volkswagen Touareg blanco del que se bajó Ángel. Iba vestido impresionante, con unos vaqueros claros y una camisa a media manga de color blanca. Sus gafas a lo Ray Ban lo hacían un modelo de anuncio televisivo. Empecé a babear desde aquella ventana. Dios mío. Aquella visión me estaba excitando.

Me pasé un buen rato en la habitación, nerviosa, antes de bajar, ya que volverlo a ver unos días después me producía bastante nerviosismo. Tenía tanto que agradecerle.... Respiré hondo y decidí salir de aquella habitación y salir al encuentro de aquel hombre que había despertado algo en mi corazón.

Cuando llegué abajo, ya estaban en la terraza del jardín con una copa de vino en la mano y charlando plácidamente con mis padres. Al sentir mis pasos, Ángel se levantó con una preciosa sonrisa y se vino hasta mí para darme un abrazo.

—Estás preciosa, te ha sentado genial el cambio de aire —dijo guiñando el ojo.

—No hay nada mejor que estar con tu familia — dije con una sonrisa.

—Cariño, ¿quieres una copa de vino? — dijo mi padre ante mi asombro.

—Por fin reconoces mi mayoría de edad — dije bromeando.

—Ha cambiado mucho mi visión de la vida desde que te ha pasado esto, a veces es mejor olvidarnos un poco de las responsabilidades y disfrutar más de los pequeños momentos que nos ofrece la vida.

—¡Menos mal que se da cuenta! — dijo bromeando mi madre.

—Pues siendo sincera, prefiero un Coca Cola Zero, pero sí te acepto la copa de vino que quizás me venga bien.

—No te vayas a meter ahora a alcohólica — bromeo Ángel.

—No creo, de aquí a que vuelva a salir pasará mucho tiempo, no me voy ahora preparada para estar por la noche en la calle.

—Eso no lo voy a permitir, que vivas con miedo, te invito a cenar esta noche y luego a tomar algo donde quieras, por supuesto, si tus padres me lo permiten y tú estás de acuerdo.

—Pues sabiendo que va a ir contigo, iba a dormir a pierna suelta, por mí ningún problema, ya nos ha quedado muy claro que sabes cuidarla — dijo con

una gran sonrisa mi padre.

—Entonces todo depende de ti, Carla.

—Por supuesto, me vendrá bien tomar aire. Sé que contigo iré muy bien acompañada.

—Pues perfecto, luego nos vamos por ahí.

—Tenía muchas ganas de verte, ¿sabes?

—Yo también tenía ganas de verte. Eres guapísima. En aquel agujero, estabas hecha una piltrafa, aunque podía advertir que eras muy hermosa, una mujer muy hermosa – dijo con voz tersa.

—No nombremos aquello, por favor.

La comida fue perfecta. Estuvimos charlando y bromeando todo el tiempo, teníamos un ambiente distendido. No habíamos nombrado nada del secuestro en ningún momento, y ya me estaba extrañando, así que cuando estábamos sentados en los sofás, tomando un café, no me sonó raro que mi padre hablara del tema.

—¿Cómo llevas lo de ser policía infiltrado? — preguntó mi padre.

—Al principio cuesta, pero imagino que con el tiempo te vas haciendo a la idea.

—Pero los casos son muy complicados — dijo mi madre.

—Sí — Ángel nos miró a todos mientras hablaba —. El de Carla, por ejemplo, fue un trabajo de meses, requiere mucha preparación y estar psicológicamente bien.

—¿Cómo te convertiste en uno de ellos? — estaba deseando preguntarle eso.

—El hermano de uno de ellos, que teníamos retenido por diferentes acusaciones, quería entrar en la banda, pero nadie lo conocía. Así que me hice pasar por él.

—Lo dices como si fuera sencillo — dije con el ceño fruncido.

—No, no lo es, pero es mi trabajo. A veces tienes miedo de meter la pata, claro, pero ese es el riesgo que corremos. Siempre se intenta evitar que sucedan x cosas, pero algunas veces no se pueden o llegamos tarde. Así que lo que nos queda es solucionarlo todo con el mínimo daño posible.

Nos quedamos en silencio tras esas últimas palabras, pensando en lo del daño. Yo tenía mucho que agradecerle a Ángel, por él no sufrí ninguno, pero era una afortunada.

Ángel, al ver la seriedad de todos, volvió a bromear y a sacarnos de ese estado. Él sabía más de esto que nosotros.

Merendamos un poco más tarde y, tras vestirme, Ángel y yo salimos de casa para cenar fuera. Me monté en su coche sin miedo alguno, pero sí una sensación de inseguridad por el entorno, no por él.

Paró en el arcén y me cogió las manos.

—Hey, mírame — lo hice y me sonrió —. Estás conmigo, ¿recuerdas?

—Lo sé.

—Entonces no temas, no permitiré que te pase nada. Nunca.

Yo sabía eso, pero la calle me daba un poco de miedo, no podía evitarlo. Recordaba que fue en la calle donde me asaltaron para secuestrarme.

Llegamos a un precioso restaurante italiano y cenamos tranquilos. Él se sentó a mi lado para hacerme sentir segura en todo momento.

Decliné su oferta de ir a un bar de copas. Ahí sí que no me sentía preparada todavía, me iba a poner nerviosa. Lo comprendió, pero me dijo que en la próxima salida lo haríamos, así que decidimos parar el coche en un precioso parque y quedarnos allí.

—Todo volverá a la normalidad, no dudes eso — me dijo con voz dulce.

—Lo sé, pero poco a poco.

—Eres muy madura, Carla, no cualquiera hubiera tenido la fuerza que tienes tú para aguantar todo lo que pasaste.

—No digas eso, lo hice porque estabas conmigo.

Él negó con la cabeza.

—Lo hubieras hecho estando sola también. ¿Has visto ya a tus amigas? — preguntó para cambiar de tema.

—Sí — sonreí —. No tardaron en venir a casa y liarla.

—¿Tan locas son? — preguntó riendo.

—Natalia y Mónica son dos cabras locas, ya las conocerás. Si quieres, claro.

—Claro.

—Esto les ha hecho centrarse un poco más, al menos a Mónica, esa se lía con todo bicho viviente — dije poniendo los ojos en blanco.

—¿Y tú? — preguntó él.

—¿Yo? — casi chillé la pregunta, me había dolido el comentario.

—¿Cómo llevas lo de Israel? — rectificó.

—No quiero ni oír su nombre — dije con rabia—. No hay ningún sentimiento — no sabía por qué le estaba diciendo eso, pero lo hice.

—Me alegro.

Me mordí el labio, de repente notaba su mirada quemándome.

—Esto, estoy cansada — dije.

—Mmmm... — puso su mano en mi nuca y acercó nuestras caras.

—¿Ángel?

—¿Sí? — susurró cerca de mis labios, y yo estaba deseando que me besara de una vez.

—¿Vas a besarme de una vez? — dije con todo el descaro del mundo, pasaba demasiado tiempo con mis amigas.

Eché la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas. Después me miró mientras dejaba de reír.

—A sus órdenes — dijo antes de darme el beso más dulce del mundo.

Nos quedamos un rato más en el coche, besándonos solamente. Me dejó en casa y se despidió de mí con otro beso que me dejó temblando.

Llegué a mi cama casi dando saltos, iba por la casa como si fuera Heidi, con una sonrisa de idiota.

Sonó el móvil y corrí a cogerlo. Era él, nos habíamos intercambiado los números antes de despedirlo y aún no lo tenía en la agenda, así que lo apunté y leí el mensaje.

“Descansa, preciosa, piensa que estoy contigo y todo irá bien.”

Suspiré cual idiota de nuevo, le mandé un beso y me acosté con la promesa de verlo al día siguiente. No me importaba la edad y parecía que a él tampoco. Solo quería seguir sintiendo lo que él me hacía sentir. Además, sabía que, con él, cerca, todo sería más fácil.

Epílogo

Habían pasado unos meses, ya estábamos a las puertas de la Navidad.

Desde aquella noche en la que salimos, no dejé de ver a Ángel ni un día, siempre estaba pendiente a mí. Mis padres notaron que entre nosotros había algo, pero tardé un par de días en contarles lo que estaba sucediendo. No por miedo a su reacción, al contrario, no paraban de darme el coñazo con lo mismo, que Ángel era perfecto para mí, si no...

Bueno, ni siquiera yo sabía por qué había tardado, quizás porque en parte sí pensaba que recordaría a ese episodio de mi vida que quería olvidar, pero el tiempo empezó a poner cada cosa en su lugar. Y lo que sentíamos los dos, Ángel y yo, tampoco se podía ignorar. Pesaba más que cualquier miedo.

Mis padres se pusieron muy contentos al enterarse de que estábamos juntos, la diferencia de edad nunca entró en discusión, mi padre solo dijo en una de sus conversaciones pro - Ángel:

—A mí, que sea mayor no me importa. Eres tú la que elige y yo y tu madre no podemos elegir a nadie mejor para que te proteja.

Mis padres lo adoraban, para ellos era el héroe que había traído a casa a su hija, sana y salva. Y yo lo usé en mi favor porque cuando dejé de tener miedo de salir, gracias a la ayuda de mi policía, lo ponía como excusa, diciéndoselo antes, para hacer alguna trastada con mis amigas. Él se reía, llamándome niña pequeña, pero me decía que era lo que le gustaba de mí, cómo podía ser loca y seria a la vez y que no quería que cambiara.

Eso sí, siempre sabía dónde estaba. A veces bromeaba diciéndole que me pusiera un chip y así me controlaría mejor, a lo que él respondía que no sería tan mala idea.

Pero era muy cariñoso conmigo, siempre pendiente a todo.

Nuestra relación iba viento en popa y yo había retomado los estudios, ahora sí quería terminar mi carrera y especializarme, lo que me había sucedido me había hecho verlo todo desde otra perspectiva.

Estábamos en el piso de Ángel, acostados en la cama después de hacer el amor, cuando él habló.

—A Israel...

Me puse tensa al escuchar su nombre, Ángel lo notó, calló y me abrazó.

—Lo siento — dijo y yo sabía a qué se refería.

—No quiero saber nada de él, amor.

—Lo sé, pero tenías que saberlo.

—No puedo perdonarlo, no quiero ni alegrarme por el final que va a tener, no quiero saber cuántos años le cayeron. No quiero...

—Lo siento, perdóname, solo pensé que lo necesitabas para cerrar el capítulo.

—No hay nada que cerrar — lo miré a los ojos —, eso pasó, he superado muchas coas y seguiré superando alguna que me pueda quedar. Y tú estás aquí, es lo único que me importa — le di un beso que se convirtió en mucho más.

—Para, Carla — dijo riendo —, yo no soy tan joven como tú, dame tiempo a que me recupere.

—¿Me estás rechazando? — pregunté bromeando, haciéndome la ofendida.

—¿Yo? Jamás se me ocurriría.

—Entonces cállate — me puse encima de él y lo besé a conciencia mientras la risa se convertía en gemido.

Cuando dormía, mientras estaba abrazada a él, recordé parte de mi secuestro. Algunas veces, cuando no dormía con Ángel, tenía pesadillas, pero

esa noche iba a estar con él y estaba convencida de que eso no pasaría.

Ya lo tenía todo casi superado, lo que faltaba... Con el tiempo se solucionaría.

Pero teniendo a mi policía cerca, todo estaría bien, de eso no me cabía duda.

Le di un beso en el pecho.

—Te quiero — susurré.

—Y yo a ti — dijo con voz ronca.

—Duerme — le reñí.

—Si me dejas...

Lo miré y lo vi sonriendo y volví a besarlo.

Me apoyé de nuevo en su pecho y cerré los ojos, sonriendo. Sí, ahora todo estaba bien.

El secreto del amor

Capítulo 1

Hacía frío, pero me encantaba sentir aquel aire fresco sobre mi cara mientras me tomaba ese primer café de la mañana, me gustaba hacerlo de camino hacia el hospital donde trabajaba, siempre solía parar en la cafetería de abajo de mi casa y pedir uno.

Llevaba 2 años trabajando en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital, de enfermera, había conseguido mi plaza fija en aquel entonces. Me alquilé un piso cerca del trabajo justo seis meses después de haber cogido mi plaza, me apetecía independizarme, aunque vivía muy feliz en casa de mi madre, pero ya era hora de que, con un puesto fijo de trabajo y 30 años, me independizara.

En esos momentos recibí un WhatsApp de mi mejor amiga, Sarah.

“Buenos días, Valeria, cuando salgas de trabajar, ven hacia mi casa que Daniel va a preparar una paella.”

Su marido era un manitas en la cocina, todos los viernes solía invitarme a comer alguna de sus especialidades, además me apetecía despejarme un poco ya que el sábado tenía que volver al hospital y hacer una guardia de 24 horas.

“Perfecto, preciosa, me parece genial la idea, llevo el vino.”

Subí en el ascensor hasta la séptima planta, me dirigí hacia el vestuario donde nos solíamos cambiar las enfermeras, saludé a Melissa que ya se iba,

había estado de noche.

—Valeria, ha entrado esta noche un paciente nuevo, tendrá unos treinta y tantos años, venía indocumentado en la ambulancia, la policía ya está intentando averiguar de quién se trata para poder avisar a sus familiares. Lo han encontrado tirado en una cuneta, ha debido de ser atropellado por un vehículo que luego se ha dado a la fuga y por lo visto ha estado allí tirado bastante tiempo, no sabemos si saldrá de esta pero pinta muy mal.

—Pobre chico, espero que puedan identificarlo y que avisen a sus familiares que deben de estar muy preocupados, no te preocupes que leo el informe y me encargo de él.

—Por cierto, es precioso, tiene una cara angelical...

—Pues entonces seguro que lo hago hablar —dije bromeando.

—Ojalá, ya verás que impone verlo ahí de esa manera, por mucho que estemos acostumbradas hay casos que chocan, este chico tiene algo especial...

—Bueno, espero que tenga suerte y salga ese chaval de esta, entro para adentro, que disfrutes del fin de semana.

—Igualmente, aunque tienes guardia —dijo sacándome la lengua.

Pasé el control que hay antes de entrar a cuidados intensivos y saludé a mis compañeros, me metí en la sala que me correspondía y en la que había tres

pacientes, incluido el nuevo, al que me acerqué directamente para ver su informe que estaba puesto a los pies de su cama.

Me quedé impactada mirándolo, tenía razón mi compañera, tenía una cara angelical que llamaba la atención desde el primer momento, me quedé mirándolo fijamente, estaba totalmente conectado a las máquinas y sobre todo entubado, algo me hizo presagiar que no tendría un buen desenlace.

Leí el informe que habían dejado los médicos de urgencias y el de su intervención en quirófano, no tenían claras las secuelas que le podían quedar pero sin embargo no se veía ninguna lesión lo suficientemente fuerte como para determinar que no fuese a salir de ese coma.

Me pasé toda la jornada laboral pendiente a él, los otros dos pacientes ya estaban mejorando a pasos agigantados, a una ya la iban a enviar a planta esa misma mañana, estaba muy contenta y agradecida por el trato que había tenido por parte mía y de mis compañeras, había sufrido una operación de corazón muy grave y había salido muy bien de ella, cosa que me puso muy contenta ya que le cogí mucho cariño y aprecio.

Me gustaba hablarle a los pacientes aunque estuviesen dormidos, siempre pensé que muchos de ellos nos podían escuchar aunque estuvieran en coma, me gustaba dirigirme a ellos por sus nombres, pero en ese caso, con mi nuevo paciente, no podía hacerlo ya que no teníamos ningún dato sobre él, ese asunto me tenía muy inquieta, me daba lástima verlo ahí y que su familia estuviese ajena a todo lo que le estaba sucediendo.

Decidí llamarle rubio, me hizo gracia solo de pensarlo pero de alguna manera me tenía que dirigir a él y me pareció un poco incómodo tenerle que cambiar el nombre.

Cuando terminé mi jornada laboral me fui hacia él para despedirme.

—Rubio, me voy pero mañana vengo dando guerra y espero que me recibas con los ojos abiertos por lo menos, mañana tengo guardia de 24 horas así que tendré tiempo para darte un poco la lata, a ver si así reaccionas.

Salí de allí rallada por dejarlo ahí sin saber aún nada de su vida, me ponía muy triste aquella situación, si fuera alguien de mi familia me moriría de la pena de saber que estaba solo y todo el mundo ajeno a lo que le pasaba.

Me fui paseando hasta una vinoteca que había cerca del hospital y compré dos botellas de Rioja que tanto nos gustaban, luego me fui hacia la parada de autobús para coger el número dos que me llevaría hasta la puerta de casa de mi amiga. Tenía coche, pero para ir al trabajo o moverme por la ciudad, prefería hacerlo en transporte público ya que tardaba menos.

Me pasé todo el trayecto pensando en mi nuevo paciente rubio, hasta me había dado pena alejarme de allí y dejarlo solo, aunque mis compañeras del nuevo turno lo tratarían perfectamente, como solían hacerlo con todo el mundo, pero este caso me había llegado a lo más profundo de mi corazón y estaba deseando que se resolviese su situación lo antes posible.

—Llegas tarde —fue lo primero que me dijo mi amiga cuando entré en la cocina de su casa. Daniel me había abierto la puerta y ella estaba dándome la espalda mientras fregaba algunos platos.

—¿Tarde para qué? —pregunté mientras ponía las botellas de Rioja en la mesa y abría el frigorífico para coger algo de beber, el vino lo dejaría para después.

Los conocía a los dos de toda la vida y siempre actuaba en su casa como si estuviera en la mía, teníamos una amistad muy especial.

—La paella aún no está lista —intercedió Daniel mientras probaba el arroz, olía de maravilla.

— Pero casi lo está —resopló ella, aún sin mirarme. Me senté y abrí la lata de Pepsi Light que yo sabía que solo compraban para mí—, un poco más y viene cuando estamos terminando de comer —siguió diciendo ella como si la cosa no fuera conmigo.

—Para algo soy la invitada —dije riéndome.

—¿Invitada? Si solo te queda que te preparemos un cuarto aquí, que no será porque no te lo hemos ofrecido muchas veces, claro —cogió un paño y se secó las manos, dándose la vuelta y mirándome por fin.

—Así me ahorraría muchos gastos —le saqué la lengua y ella sonrió. Quería mucho a Sarah, era más que una amiga para mí. Siempre podía contar con ella y lo valoraba mucho, aunque fuese un poco gruñona y se preocupase demasiado por mí.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Tienes demasiadas ojeras de nuevo —dijo mientras terminaba de poner las cosas en la mesa.

—Pareces su madre... —dijo Daniel.

Ella lo ignoró, como siempre y se sentó conmigo. Charlamos un rato las dos hasta que Daniel puso la paellera encima de la mesa y nos apartó en los platos.

La paella, como siempre, estaba buenísima. Sarah y yo, en más de una ocasión, habíamos intentado hacerla siguiendo las instrucciones de Daniel, pero siempre habíamos terminado pidiendo comida a domicilio y el intento de paella en la basura. No sabíamos cómo lo hacía pero algún día esperábamos conocer el secreto.

—No me gusta verte así, Valeria, estás demasiado cansada, ¿no duermes últimamente?

—Estoy bien, Sarah, de verdad. Solo que los últimos días he estado más nerviosa de lo normal y he tenido turnos extras, pero nada por lo que tengas que preocuparte.

—Si es que de tan buena que eres, eres tonta —puse los ojos en blanco, ya sabía la frase que diría—. A ver si te preocupas un poco más por ti y menos por los demás. Y si necesitan que alguien les cambie el turno, pues que se lo cambie otra.

—No dices lo mismo cuando es a mí a quien se lo cambian —recordó su marido y ella lo miró malamente.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? Lo tendré presente la próxima vez que tenga que pedirle a algún compañero que me cubra porque se te haya ocurrido hacer una de las tuyas.

—Daniel... No empieces —dijo Sarah ofendida.

—¿Yo? Dios me libre —se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

Sonreí, siempre estaban así, pero era la pareja más consolidada que conocía, quizás por la confianza que tenían los dos...

—Hoy llegó en ambulancia un paciente que no han podido identificar, está muy mal herido y en coma —les conté cuando terminaron con las demostraciones de cariño.

—¿Sin identificar? —preguntó Daniel interesado. Era inspector de la Policía Nacional y adoraba su trabajo. A veces era hasta un poco obsesivo, o eso decía Sarah, claro que también lo decía de mí y yo no le daba la razón.

—Sí —bebí un poco de vino—. Lo encontraron en una cuneta, parece ser que lo atropellaron y se dieron a la fuga y el pobre chico se quedó allí, tirado, solo... No llevaba documentación encima.

—¿Nadie ha llamado al hospital preguntando por él? —se interesó mi amiga.

—Hasta que yo me he ido, no.

—¿Cuál es el diagnóstico? —ya estaba Daniel en modo detective, le faltaba la libreta para apuntar lo que yo le iba contando.

—Traumatismos múltiples, su pierna... —vi la cara de horror de mi amiga y preferí no explicarles mucho— Está en coma, no sé mucho más, no reacciona a los estímulos y parece ser que acabará mal —dije tristemente.

—Es raro que no hayan reportado su desaparición, si lo hubieran hecho como denuncia en la policía, los hospitales ya estarían informados...

—O desapareció hace poco y sus familiares aún no lo saben —terminé yo por él.

—O no tiene familia —dijo Sarah con tristeza en la voz, era demasiado sensible a algunos temas.

—Aunque no tenga familia, siempre habrá alguien que lo conozca. Así que lo más seguro es que ni siquiera haya pasado el tiempo necesario para que puedan denunciar su desaparición.

—Lo sé, Daniel, no es el primer caso que veo así —le dije—, pero no sé, este chico tiene algo especial.

—¿Es muy joven? —Sarah se apoyó en el respaldo de la silla y echó el plato para atrás, ya se le había quitado el apetito. Yo hice lo mismo que

ella y bebí un poco más de vino.

—Treinta y pocos años. Pero hay algo extraño en él, algo que te llama la atención, no sé cómo explicarlo.

—Con lo único con lo que contáis hasta ahora es con su descripción física, eso no va a ayudarnos mucho —le di la razón con la cabeza a Daniel, entendí desde el minuto uno que ya se había involucrado en el caso del rubio y, aunque no había sido mi intención, me alegraba de que ese chico pudiera tener un poco de ayuda extra y que ojalá no siguiese mucho tiempo solo.

—Lo sé, quizás en las próximas horas aparezca alguien, den con alguien, no sé —dije esperanzada.

—Déjame hacer un par de llamadas —Daniel se levantó, cogió su móvil y salió de la cocina.

—No quise que... —comencé a decir, apurada en ese momento, pero mi amiga me interrumpió.

—Bah, ya sabes cómo es, nunca descansa —dijo quitándole importancia—, sobre todo si ve que te ha afectado más de lo que debería.

—Sí, es extraño, lo sé, estoy acostumbrada a ver de todo en mi trabajo y no es el primer paciente desconocido que tengo que atender. No sé por qué, pero el rubio...

—¿Así lo llamas? —preguntó Sarah divertida, ya conocía cómo me dirigía yo a los pacientes que cuidaba, aunque supiera su nombre, siempre les ponía algún apodo cariñoso.

—Sí. El rubio —seguí— tiene algo que me llamó la atención. Pfff... No sé explicarlo —resoplé cuando las palabras no me salían.

—Eres muy sensible, todo te afecta demasiado.

Fui a replicarle que ella era aún más sensible que yo cuando Daniel volvió a sentarse a la mesa.

—He hablado con un par de compañeros y han mirado las últimas denuncias de desapariciones pero no hay nada que concuerde con la edad de ese chico. Así que no te puedo decir mucho más ahora mismo.

—Entiendo...

—Pero déjame intentarlo de nuevo. ¿Mañana lo vuelves a ver?

—Sí, tengo turno.

—Bien, pues mándame un WhatsApp si cuando llegues ves que siguen sin identificarlo y yo veré qué puedo hacer. Hablaré con mi superior e intentaré hacerme cargo del caso. Aunque no haya denuncia, no creo que haya problemas en que lo lleve.

— No tienes que...

—Ya, Valeria —dijo Sarah—, es su trabajo, aparte de que es algo que te preocupa.

—Vale, lo siento, no me gusta molestar.

—Me molestaré si no os coméis la paella que he cocinado durante horas con todo el amor del mundo. Dejemos el tema, que ahora mismo no podemos hacer mucho y comamos —dijo ordenando pero en tono de broma.

—A sus órdenes —dijimos Sarah y yo muy serias y acabamos riendo los tres.

Terminamos de comer y recogimos la cocina entre los tres. Nos sentamos en el sofá con otra copa de Rioja cada uno mientras me contaban los próximos planes que tenían. Sarah y Daniel viajaban mucho, era algo que les encantaba, y cada dos o tres meses hacían una escapada a algún lugar. En varias ocasiones, cuando mi trabajo me lo permitía, había ido con ellos.

Bien entrada la tarde, me despedí y quedé en avisar a Daniel al día siguiente si no había noticias sobre el rubio y me fui a mi casa. Caí rendida en la cama, estaba agotada y el día siguiente sería duro, pero me costó conciliar el sueño, la imagen de ese chico no se borraba de mi mente.

Capítulo 2

Me desperté más temprano de lo normal, la primera imagen que me vino a la cabeza fue la de mi nuevo paciente, el rubio, como le llamaba yo.

Entré a la cafetería a por el café, que era imperdonable por las mañanas y me fui andando hacia el hospital, estaba contenta porque Daniel me había prometido que iba a poner mucho empeño en averiguar la identidad de ese chico.

Por otro lado sentí miedo de que no hubiese aguantado la noche y que cuando llegase, ya no estuviese allí, estaba muy nerviosa por ello, así que pasé rápidamente el control de seguridad saludando a todos mis compañeros, fui para cambiarme de ropa y entrar a comprobar que todo seguía igual.

Cuando entré a cuidados intensivos me di cuenta de que mi compañera, a la que tenía que hacer relevo, estaba allí con el rubio, le estaba cambiando el gotero, al verme me sonrió.

—Buenos días, Valeria.

—Buenos días, ¿ningún cambio en su estado? —pregunté apenada.

—Ninguno, todo sigue igual, al menos se mantiene estable.

—Me da mucha lástima que no se pueda avisar a ningún familiar por no saber su identidad —dije mientras lo miraba.

—No podemos evitarlo, por mucho tiempo que estemos trabajando aquí, estas cosas nos seguirán afectando—dijo mi compañera mientras le acariciaba la mano.

—Tienes razón, bueno... solo cabe esperar que aparezca algún familiar preguntando por él, o que incluso tenga una mejoría y que él mismo pueda esclarecer su identidad, además de poder luchar por su vida.

—Bueno, ten buena guardia...

—Gracias, nos vemos.

Vi cómo mi compañera se alejaba y me quedé mirando al rubio.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo puedo ayudarte? —dije en voz alta como si me pudiese escuchar.

Miré el informe que me habían dejado sobre la cama y revisé los cambios de gotero que tenía que hacerle ese día, mientras leía no podía dejar de quitarle la vista de encima, algo me decía que debía de ayudarlo, además de ser lo que más deseaba en esos precisos momentos.

Hice una ronda por los demás pacientes aunque la cosa estaba tranquila y solo tenía 3, pero mi cabeza no dejaba de observar en todo momento al rubio, sentía una presión en el pecho e impotencia de no poder hacer nada por él.

A las 11 de la mañana salí de la sala y me fui a tomar un café a la cafetería

de fuera del hospital para poder fumar un cigarro, la verdad es que fumaba bien poco pero ese día me apetecía acompañar el café fumándome uno.

Me puse en la terraza del bar y me senté, móvil en mano, mientras me tomaba ese delicioso café, le mandé un WhatsApp a Sarah.

“La incertidumbre de no poder ayudarlo, me está matando.”

Eso era lo que sentía, solo hacía 24 horas que conocía a ese chico y ni siquiera había hablado con él y ya me encontraba sufriendo como si fuera alguien de mi familia, Sarah me respondió rápidamente.

“Relájate, Daniel te va a ayudar, sabes que puedes contar con él.”

Sabía perfectamente que así sería, pero también que iba a estar todo muy complicado ya que no había nada por dónde empezar a mover el hilo de su identidad.

“Sé que hará todo lo que esté en sus manos, y lo que no esté también, sé perfectamente cómo se involucra en su trabajo y más sabiendo que a mí me preocupa esa situación, os agradezco mucho que siempre estéis ahí para apoyarme.”

Nunca me habían fallado, Sarah era para mí como una hermana y Daniel se había convertido en el protector de las dos, me hacía muy feliz ver lo bonito que era ese matrimonio, mientras pensaba en ello volvió a sonar el WhatsApp.

“No te comas más la cabeza, en cualquier momento se sabrá quién es o despertará y él mismo te lo contará.”

Necesitaba creer que mi amiga tenía razón e iba a suceder eso, me preguntaba mil veces cómo sería él hablando, a qué se dedicaría, lo que no tenía muy claro es que estuviese casado ya que de ser así había pasado el tiempo suficiente para que su mujer hubiese preguntado en todos los hospitales, seguramente viviría solo ya que a su familia aún no le habría dado tiempo a echarlo en falta.

Volví hacia la sala, me quedé mirándolo de nuevo y me senté en el sillón que había a su lado, me apetecía hablarle, tenía la esperanza de que pudiese escuchar lo que le decía.

—Rubio, eres muy flojo, ya deberías de ir despertando —dije mientras le zarandeaba suavemente la mano.

No reaccionaba ni ante el más mínimo reflejo a nada, saqué el libro que me había acabado de comprar días atrás, hasta las 2 no iría a comer, así que necesitaba despejar la mente un rato ya que ahí no había nada que hacer hasta que le tuviese que poner los medicamentos en los goteros.

Seguía sentada junto al rubio y me puse a leer en voz flojita pero para que me escuchara, algo me decía que tenía que hablarle y decidí leer todo el libro en horario de trabajo para que él lo siguiese de principio a fin.

Al mediodía, después de 2 horas leyendo esa fantástica novela en la que estaba totalmente sumergida, me puse a cambiar los goteros a los 3 pacientes y luego pedí que entrase el suplente para ir a comer al bar.

Me costaba trabajo separarme de él, parecía que había tomado el rol de ser su parte de familia, esa que en esos momentos le faltaba.

Tras la comida volví a fumarme otro cigarro, cosa que no solía hacer a menudo, pero ese día estaba claro que necesitaba tirar del vicio para

relajarme, al menos para intentarlo.

Volví a subir dispuesta a seguir leyendo, así que me senté junto a él y me puse a continuar con la novela.

Se me ocurrió la idea de tirarle una foto y enviársela a Daniel por si eso podía agilizar el proceso de identificación.

Me tiré todo el turno leyendo y pendiente a las visitas que se sucedían cada 4 horas y que solo duraban 15 minutos, en esos momentos yo seguía con el rubio ya que no quería que él estuviese solo durante esos momentos familiares que transcurrían en esa fría sala.

La noche me la pasé tumbada en el sofá que teníamos para descansar un rato, me turnaba con la enfermera suplente y dormíamos una hora cada una, por la mañana, cuando le puse los goteros nuevos a todos y me preparé para el cambio, me senté junto al rubio y le hablé antes de irme.

—Rubio, estás tardando mucho en despertar, dentro de dos días vengo a terminar la novela que tenemos pendiente, espero que esta vez sí puedas hablar, aunque me conformo con que abras los ojos, cuídate mucho, volveré a darte la lata.

Me agaché y le di un beso en la frente.

—Nos vemos pasado mañana —dije mientras me marchaba.

Bajé y me fui directa a la cafetería, esta vez no me tomaría el café por el camino ya que me apetecía sentarme en la terraza a fumarme un cigarro mientras desayunaba tranquilamente, eso me había dado un cambio inesperado en mi vida y era uno de los pacientes que más tristeza me estaba ocasionando, me moría de la pena saber que no estaba acompañado por sus seres queridos.

Tras un largo desayuno, me fui andando tranquilamente a mi casa, estaba deseando coger la cama y descansar tranquilamente.

Desperté a mediodía y me preparé algo rápido para comer. Me senté en el sofá con el sándwich que me había hecho y cogí el móvil cuando sonó.

— Hola, preciosa.

— Hola, guapa. Me ha llamado Daniel y me ha contado que le enviaste la foto del rubio —dijo llamándolo ella también así.

— Sí, a ver si consiguen averiguar algo pronto, me da mucha pena verlo postrado en esa cama, solo...

— ¿Y cómo sigue?

— Igual, aún sin cambios, nada. Esto pinta muy mal —dije con tristeza en la voz.

—Te conozco, Valeria, y tengo miedo de que te encariñes demasiado con ese chico y...

— No digas eso, Sarah, es un paciente —dije para tranquilizarla pero hasta yo tenía ese miedo también, estaba claro que para mí no era solo un paciente.

— Como tú digas. ¿Cómo estás tú? —dijo cambiando de tema.

—He dormido y estaba comiendo algo.

— Pues no habrás dormido mucho viendo la hora que es. ¿Te apetece que salgamos a algún lado hoy?

— No —gemí—, tengo cosas que hacer.

— Oh, vamos, acabas de salir de un turno de 24 horas, tómate el día de relax.

— Quizás lo haga cuando limpie un poco y ordene este desastre.

— ¿Al centro comercial? Tengo que compr...

— No.

— ¿Un café?

—No.

— Está bien, en un rato voy para allá y nos lo tomamos —dijo antes de colgarme sin dejarme replicar.

Resoplé y terminé de comer. Me tumbé un rato en el sofá mientras veía las noticias, no sabía qué me pasaba pero estaba muy cansada. No era la primera vez que hacía turnos de ese tipo, era algo normal en mi trabajo, pero esos últimos días había algo que me tenía mal y no sabía qué era lo que me pasaba.

Desde que apareció el rubio...

Borré ese pensamiento de mi mente tan rápido como apareció, estaba claro que era algo mío, no tenía nada que ver con ese chico.

Tomé un largo baño, me recogí el pelo en un moño y me puse ropa cómoda, acababa de preparar la cafetera cuando llamaron al timbre, había calculado bien lo que tardaría Sarah en llegar, señal de que la conocía.

Pasamos la tarde las dos en casa, intentó sacar varias veces el tema de conversación del rubio pero lo evité en todo momento, como sus intentos por hacerme salir, estaba agotada y ya había decidido no hacer nada en la casa y tomarme el día de relax.

Cuando mi amiga se marchó, cogí la tablet y busqué alguna serie o película para ver, pero era incapaz de concentrarme. La dejé sobre la pequeña mesa de cristal que tenía frente al sofá y cogí el móvil.

Mis dedos fueron rápidamente a abrir la galería de fotos y el rubio fue el primero en aparecer.

Observé su cara, realmente parecía un ángel. En el hospital lo teníamos bien aseado y cuidado pero las magulladuras en su cara aún no se habían curado del todo.

Cerré los ojos, triste, cuando la pena me embargó de nuevo. Era un sentimiento que tenía desde el primer momento en que lo vi, quizás desde que mi compañera me contó su caso, pero que se agrandó cuando lo vi por primera vez en esa cama de hospital, con tantos cables, tan indefenso y solo...

Sonó un mensaje de WhatsApp y con pesar le di para leerlo, quitando la imagen de él de la pantalla. Era Daniel.

“Esto es lento, Valeria, aún no tenemos nada pero confía en mí, todo se arreglará.”

Le contesté rápidamente.

“Tranquilo, lo sé. Confío en ti y en tu trabajo.”

Me daba la impresión de que Daniel también se preocupaba por mí en ese sentido, como lo hacía Sarah y no lo entendía. Me estaba preocupando por un paciente como haría con cualquier otro. ¿Qué sensación les estaba dando a ellos? ¿Por qué pensaban que me lo tomaba tan personal?

Tal vez porque para mí estaba convirtiéndose en algo personal y seguía sin entender el porqué.

Me levanté y me preparé un café. Me lo tomé y volví a tumbarme con el móvil en la mano, mirando la foto del rubio.

Había algo en él que me llamaba la atención y tal vez mis amigos tenían razón y me tomaba todo eso más personal de la cuenta, gajes del oficio. Pero solo quería saber quién era y no verlo solo.

Y verle los ojos abiertos...

El lunes me levanté temprano y aproveché para ordenar y limpiar la casa. La noche anterior me había quedado dormida temprano en el sofá y había descansado bastante. La casa no era demasiado grande y, viviendo sola, tampoco tenía mucho que hacer, pero como siempre iba con prisas y poco tiempo, iba dejando las cosas por medio.

Sarah me había mandado un mensaje para invitarme a comer, así que cuando terminé de limpiar, me di una ducha rápida y me vestí con unos vaqueros ajustados y una camisa, dejando mi pelo suelto para que se secase solo. Llegué a su casa cerca de las 2 de la tarde.

Daniel apareció poco después, nos saludamos y terminamos de preparar la mesa para comer.

— Valeria, los compañeros que encontraron a tu paciente en la cuneta —comenzó a decir Daniel cuando estábamos empezando a comer—, como es normal, abrieron un expediente para intentar localizar.

— Eso lo imaginé —dije yo.

— Como pedí encargarme personalmente de esto, estuve leyendo los informes del accidente y uno que mandó el hospital con las heridas y lesiones que presentaba —afirmé con la cabeza, conociendo el protocolo—. Hemos revisado las últimas denuncias y, como ya te dije, no hay ninguna que concuerde con la descripción de este chico.

— Pues ya ha pasado el tiempo suficiente para que alguien lo haya echado falta —intervino Sarah y todos sabíamos que era cierto.

— Sí, las 48 horas necesarias ya han pasado —confirmé en voz alta.

— Hemos estado investigando por varias vías, diferentes tipos de denuncias pero no hemos encontrado nada que encaje, como te he dicho antes. Mañana iremos al hospital para obtener sus huellas dactilares y poder mirar en la base de datos.

— Sí, lo entiendo —dije sabiendo que era también lo normal.

— Esperemos que así logréis saber algo... —dijo Sarah con tristeza.

Tragué saliva y afirmé apenada también.

—Sigue sin haber mejoría —les expliqué—, no empeora y a veces da la impresión de que va a salir de esta, pero otras...

—Que esté estable es buena señal —Sarah me cogió la mano y me dio un ligero apretón de consuelo.

—Estoy acostumbrada a todo esto, es mi trabajo, pero no puedo evitar sentirme triste al ver que nadie va en las horas de visitas o que quizás su familia esté buscándolo como loca mientras él está inconsciente en una cama de hospital.

—Nuestro trabajo nos enseña a ser duros, pero no somos de piedra —dijo Daniel y era cierto, ambas profesiones eran así.

—Bueno, dejemos el tema, estoy empezando a encontrarme mal —gimió Sarah.

— Eres una hipocondríaca —me reí a pesar de la tristeza porque mi amiga no cambiada

— No, es que cuando no hablamos de delincuentes, hablamos de enfermos. Y siempre comiendo —dijo empezando a enfadarse—. ¿Os hablo yo de lo poco que soporto a mis clientes?

Sarah era ilustradora digital y se pasaba el día creando portadas o imágenes para escritores sobre todo. Había veces que la había visto desquiciada con su trabajo y, aunque la entendía, me hacía gracia.

Un par de horas después regresé a mi casa, me pasé primero por el supermercado para hacer la compra y compré algo rápido para cenar. Los últimos días no había estudiado nada y tenía un curso que terminar, el examen sería pronto e iba retrasada estudiando.

Aunque tenía la mente en otro lado, conseguí centrarme para adelantar varios temas.

Más tarde llamé al hospital y hablé con una de mis compañeras, les pregunté por todos los pacientes pero yo sabía por quién llamaba. Me dijo que seguía igual y eso me entristeció.

Agotada, cené la pizza que me compré y me fui a la cama, deseando que llegase el día siguiente para ver si por fin, el rubio, daba alguna señal de mejoría.

Capítulo 3

Salí temprano de casa, fui a por el café de todas las mañanas para tomarlo por el camino mientras me fumaba un cigarro, estaba aumentando la dosis de tabaco y ya casi me fumaba 6 cigarros al día, cosa que antes no hacía, no pasaba los dos cigarros diarios, pero toda esa situación me tenía muy nerviosa y tenía que echar mano a ese vicio tan feo.

No paraba de preguntarme cómo se llamaría, a qué se dedicaría y sobre todo cuál sería la historia de su vida, su semblante me hacía presagiar que se trataba de una buena persona, una cara tan angelical no podía ser de otra manera.

Entré en la sala de cuidados intensivos y me fui directa hacia él.

— Buenos días, mi rubio, ¿qué tal está mi paciente favorito? —dije mientras le frotaba la mano en muestra de cariño.

Cogí el informe que había dejado el turno anterior y me puse a leerlo y no había ninguna novedad, aunque ya me lo habían dicho quería asegurarme por mí misma, la verdad que los niveles eran bastante buenos para lo mal que pintaba todo el asunto.

Un rato después estaba entrando Daniel por las puertas con un compañero.

— Hola, Valeria, él es mi compañero Jesús —dijo mientras me daba

dos cariñosos besos.

— Hola, me alegra veros por aquí.

— Vamos a proceder a cogerle la huella para intentar lo antes posible desvelar su identidad.

— Me parece genial, ahí lo tenéis.

Daniel lo observó y volvió a dirigirse a mí.

— Qué lástima, se ve que es joven, ojalá salga de aquí favorablemente.

Volvió a mi mente la idea de que él pudiese estar escuchándonos.

— Claro, él es un campeón, lo que pasa que es un poquito flojo y va a tardar en despertar, pero lo harás seguro —dije guiñando el ojo a Daniel que me comprendió perfectamente y me sonrió.

Miré cómo Jesús le cogía la huella táctil, la verdad que lo trató con mucho cariño, hacía como yo, le hablaba y le explicaba lo que le iba a hacer.

— Bueno, pues esto está listo para enviar a buscar coincidencias —dijo Jesús.

— Pues nos vamos, espero poder darte buenas noticias pronto —respondió Daniel mientras se acercaba a mí para darme un abrazo y

despedirse.

— Gracias por todo.

Los acompañé hasta la puerta, estaba feliz porque era el principio de un gran paso, en el fondo estaba deseando poder poner nombre a mi paciente, me faltaba esa parte de él, en mi próxima guardia había pensado que terminaría con la novela que le estaba leyendo, además que se quedó en una parte muy emocionante, al igual que la otra que empecé a leer en mi casa.

Me dirigí hacia él y de repente me llevé un sobresalto al girarme y levantar la cabeza.

—Rubio, ¡has abierto los ojos! ¡Has despertado! —grité emocionada mientras me acercaba a él.

No se movió ni lo más mínimo, seguía con los ojos abiertos pero la mirada la tenía perdida y parecía que no me estuviese escuchando.

— ¿Puedes oírme? —dije mientras le frotaba la mano y contemplaba esos preciosos ojos color miel.

Seguía sin moverse, saqué el móvil y llamé inmediatamente al doctor que vino enseguida.

Se puso a observarlo y a hacer pruebas para ver si respondía a los estímulos.

— No responde, pero es un gran paso el que ha acabado de dar,

necesita más tiempo, voy a solicitar que mañana le hagan unas pruebas para ver si hay alguna mejoría. Háblale bastante y sobre todo mantente alerta por si vuelve a dar otra señal, en ese caso vuelve a avisarme enseguida.

—Claro, Doctor, no se preocupe que estaré pendiente a cualquier cambio que pueda volver a dar.

Tal como el médico atravesó la puerta, me fui directa al rubio y me puse frente a él, justo para donde tenía la mirada perdida, lo miré fijamente mientras le agarraba la mano y le dije:

—Escúchame, rubio, que como no me des señales de que me estás escuchando, me cago en todo lo que se menea —dije en flojito muerta de risa.

Nada, no respondía, pero me daba igual ya que había conseguido que abriese los ojos y por lo menos íbamos avanzando bastante, además de que ya se habían llevado las huellas para poder comprobar cuál era su identidad.

Yo tenía claro que tenía que hacerlo hablar como fuera o sobre todo mover alguna parte de su cuerpo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué te pasó? No te preocupes que estaré aquí a tu lado pendiente para que no te sientas solo en ningún momento pero estamos haciendo todo lo posible para avisar a tus familiares, aún no podemos hacerlo ya que no sabemos quién eres, ojalá puedas responderme pronto —dije cariñosamente mirándolo a los ojos.

El doctor volvió con dos compañeros más y empezaron a hablar sobre el caso de mi paciente delante de él, querían hacerle varias pruebas para ver si tenía dañado algunas partes de su cerebro, me daba rabia escuchar lo sabía hablar delante de él ya que yo seguía pensando de que él estaba escuchando absolutamente todo lo único que no podía responder.

Uno de los doctores sugirió un cambio de medicamentos y lo anotó en la tabla de informe que dejaban a los pies de cada paciente, decía que optaba por algo más severo que lo hiciese responder antes si se diera el caso, yo sólo rezaba para que todo aquello diese resultados.

Cuando se fueron los médicos otra vez, me puse frente a mi rubio, a ese iba a terminar yo hasta cantándole pero tenía que conseguir que saliese adelante lo antes posible.

— Rubio, es verdad que llevo pidiéndote varios días que hagas algo que me diga que estás ahí escuchándome y sobre todo te pedí que abrieses los ojos y lo has hecho, tienes que seguir mejorando, tienes que intentar hacer alguna señal que nos haga saber que todo va bien.

La mañana la pasé un poco preocupada, sabía que cuando me fuese se quedaría en buenas manos, pero yo ya sentía que él era parte de mi vida ya que no tenía a más nadie que se preocupase de la forma que yo lo estaba haciendo por él.

Salí muy triste del hospital, me daba mucha pena dejarlo allí.

Me bajé del autobús una parada antes y entré en un pequeño burger para comprar algo rápido de comer. No era muy estricta con la dieta, aunque solía cuidarme bien, pero esos días, con tanto estrés y mi cabeza dando vueltas todo el tiempo, no tenía ganas ni de cocinar, así que la comida rápida me hacía un favor.

Me la prepararon para llevar y al final acabé comiéndomela por el camino. Me senté en un banco en el parque que estaba junto enfrente de mi casa y me tomé la Pepsi Light mientras me fumaba otro cigarro.

Tienes que dejar de fumar tanto, pensé y resoplé.

Me acomodé todo lo que pude y levanté la cabeza para que el sol me diera de pleno en la cara. Con mi extraño horario de trabajo, los días que tenía libres los usaba para descansar o estar con la familia o amigos, así que rara vez disfrutaba del sol completamente.

Cogí el móvil y llamé a mi madre, hacía muchos días que no sabía nada de ella.

— Hasta que te acuerdas que tienes una madre —dijo irónicamente sin ni siquiera saludarme.

— Lo siento, mamá, ya sabes cómo es mi trabajo —dije tímidamente.

— Claro que lo sé, por eso sé también que no es así, el problema eres tú, que te encanta trabajar —dijo riñéndome como si tuviera doce años.

— ¿Cómo estás? —ignoré el comentario.

— Bien, muy cansada, como siempre. Esperando que mi única hija tenga un poco de tiempo para su pobre madre.

— Mamá... —la quería mucho, ella me había criado sola desde que mi padre murió siendo yo muy pequeña, tenía muy pocos recuerdos de él.

— Está bien —suspiró—, solo me preocupo por ti.

— Lo sé, pero estoy bien. Pronto me examinaré del curso que estoy haciendo y tendré más tiempo libre ya que no tendré que estudiar.

— Hasta que te apuntes en otro.

— Eso sí —reí.

— Y tú, ¿cómo estás?

— Bien, cansada pero es normal. Entró un paciente nuevo, un chico del que aún no hemos podido averiguar ni su nombre y estamos a la espera de que alguien denuncie su desaparición o demos con alguien que lo conozca.

— Tal vez es un vagabundo de la calle —dijo mi madre, horrorizada. Ella era un poco especial para la gente, quizás por el daño que le habían hecho en su vida, pensaba yo.

— Aún así, siempre hay alguien que te echa de menos.

— Si tú lo dices... Pero no es tu problema, Valeria, que te conozco. Atiéndelo cuando te toque y ya.

— Claro —le dije por darle la razón porque si mi madre supiera cuánto me estaba afectando el caso del rubio, no sabía cómo podía reaccionar. Haciendo un melodrama, seguro—. Bueno, mamá, ya estoy llegando a casa, esta semana me acerco un rato, ¿vale?

— Como si me lo fuera a creer...

Puse los ojos en blanco, no tenía ganas de discutir y sabía que al final acabaría desquiciándome. Le mandé un beso, le dije que la quería y colgué.

Llegué a casa y lo primero que hice fue llenar la bañera con agua caliente, me encantaba tomar un baño relajada, con música de fondo.

Salí cuando el agua comenzó a enfriarse y me puse un chándal cómodo. Preparé los cuadernos y los libros para estudiar un poco, iba muy atrasada con el temario y me senté en el sofá.

Fue empezar a leer y el móvil pitó con un mensaje de WhatsApp. Era Daniel.

“Valeria, acabamos de llegar a comisaría y vamos a ponernos con el caso de tu paciente. Como te dije, ten paciencia, esto es lento, pero no te preocupes que te iré avisando de todo. Besos.”

Le respondí al momento.

“Lo sé, Daniel, no hace falta que me lo digas. Ya viste cómo está el pobre chico, es una pena que siga solo.”

Contestó al instante.

“Sí, pero no quiero que te hagas ilusiones, quizás no logremos saber nada y si además él no despierta...”

Ese comentario me hizo daño, mi corazón de encogió. Sabía que era una posibilidad pero me dolía pensar que ese ángel no despertara.

“Me avisas si sabes algo. Besos.”

Le respondí dando el tema por cerrado, ya me había dejado mal cuerpo. Intenté ponerme de nuevo a estudiar pero ya era incapaz de hacerlo, solo pensaba en el rubio.

Desesperada, después de tomarme un té, fumarme unos cuantos de cigarros y dar veinte vueltas por la casa intentando dejar de pensar en él y de sentirme nerviosa, me cambié de ropa, cogió el bolso y salí de casa.

Paseé por la ciudad y estuve un rato haciendo algunas compras por el centro comercial. Hacía poco que me había comprado ropa nueva pero era mi debilidad, así que siempre que pasaba por alguna tienda, acababa comprando algo.

Merendé en una cafetería y me comí un croissant de chocolate con el café. Llamé a Sarah y estuve contándole sobre el rubio, quedamos en vernos en mi próximo día libre.

Llegué a casa bien entrada la tarde, guardé todo lo que me había comprado y me acosté, no me apetecía cenar.

Volví a mirar la foto del rubio que tenía en el móvil y la tristeza volvió a embargarme. No sabía qué me pasaba con ese chico pero estaba todo el tiempo en mi mente, quizás estaba un poco obsesionada con ese tema.

Recordé el momento en el que había abierto los ojos, por fin pude vérselos y el impacto que tuvo en mí fue increíble. Aunque no me mirara, aunque ni siquiera mirara a nada ni nadie, me impactaron esos ojos color miel. Y me hizo sentirme más protectora con él de lo que ya me sentía.

No sabía qué me estaba pasando, yo no era tan emocional, sabía controlarme por mi trabajo, pero con el rubio algo de mí se activaba y yo no

podía controlarlo, aún menos evitarlo.

Puse el móvil en la almohada para que no se moviera y me quedé mirando su imagen mientras el sueño se apoderaba de mí.

Iba cerrando los ojos poco a poco y dejando esa imagen grabada en mi mente.

¿Cuándo vas a mirarme a mí, rubio?, pensé antes de dormir...

Capítulo 4

Me desperté demasiado temprano, fui hacia la cocina y me preparé un café para tomarlo con un cigarro mientras revisaba las redes sociales, no podía quitarme de la cabeza al rubio, esa mirada tan bonita que tenía aunque estaba totalmente perdida, me estaba obsesionando demasiado pero no podía evitar el pensar en él.

Hice tiempo antes de empezar a vestirme y salí andando tranquilamente

hacia el trabajo ya que necesitaba que me diese el aire.

Entré en la sala antes de tiempo y miré hacia el lado del rubio y no estaba allí, se me subió la sangre rápidamente a la cabeza, me fui para mi compañera y le pregunté sofocada.

— ¿Qué pasó con el paciente?

—Tranquila, Valeria, solo le están haciendo una prueba, eso te está afectando demasiado, tranquilízate, ahora lo traen, en un rato.

En esos instantes suspiré bien fuerte ya que tenía una presión dentro de mí que parecía que iba a hacer estallar mi pecho.

—Gracias, no puedo dejar de sentir mucha lástima por este chico, estoy deseando que averigüen su identidad para poder avisar a sus familiares y que estén a su lado en estos momentos tan duros. Bueno, sigo trabajando, muchas gracias.

— De nada, preciosa, relájate.

Se me hizo durísima la hora hasta que trajeron al rubio a la sala, venía con los ojos abiertos y lo dejaron justo en su lugar, me fui hacia él y me puse frente a su cama para hablarle.

—Vaya susto me has metido, rubio, cuando he entrado y no te he visto por poco me da un infarto —dije recriminándolo a modo broma.

Me puse a mirarlo fijamente y me di cuenta de que en estos momentos

estaba derramando unas lágrimas, me quedé impactada.

—Rubio... ¿Estás llorando? —dije mientras me acercaba para secarle las lágrimas— No te preocupes, yo sé que a mí me escuchas.

En esos momentos comenzó a llorar más, pero seguía con la mirada perdida.

—Llora si necesitas desahogarte, no te preocupes por eso. Sé que pronto me vas a hablar.

Le acariciaba rápidamente su mano, no podía dejar de tener gestos de cariño hacia él ya que sabía que lo necesitaba.

Llamé al doctor para que viniese a ver lo que estaba sucediendo y que me diese una opinión profesional sobre ello.

— Valeria, lo que le ha sucedido es un síntoma de querer expresar sus sentimientos de la manera más fácil que ha tenido y fue llorando, su cuerpo aún no responde con la orden que le manda al cerebro, pero de lo que no me cabe duda es que con el paso agigantado que ha tenido, pronto empezará a reaccionar —dijo dándole dos golpecitos en el pie en señal de que estaba seguro de que lo estaba escuchando.

—Estoy también segura de ello.

—He notado que te has preocupado demasiado por este paciente, que lo estás pasando mal debido a que no se sabe su identidad, seguro que el departamento que ha venido hoy a tomar las huellas van a dar con su

identificación, estás haciendo un trabajo ejemplar —dijo señalándome con el dedo mientras se iba para su consulta.

Volví a mirar al rubio que seguía con la mirada perdida al infinito, estaba como en shock, me puse a su lado y le agarré la mano.

—Escucha, rubio, te he prometido que voy a encontrar a tu familia una vez que sepa tu identidad, pero tienes que poner toda la fuerza de voluntad para hablar y moverte, te prometo que te estoy ayudando en todo lo que puedo, si luego descubro que no tienes nadie, no te preocupes que te obligo a casarte conmigo —dije bromeando.

En ese momento me di cuenta de que se volvía a echar a llorar.

—No llores, lo de casarnos era broma —dije para quitar hierro al asunto, sabía que él me escuchaba y que estaba llorando porque lo iba a ayudar, estaba segura y convencida de ello.

Me pasé todo el turno pegada a él, los demás estaban enfrente y controlados, estábamos todos juntos en muy pocos metros cuadrados, pero tenía que tener al rubio cerca de mí todo el tiempo, parecía que había un imán que me atraía hacia él.

A media mañana bajé a desayunar al bar que estaba justo enfrente al hospital, necesitaba comer y sobre todo fumarme un cigarro ya que estaba que me comía las uñas, tenía ganas de avanzar con respecto a este chico, no sabía qué estaba pasando pero mi corazón ya solo tenía latidos para él, me había encariñado de una forma brutal, me había involucrado hasta el fondo, solo quería en ese momento poder ayudarlo.

En ese momento sonó el teléfono y era mi amiga Sarah.

— ¿Cómo estás Valeria ?

—Bueno, llevándolo lo mejor que puedo, esta mañana estuvo aquí Daniel tomando las huellas dactilares.

—Lo sé, seguro que pronto tendrás resueltas todas tus dudas.

—Eso espero, sobre todo por él, lo que me extraña que nadie haya denunciado su desaparición, he llegado hasta a pensar que no sea de este país, no sé, hay algo muy extraño en todo esto.

—Pueden ser mil razones, Valeria, pero espérate a saber de quién se trata, no te comas más el coco, así lo único que estás solucionando es estar inquieta todo el día.

—No puedo evitarlo, se me está yendo la vida con esto...

—Lo sé, pero así eres tú, por mucho que se te diga tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

— No es eso, es que él está pasando por un momento muy delicado, en los que debería de estar rodeado por las personas que le quieren y no estar debatiéndose entre la vida y la muerte de esa forma tan solitaria.

— Bueno, tan solo no está, gracias a Dios que te tiene a ti ahí que estás

muy volcada en él, seguro que cuando se despierte te come a besos.

—Quizás no recuerde nada...

—Quizás hasta te pide matrimonio —dijo muerta de risa.

—Calla, que hace un rato le dije que si cuando supiese su identidad resultaba que no tenía familia, lo obligaba a casarse conmigo.

—¡Estás loca!

—Peor aún, cuando se lo dije, sus ojos comenzaron a derramar lágrimas.

—Lo mismo te escuchó y se emocionó.

—O se cagó de la amenaza que le había hecho...

—Qué exagerada eres y vayas cosas tienes, ya te digo yo que sí te está escuchando, cuando pueda hablar, no te dejará ir...

—Anda ya, a veces tengo la sensación que en cualquier momento lo voy a mirar y habrá vuelto a cerrar los ojos —me puse triste.

—No pienses esas cosas, a partir de ahora todos serán avances, lo peor ya ha pasado, además no te quiero ver así, tú siempre ha sido muy positiva,

te has encariñado demasiado con él y por eso estás así.

—Sí, parece como si fuera un familiar mío de toda la vida...

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo, esos sentimientos son un poco más fuertes y de manera diferente a lo que estás intentándome transmitir.

—No estoy enamorada, si es lo que piensas, el amor sucede tras un cruce de palabras y nosotros aún no lo hemos tenido —ni yo me creía lo que estaba diciendo.

—Ya ya, será eso.... Bueno, cariño a la tarde hablamos, un besito y cuídate.

—Cuídate tú también, te quiero.

Me pusieron el café y las tostadas y me encendí el cigarro, mi cabeza iba a estallar, sabía que hasta que no tuviese las noticias que estaba deseando escuchar, no iba a quedarme tranquila.

Volví a entrar en la sala, el rubio seguía con su mirada perdida, me fui hacia la directa, tenía ganas de hablarle.

—Rubio, vengo de tomar un café con unas deliciosas tostadas, también me fumé un cigarro, fumo poco pero desde que tú estás aquí me voy a dejar el sueldo en tabaco —reí muy flojito—. Con esto quiero decirte que me sale más rentable que despiertes de una vez por todas y te invito a uno de estos desayunos, hasta con jamón si quieres.

Me entró un ataque de risa que tuve que ponerme las manos en la boca para que nadie se enterase, me daban ganas de soltarle muchos disparates a mi rubio, tenía la sensación de que interiormente debía estar riéndose.

—Bueno, voy a cambiarle a los otros el gotero que ya les toca, a ti siempre me encargo de cambiártelo el primero, vaya chollo tienes tú aquí conmigo, para que luego te levantes y te quejes— dije aguantando la risa.

Me pasé el resto de jornada muy nerviosa y no dejaba de observarlo, quería que pasase algo, que cambiase un poco la situación, pero otro día más que me iba de allí quedando todo de igual manera...

Empezó a sonar el móvil cuando aún no me había dado tiempo a salir del recinto hospitalario. Me paré, abrí el bolso y empecé a despotricar, nerviosa, cuando no lo encontraba. Cogí la llamada sin mirar quién era.

— ¿Diga? —pregunté un poco sofocada al agacharme a coger el bolso que se me había caído.

— Valeria, soy Daniel.

— Oh, hola. ¿Pasa algo? ¿Sabes algo? —me apoyé en una pared cercana para hablar mejor.

— Tenemos algo.

Me quedé unos segundos esperando a que continuara pero no lo hacía.

— ¿Y bien? —pregunté impaciente.

— Perdona, leía unos documentos —puse los ojos en blanco—. Sabemos de quién se trata, su nombre es Matt y vive en una casa en las afueras de la ciudad.

— Matt... —repetí sonriendo, ya conocía el nombre del rubio.

— Sí, Matt. Fuimos a la dirección que aparece en su D.N.I. y hablamos con sus vecinos.

— ¿Avisásteis a su familia? —cada vez estaba más nerviosa, eso era lo primero que quería saber.

— Si me dejas explicarme... —pude notar diversión en su voz.

— Lo siento.

— No te preocupes. Estuvimos en la casa, según los vecinos, lleva poco tiempo allí, cerca de 4 meses. No lo conocen, solo de haberlo visto salir y entrar en la vivienda bien vestido para lo que creen o se supone que era ir a trabajar y que solía salir sobre las 7 de la mañana y regresar a eso de las 3 de la tarde.

— ¿Y ya?

— Bueno, si te sirve de algo que tenga un BMW blanco...

— Perdón, Daniel, es solo que me da pena verlo así, tan solo...
—quería dejarlo claro por si pensaba como Sarah.

— Te dije que te ayudaría, Valeria, pero ten paciencia. Como te decía, no lo han visto acompañado y aún no hemos podido averiguar mucho sobre su familia, te iré contando cuando sepa, ¿de acuerdo?

— Sí, muchas gracias.

— No me las des, es mi trabajo. Deseo cerrar este caso tanto como tú.

Sonreí ante eso porque la verdad era que lo dudaba, había algo que me unía a ese chico. Más de lo que yo misma quería reconocer.

Vi cómo el autobús llegaba pero me di media vuelta y empecé a andar rápidamente. Llamé al ascensor y en unos minutos estaba viéndolo tumbado en su cama de hospital. Le comenté a mi compañera que iba a decirle algo y me acerqué a él.

Cogí su mano y le di un apretón.

— Hola, Matt —le dije flojito—, precioso nombre —una lágrima cayó por su mejilla, me estaba escuchando y le apreté más la mano—. Ya no puedo llamarte rubio, me gusta más tu nombre. Solo quería decirte eso y pedirte que confíes en mí, voy a averiguar quién eres y voy a traer a tu familia. Pero por favor, tienes que recuperarte, tienes que abrir esos ojos de nuevo y sacar las fuerzas para salir adelante —otra lágrima cayó y sonreí al saber que al menos, me escuchaba—. Confía en mí —repetí—, no voy a dejarte solo —me acerqué a él y le di un beso en la mejilla —. Nos

vemos mañana, Matt.

Solté su mano y me fui tras despedirme de mi compañera. Llegué a casa y tomé una larga ducha, sonriendo en todo momento porque, aunque poco, al menos teníamos algo. Ya sabía su nombre.

Comí y me senté en el sofá con la tablet. Fruncí el ceño al abrir Facebook y puse en el buscador el nombre de Matt, quizás no estaría mal probar un poco de suerte.

Su cara apareció junto a su nombre y, nerviosa, entré en el perfil. Resoplé al ver que lo tenía cerrado, nada era público, así poco podría averiguar sobre él. Solo su foto de perfil, que era su rostro, y una foto en... ¿Un velero?

Descargué la imagen y la abrí dándole al zoom. Sí, era un velero y eso era el puerto de mi ciudad, conocía esa zona bien, había paseado muchas veces por allí.

Guardé ambas fotos en mi galería y me preparé algo de comer. Podría decirle a Daniel o...

No, yo iría al día siguiente al puerto, quizás alguien de por allí lo conociera y pudiera decirme algo más.

Llamé a Sarah y le conté lo que sabía pero no le dije sobre lo del puerto, no quería que Daniel lo supiera, necesitaba hacer algo yo y eso no interferiría en su trabajo. Cuando colgué, me preparé la cena y me fui a la cama pronto.

Matt...

Algo era algo, deseosa de que al día siguiente alguien pudiera decirme muchísimo más sobre él.

Cerré los ojos, seguía nerviosa pero sonreía más. Él empezaba a dar muestras de mejoría y yo sabía que tenía la fuerza para salir de esa. Le prometí no dejarlo solo y no iba a hacerlo hasta que viera a su familia junto a él.

¿El porqué?

Ni yo lo entendía....

O quizás sí...

¿Tendría Sarah razón? ¿Tenía sentimientos por Matt?

Gemí y me tapé hasta la cabeza. Claro que los tenía, no podía haberme enamorado de él, eso era imposible, pero que algo había, había.

¿Se podía ser más idiota? ¿Sentir por alguien que ni conocía? ¿Con quien ni siquiera había hablado? Bueno, yo sí, pero él no.

Lo peor era que ni quería dejar de tomarme todo eso a nivel personal ni mucho menos iba a dejarlo solo.

Matt reaccionaría, se recuperaría, volvería con su familia y...

Cerré los ojos con fuerza, mejor no pensar en que dejaría de verlo.

Capítulo 5

Me desperté temprano y me fui para el hospital con el café en la mano, estaba deseando de verlo, sabía que podía escucharme, eso para mí era un gran avance, además de ya saber su nombre.

Antes de entrar en la sala me crucé con mi compañera que ya sabía, al verme aparecer, que iba con prisa.

—Buenos días, Valeria, que tengas buen turno.

—Buenos días, preciosa, descansa.

Entré hacia dentro, fui directa hacia él y me paré a su lado.

—Buenos días, dormilón, ¿qué tal pasaste la noche ?

En esos momentos giró la cabeza hacia mí y me miró fijamente, ya no tenía la mirada perdida, su semblante transmitía mucha nobleza y me miraba como queriendo decir algo.

—Matt, cariño, estás avanzando a pasos agigantados —dije mientras le cogía la mano y me ponía frente a su cara para mirarlo.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas, pero esa vez mirándome a los ojos, nada de tener la mirada perdida.

—Escucha, Matt, no quiero que estés triste, pronto saldrás de esta, he mirado en las redes sociales y he visto que tienes Facebook, pero solo tienes en abierto una foto de perfil y una en la que estás en un velero en el puerto de esta ciudad, no sé qué relación tienes con aquel lugar pero quiero ir a preguntar y enseñar una foto tuya para ver si alguien te conoce, quiero hacerte unas preguntas, como puedes mover la cabeza, cuando quieras decirme que sí, mira hacia abajo, de lo contrario, si la respuesta es no, mira hacia arriba.

En ese momento miró hacia abajo, estaba claro que estaba entendiendo todo y quería colaborar, me senté en el borde de la cama y le cogí la mano.

—¿ Estás casado o tienes pareja?

Miró rápidamente hacia arriba.

—Perfecto, así tengo más posibilidades de casarme contigo —dije bromeando.

Una ligera sonrisa se dibujó en su cara, cosa que me dio mucha emoción.

—Matt, ¿tienes padres o hermanos?

Rápidamente miró hacia abajo afirmando a mi pregunta.

—Bien, vamos a hablar de tus padres, ¿están en esta ciudad?

En esos momentos miró hacia arriba.

—¿Viven fuera?

Siguió mirando hacia arriba.

—Pues si no están en la ciudad y no viven fuera... ¿Están de viaje?

Miró ligero hacia abajo, afirmando.

—Entiendo, están de vacaciones, ¿eso me quieres decir?

Volvió a mirar hacia abajo afirmando.

—¿Tienes hermanos?

Miró hacia arriba, entonces estaba claro que no tenía hermanos y que sus padres estaban de vacaciones y por eso no habían notado la ausencia de Matt.

—¿Quieres que yo los llame?

Miró rápidamente hacia abajo, era evidente que quería que sus padres tuviesen constancia de lo que le había pasado.

—Vale, ¿tú recuerdas su número móvil?

Afirmó mirando hacia abajo.

Entonces genial, voy a escribir en un papel los números que vamos a ir averiguando, te diré del primero del 1 al 10 y tú levanta la cabeza cuando te diga el qué es, yo iré apuntando aquí cada número que vayamos descifrando y así te lo enseño y memorizas mejor.

Fue rápido y sencillo, más de lo que había imaginado, ya tenía el teléfono de sus padres y llamé al doctor para contarle todo.

Vino rápidamente y comenzó a hacerle preguntas, sacó mucha información y me dijo que llamase yo personalmente a sus familiares.

Cogí mi móvil y empecé a marcar el teléfono cuando el doctor ya se había alejado.

—Sí. ¿Dígame? —respondió una voz de mujer muy entrañable.

—Hola, mi nombre es Valeria, no quiero que se asuste con esta llamada, por favor, pero... ¿Es usted la madre de Matt?

—Sí. ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz muy temblorosa.

—Está recuperándose bien, está en el hospital, yo soy su enfermera y me estoy encargando y preocupando personalmente de él, sufrió un pequeño accidente y ha estado en coma.

—¡No, por Dios!

—Tranquilícese, ha empezado a mejorar a pasos agigantados, hasta ayer no descubrimos su identidad y hoy ya él mismo nos ha ayudado a conseguir su teléfono.

—Tengo que regresar rápido a España, voy a buscar el vuelo más rápido que haya en estos momentos, me encuentro de vacaciones en Centroamérica, pero soluciono todo rápido para ir para allí, por favor cuídalo mucho hasta que yo llegue —dijo llorando a la vez que parecía suplicar.

—Señora, ¿cómo se llama?

—Me llamo Elvira.

—Elvira, te prometo —dije tuteándola para hacerlo más cercano— que lo voy a cuidar tanto o más como lo llevo haciendo desde el primer día, al no aparecer familiares y no sabíamos cómo encontrarlos, yo me encargué personalmente como si fuera de mi propia familia, te prometo que puedes estar tranquila, que no se sentirá solo en ningún momento.

—Gracias, hija, te lo agradeceré toda la vida.

—No tienes que agradecerme nada, es un placer hacerlo, si estuviese en su lugar me hubiese gustado que me hubiesen tratado de igual forma.

—Voy a hablar con el padre que está abajo en la cafetería, ¿puedo llamarte a este teléfono para mantenerte informada de cuándo llegamos?

—Claro, además es el mío personal, puedes llamarme tantas veces quieras.

—¿Pero cómo está el?

—Como ya te dije está avanzando favorablemente, aún no habla pero ya se comunica perfectamente con nosotros, será cuestión de días que consiga recuperarse, estoy segura de ello.

Escuché por unos instantes cómo no dejaba de llorar.

—Gracias, Valeria, que Dios te bendiga, estamos en contacto.

La llamada se colgó y me quedé mirando a Matt, que lloraba, comencé a secarle las lágrimas.

—No te preocupes, ya van a venir en el primer vuelo que puedan.
¿Estás feliz de que se lo haya comunicado?

Su cabeza afirmó rápidamente, era evidente que en esos momentos deseaba tener a su familia a su lado.

—En cuanto lleguen ya podrás quitarte de lo alto a esta enfermera pesada, aunque hasta que no salga de aquí me tendrás que aguantar en todos los turnos.

Volvió a salir una sonrisa preciosa, tenía una preciosa dentadura que le hacía una cara más espectacular de la que ya tenía, era impresionante la belleza de Matt.

Me tiré toda la mañana muy pendiente a él y al despedirme para irme, le cogí la mano y noté cómo me la apretaba ligeramente.

—Dios, Matt, a este paso te veo rápidamente en la calle.

Volvió a sonreír.

—No te preocupes que en la visita de las 7 vuelvo a verte un buen rato, ¿te apetece?

Afirmó rápidamente, la sonrisa volvió a iluminar su rostro.

—Si tu mamá se pone en contacto conmigo luego, te traeré las noticias, cuídate mucho y recuerda que mañana sacaré un hueco para contarte el final de la novela, ¿recuerdas la historia?

En ese momento afirmó con la cabeza y una sonrisa iluminó mi cara ya que yo tenía claro de que él me había estado escuchando en todo momento.

—Venga, además en mi casa comencé a leer otro libro, es muy chulo también, cuando termine este quizás lea el otro.

Volvió a afirmar con la cabeza.

—Me alegra mucho haberte conocido, aunque no en las circunstancias que quisiera, pero bueno, todo esto me da otra para que me debas una comilona.

Sonrió a la vez que afirmaba de nuevo.

—Me voy, pero amenazo con volver esta tarde —dije mientras le daba un beso en la frente y le guiñaba el ojo.

Salí del hospital y, sin avisar a Sarah, fui para su casa. Lo bueno del trabajo de mi amiga era que no tenía que salir de su piso para trabajar. Iba a comer con ella, si no tenía nada preparado, ya encargaría algo. Pero estaba nerviosa por todo lo nuevo con Matt y necesitaba reírme un rato, así que me presenté allí sin avisar.

Me paré en la bodega de siempre y compré una botella de Rioja, era algo que siempre llevaba cuando comía allí.

Llamé al timbre y me abrió rápidamente, con el delantal puesto.

— Esto sí que es una sorpresa —dijo dándome un abrazo y un beso.

— Me quedo a comer —dije mientras entraba y cerraba la puerta.

La seguí hasta la cocina, puse el vino en la mesa y abrí el frigo para coger mi Pepsi Light.

— Menos mal que siempre cocino de más, lo tuyo es lo de aparecer sin avisar —dijo riendo—. Hoy Daniel no viene a comer, me alegro que hayas venido, así no como sola. ¿Cómo estás?

— He hablado con Matt —dije ignorando su pregunta—. Bueno, yo hablé y él movió la cabeza, que es lo mismo.

— Eso quiere decir que está mucho mejor, te lo dije.

—Sí, he conseguido el número de su madre y la hemos llamado. Sus padres estaban de viaje, la pobre se asustó mucho pero le dije que lo cuidaría hasta que llegaran, ya iban a comprar un billete para volar de vuelta.

— Me alegro, Valeria, cuando lleguen podrás descansar y olvidarte un poco de ese chico.

— Mmmm...

— ¿Qué significa ese mmmm...? No, espera —dijo señalándome con la paleta con la que movía el guiso—. Yo tenía razón, ¿verdad?

— No sé de qué hablas —me hice la tonta—, pero Matt seguirá ingresado un tiempo más y sus padres solo podrán verlo en horarios de

visitas, así que yo seguiré igual hasta que deje el hospital. A no ser que él no quiera verme, claro.

—Que él no quiera verte... Creo que voy a ir preparando el traje de dama de honor —comenzó a reírse.

—No digas tonterías —me reí con ella pero en el fondo me sentía bien con ese comentario, era para matarme—, lo haría con cualquier paciente.

—¿Casarte? —Sarah seguía muerta de la risa.

—Claro, un harén—dije sarcástica—. No inventes cosas, solo es mi trabajo.

—Lo que tú digas... Yo por si acaso, iré mirando vestidos.

Resoplé pero en el fondo sabía que yo mentía, no era un simple paciente para mí y mi amiga se lo tomaba a risa, pero algo fuerte sentía por Matt y en algunos momentos me agobiaba no entenderlo.

—Quería ir esa tarde de compras, ¿me acompañas y te despejas?

—Le dije a Matt que iría a verlo —mi amiga enarcó las cejas, divertida—, es la hora de visitas y no tiene a nadie —me expliqué de nuevo.

— Sí, claro, lo más normal del mundo —volvió a reír.

— Pfff, déjalo ya. Tengo hambre.

Me levanté y probé la comida. Estuvimos bromeando y charlando hasta después de comer, nos tomamos un café y me fui a casa. Necesitaba una ducha y descansar un poco antes de volver al hospital.

Cuando llegué, Matt seguía con los ojos abiertos y miraba a la nada. Saludé a mis compañeras, me acerqué a él y me miró rápidamente.

—Hola, Matt, ya está aquí la enfermera pesada.

Una sonrisa iluminó su rostro y yo sonreí tontamente.

— Vaya, al final voy a creerme que te hace ilusión verme —dejé el bolso en la mesa que había allí y coloqué el sillón para sentarme y que él pudiera verme mejor, lo miré y seguía sonriendo, se notaba que estaba contento de verme—. Bueno, he comido con una amiga. Se llama Sarah, ¿quieres que te cuente de ella?

Miró hacia abajo rápidamente.

—Pues Sarah es como mi hermana, en lo pesada también —reí—. Yo soy hija única, como tú, y a ella la conozco desde que éramos niñas, siempre nos hemos llevado bien.

Daniel, el policía que vino a tomarte la huella dactilar, es su marido. Se conocieron muy jóvenes y a él también le tengo un cariño muy especial.

Él me miraba fijamente, pendiente a todo lo que le contaba y me gustaba eso.

—A lo que iba, ni la avisé, pero me presenté allí a comer. Me preguntó por ti, así de pesada soy que le cuento de ti a todo el mundo, imagina —volví a reír y él sonrió de nuevo—. ¿Sabes lo que me dijo? —le pregunté y él miró hacia arriba, diciéndome que no— Que iba a ir a comprarse el vestido para ser dama de honor de nuestra boda.

En ese momento me morí de la risa, mi compañera se acercó a mí y me dio un golpecito en el hombro, riñéndome, me disculpé y miré de nuevo a Matt, que seguía mirándome y sonriendo.

—Cualquier día van a echarme de aquí, entre que no te dejo en paz y que se me va un poco la cabeza, verás.

Miró hacia arriba pero seguía sonriendo.

—Así que ya sabes, no sé si es mejor que te recuperes rápido o que te quedes aquí un tiempo más hasta que puedas irte por ti solo y salir corriendo, porque a este paso te veo aguantándome toda la vida —bromeé y le guiñé el ojo.

Él dejó de sonreír y miró hacia abajo, frunció el ceño, sin entender a qué me estaba diciendo que sí.

—Tu madre no me ha llamado aún —dije poniéndome seria—, me dijo que iban a coger un vuelo de vuelta así que imagino que con las prisas y las

ganas de volver no le habrá dado tiempo a avisarme, pero no te preocupes que yo estoy pendiente y te tendré al tanto de todo.

El tiempo de visitas se acabó, cogí la mano de Matt y le di un apretón.

—Mañana estoy aquí, hazme el favor de portarte bien que te tengo controlado, ¿de acuerdo?

Miró hacia abajo.

—Muy bien, pues ya me voy, ¿me das una sonrisa? —sonrió y me acerqué a darle un beso en la frente— Nos vemos mañana, Matt.

Llegué a casa tarde, ya había oscurecido, volví a darme una ducha y caí rendida en la cama, había sido un día demasiado intenso y estaba agotada.

Pero me dormí con una sonrisa en los labios pensando en Matt.

Capítulo 6

Llegué al hospital esa mañana muy justa de tiempo, me había tirado un buen rato mirando las redes sociales en mi casa mientras tomaba el café así que se me había hecho un poco tarde.

Justo cuando iba a pasar el control para ir a la sala, me dijo la chica que había un matrimonio que me estaba esperando y señaló hacia donde estaban ellos.

Eran unos señores muy elegantes de unos 60 años, estaban cabizbajos y presentí que eran los padres de Matt

—Buenos días, soy Valeria —dije alargando la mano para saludarlos.

—Yo soy Elvira, la mamá de Matt —dijo mientras me daba dos besos.

—Encantada, ¿a qué hora habéis llegado? ¿Qué tal el viaje?

—Hace una hora que estamos aquí, ya nos han dicho que a las 11 es la visita de media mañana, el viaje ha sido un poco triste, como ya imaginarás, queremos darte las gracias por todo lo que has hecho por nuestro hijo.

—No tenéis nada que agradecer, no os preocupéis, ahora mismo voy a entrar a verlo y hablaré con el doctor para que os deje entrar en una visita

especial dada las circunstancias que se han rodeado con este caso, dejarme unos minutos que ahora vuelvo.

—Gracias, cariño, te lo agradecemos enormemente.

Entre rápidamente a ver a Matt, tal como me sintió entrar, miró hacia mí y me recibió con una preciosa sonrisa en sus labios, le di el beso en la frente y le dije que sus padres estaban ahí fuera y empezó a llorar, lo abracé fuertemente y le dije que no se preocupara por nada, que todo iba a salir genial.

Llamé al doctor para ponerlo al tanto de la situación y me dijo que hiciera pasar a sus padres inmediatamente a verlo y que le dejase un buen rato disfrutar de él, que luego se reuniría con ellos para contarle la situación de su hijo.

Salí corriendo hacia fuera y le dije a los padres que pasaran, cuando entraron y vieron a Matt se echaron a llorar abrazados a él, esperé a que se separaran para decirle de qué manera podían comunicarse con él, una vez explicado, me aparté para dejarlos solos en la intimidad, además tenía que atender a un paciente que había que prepararlo para volver a entrar a quirófano.

Un rato después vi cómo aparecía el doctor y se ponía a hablar con ellos para explicarles la situación delante de Matt, los padres se veían muy entrañables y tenían una educación bastante fuerte, eran de esas personas que tenían mucha clase y saber estar, de la misma manera que imaginaba yo que era Matt, estuvieron un rato más y justo antes de irse, me dirigí hacia ellos para despedirme.

—¿A qué hora sales, Valeria? —preguntó Elvira.

—A las 2, mañana vuelvo por la mañana, vosotros tenéis la próxima visita a las 4 y a las 7 de la tarde.

—Estaremos esperándote a las 2 en la puerta, nos gustaría invitarte a comer y hablar detenidamente con ustedes ya que se ha portado de una forma muy especial con nuestro hijo y queremos agradecerte todo lo que has hecho por él, ahora vamos a ir un momento a mi casa y luego volvemos para esperarte en la puerta, si no te importa.

—No tenéis por qué hacerlo, pero no os preocupéis que estaré ahí esperando a la salida, iremos a comer —dije sonriendo aún sabiendo que eso no era algo muy normal pero me apetecía comer con los padres de mi rubio, ese que ahora lo llamaba por su precioso nombre.

—Gracias, cariño, luego nos vemos.

Le dieron un cariñoso beso a su hijo y luego se marcharon por la puerta con la mirada muy triste y derrotados por la situación que habían tenido que atravesar, debía de ser muy duro estar de vacaciones y enterarte de que tu hijo ha tenido un accidente y que ha pasado los primeros días de riesgo solo.

Me volví hacia Matt, le guiñé el ojo y sonreí.

—Qué suerte tienes de tener unos padres como ellos.

Soltó una preciosa sonrisa.

—Pues nada, como has oído, me iré a comer con mis suegros, estamos prometidos hasta que tú hables y te cargues esta relación que tanto me ha

costado conseguir —dije bromeando mientras él continuaba sonriendo.

Le agarré la mano y le limpié unas lágrimas que estaba derramando.

—No te imaginas la paz que siento en estos momentos al saber que ya estás rodeado con las personas que más quieres en este mundo y que más importantes son en tu vida, aunque quiero que sepas que aquí tienes ya una persona más que te aprecia mucho.

En ese momento apretó ligeramente mi mano.

—Imagino que ese apretón que me has dado es diciendo que me aceptas en tu familia, de lo contrario cojo y te arranco todos los cables, después del sufrimiento que he pasado contigo todos estos días —dije riendo.

Él no dejaba de sonreír, cosa que me alegraba mucho y estaba deseando escuchar su voz pero sabía que eso iba a tener que esperar a que volviese a sorprendernos con un nuevo cambio.

Un rato después apareció el doctor diciendo que le íbamos a quitar la vía de respiración ya que no le hacía falta y sobre todo que íbamos a ir dejando que hiciese sus funciones por él solo ya que sabía que no había ningún riesgo en estos momentos, cosa que me puso muy contenta ya que estaba deseando ver la mejoría de Matt, también me comentó que en un par de días, cuando tuviese más estable todo y funcionando por él mismo, lo pasaría a la habitación para que pudiese estar acompañado por sus familiares.

Eso me alegraba un montón, aunque ya no podía tenerlo en mi sala, pero

me alegraba de su mejoría y por supuesto me escaparía a su habitación a verlo las veces que fuesen necesarias.

La mañana pasó volando y ya era la hora de salir, le dije a Matt que ahí se quedaba castigado, que me iba con mis suegros a comer por ahí, él no dejaba de sonreír.

Sus padres estaban fuera, como me dijeron, esperándome cuando salí del hospital. Nos acercamos a un pequeño restaurante cercano que todos conocíamos de haber comido allí antes y pedimos la comida.

—Valeria, yo soy Carlos, discúlpame por no haberme presentado antes —dijo el padre de Matt—, no sabemos cómo agradecerte todo lo que has hecho.

—No tenéis que hacerlo, lo habría hecho cualquiera —dije quitando importancia.

—No, sabes que no es así —dijo la madre de Matt—, te estaremos agradecidos toda la vida —abrió su bolso y me dio una pequeña cajita de joyería—. Es para ti —dijo sonriendo mientras me la daba.

La cogí y la miré, avergonzada.

—No era necesario...

—Eso y más, solo es un pequeño detalle, no te apures. Esperamos que te guste —dijo Elvira.

La abrí y vi una cadena de plata con una luna, era preciosa, la saqué y la

miré fijamente, me encantaba.

—Gracias —dije emocionada.

—Ya nos hemos puesto en contacto con la policía, nos han informado de todo —dijo Carlos—, tenemos que ir a firmar la denuncia y todos los trámites necesarios. Pero lo importante es que mi hijo está mejor y saldrá de esta.

—Eso no lo dudo, es una persona fuerte.

—Siempre lo fue, incluso con los palos que le dio la vida, nunca se rindió —dijo Elvira y ya me dejó con la curiosidad.

—¿En qué trabaja? —pregunté para empezar a saber un poco de él.

—Es dueño de una empresa de exportación, su oficina está en el puerto —dijo Carlos y eso me hizo entender muchas cosas—. No suele ir mucho por allí, por eso imagino que su secretaria o sus trabajadores no notó nada. Se pasa el día fuera, con los clientes y organizando todo, suele trabajar desde casa también.

—Cuando entré en su Facebook vi su foto en un velero —les conté mientras el camarero dejaba la bebida en la mesa.

—Sí, el mar es su pasión. Y la noche, por eso la luna —dijo Elvira señalando a la cadena que yo ya me había colgado del cuello.

Cuando lo dijo, cogí la cadena entre los dedos y la acaricié, no entendía por qué habían elegido eso precisamente, tal vez porque significando algo para Matt y con lo que me había preocupado yo por él... O para que no lo olvidara...

Como si pudiera, pensé.

—Era extraño que nadie lo echara en falta —dije—, habían pasado muchos días ya.

—Matt es una persona muy reservada con su vida, quizás algún día lo conozcas mejor —sonrió Elvira—. Es demasiado selectivo con la gente, por así decirlo.

—Bueno, claro, teniendo en cuenta que seré su esposa —me morí de risa cuando me di cuenta que lo dije en voz alta.

—¿Y cómo es eso? —preguntó su madre con los ojos abiertos como platos.

—Ah, no —respondí cuando dejé de reír—. Es un broma que tengo con él, tenía que hablarle durante horas, se me acababan las ideas.

—No es tan mala idea —dijo ella.

Carraspeé y di gracias a Dios porque el camarero llegó en ese momento con la comida. Comimos y charlamos, sobre todo de mi vida, ya me daba

miedo de preguntar por la de Matt.

Me despedí de ellos y me dijeron que esperarían a la siguiente visita, les dije que lo saludaran y que le dijeran que como sus padres estaban allí, yo no iría ese día, tenía que estudiar. Que lo vería al día siguiente, que no pensase que iba a deshacerse de mí.

Les di un abrazo y cogí el autobús de vuelta a casa. Después de una ducha me puse a estudiar como loca, hasta la hora de dormir, parecía que todo volvía a coger su rumbo.

Capítulo 7

—Buenos días —dije entrando a la sala, saludando a todos los pacientes pero dirigiéndome y acercándome a Matt.

—Buenos días, Valeria —dijo casi sin fuerza, en voz flojita Matt ante mi asombro.

—¡Matt, estás hablando! —dije emocionada mientras me dirigía a cogerle la mano.

—Los raro es que no haya estallado antes, he aguantado como un campeón viendo cómo hacías los monólogos —dijo sonriendo.

Tenía una voz muy dulce, imponía escucharlo hablar, tenía unas ganas de llorar impresionantes y empezaron a caer mil lágrimas sobre mis mejillas mientras lo miraba fijamente.

—Ahora no llores, con todo lo que te has reído, tienes que volver a

repetirme lo de la boda... No estaba en igualdad de derechos y no te podía responder —dijo muy pausadamente, guiñando el ojo y echando una preciosa sonrisa.

—Pues mira, a tus padres creo que me los he ganado —dije señalando la cadena que me habían regalado.

—La luna, solo mi madre podría regalarte algo así sabiendo que me conoce a la perfección y que me iba a encantar verte colgado eso sobre el cuello —dijo mientras sostenía el colgante tocándolo con sus manos.

—Matt, perdona que te pregunte esto, ¿pero qué te pasó?

—Ya le he contado al doctor, se me quedó en esa carretera el coche estropeado, llamé a la grúa y vino a por él, me dijo de acercarme a la ciudad y le dije que no, que esperaría un taxi, así que se llevaron el coche a mi taller y me quedé allí esperando, en estos momentos y como el coche cogía la curva a gran velocidad y perdía el control, terminó arrollándome, ya no recuerdo más nada...

—Qué mala persona hay que ser para atropellar a otra persona y dejarla ahí tirada sin asistencia y al borde de la muerte —dije enfurecida.

—Bueno, veamos el lado bueno de todo esto, gracias a que he terminado aquí, por fin mi madre va a conseguir a hacer su sueño realidad de ver que por fin voy a pasar por el altar —dijo sonriendo casi sin fuerza.

—Pues no sabría decirte qué es peor, si lo que te ha sucedido o lo que me tendrías que aguantar, no cantarías fácilmente victoria, yo en tu lugar saldría corriendo, aunque creo que para eso vas a tardar un poco —dije bromeando.

—Tienes que terminar de leerme la novela, nunca había leído sobre el género romántico y la verdad que en esos momentos me metí de lleno en la historia, tienes una forma de relatar lo que hace que todo sea muy especial.

—¡Qué cumplido eres!, pero creo que te voy a tener que traer el libro y vas a terminarlo tú, mi próxima guardia es el mes que viene y creo que te van a pasar a planta rápidamente, además ahora cuento con 4 días libres, trabajo hoy y no vuelvo hasta dentro de 5 días, aunque claro seguramente me daré alguna vuelta para visitar a mi paciente favorito.

—¿Seguramente? Espero que vengas todos los días, ahora no puedes dejarme con la miel en los labios, me he acostumbrado a ti, sería muy duro no verte por aquí en tantos días —hizo un gesto de cara triste.

—No te preocupes, vendré todos los días a verte, solo si me lo pides, no quiero ser un estorbo para ti ni para tu familia.

—Valeria, para mí has sido un pilar muy importante en los peores momentos de mi vida, cuando creía que estaba solo y que nadie podía escucharme, apareciste tú y confiaste en que yo sí lo hacía, me hablabas teniendo claro que te estaba escuchando, eso era un motor muy importante para poder luchar, había alguien que creía en mí y esa eres tú, me hiciste

reír mucho a pesar de no poder gesticular y transmitírtelo, me distes besos cuando más lo necesitaba y me tocabas y yo podía sentir que me estabas transmitiendo energía y mucho amor, cuando me dijiste en broma lo de la boda me dieron ganas de levantarme de la cama y llevarte corriendo al altar —dijo riendo suavemente.

—Ya, es que no sabía qué decirte, pero tenía claro que tenía que hablarte.

—Por cierto, la forma de sacarme el teléfono de mi madre fue una genial idea, tienes mucha creatividad y carisma.

—Bueno, tienes que verlo así porque era lo único que tenía y debías de conformarte.

— Qué va, había más enfermera en los turnos que tú no estabas y eran todas muy amable, pero tú eres diferente, brillas con luz propia, me sentí muy seguro en los peores momentos.

—Yo sabía que tú salías de esta, aunque déjame decirte que me lo has dicho pasarlo putas —puse ojos en blanco.

—Cuando salga de aquí te compensaré, te llevaré a un lugar que estoy seguro que nunca has estado, prepárate para volver con dos o tres kilos de más.

—Ni que me fueras llevar al Caribe a un todo incluido —dije muerta de risa.

—Bueno, tampoco me importaría llevarte...

Pasamos toda la mañana bromeando, antes de salir de la sala de prometí volver por la tarde en la visita de las 7, estaba muy emocionado había sentido una conexión muy especial por parte de los dos.

Llegué a casa, tomé una ducha y me preparé para salir después a visitar a Matt. Llamé a Sarah mientras comía y le estuve contando todas las novedades, estaba muy contenta de que Matt se estuviese recuperando tan rápido, la verdad que el cambio drástico que había dado era increíble.

Me puse a recoger un poco el desorden de la casa y salí con tiempo para pasarme por el centro comercial, quería llevarle algo especial al rubio, así que esa vez no cogí el autobús, si no que fui en mi coche para poder desplazarme más rápido.

Llegué un poco antes de las 7 de la tarde y casi me da un soponcio cuando vi la cama de Matt vacía.

—Lo han trasladado a planta —dijo detrás de mí una de mis compañeras.

—¿A qué habitación? —pregunté cuando pude respirar de nuevo. Habían sido unos segundos de angustia, yo misma sabía que lo trasladarían, pero mi cuerpo reaccionó sin pensar.

Le di las gracias cuando me dio los datos y me dirigí hacia allí. Carlos estaba en la puerta de la habitación, escribiendo en el móvil. Levantó la cabeza al oír mis pasos y me sonrió.

—Ha preguntado por ti varias veces, no paraba de preguntar qué hora era —dijo riendo.

—Oh, pero si son las 7 ahora —dije sonrojada pero emocionada por ese gesto

—Eso házselo entender a él, está demasiado nervioso.

—Es normal, después de todo lo que ha pasado —dije pensando que sería por eso, si no mi mente volaría a otra conclusión más romántica en la que no quería pensar.

Entré y dije hola a él y a su madre, los dos me sonrieron y ella me dio un abrazo.

—Menos mal que llegas, es un paciente horrible —me dijo la madre muerta de risa.

—¿El rubio? Pero si es un amor. Un poco cabezota, pero me hace caso en todo —dije mirándolo a él y sacándole la lengua.

—Os dejo un rato, así aprovecho para tomarme un café. Un hospital agota a cualquiera —dijo Elvira mientras salía de la habitación y cerraba

la puerta.

—Si estás nervioso ahora, no me quiero imaginar el día que nos casemos —dije riendo mientras ponía el bolso encima de la mesita.

—Pfff, ese día te esposaré a mí para que no llegues tarde —respondió muy serio.

—Las novias siempre llegan tarde, que lo sepas —me senté en la cama, a su lado, abrí el bolso y le di dos paquetes.

—¿Qué es?

— Ábrelos.

Lo hizo lentamente y sin dejar de sonreír.

—Ya sé que es el libro que te estaba leyendo y que está usado, pero me había ilusión envolvértelo —bromeé.

—No tienes que regalármelo, quiero que me lo leas tú.

—Y lo haré, pero es tuyo, quiero que siempre lo tengas.

Se lo quité y lo puse en la mesa para que abriese el otro paquete pequeño. Se me quedó mirando cuando vio qué era.

—Había pensado en traerte una caja de bombones, pero la verdad es que eso sería un regalo para mí, ya que tú no los puedes comer. Y no sería mala idea —reí—. Así que no sé, se me ocurrió eso —dije avergonzada de repente mientras él miraba lo que tenía en la mano.

—No sé qué decir...

—Es una tontería, si no te gusta para llevarlo puesto, al menos espero que lo guardes con cariño.

—Claro que lo llevaré puesto, jamás me lo quitaré. Y no es ninguna tontería —dijo emocionado—. ¿Me ayudas?

Cogí la pulsera de cuero que vi en una joyería después de darle mil vueltas al centro comercial y no saber qué comprarle y le ayudé a ponérsela. Me cogió la mano y acarició mis nudillos mientras no dejaba de mirar la luna de la pulsera.

—No sabré nunca cómo agradecerte esto, Valeria.

—No tienes que hacerlo, te he cogido mucho cariño.

—No más del que yo a ti, eso seguro. Me voy a recuperar rápido y no vas a poder librarte de mí.

—Uy, eso me suena a boda —dije bromeando.

—A lo que quieras —dijo serio de repente y yo me puse nerviosa perdida. Estaba más loco que yo.

—Como estás en planta, te veré menos pero te prometo seguir viniendo. Aunque tenga estos días libres.

—Si no vienes, no mejoraré.

—No digas tonterías. Tienes mucho por lo que luchar. Además, me debes una comida, no se me va a olvidar.

Su madre llegó y yo me solté del agarre de su mano. Ella nos miraba sonriente y se acercó a la ventana, dándonos la espalda.

—Vendré mañana, no sé a qué hora.

—¿Y si quiero hablar contigo esta noche?

—Tu madre tiene mi número de móvil, puedes hacerlo cuando quieras —cogí mi bolso y me lo puse en el hombro.

—Se te olvida algo —dijo él después de que me despidiera de Elvira.

—¿El qué?

—Mi beso —dijo mirándome fijamente y me entró un calor por todo el cuerpo...

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Hasta mañana, Matt.

Salí del hospital nerviosa, me fui a casa e intenté relajarme, lo de Matt se me estaba yendo de las manos.

Lo primero que hice fue poner el móvil a cargar, cerca de mí, deseando que sonara en algún momento.

Cené algo rápido y me acosté, el móvil en todo momento cerca, puse una peli en la televisión pero mis ojos iban cada dos por tres a la pantalla.

Cuando estaba casi adormecida, sonó un mensaje de WhatsApp y di un bote de la cama. Era de un número desconocido.

“Hola, Valeria, soy Matt. Este es mi número. ¿Dormida?”

Le respondí rápidamente.

“No, estaba viendo una película. ¿Cómo estás?”

“Bien, solo quería decirte que pensaba en ti.”

Me sonrojé y sonreí como una idiota.

“Eso se llama Síndrome de Estocolmo, jajaja.”

“Entonces no quiero curarme.”

Ignoré ese comentario y le escribí.

“Me alegra que estés bien, mañana iré a verte.”

“Estaría mejor contigo aquí, pero qué se le va a hacer. Descansa y no te olvides de mí.”

“Que descanses, Matt, buenas noches.”

¿Olvidarme de él? A ese paso me veía casada de verdad. Gemí y me acosté agarrada al móvil.

Mierda, Valeria, pensé antes de dormirme, te enamoraste...

Capítulo 8

Me levanté temprano a la mañana siguiente, como cada día que iba a trabajar, tenía el ritmo de sueño cogido y era muy difícil cambiarlo. Desayuné un café con tostadas y me tomé un zumo de naranja, me había levantado con apetito. Lo hice en silencio, revisando en la tablet el correo y varias cosas que tenía atrasadas.

Me puse ropa de diario, unos vaqueros y una camisa rosa, me dejé el pelo suelto y salí en mi coche para el hospital. Como no tenía prisas, lo prefería antes que coger el autobús.

Me costó aparcar la misma vida y despotriqué contra diestro y siniestro poniendo verde a más de un conductor.

—Joder, le han regalado el carnet en la tómbola —dije cuando conseguí aparcar mi sitio entre el pequeño espacio que había dejado el otro conductor y la acera. Abrí un poco la puerta de mi coche y salí apretujada para no arañar el suyo—. Si es que tenía que arañarlo —dije de mal humor.

Solía levantarme de buenas, sobre todo porque la noche anterior me había acostado feliz, pero conducir, con semejantes elementos, me ponía enferma.

Respiré profundamente mientras me acercaba a la habitación para que mi mal humor de esfumara. La puerta estaba entreabierta y escuché a Matt discutir, así que preferí esperarme un poco fuera y que discutieran lo que

quisieran, menos mal que las habitaciones eran individuales. Además, me daba curiosidad saber cómo era Matt discutiendo. Manías que tenía una...

— Que no, mamá, que estoy bien.

—Una leche vas a estar bien —decía Elvira—, hace unos días estabas en coma, no voy a dejarte solo.

— No te estoy diciendo eso, sé que no me vas a dejar, eso me lo estoy viendo venir —resopló él.

—¿Y qué esperas? ¿Que te deje solo como estás?

—Ya estoy mejor, por algo me han dado el alta.

En ese momento ya lo entendí todo, la verdad que se veía muy recuperado pero no pensé que sería para darle el alta. Y en parte me entristeció, ahora sí que dejaría de verlo, mierda.

—Bueno, ya le diré al médico que se piense eso de darte el alta de verdad porque por más que diga que estás bien de la cabeza, yo creo que algo tocado te ha dejado.

En ese momento me reí, no pude evitarlo, adiós a mi mal humor. Noté cómo se callaban los dos y sabía que me habían oído, fui a entrar cuando Elvira me abrió la puerta. Me saludó y le di un beso mientras entraba, aún riéndome.

— Es cierto —siguió ella dando por sentado que la había oído—, se ha quedado para allá. ¡Pues no que le dan el alta y él quiere irse a su casa! ¡Solo! —dijo como si eso fuera el mayor pecado del mundo, aunque entendía que quisiese cuidarlo.

— Buenos días, Valeria —me sonrió Matt. Estaba sentado en uno de los sillones y me alegré de verlo fuera de esa cama.

—Hola —sonreí—, así que el alta...

—Sí, me han dicho que en un rato me traen los papeles, acabo de terminar de desayunar e iba a darme una ducha y a vestirme, estoy esperando que mi padre me traiga la ropa.

—Pensé que tardarían más.

—Tú y cualquiera —dijo su madre—, como se nota que estamos en crisis, a dejar las camas libres —se notaba que estaba desquiciada esa mañana—. Y le estoy diciendo que ya que no quiere quedarse en mi casa, que aún tiene su cuarto como él lo dejó cuando se fue...

—Hace miles de años —afirmó él con la cabeza y ella le dio una colleja en el hombro.

—Estoy enfermo —se quejó él.

—Para lo que te conviene. Pues eso, que me deje quedarme allí, si no

a dormir, al menos de día. Y como puso pegás, pues le dije que al menos hoy que salía del hospital —yo la miraba cómo, exasperada, gesticulaba con las manos y evitaba reír—, ¿pero sabes qué? ¡Que no le da la gana!

—Pfff, mamá, solo quiero llegar y descansar, no que me pongas más nervioso.

—Que te ponga más nervioso... —repitió ella— ¿Sabes qué? Me voy a tomar un café ahora que Valeria llegó y antes de que me sigan dando ganas de degollarte —cogió su bolso y se marchó.

Empecé a reírme, hasta lágrimas tenía ya.

—Es todo un caso —dijo él, riendo también.

—Yo pensaba que era más tranquila.

—Oh, y lo es, menos cuando le da la neura, lo que viene siendo 23 de 24 horas que tiene el día —rio Matt.

—Déjala que esté contigo al menos hoy.

—No

—Pero Matt...

—Quiero descansar, Valeria, no que me ponga más nervioso.

Asentí al escucharlo porque lo entendía, y como estaba Elvira en esos momentos, seguro que lo volvería loco.

—Se te ve descansada hoy —dijo Matt mirándome la cara fijamente.

—He dormido bien —me sonrojé al recordar los mensajes de antes de dormir y que él supiera que era por eso.

-

—Entonces esta noche volveré a escribirte —dijo guiñándome un ojo y leyéndome la mente.

—No esperaba menos de mi prometido —dije entre risas—. Ya en serio, Matt, no deberías de ir solo, deberías estar acompañado, al menos hoy.

—Oh, pero lo estaré.

—Ah...

En ese momento miles de pensamientos pasaron por mi mente, carraspeé y miré hacia la ventana mientras imaginaba alguna rubia o morena o pelirroja por su casa, una amiga o... Y unos celos se apoderaron de mí.

—Me vas a acompañar tú —dijo de repente y volví a mirarlo, ajeno por completo a mis pensamientos homicidas para con mi propio sexo.

—¿Yo?! —chillé.

—Bueno, claro, eres mi enfermera, ¿no?

—Pues la verdad es que ya no.

—Bueno, pero lo fuiste y yo sigo creyendo que lo eres, así que como estás libre, pues a partir de ahora serás mi enfermera particular.

—No trabajo en mis días libres —bromeé.

—Pero te pagaré bien, no te preocupes por eso. Ya llegaremos a un acuerdo —me sacó la lengua y comenzó a levantarse.

—¿Puedes? —pregunté haciendo el intento de ayudarlo.

—Sí, voy a ducharme, mi padre no tardará en llegar y estoy deseando de salir de aquí. Además, mi madre ahora no pondrá pega porque me vaya en taxi, voy contigo.

—Ah, no, yo traigo mi coche.

—Pues mejor aún —cogió varios útiles de aseo y se acercó al baño—. No tardo —dijo mirándome—, pero si quieres ayudarme...

Me reí de nuevo pero del calor que me había entrado por cuerpo.

Ayudarte es poco, pensé y le hice señas con la mano para que entrara y dejara esa mirada que me estaba derritiendo.

Señor, suspiré cuando cerró la puerta del baño. En ese momento llegó Carlos con la ropa y le dije que Matt estaba en el baño, llamó y le metió la bolsa dentro. Al momento apareció Elvira, ya más relajada, y estuvimos un rato las dos charlando mientras ella me contaba anécdotas de la niñez de Matt.

Cuando Matt salió del baño, me quedé con la boca abierta. Vestía con unos vaqueros desteñidos y una camisa gris abierta en la parte de arriba, su pelo perfectamente peinado, afeitado y...

Oh, Dios mío, pensé, está para comérselo.

Claro que me recriminé por ello y cerré la boca antes de que se diese cuenta.

Iba a pasarlo muy mal en su casa...

—¿Ves? No puedes caminar bien, decidido, me voy a tu casa hoy —dijo Elvira, cabezota.

—Ya tengo enfermera —dijo él mientras se acercaba a mí para sentarse en el sillón de enfrente.

—¿Enfermera? —preguntó ella enfadada y de repente me miró y sonrió— Oh, enfermera...

—Eso soy —reí sin entender el tono de su comentario.

—Valeria va a quedarse estos días que tiene libres conmigo —dijo él, dándolo por hecho y yo estaba flipando con su cara dura aunque tampoco iba a decirle que no, al menos por ese día—. Y ya veremos cuando tenga que trabajar —siguió y lo miré recriminándole pero me ignoró.

—Eso no está muy claro —dije yo, intentando que no me liara más.

—Me parece muy bien —dijo su padre.

—Estupendo —sonrió su madre.

—Pues ya no tienes que preocuparte, ella se encargará —le dijo Matt a su madre a quien parecía ser ya se le había ido la neurra de la que Matt hablaba.

Yo miraba a uno y a otro sin saber si reírme o qué, estaba alucinando por cómo Matt, con lo dulce que parecía, podía ser un dominante de primera para conseguir lo que quería. Y ahora parecía que me quería de enfermera.

Pero en fin, tampoco me iba a quejar, estaba enfermo, era mi trabajo y...

Ni tú te lo crees, me dije a mí misma.

En ese momento llegó la enfermera y entregó la carta del alta a Matt. Terminaron de recoger sus cosas y salimos de la habitación. Les dije que me esperasen mientras iba por el coche y a la vez Carlos iba en busca del suyo y, poco tiempo después, salía con Matt del hospital.

Capítulo 9

Llegamos a la casa de Matt, en las afueras de la ciudad. Le dio al llavero donde tenía el botón para abrir el coche, se lo había dado su padre días atrás cuando fue al taller a preguntar por su BMW, que seguía allí esperando a que llegara una pieza que necesitaba ser cambiada y se llevó lo que había en la guantera.

Entré y aparqué, salimos del coche y me quedé un rato mirando el precioso jardín.

—La casa es alquilada, pero me estoy pensando el comprarla, me encanta vivir aquí.

—Debe de ser muy tranquilo —dije entendiéndolo, me encantaba la ausencia de ruido de aquella zona, aparte de que la casa era preciosa, al menos por fuera, como el jardín. Estaba todo muy bien cuidado.

—Vamos, a ver qué te parece por dentro.

Me acerqué a él y le cogí la mochila de las manos.

—No debes de coger peso, ¿recuerdas?

—Sí, enfermera —sonrió.

Abrió la puerta y me hizo pasar por delante de él. Entramos al salón y ya me enamoré por completo de ese lugar. Decorada sobria pero acogedora, con tonos oscuros y en medio una hermosa chimenea.

—Wow, me encanta —dije mientras giraba y observaba todo—.
¿Puedo? —pregunté señalando para el pasillo.

—Estás en tu casa.

—Vale, yo alcahueteo lo que será nuestro futuro hogar —bromeé— y tú no te mueves del sofá. Tranquilo que no miraré en los cajones —seguí riendo.

—Es tu casa —dijo él muy serio mientras se sentaba.

Vale, a ese paso me lo iba a creer hasta yo, la broma del compromiso iba a tener que acabarse ya o yo me iba a montar mi propia novela romántica, y eso que yo creía poco en ese tipo de novelas, en la cabeza y me iba a ver ya vestida de novia en una Iglesia. Mi madre y Elvira llorando y...

En fin...

Las demás habitaciones seguían la misma línea que el salón, toda la decoración era parecida.

Entré en la cocina y me quedé alucinada, todo era de madera, al estilo antiguo, no tenía nada que ver con el resto de la casa pero quedaba estupenda.

Como alcahueta que era, abrí el frigorífico para ver si podía cocinar algo para Matt y para mí, pero no había mucho. Así que decidí que pediríamos comida y ya, para qué complicarnos.

Vi la cafetera y, sin decirle nada, me puse a preparar un par de cafés para los dos y tomárnoslos en ese salón que tanto me había gustado.

Un rato después, mientras yo esperaba que a la cafetera le diese la gana de echar el café, me estaba desesperando, sentí a Matt pegado a mi espalda, sin hablar, sin rozarme, pero estaba ahí.

No lo había escuchado entrar pero lo notaba, era algo extraño. Evité las ganas de girar la cabeza y me quedé quieta.

—No sabes lo que me gusta verte aquí —dijo con una voz ronca que me dio escalofríos.

—Bueno, tampoco te acostumbres —intenté que sonara a broma, me había puesto cardíaca en dos segundos.

—¿Por qué no, Valeria? —preguntó pegando su pecho a mi espalda y poniendo sus manos en mis caderas. Era la primera vez que me tocaba, más allá de nuestras manos.

—Esto... Ya sale el café —carraspeé.

—Me apetece de todo menos café —dijo en mi oído.

Oh, señor, yo sí que necesitaba un café porque eso no podía estar pasando, ¿verdad? No nos conocíamos de nada, bueno, un poco sí, pero entre nosotros no había atracción... Vale, por mi parte sí, pero...

Mierda, estaba pasando.

Me di la vuelta lentamente mientras sus manos seguían sin dejar de tocar mi cintura.

—¿Estás bien? —pregunté.

Pregunta estúpida, sí, pero mi ingenio había volado en esos momentos.

—¿Estás bien tú?

—Sí —dije con voz temblorosa—. Estás un poco cerca, ¿no?

Sonrió, una sonrisa torcida que me encantó.

—No lo suficiente —dijo, pegándose del todo.

—Ah... —esa era la prueba de que mi ingenio se había ido del todo.

—¿Quieres que me separe? —preguntó muy serio y yo veía que si le decía que sí, lo haría seguro.

—No —dije sin dejar de mirarlo a los ojos—, quédate aquí.

Sonrió y acercó su cara a la mía. Me dio un pequeño beso en los labios y yo casi temblaba.

El beso se hizo más profundo y acabamos los dos abrazados en la cocina, sin poder dejar de besarnos.

— Vienes a mi cama, ya —ordenó y en otra situación lo habría mandado bien lejos, pero es que era la primera en querer ir. Claro que no se lo iba a poner tan fácil.

—¿Esa actitud dominante funciona con todas? —pregunté.

—¿Qué todas? —dijo confundido.

—La rubia, la morena, la pelirroja... —le expliqué cuando volvieron a mi mente las imágenes de esas mujeres ficticias que imaginé en el hospital.

— No hay nadie en mi vida —me aclaró—. Y la que hubiera en su tiempo, es pasado.

Volvió a besarme, imagino que para callar mi siguiente comentario y, cuando acabó, a mí se me olvidó todo lo que iba a decir.

Agarré su mano cuando me la ofreció y llegamos a su dormitorio. Nos quedamos mirándonos, delante de la cama y los dos sin movernos.

—Valeria, yo... —se pasó las manos por el pelo y yo imaginé que en ese momento iba a disculparse por lo que todavía no había pasado.

Levanté las manos y acaricié su cara, las bajé y comencé a desabrocharle la camisa, hasta que con su ayuda se la quité y la dejé caer al suelo.

Seguía sin moverse así que mirándolo a los ojos, me quité la mía, seguidamente me deshice del sujetador.

Se tomó su tiempo en mirarme.

Me agarró por la cintura y pegó su torso al mío, comenzamos a besarnos de nuevo y terminamos de desnudarnos.

Nos tumbamos en la cama, de lado y nos acariciamos hasta perder la

noción del tiempo.

Todo fue dulce, pausado, solo conociendo nuestros cuerpos.

Cuando su boca jugó con mi pecho, pensé que no iba a poder aguantar mucho más.

Con un poco de esfuerzo, se puso encima de mí después de ponerse el preservativo y entró en mí poco a poco.

Hicimos el amor lentamente y llegamos al clímax casi a la vez.

Seguimos tumbados varios minutos en la cama, sin movernos.

—Creo que vas a ser una enfermera de primera —dijo mientras acariciaba mi pelo, yo estaba apoyada sobre su pecho.

—¿Te acuestas con todas las que trabajan para ti? —dijo bromeando.

—Eh, mírame —dijo serio y haciendo que lo mirara—. Sé que no me conoces pero no me juzgues.

—Bromeaba, Matt.

—Me da igual. No me importa tu pasado, no importa el mío. Me importa lo que está pasando entre los dos, ¿queda claro?

—Sí.

—Bien, porque no será la única vez que pase, para algo estamos prometidos —dijo sonriendo.

—Matt, será mejor que dejemos esa broma —me levanté de la cama y

comencé a vestirme, eso estaba empezando a sentarme mal, sobre todo por los sentimientos que yo tenía por él y que el rubio ni imaginaba.

—¿Estás bien? —preguntó a la vez que se levantaba.

—Sí —dije sin mirarlo—, solo que no sé, esto se nos ha ido de las manos.

—Deja de pensar, Valeria —cogió mi cara entre sus manos y me besó—. Solo déjanos vivir. He estado a punto de morir y ahora mismo no quiero dejar de sentir todo lo que desee.

—Pero yo no pinto nada en eso.

—Pintas más de lo que crees. Solo no nos niegues lo que hay entre nosotros, déjanos explorarlo, disfrutarlo y conocerlos, ¿es mucho pedir?

—Tienes razón —le di esa vez un beso yo—, y ahora quiero un café.

Nos vestimos y fuimos a la cocina, pasamos un gran día en su casa, más en la cama que en ningún sitio. Me despedí de él a regañadientes, quería que me quedara allí a dormir pero me negué, tenía que estar sola y pensar así que quedé en ir al día siguiente.

Llegué a mi casa y me acosté vestida, estaba cansada e iba a aprovechar para dormir antes de que mi mente comenzase a pensar más de la cuenta en ese

día con Matt.

Capítulo 10

Desperté y ya tenía un mensaje de WhatsApp por parte de Matt.

“Buenos días, preciosa, te echo de menos, he salido a comprar algo para prepararte una deliciosa comida.”

No podía creerme que en el estado en el que se encontraba, tan delicado, hubiese salido solo a hacer una compra.

“Buenos días, no deberías de haber salido solo, deberías de haber esperado a que yo fuese, no vuelvas a hacer ninguna locura, voy para allá.”

Me metí rápidamente en la ducha y luego fui a prepararme un café a la cocina, al mirar el móvil descubrí que tenía otro mensaje.

“Estoy más o menos bien, necesitaba salir a que me diese el aire, solo fui a desayunar a un bar cercano y al lado hay una pescadería muy buena donde he comprado dos doradas para cocinarlas al horno, no hice nada por lo que debes de preocuparte.”

A cabezón no había nadie que le ganase, pero en el fondo comprendía que tenía la necesidad de tomar aire fresco y no verse más tiempo encerrado obligadamente, así que desistí de reñirle de nuevo y decidí ir para su casa.

Al llegar metí un pitido con el coche y de seguida se abrió la cancela del chalet, ahí estaba él en el porche, con una preciosa sonrisa, esperándome, cuando me bajé del coche vi cómo venía hacia mí.

—Te he echado mucho de menos —dijo mientras se acercaba para darme un buen abrazo y un beso en los labios.

—Tienes muy buen aspecto hoy —dije sonriendo.

—El estar fuera de un hospital hace que uno se restablezca más rápidamente.

—Tienes toda la razón, así que has comprado dos doradas para cocinarlas, no sabía yo que tuvieses esa faceta.

—Sí, claro, siempre me ha gustado mucho cocinar —dijo mientras descorchaba una botella de vino.

—No deberías de beber —intenté regañarle.

—Compré esta botella para que la probases tú, de todas formas me tomaré una copa, no estoy usando los medicamentos para los dolores ya que no los necesito, no pasará nada porque me tome una copa —dijo intentando quitar importancia a mi preocupación.

Echó el vino sobre las dos copas y luego me dio la mía, seguidamente se sacó algo del bolsillo del pantalón.

—Verás, Valeria, siempre he sido muy reacio a las relaciones serias, he sido muy independiente, sobre todo muy trabajador, no te voy a mentir y he estado con varias mujeres, pero nada importante. Y desde que tuve el accidente y por primera vez escuché tu voz hablándome y cómo siempre te quejabas de que no tenías a mis familiares para localizarlos, empecé a sentir mucho cariño hacia ti ya que veía que te estabas involucrando más de lo necesario por mi estado, estaba deseando verte, pero cuando abrí los ojos y tenía la mirada perdida como tú decías, no conseguía llegar a ti. La primera vez que me giré, y conseguí verte, me di cuenta que eras tan bonita por dentro como por fuera, de esas mujeres que merecen la pena tener al lado —decía mientras acariciaba mi mano y sostenía algo con la otra.

—Me estás sonrojando...

—Valeria, sé que sientes algo muy fuerte por mí, y no me cabe ni la menor duda, no entraba en mis planes conocer ahora mismo a nadie, pero has entrado en mi vida de una forma brutal y por la puerta grande, enseñándome los valores que tienen las personas a pesar de no conocerme, encendiste una luz a mi vida cuando todo se estaba pagando.

—No hice nada, Matt...

—Hiciste mucho, cuando me di cuenta, estaba enamorado de tu voz, de tu forma de ser, me encantaba la sensación de cuando te escuchaba entrar por las puertas y te dirigías a mí de esa manera tan graciosa. Anoche no dejaba de pensar en el momento que te fuiste del trabajo y volviste hacia

arriba para decirme que sabías que me llamaba Matt, ese momento fue uno de los más fuertes de mi vida, sentí que te importaba y mucho, fantaseaba con que llegase el momento de no estar en el hospital y poder ir contigo a muchos lugares, empecé a tener claro que eras la mujer de mi vida.

— No sé qué decir...

Abrió su mano y sacó una cajita de la joyería, la abrió frente a mí y, mirándome a los ojos, ante mi asombro, me dijo lo más bonito que jamás pensé que pudiese decir.

—Por mí me casaría ahora mismo contigo, pero no quiero agobiarte, quiero que seas tú la que determine los tiempos de todo, solo quiero pedirte que pases el resto de nuestros días junto a mí, que no me dejes solo, que me permitas cuidarte y amarte cada día y cada momento de mi vida, que ese anillo sea el compromiso de una unión entre nosotros, ojalá me digas que aceptas.... —en ese momento me puso el anillo sobre el dedo anular sin dejar de mirar a mis ojos, esperando una respuesta.

—Al final va a ser en serio las bromas que yo te gastaba en el hospital sobre que terminaríamos casándonos —dije mientras me levantaba para darle un fuerte abrazo.

—¿ Eso es un sí? —preguntó con los ojos humedecidos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues claro, no puedo negar lo que mi corazón siente desde que te

conocí...

—Soy el hombre más feliz de este planeta —dijo mientras chocaba su copa contra la mía.

—Verás lo contenta que se va a poner mi suegra —solté bromeando mientras miraba esa preciosa alianza llena de brillantes que me había regalado mi rubio.

—Mi madre sabía que te iba a regalar la alianza, se lo conté esta mañana mientras desayunaba y hacía tiempo para que abriese la joyería, está nerviosa perdida, te ha cogido mucho cariño y dice que no hay en esta vida una mujer tan buena como tú.

—No es para tanto, solo que ella está muy agradecida de saber que estuve en los momentos que estabas solo, cualquier madre estaría contenta de que alguien se hubiera preocupado por su hijo.

—Todo el mundo no es igual, Valeria, allí había más enfermeras y la única que te volcaste de esa manera tan fuerte fuiste tú.

—Mejor, sino tendrías que convertirte al Islam y preparar varios anillos para todas las mujeres —dije bromeando.

—Solo te quiero a ti.

Nos fuimos a la cocina y preparó las doradas para el horno, llenó toda la

bandeja de verdura y patatas rodeando el pescado y tenía una pinta bestial, una vez dentro, mientras se hacía, nos fuimos al porche a charlar y disfrutar del vino.

—¿ Por qué no invitas esta noche a tus amigos a cenar aquí? Tengo ganas de conocer a Daniel, quiero agradecerle personalmente el que te haya ayudado para descubrir mi identidad.

—Genial, ahora mismo los llamo.

Al segundo tono ya me lo estaba cogiendo mi amiga Sarah.

—Menos mal que te dignas a llamarme, me tienes que contar eso de que él ha salido del hospital, necesito saber que te ha vuelto a llamar.

Me entró un ataque de risa.

—Aquí estoy en su casa, con él, me está preparando una deliciosa dorada al horno, me decía que estaría encantado de que vinieseis esta noche a cenar a su casa ya que quiere agradecer personalmente a Daniel lo que ha hecho por él.

—Pues claro, allí estaremos, cuando llegue Daniel se lo comunicaré pero ya sabes que se apunta a un bombardeo y estará feliz de poder hablar personalmente con Matt.

—Genial, sobre las 8 os espero, ahora te paso por WhatsApp la ubicación.

—Estupendo, preciosa, algo me dice que está comenzando a surgir algo fuerte entre ustedes.

—Nada en especial, solo tengo una alianza de compromiso puesta en mis manos —dije mientras miraba a Matt para ver la cara que ponía al ver que le soltaba eso a mi amiga.

Se le escapó una preciosa sonrisa de los labios.

—Me quedo muerta, sabía que tenía que ir preparando un buen vestido de dama de honor, ¡te lo dije!, ya me lo contarás tranquila, esta noche nos vemos, el vino lo llevamos nosotros, disfruta de tu paciente...

—Gracias, cariño, luego nos vemos.

A mi novio se le escapó una preciosa sonrisa de los labios al escuchar que irían esta noche mis amigos, se le notaba que estaba deseando conocerlos.

—Verás, Valeria, me ha mandado un mensaje mi madre invitándonos a comer mañana a su casa, ¿qué te parece la idea?

—Me parece estupenda, por supuesto que no podía negarme a una invitación por parte de ella.

—Es muy pesada pero es un amor...

—No es pesada, es como cualquier madre que desee ver bien a su

hijo, es normal que haya estado preocupada por ti.

—Lo sé, me alegra mucho que te caiga tan bien.

El vino me estaba sentando perfectamente y estaba feliz viendo el anillo colgado de mi dedo, me sentía la mujer más afortunada del mundo y sobre todo que había encontrado por fin al hombre que sentía que era el amor de mi vida.

El pescado salió delicioso, estaba para chuparse los dedos, tenía una mano bastante buena en la cocina.

Después de comer decidimos ir a un supermercado a comprar las cosas para la cena de por la noche, aproveché para ayudarlo a comprar una gran compra para llenar bien la despensa, tardamos dos horas en hacer la compra ya que con él había que ir muy despacio.

Cuando llegamos a la casa, le ayudé a colocar todo y nos pusimos manos a la obra para preparar una deliciosa carne de solomillo, la verdad que tenía grandes ideas en la cocina, parecía que era el hombre que cualquier mujer desearía tener en su casa y yo tenía la suerte de estar disfrutándolo en esos momentos.

Se pasó toda la tarde haciéndome gestos de cariño y abrazándome de una manera muy especial.

A las 8 estaba sonando mi móvil diciendo que estaban en la puerta y abrimos desde la cocina con el mando a distancia, yo salí a recibirlos, detrás de mí venía Matt.

Hice las presentaciones oportunas, vi cómo Sara me decía con la mirada que este hombre era impresionante, Daniel no paraba de decirle que le hacía muy feliz verlo de aquella manera, después de la incertidumbre que habíamos pasado todos por su estado.

Sarah me agarró la mano para ver el anillo que me había regalado, no

paraba de decirme que era precioso, que era una de las cosas más bonitas que había visto.

—No se merecía menos —dijo Matt.

—Tienes razón, se ha volcado en ti como jamás la he visto hacerlo con nadie —recalcó Daniel.

—Bueno, me vais a sonrojar, lo hice porque sabía que terminaría teniendo esto en mis manos —dije bromeando.

Pasamos una estupenda velada tomando vinos y luego algunas copas, nos dieron las 2 de la madrugada, Sara había dejado de beber tras la cena así que fue ella la que condujo, nos despedimos de ellos quedando en volvernos a ver en los próximos días.

Era evidente que yo me iba a quedar a dormir allí, Matt no iba a permitir que me fuera, además yo llevaba una pequeña bolsa de equipaje con un pijama y ropa para cambiarme por si surgía cualquier cosa.

—Me parece que el pijama sobra—dijo cuando entró en el cuarto y yo estaba intentando ponérmelo.

—Hace frío.

—No lo tendrás dentro de un rato —rio.

—¿Tú nunca te cansas? —bromeé mientras me pegaba a su cuerpo.

—¿De ti? Acabo de empezar a disfrutarte, quizás dentro de unos años...

Le di un golpe en el pecho.

—Aún estás a tiempo de dejarme ir, no pienso compartir a mi pareja, menos aún cuando hoy mismo me ha pedido matrimonio —dije dolida.

—Eh, mírame —cogió mi cara con sus manos—. Estaba bromeando —dijo mirándome seriamente a los ojos.

Y yo lo sabía pero me había sentado mal.

—Sí, claro —dije como enrabiada.

—¿Tan celosa eres?

Medité la pregunta, nunca lo había sido, pero parecía ser que con Matt lo eran y mucho.

—No.

—Ya veo —sonrió—. Confía en mí, princesa, yo no perdería lo que tengo contigo por nada ni por nadie.

Le miré y vi la sinceridad, como siempre, en su mirada.

Me acerqué a él y lo besé apasionadamente, dejando salir toda la

frustración que había sentido por ese ataque de celos.

Hicimos el amor, esa vez un poco más intensa que las demás, era como si tuviésemos que demostrarnos que nos pertenecíamos.

Estaba aún temblando cuando me abrazó y me apoyó en su pecho, como le gustaba que nos quedásemos después del sexo.

—A veces pienso que si no hubiera sido por ese accidente, nunca te habría conocido.

—No pienses en eso, ojalá nunca lo hubieses tenido.

—Lo sé, Valeria, las sensaciones eran horribles, sobre todo ver que nadie podía comprenderme. Por eso esperaba impaciente tu llegada.

—Cariño, por favor —lo miré—, olvidemos eso. Sé que no es posible, pero me pone mal recordar esos días.

—¿Pensabas mucho en mí?

—Te convertiste en una obsesión —le expliqué—, estabas todo el día en mi cabeza, a veces incluso...

—¿Qué? —me animó a seguir cuando vio que me callé.

—Te hice una foto con el móvil para enviársela a Daniel y me pasaba horas mirándola, incluso dormía mirándote —dije un poco avergonzada, algo que se me pasó cuando él puso cara de satisfacción total—. No seas

creído.

Empezó a reírse.

—Ojalá yo hubiera podido tener una tuya —me dio un beso en la nariz—. Venga, es hora de dormir —hizo que me acomodara como le gustaba y me dio un beso en la cabeza—. Te amo, princesa.

—Y yo a ti —le dije casi dormida.

Capítulo 11

Desperté ante la llamada de Matt desde la cocina.

—¡¡¡El café!!! —gritó Matt.

Me hizo gracia, pero me hubiese gustado que aún estuviese en la cama conmigo para darle un buen abrazo de buenos días, pero me levanté rápidamente para ir a la cocina y dárselo allí.

—Buenos días, princesa —dijo mientras se venía para mí para darme un buen abrazo.

—Buenos días, Matt, ¡qué bien huele!

—Te he preparado un buen desayuno para que cojas fuerza para el día de hoy, por cierto me ha llamado mi madre y me ha preguntado que por qué no invitamos a la tuya a comer con ellos, le he dicho que ahora te lo comentaría y la llamaría.

—Pues me parece una idea genial, había estado yo pensando en también preparar una comida con ella así que... si queréis y os apetece, ahora mismo la llamo.

—Adelante, será un placer recibirla en nuestra casa.

Llamé a mi madre mientras que daba un sorbo al café que estaba por supuesto delicioso ya que estaba hecho con la máquina de Nespresso que tanto me gustaba, le expliqué lo de la invitación y la puse un poco al tanto de la situación que estaba viviendo con Matt a pasos agigantados, ella más o menos ya estaba al día, aceptó encantada y además que estaba feliz por la situación que yo estaba atravesando, quedamos en recogerla sobre la una.

Matt estaba muy contento de que ella hubiera aceptado y rápidamente llamó a su madre para comunicárselo que a la vez también se puso muy contenta por saber que la iba a conocer ese día.

Estuvimos un buen rato desayunando, él estaba muy coqueto y atento conmigo, se notaba que estaba muy cómodo a mi lado y sobre todo se le veía una luz en su mirada que me transmitía que él sentía de la misma forma que lo estaba haciendo yo.

Más tarde nos vestimos y fuimos a por mi madre que bajó rápido de su casa y se echó a los brazos de Matt muy cariñosamente, le dijo que estaba muy feliz de haberlo conocido ya que había seguido su historia y aunque al principio le pareció un poco exagerado por parte de su hija, ahora le ponía muy contenta ver que tenía un final tan bonito, le dije que entrara para el coche, así podía intentar callarla, porque sabía que si continuaba hablando, iba a meter la pata hasta el fondo.

Se sentó junto a él y yo me puse detrás, no paraban de charlar y mi madre de preguntarle un poco de todo, quise frenarla en varias ocasiones pero Matt me lo impidió, estaba animado charlando con ella.

Llegamos a casa de sus padres, un precioso chalet también a las afueras de la ciudad, salieron rápidamente a recibirnos y su madre se fue directa hacia la mía con los brazos abiertos.

—Encantada de recibirte en mi casa, tienes una hija que vale millones —dijo Elvira mientras le daba un fuerte abrazo y dos besos a mi madre.

—Yo también estoy encantada, sobre todo me quedo muy tranquila de ver en la bonita familia que ha caído mi hija.

—Tu hija es una bendición para nosotros, ha cuidado lo que más queremos en este mundo mientras nosotros hemos estado ajenos a todo esto, sólo podré tener agradecimientos con ella durante toda mi vida.

Puse los ojos en blanco cuando las dos entrelazaron los brazos y entraron en la casa. Matt, que terminó de saludar a su padre, me vio y se rio.

— Las madres al poder —dijo riendo.

—Al poder... Miedo me dan las dos juntas.

—La tuya no es tan dramática como la mía.

—Eso está por verse, no la conoces, ya me darás la razón.

Carlos se reía y nos hizo pasar dentro. Tomamos una copa de vino mientras se terminaba de preparar la comida y nos enseñaban a mi madre y a mí la casa, ahí entendí de dónde había sacado Matt tan buen gusto por la decoración. Una hora después, estábamos todos sentados a la mesa que habían preparado en ese precioso jardín.

—Tenemos algo que contaros —empezó Matt.

—¿Estás embarazada? —gritaron Elvira y mi madre a la vez.

—¿Cómo voy a estar embarazada? ¿Sabéis sumar? —dije sarcásticamente, no me había dado tiempo.

—Oh —dijeron las dos a la vez y yo resoplé.

—A ver, no nos adelantemos —rio Matt—. Eso llegará en su momento —le di un codazo pero me ignoró, ni de coña me quedaba yo embarazada ya—. Le he pedido a Valeria que se venga a vivir conmigo.

—Ah, pero eso ya lo imaginábamos —dijo Elvira.

—Sí, era lo más normal —convino mi madre.

—Dios las cría y ellas se juntan —dijo muy acertadamente Carlos. El hombre hablaba poco, pero cuando lo hacía, acertaba de pleno.

—¿Y esa es la sorpresa? —preguntó Elvira.

—Bueno y esta —levanté la mano y enseñé el anillo—. Nos casaremos.

Ahí comenzaron a chillar las dos, se levantaron, nos abrazaron y nos hartaron de besos.

—Esta te la guardo —le dije por lo bajito a Matt cuando ellas volvieron a sentarse.

—Cuando quieras —rio él, encantado de la vida.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Carlos.

—Pronto —dijo Matt.

—Aún queda —dije yo a su vez.

—Es decir, pronto —dijo Elvira no dudando de la capacidad de convicción de su hijo.

—Quizás en unos días, en el juzg...

—Para la iglesia necesitamos tiempo —dijo mi madre.

—Ah, no, por ahí no paso —gemí.

—Claro —dijo Elvira—, vestido, flores, local de celebración...

Las dos comenzaron a planificar la boda y yo me puse enferma.

—No voy a casarme aún y menos por la Iglesia, Matt —le dije casi rogando.

—Ya veremos —fue todo lo que dijo, como diciendo que yo no tenía elección.

Lo miré malamente pero me besó y todo mi enfado se disipó.

Pasamos un día divertido al final, eso si olvidamos que no se hablaba de otra cosa que no fuera la boda, mi móvil sonó, le enseñé a Matt la pantalla para que viera quién era y me guiñó el ojo mientras yo me levantaba para hablar más tranquila.

—¿Cómo va la comida familiar? —preguntó mi amiga cuando la saludé.

—Sarah, esto es una emergencia nivel 10, sácame de aquí —dije desesperada.

—No será para tanto —dijo riendo.

—Están planeando mi boda.

—Cosa normal ya que te vas a casar.

—No eres de gran ayuda.

—Lo sé, me gusta verte sufrir por amor —dijo muerta de risa.

—Yo también te quiero —dije irónica.

—Venga, Valeria, el hombre al que amas te ha pedido matrimonio, todo ha sido rápido pero precioso, es normal que los padres lo disfruten.

—No decías lo mismo cuando te pasó a ti —le recordé.

—Es distinto, tú no eres yo y mis padres y suegros sí que son insoportables.

—Dios, la que me queda con ellos.

—Siempre puedes no casarte.

—Eso no se duda —dije rápidamente.

— Entonces aguanta las consecuencias y déjalas disfrutar de la boda de sus únicos hijos.

En eso le daba la razón. Me despedí de mi amiga y volví con la que ya era mi familia, al menos yo los consideraba así.

Pasamos un día divertido y nos despedimos de ellos prometiendo volver la siguiente semana, dejamos a mi madre en su casa y volvimos a la que sería nuestra casa.

Me preparé un baño caliente y me metí en la bañera.

—¿Más relajada? —preguntó Matt.

Se había arrodillado en el suelo, mirándome.

—Me volverán loca.

—Tú sabes controlarlas.

—Yo pierdo los nervios rápido.

—Lo dudo, no lo perdiste con un enfermo en coma que ni siquiera sabía que te escuchaba.

—Sabía que me oías y por favor, no quiero seguir hablar de eso, me pone triste recordarte en esa cama.

—Pero estoy bien y aquí, contigo, si no llega a ser por eso...

—Deja de decirlo —le rogué.

—Estás demasiado sensible hoy, ¿no?

—Un poco sí, demasiadas emociones.

—Todo va a salir bien, princesa —me besó dulcemente.

—Lo sé, solo estoy cansada.

—Pues hora de dormir.

Me ayudó a salir de la bañera y a secarme, nos acostamos y me abracé a

él.

— Descansa —dijo contra mi pelo cuando me removí un poco—, mañana tenemos un día duro.

— ¿Por qué?

—Tenemos que traer todas tus cosas.

—Matt, eso no se hace en un día.

—Ya veremos, tú duerme y ya.

— No, Matt, hay mucho que traer...

—Descansa, Valeria —dijo ordenando.

—Está bien —reí, era un mandón.

Me apreté contra él y me besó en la cabeza.

—Te quiero —le dije en susurros.

— No más que yo a ti. Escucharás eso por el resto de tu vida, que empieza hoy.

Sonreí entendiéndolo y feliz por tener a ese hombre en mi vida. Adoraba a mi rubio.

Capítulo 12

Me senté en el sofá, taza de café en mano, la segunda de la mañana, y leí el mensaje de WhatsApp que me había llegado.

“No puedo más, aún quedan muchas horas para verte.”

Sonreí y meneé la cabeza, le respondí rápidamente.

“Solo hace una hora que te has ido.”

“Una hora más todas las que tenemos que esperar.”

Hice cuentas mentalmente y le contesté.

“Solo son 8 horas, como un jornada laboral.”

“Nunca he estado tantas horas sin verte, princesa.”

“Lo sé, rubio, pero verás como pasan rápido.”

“Pfff, sabes que te quiero, ¿verdad?”

“No más que yo a ti.”

Dejé el móvil y fui a darle un sorbo al café cuando la puerta sonó. Resoplé, dejé la taza en la mesa y me levanté a abrir, comenzaba el espectáculo.

—¿Ya se ha ido? —preguntó mi madre mientras entraba, Sarah y Elvira la seguían.

Cerré la puerta y me preparé mentalmente para el día que quedaba por delante.

—¿No habíamos quedado más tarde?

—No, quedaste tú, que no nosotras —dijo Sarah.

—Oh, eso lo explica todo —dije sarcástica.

Las seguí hasta la cocina.

—Está recién hecho, ¿no? —preguntó Elvira, señalando el café.

—Sí, por cierto, voy a tomarme el mío, si es que me dejáis.

—Ya tardas, hay mucho que hacer.

—¿Pero se ha ido? —volvió a repetir mi madre.

—Matt se fue, sí —dije mientras salía de la cocina—. A las 8, como os prometió.

—Obediente me salió, para lo que le conviene —dijo mi futura suegra.

Llegaron al comedor unos minutos después con sus cafés en las manos.

—A veces creo que perdí demasiada sangre en el parto —dijo mi madre.

Levanté la cabeza y la miré.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque desde luego tú no tienes.

Sarah y Elvira empezaron a reírse.

—Es que no entiendo por qué tengo que estar nerviosa.

—¿Porque es el día de tu boda? —preguntó Sarah.

—¿Y? Todo está preparado, no lo entiendo —la verdad era que estaba nerviosa pero no iba a dejar que me vieran.

—Sois tal para cual —resopló Elvira—, la tranquilidad en persona.

Si ella supiera...

Estuve repasando con ella todo para hacerles ver que estaba todo controlado. No era la primera vez que lo hacía, llevaba así las dos últimas. La verdad es que casi llevaba así desde que supieron que nos íbamos a casar por la Iglesia, habían sido tres meses de locura.

—¿Has comido algo? —preguntó mi madre.

—No, solo el café —respondí.

Se levantó inmediatamente y mi suegra fue detrás, yo ya sabía lo que venía. Aparecieron con dulces de todas clases.

—Elige —me dijeron a la vez.

—Le he cogido asco al chocolate —dije.

—Normal, a mí me pasó cuando estaba embarazada de Matt, pero después se me pasó, cuando parí, me harté un día y cogí un cólico y desde entonces no lo quiero ver ni en pintura.

—Se agradecen los ánimos —dije con cara de circunstancia, me estaban poniendo nerviosa y Sarah comenzó a reír sin control.

— Bueno, así al menos no engordarás —dijo mi suegra de nuevo, encogiéndose de hombros.

Cogí uno relleno de fresa, nunca me había gustado la fresa en los dulces pero desde que estaba embarazada, todo había cambiado.

Llevaba casi un año viviendo ya con Matt y estaba embarazada de cuatro meses. El día que le dije que estaba embarazada, me dijo que no iba a permitir que su hija, porque seguro era una niña, naciera con sus padres sin estar casados y no me dejó en paz hasta que acepté adelantar la boda que había estado aplazando.

Por nosotros, nos hubiéramos casado en el juzgado ese mismo día, pero mi suegra y mi madre no nos lo permitieron, querían una boda tradicional con toda la parafernalia. Intentamos evitarlo, pero después del chantaje emocional al que nos sometieron, acabamos aceptando.

Al menos pasaron por alto que me iba a casar con una enorme barriga, que ya era mucho pedir.

Desde ese momento, entre la boda y el embarazo, no me habían dejado en paz.

Y a Matt... Pelearon porque las tres locas que tenía en el salón en ese momento, querían quedarse la noche anterior a dormir en nuestra casa, pero él acabó poniéndose firme y diciendo que por ahí no pasaba, pero ellas no pararon hasta hacerle prometer que se marcharía a primera hora. El pobre a las 8 estaba saliendo de casa, aunque la boda no sería hasta las 5 de la tarde, pero no se atrevía a que llegaran y encontrárselas.

A partir de ahí, todo fue un caos: la peluquera, ponerme el vestido, el maquillaje...

Fue un día de locos y cuando llegó el momento de bajarme del coche en la puerta de la Iglesia, estaba a punto de golpear algo o a alguien.

Respiré profundamente y apreté el brazo de Daniel, era el padrino de bodas.

—¿Preparada? —preguntó— Si no, aún podemos salir corriendo.

—No creo que yo pueda correr mucho —dije riendo por primera vez.

—Y yo cogerte en peso como que tampoco, pero algo inventaremos —dijo guiñándome el ojo.

— Nada ni nadie puede evitar que me case hoy con él.

La cara de Matt al verme y agarrar mi mano en el altar jamás la olvidaré, en esa mirada demostró todo el amor que me tenía y unas lágrimas se derramaron por mis mejillas. Con el embarazo estaba más sensible de lo normal.

La ceremonia fue corta y el convite perfecto. Todo salió a la perfección.

Estábamos en la cama, después de hacer el amor en nuestra noche de bodas, cuando Matt habló.

—No me puedo creer que seas mi mujer.

—Cariño, lo soy desde la primera vez que hicimos el amor.

—No, lo fuiste desde la primera vez que me hablaste mientras estaba en coma.

—No quiero hablar de eso —empecé a llorar cual magdalena, era un horror.

—Lo siento, es mi culpa —dijo mortificado mientras esperaba que se me pasara el berrinche.

—No, es que estoy demasiado sensible.

—Es lo que tiene estar embarazada.

—Qué inteligente —dije irónica y lo miré—, ¿te ha costado mucho llegar a esa conclusión?

—Un par de sartenazos.

—¡Yo nunca te di un sartenazo! —dije enfadada esa vez.

—No serán por ganas, porque estás de un humor.

Y me puse a llorar de nuevo.

—Oh, vamos, era broma —dijo besándome por toda la cara—. Cariño, tienes que relajarte.

—Lo intento, pero te gusta hacerme rabiar.

—Un poco sí —me guiñó el ojo—, señal de que te quiero.

—No tengo yo muy claro eso...

—Ey, eso sí que no, no dudes de lo que siento por ti jamás —se levantó de la cama.

—¿A dónde vas?

No me contestó, salió del dormitorio y llegó un momento después con una caja en las manos.

—Es para ti —dijo mientras me la daba y se tumbaba a mi lado.

La abrí y empecé a llorar de nuevo.

—No sé qué decir... Gracias.

—Valeria, soy yo quien te las da a ti —sacó la pulsera y me la puso en la muñeca, iba a juego con la cadena que me habían regalado sus padres el día que me conocieron—. Mi madre no iba a darte esa cadena, no sé si te lo ha contado —negué con la cabeza, no lo entendía—. Ella la llevaba para guardarla para cuando llegara la mujer de mi vida, la había traído del viaje, me lo contó el día que le dije que nos casábamos.

Pero no sabe por qué, cuando te vio ese día, dice que sintió que tenía que dártela.

—No puede ser...

—Pues lo es, intuición, quizás. Era como si estuviéramos predestinados y todo el mundo lo hubiese notado.

—Sarah la primera —sonreí limpiándome las lágrimas.

—Te adoro, Valeria, nunca dudes de eso. Siempre me tendrás, lo que tenemos tú y yo desde el primer momento en el que escuché tu voz, es demasiado especial. Quiero que sepas que voy a seguir luchando por hacerte feliz y...

—Me haces feliz.

—Pues aún más. Y que cuando nuestra hija llegue, será la niña más querida del mundo.

—Eso no lo dudo —dije pensando en nuestras familias.

—Gracias —me dijo emocionado, con algunas lágrimas cayéndoles por los ojos.

—¿Por qué?

—Por no haberme dejado solo ese día, por no haber dejado de intentar que yo reaccionase, por permanecer siempre a mi lado... Por ser tú. Por llegar a mi vida, por...

Ya lloraba de nuevo, lo callé con un beso, era yo la que tenía que agradecer el haberlo conocido.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —le pregunté.

—No más que yo a ti —me dijo antes de besarme de nuevo.

Palabras de amor

Capítulo 1

Olía fuerte a café desde la cama, hacía un buen rato que Nelson se había levantado, pero al ser sábado yo me quise quedar un poco más disfrutando de ella, pero ese olor ya me estaba incitando a ir hacia la cocina. Hacía un día precioso. El sol entraba a raudales por la ventana y eso que todavía no era mediodía. Es lo que tiene vivir en una ciudad como esta, tan llena de vida.

—Buenos días, Nelson, qué bien huele a café, necesito uno urgentemente — me acerqué a él para darle su beso de buenos días.

—Buenos días, Marta, ahora mismo te lo preparo.

En sus palabras vi algo de intranquilidad. Estaba como pensativo, noté que algo no iba bien.

—¿Te pasa algo?

—Tengo que hablar contigo — respondió sin mirar a mis ojos y cogiendo la taza de la cafetera Nespresso.

Se me pasó de todo por la cabeza, porque en los cuatro años que llevábamos de relación jamás me había dicho esa frase. Habíamos sido una pareja feliz y, ¿por qué no decirlo?, éramos la envidia de amigos y muchos de nuestros familiares que habían fracasado en sus relaciones. Me senté en la silla de la barra de la cocina y esperé a que hablara. Fui incapaz de preguntarle qué era lo que sucedía. Temía que una mala noticia pusiera fin a

aquella felicidad en la que vivíamos como si estuviésemos recién casados.

—Marta, he conocido a alguien en el trabajo...

Sus palabras se clavaron en mi corazón como puñales. No podía creer nada de lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía decirme algo así? ¿Cómo podía decirme algo así y con tanta serenidad? Fui incapaz de mirarlo a la cara, hubo un buen momento de silencio.

El día dejaba de ser maravilloso de repente para mí. Ninguna mujer está preparada para una noticia como esa, para que su marido le suelte a la primera que se ha enamorado de otra persona. Ojalá me hubiera tragado la tierra en aquel instante. Lo peor era verlo allí, parado, sereno, preparándose un café mientras él sabía que me estaba hundiendo en la miseria con aquella frase.

—Llevo varios días intentando contarte esto y no me atrevía. Pero no puedo más, Marta. He intentado quitármela varias veces de la cabeza de mil maneras, pero hoy es imposible y no puedo luchar contra lo que mi corazón ha empezado a sentir por esa persona. Sé que no te lo mereces, pero debo marcharme. No te mereces esto y yo no me merezco estar sufriendo de la forma que lo estoy haciendo — dijo como si se lo hubiese aprendido de memoria y lo hubiese ensayado delante del espejo.

Su voz era suave y su tono sereno parecía quitarle importancia a la gravedad del asunto; aquel tío me estaba jodiendo la vida y estaba tan tranquilo. Yo seguía perpleja. Estaba boquiabierta. No sabía si echarme a reír o ponerme a llorar, o lanzarle la cafetera Nesspresso que nos había regalado su primo Asensio a la cabeza para ver si dejaba de decir gilipolleces.

Era incapaz de responderle. No me esperaba que la historia tan bonita de amor que había vivido junto a él se acabase de un plumazo y además que fuese por otra. Tenía ganas de huir, salir corriendo de aquel lugar, pero estaba claro que el que se debía de ir era él.

Menos mal que el piso estaba alquilado a mi nombre y él era el que había elegido separar nuestros destinos. Lo de menos ahora era pensar en el piso, sino en pensar en mi futuro, en el nuestro, que claramente se había roto para siempre. Por mucho que te lo digan, una no es capaz de asimilar que su novio, después de todos estos años, decida abandonarte, dejarte tirada como una colilla.

La decepción, la frustración y odio se iban apoderando de mí, pero también lo hacía un sentimiento de pena hacia mí misma. ¿Qué iba a ser de mí a partir de ahora? Pero la peor pregunta viene después, cuando te paras a pensar un poco y te dices: ¿Cómo fui tan imbécil de no darme cuenta de que estaba viéndose con otra?

—Comprendo que no me quieras hablar. Ahora recogeré mis cosas y me marcharé. Siento haberte hecho esto, pero no puedo luchar contra mis sentimientos... — dijo de nuevo aquel gilipollas, porque no merece otro nombre, como si estuviera dentro de una película de sobremesa o como si fuera el protagonista de una telenovela venezolana, la madre que lo parió.

Me daban ganas de contestarle que era un cerdo, pero preferí seguir en mi más absoluto silencio y no contestar a nada de lo que me dijese, total, todo lo que dijera no iba a hacer cambiar sus sentimientos.

No iba a convencerlo de nada. Se había preparado perfectamente todo el guión y cada una de las palabras que me iba a decir para que no pudiera

contestarle inmediatamente, para que me comiera tan tranquila aquellos cuernos. Además que iba a romper a llorar como una niña pequeña si lo hacía, así que decidí no contestar a nada y que se fuera lo antes posible.

Era lo mejor, porque una tiene su orgullo, una sabe que la vida no se acaba porque un idiota como ese, al que yo había amado, te dice una mañana, tomando café, que todo se ha acabado, que todo un proyecto de vida se tira por la borda gracias a que ese energúmeno ha decidido que se la pelará otra.

Me encendí un cigarro mientras me tomaba el café y él se alejó al dormitorio. Me encanta el café. Lo tomaba desde muy pequeña, a escondidas, sin que las monjas del centro se enterasen. Aprovechaba lo que quedaba en la cafetera después de comer para subirme a un taburete y echarme lo que quedaba en una taza. Las monjas dormían. A veces cogía un chusco de pan y sopaba. Ahora era incapaz de sorber un trago. Ahora el café estaría asociado a aquella ruptura que no me esperaba ni en la peor de mis pesadillas.

Un nudo en el estómago, como consecuencia de los nervios, me impedía seguir tomando aquel café. Qué mierda de día y qué mierda de vida a partir de ahora, porque yo estaba colada por aquel tipo que me había dicho tan ricamente que lo dejábamos porque había conocido a otra de la noche a la mañana.

Escuché cómo sacaba la maleta y abría los cajones de los armarios para llevarse su ropa. Lo tenía decidido y lo había meditado bien. Todo estaba saliendo como él esperaba. No había montado ningún espectáculo, de esos que vienen los vecinos y hasta la policía.

Era evidente que estaba recogiendo sus cosas. Empezó a salir y a entrar de la casa para meter cosas en su coche, imaginé que ya la otra persona lo estaba esperando con los brazos abiertos para recibirlo. Un rato después volvió a entrar a la cocina, dejó las llaves sobre la encimera, miró por la ventana desde donde se veía el Parque de las Naciones, uno de nuestros lugares favoritos,

pues, en ese parque, nos habíamos basado tardes enteras, tocándonos, acariciándonos, soñando con que más pronto que tarde tendríamos un trabajo estable y nos compraríamos un piso cerca de allí.

No quiso mirarme a los ojos, solamente quería mirar a la ventana. Yo no sé qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Si algún día quieres hablar, tienes mi teléfono — acto seguido salió por las puertas.

Estaba en estado de shock, era incapaz de levantarme de aquella silla, no era capaz de romper a llorar, estaba con la mente ida, tenía ganas de llamar a mi amiga Paula, pero tampoco tenía ganas en estos momentos de hablar mucho sobre ese tema. Además no sabía nada, solo sabía que había conocido a alguien y poco más.

No comprendía como algo tan bonito se acababa de aquella miserable manera. Cuántas veces habíamos hablado de los divorcios de muchos de nuestros amigos que se habían casado felices e ilusionados y nos decíamos que eso a nosotros no nos iba a pasar jamás, porque, además de llevarnos genial, en la cama funcionábamos muy bien.

Un rato después me dirigí hacia la habitación y, al abrir los armarios, comprobé que ya se había llevado absolutamente todo, incluso todos los CDs de música que coleccionaba. Nos encantaba el flamenco y el pop de la movida madrileña. El muy cabrón se había llevado los discos de Alaska y los Pegamoides, los de Radio Futura y una colección que me había regalado de los discos de Camarón.

En la casa no había ni rastro de él, como si nunca hubiese existido. Y yo ahora era un fantasma en aquel piso, una mujer sola, que había recibido un palo bien gordo, así que estaba jodida, pero bien, bien jodida. ¿Quién me lo

iba a decir a mí? Yo, que había rechazado a auténticos bollycaos por Nelson, yo, que podía haberme casado con el hijo de un diplomático y haber tenido la vida más que solucionada, elegí a aquel tío que se iba y me dejaba tirada en la cuneta.

A Nelson lo conocí cuando me independicé una vez que dejé el centro en el que había vivido toda mi vida. Conseguí un trabajo de secretaria en un bufete de abogados y por fin me pude ir de aquel lugar que había formado parte de mi vida desde que tenía uso de razón. No tuve una infancia nada fácil. De hecho, puedo decir claramente que no tuve infancia, por lo menos como la que habían tenido mis amigas o el propio Nelson. Aunque sería injusto no decir que las monjas hicieron todo lo que estuvo de su mando porque yo fuese feliz en aquel antiguo convento que el Gobierno y la Iglesia habían convertido en orfanato.

Un año después conocía a Nelson y se vino a vivir conmigo rápidamente, me trataba como su niña pequeña, conociendo mi historia de que nunca había tenido una familia. Al menos desconocía esa parte de mí que nunca quisieron contarme, algo que hizo mucho daño a mi vida los primeros años. ¿Y a quién no? Era tan solo una cría, un pobre ser indefenso que se veía ahora a merced de un destino lleno de dudas.

Pero luego me acostumbré a vivir con ello. Guardaba de mi niñez unas fotos que entregaron conmigo, pero donde salía yo sola, además de una medalla que llevaba grabado por detrás mi nombre y la fecha de nacimiento. Eso es lo único que poseía de mi vida. Esa sensación de soledad y orfandad me acompañaron siempre, así que el hecho de que se marchara Nelson de casa, es cierto que me pilló por sorpresa, pero ya estaba acostumbrada a vivir sola, a que el amor, el afecto y el cariño no fueran parte de mi día a día.

Tras el trabajo en el buffet, me preparé para unas oposiciones en el

Ayuntamiento con la suerte de que conseguí una plaza fija. Al menos podía tener un poco estabilizada mi vida ya que solo contaba con el apoyo de mi fiel amiga Paula, pero la vida se estaba encargando de no ponerme fácil mi estabilidad emocional. Lo de Nelson sabía que iba a tardar mucho tiempo en superarlo. Era muy feliz a su lado y el tiempo que había durado nuestra relación, se portó de la mejor de las maneras conmigo.

Un rato más tarde decidí irme a la calle a dar un paseo. Era principios de noviembre y hacía bastante frío, así que me abrigué y me fui de compras por la ciudad. Lo bueno que tenía Madrid era que podías perderte por ella y era lo que me apetecía hacer. Me iría a Callao. Eran solo tres estaciones de metro desde donde yo vivía y no era la primera vez que lo hacía. A Nelson no le gustaba pasear por el centro de Madrid, pero a mí me encantaba hacerlo.

Quería ver gente y me iba a hinchar a comprar ropa en el Primark de la Gran Vía. Hacía poco que lo habían abierto y era una de las tiendas de ropa más grandes de Europa. Con Nelson, solamente fui una vez. Ahora me iba a vengar y me iba a pasar toda la semana desde Gran Vía a Callao y desde Callao a Puerta de Sol. Me iba a gastar el sueldo del mes en una semana. Me daba igual todo.

En ese momento me llamó Paula y dudé en cogerlo mientras iba caminando hacia el centro.

—Hola, Paula — en ese momento comencé a llorar.

—¿Pero qué te pasa, cariño?

—Nelson se ha marchado para siempre — mi voz era temblorosa y

casi no podía hablar con el llanto.

Había intentado no venirme abajo, pero tenía que suceder y rompí a llorar, y sentí que era bueno que lo hiciera. Me sentía más aliviada y escuchar la voz de mi amiga me ayudó.

—Dime dónde estás que voy ahora mismo a buscarte.

—Paseando hacia el centro de la ciudad. Voy a salir en Puerta de Sol, en la salida de Metro.

—Espérame en la cafetería de siempre. Llego en veinte minutos.

—Está bien, allí te esperaré.

Sabía que me iba a venir bien estar junto a ella, más que nadie conocía mi vida. Ella nunca me fallaba, pues estaba ahí en los buenos y malos momentos, apoyándome siempre.

Llegué a la cafetería en la que siempre solíamos quedar y me senté en una de las mesas que había fuera en la calle. Había comprado un paquete de tabaco por el camino, hacía años que no fumaba pero en ese momento lo necesitaba, idiota de mí que volvía a caer en el vicio.

Pedí un cappuccino y me encendí un cigarrillo mientras esperaba que mi amiga apareciera pronto para así no tener mucho tiempo para pensar.

—Cariño, ¿cómo estás?

Paula apareció un rato después dándome un abrazo por detrás. Me dio un

beso en la mejilla y se separó de mí para sentarse a mi lado. La miré a los ojos y comencé a llorar de nuevo.

—Así que por fin lo hizo, ¿eh? — preguntó Lucía cuando pidió su café.

—¿Hizo el qué? — pregunté sin entender.

—Decirte la verdad.

Me quedé mirando a mi amiga sin saber qué responderle, o yo la estaba entendiendo mal o ella estaba confundida.

—Te dije que Nelson se marchó.

—Es de Nelson de quien te hablo, Marta, ya era hora de que lo vieras.

—No te entiendo...

—No, sé que no lo haces. He intentado hacértelo ver de mil maneras diferentes, a ese tipo lo único que le faltaba era tener un cartel de neón en su frente que pusiera “Te estoy engañando”, dirigido a ti, claro — el camarero llegó y le dejó su café, yo aún no había tocado el mío —. Ciega, así estás — dijo negando con la cabeza.

—¿Tú sabías que me engañaba con otra?! — chillé.

Mierda, no quería levantar la voz, pero me había sorprendido. Carraspeé cuando vi que la gente de alrededor me miraba.

—Yo y todos. La única que no se daba cuenta, ya lo hicieran delante de tus narices, eras tú — siguió Paula —. Es ahora y no quieres verlo...

—Yo creo que no estamos hablando de lo mismo — nada tenía sentido para mí.

—¿Ves? Tú como siempre, en tu burbuja de felicidad, creyendo que tienes el matrimonio feliz mientras tu marido se tiraba a todo bicho viviente.

—Yo...

—No, Marta, piensa en todas las veces que intenté que lo vieras pero no hay más ciego que el que no quiere ver. De todas formas, aunque siento que esa burbuja te haya estallado en toda la cara, me alegro de que por fin haya sucedido.

No podía creer nada de lo que me contaba, ¿de verdad había estado tan ciega? Tenía que ser así, por qué iba a mentirme mi mejor amiga?

—¿Por qué no me lo dijiste? — le pregunté.

—¿Estás segura de que no lo hice? — preguntó mirándome fijamente y con las cejas enarcadas.

—Pues claro, lo recordaría si...

Me callé de repente, recordando la nota que me escribió un día bastante lejano Paula.

—Lo recuerdas, ¿verdad?

—Pero...

—No tienes la culpa de nada, Marta. Pero tampoco te quiero ver derramar una lágrima más por ese gilipollas, al menos no cuando yo esté delante.

Y sé que estás mal, pero mi pregunta es, ¿vas a permitir que se salga con la suya?

Capítulo 2

Me desperté sabiendo que era el primer domingo que iba a pasar sola. Estaba triste pero las palabras de mi amiga Paula me habían dado fuerza para afrontar esta nueva situación a la que me enfrentaba. Por un lado, sentía que había sido demasiado estúpida al dejarme engañar de esa forma tan burda y, por otro lado, pese a la tristeza, quizá romper con aquel imbécil era una forma de comenzar de nuevo. Me esperarían nuevas aventuras en mi vida.

Quizá Nelson me había hecho un gran favor y lo más apasionante me esperaba ahora a la vuelta de la esquina. Hacía un día precioso. El sol brillaba en el parque, sobre los árboles altos que rodeaban la plaza. Todo había adquirido, de repente, una apariencia mágica, de irrealidad. La tristeza que me había producido ser abandonada por Nelson también estimulaba mi forma de mirar ahora hacia las cosas.

El futuro estaba ahí. Lo podía tocar con la mano como esa luz que bañaba el parque. Voces de niños se escuchaban ya en las calles. La vida seguía a pesar de que para mí el mundo parecía haberse acabado. Pero pensé detenidamente en la conversación que había tenido con Paula y, con aquella luz, con tanta vida a mi alrededor, con una amiga como ella, el mundo no podía acabarse ahí.

“Menudo gilipollas”, dije, y me levanté de la cama. Me metí en la cabeza que solamente un gilipollas podía abandonar a una mujer como yo. Tenía que sacar mi orgullo, hacerme valer, quererme porque no estaba faltando a la

verdad.

Me fui hacia la cocina para preparar mi café de Nespresso y cogí la tablet para revisar las redes sociales. Cuántas veces había tomado café con él y ahora allí estaba yo. Sola. Pero me daba igual. Lo tenía cada vez más claro. “Que se joda”, murmuré. En ese momento, en las notificaciones me aparecía un mensaje de una persona que no estaba dentro de mis contactos.

“Hola, Paula, me has aparecido en sugerencias de amistad y me he dado cuenta por tu foto que eras la chica que atendía cuando iba al buffet de abogados. Me ha dado mucha alegría encontrarte y me he permitido el atrevimiento de saludarte. ”

Abrí su perfil de Facebook y me di cuenta de que era Sam, un chico que siempre aparecía con una preciosa sonrisa. Recuerdo que estaba tramitando el divorcio a través de nuestro buffet y recordé también lo mal que lo había pasado ya que su mujer lo había dejado de la noche a la mañana, exactamente lo mismo que me estaba sucediendo a mí en estos momentos. Menos mal que yo nunca llegué a casarme y me he ahorrado el mal trago de un divorcio en los tribunales.

Solamente me hubiera faltado eso, enfrentarme con ese cabrón en un juicio. Por mi experiencia en el despacho, he visto auténticos dramas familiares donde mujeres y esposos, por no hablar de los hijos, sufrían lo indecible en divorcios llenos de dolor, de resentimiento y venganzas personales. Sam era una de las víctimas de esos casos en los que las separaciones se convierten en auténticos dramas, en un calvario, donde el dinero, los bienes personales, la casa o la custodia de los hijos se convierten en armas cargadas de odio que unos emplean contra otros. Los abogados se llenan los bolsillos con este tipo

de divorcios.

Tenía delante de mí el chat que me había abierto y mientras me tomaba el café decidí contestarle. Al principio, no le di demasiada importancia. Contesté como tantas otras veces he contestado a otras solicitudes de amistad. Pero aquí mis palabras iban a tener un alcance inesperado, pero eso jamás se puede intuir.

“Hola, Sam, te recuerdo y me ha agradado mucho saber de ti, espero que estés bien y que todo se quedase por fin solucionado en tu vida. Lamento mucho por lo que tuviste que pasar. Lo siento. Yo tampoco estoy pasando por el mejor momento de mi vida.”

Quizá no debía haberle contado que estaba pasando por un momento malo, pero ya estaba escrito y enviado. Cuanto antes aceptara mi situación, mejor sería para mí. No paraba de mirar sus fotos. Era un chico guapísimo y con una simpatía extraordinaria. De nada le valió tener todas esas cualidades cuando lo dejaron tirado de la forma más miserable del mundo. La tía que hizo eso debía ser también una gilipollas. ¿Cómo es posible dejar un tío así? Era un auténtico bollycao.

De seguida volvió a contestar.

“Sí, por fin cerré ese capítulo que tanto me dolía, costó, pero, gracias a Dios, hoy en día es como si nunca hubiese sucedido. Lamento mucho lo que me dices sobre que no estás en el mejor momento de tu vida.”

“No sabes cuánto me alegro, es una gran noticia. Al final las cosas se solucionan. No es fácil superar un divorcio como el tuyo. Pero por lo que me dices, parece que estás muy feliz.”

En esos momentos sentí envidia de que él ya estuviese en ese momento de paz y tranquilidad después de esa gran tormenta. Es lo que necesitaba en esos momentos, que pasase el tiempo rápido y me olvidase de todo lo sucedido porque ahora lo único que sentía era una presión muy fuerte dentro de mi corazón. Enseguida volvió a responder y comprobé que me había enviado una solicitud de amistad, así que la acepte rápidamente.

“Me preocupa lo que me has dicho. ¿Estás bien? ”

Buena pregunta me hacía en esos momentos, pero era normal que la hiciese.

“No tan bien como quisiera, pero imagino que al igual que a ti, se me pasará. Todos pasamos por malos momentos en nuestra vida. Dios aprieta, pero no ahoga. No te preocupes, Sam. Estoy atravesando una reciente ruptura.”

“Lo siento, Marta. Solo puedo decirte que estoy aquí para lo que necesites, el tiempo es la mejor respuesta a todas las preguntas que tendrás ahora en tu cabeza. Por mi experiencia te digo que al final saldrás adelante, pero debes tener paciencia, dedicarte a ti y darte tiempo. Es verdad eso que dicen de que el tiempo cura las heridas.”

Yo también pensaba lo mismo, pero el tiempo era lo que me preocupaba.

Necesitaba restablecerme lo antes posible, no podía aguantar mucho tiempo esa situación ya que estaba ahogándome en un mar de penas.

“Gracias, Sam.”

“No hay de qué, cuando tengas ganas de hablar, solo tienes que abrir este chat, que aquí estaré. Me encantará ayudarte. Sé lo que es sentirse de esa manera.”

En ese momento volví a romper a llorar. Escuchaba las voces de los niños jugando en la calle y miraba al parque con el café entre mis manos. Observaba algunas parejas y de repente me fijé en ese banco, cerca de la fuente, donde Nelson y yo tantas veces habíamos hablado de nuestros proyectos, de nuestra vida juntos, de nuestro futuro. En ese banco era donde solíamos pegarnos el lote hasta altas horas de la madrugada. Nos besábamos con mucha pasión y me encantaba excitarlo con mi lengua y con mis manos, despacio, muy despacio. Ahora todo eso había desaparecido por culpa de su traición.

Mi corazón estaba totalmente destrozado y sentía que iba a entrar en una depresión, pero volví a repetir en mi cabeza, “Menudo gilipollas estás hecho, Nelson. Te vas a arrepentir toda tu vida”. Corrí la cortina y dejé de mirar afuera. No quería torturarme más. Terminé el café y me fui a echarme al sofá ya que no tenía ganas de levantarme, y mucho menos salir a la calle. Me apetecía estar todo el domingo sola. En ese instante hubiera dado cualquier cosa por escuchar mis discos de la movida madrileña o a Camarón, pero el cabrón me los había quitado, sabiendo que eran míos.

Miré el reloj de arena. Eran las 12 de la mañana y aún seguía tirada en el sofá. Estaba dándole vueltas a la tablet, miraba las fotos de las redes sociales de las personas que tenía agregadas y todas estaban con sus parejas diciendo

lo mucho que las querían. Se les veía a todos muy felices, pero sin embargo yo estaba hundida. Pocas horas antes me daba una alegría inmensa ver ese tipo de fotos.

Ahora, sin embargo, sentía una extraña mezcla de tristeza y odio hacia esas fotos. Yo también tenía álbumes de fotos con Nelson de ese tipo. Selfies, viajes, reportajes, fotografías de nosotros dos distraídos en Halloween y en fiestas de cumpleaños. Todo eso estaba en nuestros muros de Facebook. Todo eso ya no significaba nada. De repente recibí una notificación de algo que me había etiquetado Sam.

“Recuerda que la luz del día es aquella que tú quieras iluminar. Feliz domingo, Paula.”

Me pareció preciosa la frase y todo un detalle por su parte. Le di a un *me encanta* y luego le contesté que tuviese un buen día. Aquel detalle me alivió durante unos segundos. Que Sam hubiese hecho me hizo sentirme una quinceañera, me hizo vibrar de emoción y, por unos instantes, pensé que ese chico quería algo conmigo. Pero no era el momento de pensar en el amor y en hacerme ilusiones con un simple mensaje en mi muro.

La verdad que Sam me había sacado una sonrisa, había tenido un gesto muy bonito conmigo. Después de los días de mierda que había pasado, aquellas palabras merecían la pena.

Decidí que no me iba a quedar en casa, que mi día libre no se lo iba a llevar la tristeza que había causado ese tío en mí, no se merecía ni una lágrima más, así que decidí ponerme guapa y salir a la calle. Y justo antes de salir por la puerta volví a recibir un privado de Sam.

“Espero ver brillar tu preciosa sonrisa lo antes posible. No cierres esos

ojos que se apaga el sol.”

Otra sonrisa iluminó mi cara. Resulta que Sam me había salido poeta. Lo que nos gusta a las mujeres que un chico nos escriba esas cosas. La mayoría de los hombres con los que he salido, siempre quieren ir de duros. Y descuidan detalles como el que Sam estaba teniendo conmigo. Este chico había conseguido que mi día tuviera un sentido, que estuviera pendiente de la tablet para esperar otro de sus versos y de sus piropos.

“Tu mensaje me ha servido para vestirme e irme a la calle y no quedarme encerrada, así que me iré a tomar una cerveza al Lizarrán de Callao. Me encanta esa zona de Madrid. Gracias por tener estos gestos conmigo. No sabes cuánto te lo agradezco. Has puesto un poco de luz en este día tan gris para mí.”

“Eso es, me alegra mucho de que empieces a despertar y no dejes que los sentimientos de dolor te inunden todos estos días. Ponte guapa. Lúcete. Cómete el mundo y deja que la gente mire lo hermosa y elegante que eres. Yo me acuerdo de ti cada vez que iba al despacho en el que trabajabas. Eres un pibón. Perdona mi atrevimiento, pero necesitaba decírtelo.”

Me parecía tan galante que me di cuenta rápidamente de lo poco que fue Nelson conmigo. Jamás había tenido Nelson palabras para mí como aquellas que estaba escribiendo Sam tan amablemente, haciendo que me sonrojara sin que nadie estuviera delante.

Lo que pasaba es que yo estaba ciega, como decía mi amiga Paula. Cuánta razón tenía. Como me sabía de memoria el camino hasta el metro, iba pendiente de la tablet. Escuchaba el ruido hipnótico de mis tacones sobre el

asfalto.

El parque estaba lleno de vida y yo me iba para Callao, porque necesitaba perderme en la gran ciudad. Salí en La Puerta del Sol y pude ver toda la muchedumbre, vendedores ambulantes, parejas, grupos de turistas. Subí por Preciados y encontré el nuevo Lizarrán.

Por suerte había una mesa libre. Dos mujeres se marchaban y allí me senté. Miraba a la gente pasar. Siempre lo había hecho. Me encantaba esa experiencia. Mirar a la gente e inventarme historias sobre su vida a partir de cómo vestían, de las bolsas que llevaban, de sus peinados. Era un juego infantil que me fascinaba.

Estaba sola, es cierto. Pero también sentía el calor de aquella gente que no paraba de subir y bajar por las calles. La cola para comprar lotería en Doña Manolita daba la vuelta a El Corte Inglés. Pedí mi cerveza y un pincho, y, de repente, apareció él, sin que yo lo esperara.

—No tenías que haberme dicho que estabas aquí —sonrió acercándose a mí.

Tenía una sonrisa preciosa. Me dio dos besos y señaló la silla de enfrente. Asentí con la cabeza, diciéndole que podía sentarse.

—¿Qué haces aquí? — pregunté inocentemente.

—No me pude resistir a verte, me dio la impresión de que estabas demasiado triste — llamó al camarero y pidió una cerveza para él.

—Bueno, no es fácil lo que estoy pasando, pero qué te voy a contar a ti. Pero eso no significa que tenga que quedarme encerrada en casa, no me hace bien.

—Claro que no, haces bien en salir. ¿Es muy reciente? — preguntó refiriéndose a mi ruptura.

—Hace horas — sonreí tristemente, volviendo a pensar en cómo Nelson me había dejado —, pero no quiero hablar de eso.

—Quizás sea algo temporal — el camarero trajo su cerveza y él bebió un poco.

—No, ya te digo yo que es definitivo — torcí el gesto, volviendo a los recuerdos —, está con otra — confesé.

—Oh... Lo siento.

—Nada que sentir, mejor dejemos el tema. ¿Cómo te va todo?

—Empezando mi vida de soltero, me costó adaptarme pero entre el trabajo y que no paro un fin de semana en casa, todo perfecto — rio.

—Pfff, años hace que yo no salgo, al menos sola.

Era verdad, salía de copas los fines de semana pero siempre con Nelson y nuestros amigos, ya casi ni recordaba lo que era salir sola estando sin pareja.

—Tenemos que ponerle solución a eso, ¿cuándo nos tomamos algo? — volvió a reír.

—Ya te diré, ya — reí con él —, primero tengo que habituarme a todo esto.

Estuvimos como un par de horas charlando y riendo como un par de amigos. Sam era encantador y muy educado y la verdad era que me llamaba mucho la atención.

Nos intercambiamos los números de móvil y quedamos en salir una noche los dos de fiesta y contarnos todas las penas.

Volví a casa bien cerrada la tarde, me había parado a comprar algo de comida rápida por el camino y cené tras darme una larga ducha. Seguía triste, olvidar todo lo que había vivido con Nelson no iba a ser fácil pero el dolor de la traición lo haría posible.

Me puse un pijama cómodo y me tumbé en la cama con la tablet. Abrí Facebook para subir algunos de los selfies que me había hecho por el camino y la curiosidad pudo conmigo, así que entré y miré el perfil de Nelson.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas cuando vi que había cambiado su foto de perfil y ahora era una de él con la chica por la que me había abandonado. Algo dentro de mí se rompió, me limpié la cara a manotazos, enfadada conmigo misma por llorar por semejante idiota después de haberse cargado lo que teníamos, aunque parecía ser que lo único que tuvimos fue una falsa y que yo era la que se engañaba y se montaba su propio cuento en la cabeza.

En ese momento sonó una notificación en el móvil y por una parte deseé que fuera Nelson pidiéndome una oportunidad.

“No puedes ser más idiota, Marta, ¿eso es lo que te valoras?”, pensé llena de rabia de nuevo.

Abrí el WhatsApp y vi que era un número desconocido.

“Hola, soy Sam. Ya te tengo en mis contactos, espero que no me bloques cuando te des cuenta de lo pesado que puedo llegar a ser.”

Aunque seguía llorando, sonreí al leer el mensaje, agregué su número y le contesté.

“Tal vez seas tú quien me bloquee, recuerda que soy la que está con la depresión.”

“No digas eso ni en broma, Marta, no quiero verte mal. “Moléstame” las veces que te hagan falta, a la hora que sea, para contarme lo que sea, pero no quiero que te sientas triste o sola en ningún momento.”

“Te lo agradezco, Sam, pero podré con esto, no te preocupes.”

“Seguro que era un idiota para dejarte de esa manera.”

Era un cumplido y yo lo sabía, pero me había encantado que me dijera eso. Así que le escribí intentando quitarle importancia a sus palabras.

“Creo que me tienes en demasiada estima.”

“Todo se verá, Marta.”

Me quedé mirando la pantalla pero no decía nada más, fruncí el ceño porque no había entendido el comentario, pero viendo mis últimos estados de

ánimos, seguramente sería cosa mía no entender la mayoría de las cosas. Mejor sería despedirme de él.

“Buenas noches, que descanses.”

“Nos vemos pronto.”

Ojalá, pensé, porque era un chico encantador pero... Volví a pensar en Nelson y, enfadada, cerré los ojos. A este paso iba a tener pesadillas con él.

Capítulo 3

Sonó el despertador y me levanté rápidamente para que me diese tiempo a tomar una ducha y un café. El estrés de todos los días no entendía ni de amores ni de desamores. Había que pagar facturas a final de mes y tenía que trabajar, así que, pese al palo de Nelson, decidí continuar con mi vida. Menos mal que aquellos mensajes que intercambié con Sam me reconfortaron un poco.

Apenas tenía una hora para llegar al trabajo, así que lo hice todo deprisa y salí directa para el Ayuntamiento. A veces Madrid se pone imposible y, aunque vivía en la periferia, necesitaba a veces más de una hora para llegar al despacho. Una se acostumbra a este tipo de vida poco a poco y, al final, una hora haciendo cola se pasa en un santiamén.

Mientras iba conduciendo escuché que me entraba un WhatsApp y aproveché la parada en un semáforo para mirar quién me había escrito.

“Buenos días, quería mandarte un abrazo muy cariñoso.”

Ese Sam tan atento siempre. Volvía a conseguir sacarme una sonrisa de buena mañana. Me estaba mal acostumbrando aquel chico con esos mensajes. Nelson nunca había sido tan amable y cariñoso.

“Buenos días, Sam, recibe otro de mi parte.”

Debía ser amable con él ya que se estaba tomando tantas molestias. El resto del trayecto que faltaba a mi trabajo la pasé fantaseando con Sam pero rápidamente me venía la imagen de Nelson a la cabeza y me venía abajo de nuevo. Había sido mucho tiempo al lado de aquel gilipollas para olvidarlo rápidamente. Me dolió ver sus fotos en el Facebook al lado de aquella idiota.

¿Qué habría visto en aquella tía para dejarme a mí? ¿Por qué tuvo que engañarme? Si había un problema en nuestra relación, ¿por qué no buscó una forma de solucionarlo? Esas preguntas me venían una y otra vez a mi cabeza, así que no me apetecía ilusionarme o encariñarme con Sam, aunque el chico se notaba que lo estaba intentando.

Otras preguntas que me venían a la cabeza cada vez que leía un mensaje de Sam eran las siguientes: ¿Cómo puedo confiar de nuevo en un hombre? ¿Cómo puedo saber que una persona a la que amas, con la que compartes todo, tu cuerpo, tus secretos y pensamientos más íntimos no va a traicionarte?

El problema es que me obsesionaba con esas preguntas y, después de una, aparecía otra que complicaba mucho más la anterior. Por otro lado, Sam me agradaba y no quería bloquearlo o darle una respuesta cortante que lo espantara. Para no seguir con esta paranoia, me puse Cadena Cien y sonaron varias canciones de artistas ingleses y americanos que no me sugerían nada hasta que sonó una canción que me llegaba hasta el fondo de mi corazón. Era

una de las canciones favoritas de Nelson. Qué hijo de puta es a veces el destino. La canción era de Miguel Bosé y era “Nena”:

Ese modo de andar...
Ese look cha... cha... cha
Casi, casi vulgar
Y esas cejas...
Me sentí castigar
Te dije si... si...
Por tu forma de amar...
Tan salvaje...
Hay un ángel en tu mirada
Inquietante tabú
Nena... luna serena
Todo es posible... menos tú
Nena... ámbar y arena
Boca insaciable solo tú...

Cuando terminó la canción, tragué saliva, pero no pude contener las lágrimas. Cómo nos gustaba tanto la música española, Nelson y yo poníamos canciones de Miguel Bosé o de Vanesa Martín para hacer el amor en el sofá o en la cama. La música de los ochenta la dejábamos para el coche o para los sábados por la mañana. Podíamos pasarnos horas en la cama, uno al lado del otro, solamente escuchando a Radio Futura o a Nacha Pop. Todo eso se acabó y aquella canción de Miguel Bosé me había traído todos esos recuerdos, momentos felices de mi vida que ya no se volverían a repetir.

Llegué al trabajo y me senté en la mesa, enfrente de mi compañera Melisa,

con quien tenía muy buena relación. No era mi amiga del alma pero sí una buena confidente y una persona muy respetuosa. Era una tía legal que tampoco había tenido una vida fácil.

Muy poca gente que trabajaba con ella sabía que a Melisa la plantaron en el altar. Hay que ser cabrón para hacer una cosa así. Tardó mucho en recuperarse de aquel golpe. Tuvo que ir a terapia con un psicólogo durante varios meses. Luego conoció a un chaval en el gimnasio y en dos meses se casó en el juzgado, prácticamente en secreto.

En la oficina nos enteramos cuando pidió los días correspondientes al permiso de vacaciones por boda. Fue una sorpresa para todos y me alegré mucho por ella. De todo esto me enteré porque un día apareció en el despacho el cabrón del primer novio a arreglar las cosas con ella. La había dejado plantada en el altar porque se estaba viendo con una ex-novia. Melisa lo abofeteó en medio de todos. Tuvimos que sacar a aquel sujeto de la oficina a empujones. Ella comprendería perfectamente por lo que estaba pasando y así fue.

—Nelson me ha dejado.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué pasó? — dijo mientras se levantaba a darme un abrazo.

—Dice que ha conocido en el trabajo a otra y que sus sentimientos eran muy fuertes y no podía cambiarlos. Me ha roto el corazón pero pienso superarlo pronto pues no se merece ni una lágrima más mía. Ha sido un cabrón. No me esperaba que hiciera una cosa así. Mi amiga Paula lo sospechaba desde el principio. Dice que estaba ciega. Me siento como una

tonta e ingenua.

—Me parece muy fuerte. No sabe la joya que se ha perdido. No quiero verte sufrir, cuenta conmigo para lo que necesites. Sé por lo que estás pasando. Yo ahora estoy feliz con Pedro y no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Tía, a mí dejaron plantada en el altar. Eso es una putada de las gordas que no se te olvida.

—Gracias, compi, sé que puedo contar contigo. Pero es difícil afrontarlo. Nelson y yo no estábamos casados. Quizá si lo hubiéramos estado, se lo habría pensado dos veces — dije yo con inocencia.

—No te engañes. Te habría dejado igual. Tiran más dos tetas que dos carretas. Piensan con la polla y no entienden de sentimientos — dijo enfadada, mirándome a los ojos.

—Tienes razón. A veces soy demasiado blanda.

—Y cuidado con sentirte culpable. No eres culpable de nada. El único culpable aquí es Nelson. A veces tendemos las mujeres a sentirnos responsables de las rupturas y eso nos martiriza y nos tortura. Olvídate de todo.

—Pero, Melisa, ¿cómo puedo empezar de nuevo? — pregunté con un tono penoso, sin acordarme en ese momento de los mensajes de Sam.

—Ni lo pienses. Si quieres un consejo, hínchate a follar yogurines.

Destrózales el corazón y no te comprometas a no ser que te pase lo que a mí. Me apunté al gimnasio de mi barrio y Pedro era el monitor de Pilates. Y en la segunda clase acabamos en el vestuario enganchados como perros.

—¡Qué bestia eres! — dije yo riéndome. Algunos clientes nos miraron con estupor.

—Hazme caso y no mires atrás. Nelson o como se llame ya no nos importa una mierda. Pedro tiene un hermano que está muy bueno. Si quieres te lo presento y va en serio.

—No. Ahora mismo necesito aclararme.

—Sí, pero no te comas el tarro, ¿me oyes? — sentenció sin apartar la mirada de la mía.

Me pasé toda la mañana sintiéndome observada por ella. En el fondo sabía que estaba sufriendo por verme de aquella forma, aunque intentara estar bien, la cara de tristeza era difícil disimularla.

Cuando salí del trabajo decidí ir a tomar una tapa al restaurante de enfrente, no me apetecía meterme en casa ya que no me encontraba con los ánimos como para encerrarme y terminar toda la tarde llorando. Era un restaurante que habían inaugurado un joven matrimonio polaco y estaba decorado de forma rústica, como si fuese una cabaña en mitad del bosque. Además de platos tradicionales de Polonia y Alemania, servían unos pinchos de carne y pescado exquisitos. El establecimiento contrastaba con los edificios que rodeaban el despacho.

Me pedí una cerveza negra y, en ese momento, volvió a sonar un mensaje

de WhatsApp.

“¿Qué tal tu jornada laboral?”

Sonreí al leerlo. Cada vez me sorprendía más lo capaz que era de sacarme una sonrisa.

“Bien, se me pasó volando, ¿Cómo ha ido la tuya?”

“Bueno, sin parar, esto de tasar para el banco es lo que tiene, toda la mañana de vivienda en vivienda.”

La verdad que se había abierto un buen hueco en el mundo bancario con esto de los embargos y se dedicaba a tasar todas las viviendas de los encargos que le hacían.

“Eso es bueno, señal de que tienes bastante trabajo.”

“Sí, estoy cubriendo una o dos por las tardes ya que no me da abasto solo con las mañanas, pero lo bueno es que el viernes al mediodía corto y hasta el lunes no hago más nada.”

“Recuerda que me debes una fiesta un fin de semana.”

“Estaba pensando en invitarte a cenar el viernes por la noche y luego podríamos tomar alguna copa por alguno de los lugares de moda de Chueca. Hay una plaza muy coqueta donde podemos tomarnos unas copas frente al Mercado. Te encantará. Además, si quedamos antes, podemos dar

una vuelta por las tiendas. En Chueca conozco algunas boutiques que son sensacionales.”

“Acepto, me vendrá muy bien salir a despejarme.”

Me puso muy contenta la idea de tener un plan para el fin de semana. Aunque estaba realmente abatida por lo que me había pasado, era hora de empezar a mirar hacia delante y aprovechar todas las oportunidades que me brindara la vida. Curiosamente, la vida me había decepcionado con Nelson y ese mismo día aparecía Sam con sus mensajes simpáticos, espontáneos y cariñosos.

Después de comerme un buen tapeo, me fui hacia mi casa. Había pensado en perderme en un centro comercial pero lo que de verdad me apetecía era tirarme en el sofá. Ya estaba más animada con la cita que tenía para el viernes.

Me pasé toda la tarde limpiando y ordenando la casa. Como Nelson se había llevado todos mis discos, no pude escuchar algunas de mis canciones favoritas, así que puse la radio como había hecho en el coche. Sonaron canciones de Katy Perry y de Madonna.

No me gustaba nada de aquella música. De repente, escuché la voz de la cantante Vanesa Martín y todo cambió en mí. Volvieron las lágrimas a mis ojos, pero aquella tristeza me duró muy poco, porque de vez en cuando recibía un mensaje de Sam poniéndome algún cartelito con un mensaje, lleno de optimismo. También alguno que otro que me sacó alguna risa.

El día siguiente me desperté igual de triste, la noche anterior también me había costado dormir, estaba claro que cuando estaba en la cama, era cuando más notaba la soledad y cuando más echaba de menos a Nelson. Y el silencio

de la noche no ayudaba mucho, mi cabeza volvía una y otra vez a los recuerdos de todo lo que habíamos vivido y eso no me ayudaba en absoluto.

En el trabajo me fue un poco mejor, tuve que pasar la mañana fuera haciendo algunas diligencias con algunos clientes y apenas tuve tiempo para pensar.

Llegué a casa agotada, tomé una ducha caliente y decidí pasar el día descansando, tal vez con un poco de suerte hasta podría adelantar algo del trabajo que tenía atrasado, eso si mi mente se concentrara en lo que debería y no en batallar internamente con ella misma sobre echar de menos e intentar odiar a Nelson.

Me desperté de una pequeña siesta cuando el timbre de la casa sonó. Me levanté refunfuñando y abrí la puerta.

—Me encanta tu pelo cuando te levantas — dijo Paula mientras entraba.

Cerré la puerta y la seguí al comedor, alisándome el pelo por el camino.

—A mí me encanta que vengas sin avisar — dije irónicamente.

Nos sentamos en el sofá, yo sobre mis piernas y volví a taparme con la manta.

—Oh, pero te avisé, que leas los mensajes que te mando al WhatsApp o no, es cosa tuya.

Cogí el móvil y vi que era cierto, tenía un mensaje de ella:

“Te recojo en una hora más o menos. Tengo que comprarme un vestido para un evento y no pienso ir sola.”

—No tengo ganas de salir — dije bostezando.

—Como si eso me importara, yo tampoco tengo ganas de ir al evento y lo haré.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? — me tapé más, estaba congelada.

—¿Estás bien? — me tocó la frente — Todo normal, sí. Pues contigo realmente nada, pero yo no pienso ir a comprar ropa sola y lo sabes. Ya conocemos mi gusto con la ropa, ¿verdad? — puso los ojos en blanco y yo afirmé con la cabeza, riéndome.

—Eres capaz de ir vestida de luto — le dije pensando en cómo casi siempre vestía de negro.

—Me encanta el negro, qué le vamos a hacer — se encogió de hombros.

—Pero es que no tengo ganas — me quejé.

—Marta, estás soltera, estás súper buena y eres adorable, así que deja la jodida depresión ya — se levantó del sofá y apareció al rato después

con dos latas de refresco.

—No estaba buscando halagos.

—Lo sé, pero es cierto. ¿Qué piensas hacer? ¿Quedarte toda la vida llorando por ese imbécil?

—Ya no lloro por él — mentí.

—Claro, tienes los ojos así por hartarte de fumar hierba.

—¡Yo no hago esas cosas! — empecé a reírme sin control.

—Pues tú te lo pierdes... Venga, por favor, necesito que me ayudes a elegir vestido — dijo mirándome con cara de pena y poniendo la boca como un perrito adorable, me levanté a mi pesar.

—Está bien — suspiré —, pero me invitas a cenar.

—¡Hecho! Y si quieres también te invito al polvo de después.

—No sabes cómo me pone que me digas eso — le guiñé un ojo y volvimos a reírnos las dos.

Pasamos la tarde de compras, la verdad es que fue bastante divertida, llegué tarde a casa, ya cenada y me acosté rápidamente.

En ese momento no pensé en Nelson, si no en Sam. Había mirado varias veces al día el móvil y no me había mandado ningún mensaje, eso me había

extrañado, sobre todo después de haber quedado para salir los dos. Aunque quizás era por eso, nos veríamos pronto y estaría ocupado o...

Resoplé, yo y mi manía de comerme la cabeza.

Cogí el móvil y le escribí yo.

“Hola, Sam, espero que hayas tenido un buen día, solo quería decirte que descanses, buenas noches.”

No lo leyó, mucho menos tuve respuesta y eso me extrañó aún más. Dejé el móvil cargando en la mesita de noche y me acomodé para dormir. En ese momento sonó una llamada y di un bote de la cama, pero esta vez no esperaba que fuera Nelson, si no Sam. Y ver su nombre en la pantalla del móvil ya me hizo sonreír.

—Hola — respondí al descolgar.

—Hola, preciosa — dijo cariñoso y yo sonreí como una idiota —. No me olvidé de ti, solo que he tenido algunos problemas y no estaba de humor para hablar con nadie. ¿Cómo estás?

—Primero no tienes que darme explicaciones y segundo estoy bien, agotada. ¿Tú?

—Igual, ahora acabo de meterme en la cama, pero quería hablar contigo antes de dormir.

—Oh... —sí, se nota que yo no era muy locuaz en algunas ocasiones.

—¿Dónde estás? — preguntó.

—En la cama — apoyé la cabeza en la almohada, parecía una quinceañera. ¿Pero era idiota, o qué?

—Bien, entonces cierra los ojos, yo me quedaré aquí hasta que te duermas.

—No tienes que hacer eso.

—No, pero quiero. Venga, hazme caso, que al final me duermo yo antes que tú.

Hice lo que me pidió y en medio dormida escuché sus “Buenas noches”.

Me levanté con otro humor a la mañana siguiente, miré el móvil y ya tenía un mensaje de Sam.

“Muy buenos días, sonríe que hoy será un día genial.”

Le respondí sonriendo.

“Buenos días, Sam. Tú haz lo mismo.”

“Ya lo hago al leerte. Te escribiré luego y vete preparando para la fiesta de mañana.”

“Sí, tengo ganas. Hablamos, un beso.”

“Todos los que quieras.”

Salí de casa y volví a entrar en ella horas después con la misma sonrisa de idiota en la cara. De verdad que era para matarme. Pero era así, estaba deseando que llegara el día siguiente para salir con Sam, me encantaba ese chico, siempre me hacía sonreír.

Y esperaba que solo fuese eso, porque... ¿no sería nada más, no?

Borré ese pensamiento de mi mente, disfrutaría del presente, ya la vida decidiría.

Capítulo 4

Por fin viernes, desperté con una sonrisa entre mis labios. Hacía un día precioso. El cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. Estaba motivada, llena de energía. No me podía creer que la vida fuese así de inesperada y juguetona. Nelson formaba parte del pasado y ahora un nuevo rostro, un nuevo cuerpo, una nueva forma de sentir habían aparecido en mi día a día.

Había puesto el despertador más temprano de lo habitual ya que quería

tomar un café tranquila antes de salir para el trabajo. Subí las persianas, abrí las cortinas. Quería que la luz del sol inundara toda la casa. Quería sentir el calor, el calor que da la alegría de ese resplandor bañando mi cuerpo.

Me fui hacia la cocina y, mientras lo preparaba, comprobé que tenía un mensaje de Sam. Los mensajes de Sam se estaban convirtiendo en una parte esencial de mi día a día. Estaba claro que todo estaba empezando a girar alrededor de aquel nombre. Estaba deseando leer su nuevo mensaje, seguro que eran unas palabras agradables, de esas que te levantan el ánimo y haces que veas la vida de color de rosa. Qué tonta me estaba poniendo sin darme cuenta. A veces, qué poco pedimos las mujeres para que nos hagan felices. A buena hora, el idiota de Nelson iba a hacer lo que estaba haciendo Sam.

“Buenos días, preciosa, ¿preparada para esta noche?”

La sonrisa no dejaba de aparecer en mi cara, porque esos mensajes me llenaban de emoción. Si hubiera estado delante, lo que habría disfrutado al verme así, tan risueña. Cogí la taza de café y me senté en la mesa a tomarlo mientras respondía su mensaje. El café volvía a tener su sentido. Volvía a relacionar el café con una manera feliz de ver el mundo y de afrontar el trabajo que me esperaba cada día.

“Buenos días, deseando.”

Después de enviarlo me di cuenta de que había sido un poco atrevida con el mensaje, pero bueno ya estaba enviado. Vi cómo estaba escribiendo y estaba deseando ver que me decía. Me mordía el labio y mi pierna derecha no dejaba de temblar. Estaba ansiosa. Hacía muchos años que no sentía algo parecido.

“Cuánto me alegra saberlo. Hace un día precioso, ¿verdad? Yo creo que es una señal. Pero bueno, ya hablaremos de todas estas cosas cuando nos veamos. Me encanta pensar que las cosas maravillosas que suceden a nuestro alrededor, como el mero hecho de que el sol brille radiante, se deba a que te he conocido. Esta noche te espero a las ocho en la esquina de tu calle. Estoy contando las horas...”

Terminé el café a la vez que me fumaba un cigarro. Me gustaba esa forma que tenía de escribir, de halagarme. Había dejado de fumar hacía bastante tiempo. Me costó mucho trabajo. Nelson no ayudaba, porque fumaba delante de mí cuando yo estaba intentando dejarlo. Ahora el vicio había vuelto a llamar de nuevo a mis puertas, pero en esos momentos era mi más fiel acompañante en esos instantes tan amargos en los que me había visto sumergida.

A veces un cigarro, mirar el humo, aspirarlo era un ritual parecido al de tomar el café. Me relajaba y me hacía pensar en mis cosas, en mi futuro. Si no hubiese conocido a Sam, seguramente no habría estado tan cómoda como estaba. De nuevo volvía a oír las voces de los niños en el parque, cómo bullía la vida a mi alrededor. Mi corazón latía deprisa y no tenía otra causa que aquel hombre guapo y atento que me estaba enviando los mensajes.

Me acordé de las palabras de Melisa: “No te comas el tarro. Hínchate a follar” ¡Qué loca estaba! .Quizá tenía razón, pero no quería aprovecharme de Sam en ese sentido. No iba conmigo. Quería ver en Sam a alguien en quien podía confiar y pasar un buen rato sin otra intención que conocernos poco a poco. Esa noche sería una oportunidad ideal para conocernos mejor, para

escuchar lo que su corazón y el mío sentían.

Me daban ganas en ese instante, frente a la taza de café, de escribirle a Nelson para darle celos con alguna captura de pantalla de los mensajes que me había estado enviando Sam. Pero no quería que se sintiera tan importante.

Ese gilipollas no era nadie ya en mi vida. Si le mandaba alguna notificación o alguna foto, como había hecho el muy cabrón en Facebook fotografiándose al lado de su novia, seguramente lo interpretaría como que todavía me gustaba y que, por esa razón, le restregaba en toda su jeta que tenía un nuevo ligue. No iba a ponerme a su altura.

Eso sí. No iba a mandarle ningún mensaje, pero me apeteció hacer una cosa. Entré a Internet y busqué en el FNAC los discos de Antonio Vega y Radio Futura. Los compré rápidamente. Me permití ese lujo y, a la semana siguiente, haría lo mismo con Fangoria y los discos de Camarón. Necesitaba esa música en mi casa. Joder. Yo nací con los ochenta, yo crecí escuchando a Alaska y viendo La bola de cristal. Era de las pocas cosas que nos permitían en el centro.

La mañana pasó volando en el trabajo. Mi compañera Melisa me notó en la cara que estaba más alegre.

—Chica, algo te ha pasado. ¿Me lo vas a contar?

—No. No me ha pasado nada. Son imaginaciones tuyas. No paras de mirarme todo el rato.

—Mira, no soy tonta. Tú has follado — dijo sin pelos en la lengua, aprovechando que nadie la veía.

—¡Eres muy bruta, Melisa! No puedes hablar así. Me sacas los colores — dije yo, escandalizada.

—Perdona, qué fina te has vuelto. ¿Me lo vas a contar o no?

—He conocido a alguien. Pero es una tontería.

—No, no. Tú has follado y no me lo quieres decir, cabrona.

—Te digo que no. No te preocupes, Melisa, cuando folle, serás la primera en saberlo, ¿vale? — dije sonriendo mientras ella no paraba de hacerme muecas para burlarse de mí.

—Ahora la bruta eres tú.

—Pero si no paras de provocarme. Te he dicho que solamente es una tontería. Es un chico que he conocido por Internet. Hemos hablado y me ha mandado unos mensajes.

—Me tienes que enseñar esos mensajes. No me puedes dejar así — dijo Melisa intrigada y poniendo los ojos como platos.

—No te voy a enseñar nada ni te voy a decir ninguna cosa más, que las cosas luego se gafan.

—Tienes razón. No te voy a dar más follón. Pero me tienes que prometer que me vas a mantener informada. Y lo digo en serio. Te vi muy mal el otro día. Me recordaste a mí, ¿sabes? — el tono de Melisa cambió, se volvió más triste.

Cuando terminó mi jornada, me despedí de Melisa con dos besos y me dijo que, aunque no le había dicho nada, se alegraba mucho por mí y que esperaba que mi ligue no fuese un cabrón como Nelson. Le guiñé un ojo y crucé al restaurante que tanto me gustaba.

Melisa se montó en su coche. Pedro la esperaba en su interior. Pude ver cómo se daban dos besos de tornillo antes de salir a la carretera. Yo también me alegraba por ella.

La pobre había sufrido mucho. No me imagino por lo que tuvo que pasar cuando aquel “hijo de su madre”, por no decir otra cosa, la dejó plantada en el altar. Me senté en la terraza y me pedí mi cerveza negra. Quería disfrutar el momento. Saborear esa esencia áspera de aquella bebida. Todo estaba lleno de luz a mi alrededor. La aparición de Sam había hecho que yo mirara las cosas como antes no lo había hecho o quizá no lo recordaba.

Comí algo antes de ir a mi casa: las salchichas eran excepcionales allí. Y el pan de centeno que servían, recién sacado del horno, era un manjar exquisito. Volví a fumar y pedí un botellín de agua para hacer tiempo. No quería que un control de alcoholemia me hiciera la puñeta en este día maravilloso.

Un rato después me fui hacia casa. Iba ilusionada y feliz porque tenía plan

para esta noche ya que no me la tiraría llorando en un rincón en mi casa recordando al maldito Nelson. Era una mujer distinta. Lo sentía en mi interior. Parece mentira que una persona agradable, unos mensajes cariñosos y el ansia de una cita hagan de tus pensamientos un lugar maravilloso en el que vivir.

Me tiré un rato en el sofá y comencé a dudar entre qué me pondría esa noche; si un pantalón ajustado o un traje hasta las rodillas. Al final me decanté por un precioso traje marrón de lana que tenía, me lo pondría con mis botas altas de piel de color marrón también.

Mire varias veces el móvil y no había vuelto a recibir ningún mensaje más de él, pero sabía que estaba a pocas horas de disfrutar de una velada mágica junto a él, así que no me preocupaba. Estaba deseando que el tiempo corriera más deprisa, así que empecé a hacer cosas para que no pasase tan lento. Llené la bañera hasta arriba y me metí en ella un buen rato. Le había echado sales y geles especiales de relax. Hacía tiempo que no hacía una cosa así y lo necesitaba. De verdad que lo necesitaba.

Me encendí un cigarro mientras estaba en aquella bañera relajada y me vino toda mi vida de repente a la mente, como si fuera una película. En el fondo, me hubiese gustado conocer la historia que me había llevado a ese orfanato siendo aún una niña. Era tan pequeña que no tenía recuerdos de aquellos momentos, pero siempre me quedó la esperanza de saber algo sobre mis orígenes.

Tras media hora larga metida en la bañera, decidí salirme porque ya me estaba quedando arrugada, aunque estaba tan a gusto que me hubiese quedado mucho tiempo más.

Comencé a secarme la melena, luego le pasaría un poco las planchas y me la dejaría perfecta para esa noche. Me maquillé tranquilamente y luego me puse las medias y el traje con las botas. Los había comprado en las rebajas del PRIMARK. Estaba buenorra con aquello puesto. Me miré al espejo y me vi muy estilizada, y me sentía bien conmigo misma.

Miré la hora en el móvil y ya faltaban cinco minutos para las ocho, así que salí directa para las cita con Sam, que me recogería en la esquina de mi calle.

Iba muy nerviosa. Parecía una quinceañera, pero imprevisiblemente él había despertado en mí un ligero interés que hacía que mis días fuesen radiantes.

Al salir por la puerta, me crucé con mi vecino Alfredo, un señor de unos cincuenta años, que era todo un caballero y tenía una feliz vida junto a su mujer Matilde. Me miró de arriba abajo y me dijo que iba preciosa. Él, tan atento como siempre, pero eso hizo que me viniese más arriba y fuese más segura hacia mi cita.

Madrid me esperaba y yo, después de mucho tiempo, sentía que era una diosa.

Sonreí al verlo, estaba con un hombro apoyado en la pared y mirando el móvil, intenté acercarme sin hacerme notar pero él levantó la cabeza y sonrió al verme. Me miró tan detenidamente de arriba abajo que casi me tropiezo del nerviosismo que me entró.

—Vaya... — fue lo único que dijo y yo ya estaba roja como un tomate.

—Tú también estás muy bien — me paré frente a él, la verdad que iba guapísimo con esos vaqueros desgastados, una camisa gris y el abrigo negro.

—Creo que voy a tener que protegerte esta noche — rio.

—Eres un exagerado — pero reí también, me encantó que me dijera eso.

“Si es de ti, no hace falta que me defiendas”, pensé y me reñí mentalmente por la dirección que estaban tomando mis pensamientos.

—Había pensado en cenar en un restaurante que no está muy lejos de aquí, es una brasería y la carne está deliciosa — se separó de la pared y me señaló el camino con la mano para que empezara a andar junto a él. Así lo hice.

—Me parece bien, pero no tengo mucha hambre.

—Eso lo dices ahora, cuando estemos allí será diferente — me guiñó el ojo —. Te veo mucho más animada.

—Sí, parece que el “duelo” va a menos, casi desapareció.

—Esta noche terminará de desaparecer del todo. ¿Preparada para una noche inolvidable? — me preguntó mientras me ponía el brazo por los hombros.

—Deseando — dije entre risas.

La cena fue increíble, era un sitio elegante y a la vez muy normal y salí de allí que casi no podía ni andar de todo lo que había comido. Sam no paró de reír durante la cena diciendo que menos mal que no tenía hambre, que a saber cómo comería cuando estuviera hambrienta. Hasta yo me sorprendí pero es que estaba todo delicioso y hacía tanto que no disfrutaba de una salida tan divertida y en donde me sintiera tan relajada siendo yo misma, que ni siquiera me daba cuenta de que no paraba de comer.

Salimos tarde de allí, estábamos tan a gusto que perdimos la cuenta del tiempo, cogimos un taxi para que nos llevara a un pub que él conocía, uno de sus amigos era el dueño y allí podríamos estar tranquilos en uno de los reservados o bailar y beber en la pista de baile, me gustó la idea, así que acepté ir para allá.

Tenía ganas de divertirme pero tampoco me gustaban mucho las discotecas en las que ni siquiera podías hablar con tus acompañantes, no sabía si era por la edad o por la madurez ya, pero aunque me gustaba bailar, prefería los lugares más “tranquilos”.

Llegamos, pedimos un par de mojitos y nos sentamos en uno de los sofás en uno de los reservados en la primer planta. Desde allí podíamos ver la pista de baile de abajo, cómo la gente bailaba y reía, divirtiéndose.

—Hace mucho que no salgo — le dije mirándolo y bebiendo un poco de mi mojito.

—¿No salías con tu ex? — se acomodó en el sofá y me miró de frente.

—Sí, pero de copas poco. Si era así, a cualquier otro sitio más tranquilo, él y nuestros amigos no son mucho de bailar.

—Podíamos haber hecho eso, solo pensé que te gustaría más algo así.

—Oh, no, esto es perfecto. Adoro bailar, solo que hace años que no lo hago — lo miré muy seria —. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro — se adelantó para acercarse más a mí, esperando lo que iba a decirle.

—Me da miedo bailar por si parezco un pato mareado.

Me quedé mirándolo seria, él hacía lo mismo mientras pestañeaba. Me mordí el labio cuando la risa iba a salir de mi garganta, me daba la impresión de que se había tomado mi comentario en serio y yo estaba a punto de descojonarme. Cosa que hice después, cualquiera pensaría que estaba ya borracha y aún no había empezado a beber. O eso, o el vino de la cena se me había subido a la cabeza.

La cuestión es que me empecé a reír sin control y él acabó riendo conmigo.

—Estaba bromeando, hace tiempo que no bailo pero no creo que vaya a hacer el ridículo.

—¿Te cuento yo mi secreto ahora? — preguntó poniendo cara y voz de conspirador.

—Sí — susurré siguiéndole el juego.

—Estoy deseando ver cómo te mueves en esa pista, con ese vestido.

Vaya... Lo dijo con una voz que hizo que mi calenturienta imaginación volara rápidamente. Carraspeé y me bebí casi todo el mojito de una sola vez. Minutos después ya se me había subido a la cabeza, como siempre, no servía para aguantar mucho alcohol.

Nos pedimos otro mojito más y nos lo tomamos allí sentados mientras nos contábamos anécdotas. Yo tenía un puntazo increíble ya y la gente me miraba cuando me reía a carcajadas pero no me importaba, me lo estaba pasando estupendamente.

En uno de esos momentos que miraba cómo la gente bailaba, me quedé con la boca abierta al ver a Nelson bailando pegado con la mujer por la que me había dejado. Ignoré a Sam cuando me preguntó si me pasaba algo, me bebí el mojito de una sentada y me levanté rápidamente.

Estaba sonando *Cómo te atreves a volver de Morat* y llegué a la pista justo para cantar a todo pulmón el estribillo.

Cómo te atreves a volver, oh.

A darle vida a lo que estaba muerto.

La soledad me había tratado bien.

Y no eres quien para exigir derechos.

Cómo te atreves a volver, oh.

Y a tus cenizas convertir en fuego.

Hoy mis mentiras veo caer.

Que no es verdad que te olvidé.

Cómo te atreves a volver.

Ohhh... no, n,o no.

Vi cómo Nelson me miraba y canté aún más fuerte mientras saltaba, eufórica, que le dieran al imbécil.

Sam se acercó a mí y me cogió por la cintura cuando la canción terminó y empezó a sonar una balada. Sonreí y me agarré a sus hombros, llamándome mentalmente idiota por haberme comportado como una quinceañera cuando estaba con Sam. Había salido a disfrutar y el imbécil de mi ex no iba a joderme la existencia.

Bailamos varias horas, bebido y riendo sin que yo volviera a acordarme de Nelson. Salimos del pub cuando me empecé a encontrar más mareada de lo normal, las luces no ayudaban a que me encontrara mejor.

Sentir el aire fresco en la cara fue un alivio.

—Quiero ir andando — le dije y empecé a caminar, me tropecé con mis propios pies y masi caigo al suelo.

—¿Andando o arrastrándote? — preguntó riéndose mientras me ayudaba a incorporarme.

—Andando — repetí muy convencida.

—Claro que sí, andando y borracha como una cuba. Vamos a llamar a un taxi, anda — dijo mientras marcaba el número en el móvil.

—No — se lo intenté quitar pero no pude —, yo me quiero ir andando

— me zafé de él y volví a echar a andar.

—Sí, a nombre de Sam, gracias — lo escuché decir —. Ey, ¿a dónde vas?

Sam me agarró por la cintura desde detrás, giró sobre él mismo y volvió a llevarme para la puerta del pub.

—Sam, me caes muy bien, pero no soy un saco de patatas — dije refunfuñando.

—No, solo estás borracha.

—¿Yo? ¿Borracha? ¡Por favor! — me soltó en el suelo, me di la vuelta para mirarlo y me agarró de la muñeca.

Me miraba con las cejas enarcadas y aguantando la risa.

—Solo bebí un poco — le dije al final —, pero estoy bien, ¿podemos irnos andando?

—No.

—Pero...

—Que no.

Resoplé e intenté separarme de él varias veces y todo fue inútil. El taxi

llegó y aproveché su descuido para salir corriendo, lo habría logrado si no se me hubiera roto el tacón.

—Joder, eres cabezota, ¿eh? — preguntó al ayudarme a levantarme.

—Vete tú que yo ando.

—Ni en broma — me cogió y me puso sobre su hombro —, ahora sí eres un saco de patatas — rio.

—Maldita sea, bájame — le di golpes en la espalda.

Me metió en el taxi y dio la dirección en donde habíamos quedado ya que yo no soltaba prenda sobre dónde vivía.

—Anda, ven aquí — me abrazó por el hombro —, duerme un rato, te aviso al llegar.

—Pero yo quería caminar...

—Ahora caminas, duerme la mona un poco.

Cerré los ojos esperando despertarme pronto y caminar un poco.

Capítulo 5

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana de mi habitación, sentí un fuerte dolor de cabeza, empecé a recordar levemente algo de la noche anterior. Miré el móvil y no tenía ningún mensaje de él. Me fui a la cocina a prepararme un buen café y a tomarme una pastilla.

Cuando pasé por el salón noté algo raro. Miré sobresaltada hacia dentro y pude comprobar que estaba Sam durmiendo en el sofá, una sonrisa invadió mi cara y, de repente, él se giró y me miró. Nos comenzamos a reír a carcajadas a pesar de ese tormentoso dolor de cabeza. Lo que daría porque Nelson estuviese delante para vernos, pero Nelson era parte del pasado. Ahora sí lo tenía claro.

—Buenos días, preciosa. No sé si recordarás que me distes autorización para quedarme aquí, ¿o no te acuerdas? — dijo sonriendo, con una voz tersa y suave, a la vez que se levantaba.

—Joder, qué sorpresa. No esperaba verte aquí.

—¿Te molesta? Lo siento. ¿Si quieres? Me marcho enseguida.

—No. No. Por favor, está bien. Quédate — dije yo convencida porque tenía unas ganas locas de que no se fuese de mi casa.

—Me pediste que me quedara aquí. O a lo mejor es que se me ha ido la olla. No sé qué decir en estos momentos — dijo y yo lo miré confusa, lo último que recordaba era ir en un taxi. Qué más da, pensé, a saber lo que había hecho bebida...

Yo comencé a sonreír también Le saqué la lengua como señal de complicidad entre los dos. Me sentía como una estudiante de la ESO. Me sonrojé, porque sentí el calor en mis mejillas.

—No, no lo recuerdo. Pero ahora mismo preparo un buen desayuno para los dos y, si quieres una pastilla, porque te duele la cabeza solo tienes que pedírmelo. Yo ya me he tomado una y creo que voy a tomarme otra. Estaba desentrenada en este tipo de cosas, Sam — dije con cara de gilipollas. No podía evitar poner esa cara ya que me había dado una gran sorpresa verlo allí en mi salón.

—Voy a entrar al baño a asearme un poco si no te importa. Ahora te ayudo con ese desayuno. Tengo un hambre feroz. Me comería un buey, menos mal que por ahora no me duele la cabeza — dijo mientras me guiñaba el ojo y se acercaba a mí para darme un beso en la mejilla.

—Vale, pero no tardes, que luego se enfría todo — dije coqueteando, arrugando los labios de forma insinuadora.

Me fui hacia la cocina con esa cara de tonta y me tomé dos pastillas con un buen vaso de agua a la vez que iba encendiendo la tostadora y calentando la cafetera.

Me asomé a la ventana y me fijé en la gente que rondaba por el parque. Algunas parejas se sentaban en los bancos con su café en vasos de plástico. Bromeaban, reían, paseaban entre los árboles. Yo tampoco podía quejarme porque Sam estaba en casa. Conmigo.

El chico que me había enviado esos mensajes tan cariñosos estaba allí, a mi lado, esperando a que compartiéramos el desayuno. La felicidad era eso, pensé. No hay más. La felicidad era mi desayuno con Sam cerca de ese parque que tanto significaba para mí. Me había hecho tanta ilusión que estuviese allí que parecía que el día comenzaba a brillar de diferente manera.

Instantes después aparecía Sam por la cocina.

—¡Qué bien huele a café! Me encanta ese olor por las mañanas. Además en tu compañía será uno de los desayunos más entrañables que se pueda tener un sábado — dijo con esa facilidad que tenía para halagarme.

—¡Exagerado! Seguro que eso se lo dices a todas. ¡Anda! ¡Siéntate que me encargo yo de prepararlo!

—Quiero ayudar...

—En mi casa mando yo, ¡siéntate! — dije muerta de risa.

—A sus órdenes, comandante. Para estar en igualdad de condiciones luego nos vamos a mi casa a comer y preparo yo una paella, y tú te dedicas a estar sentada para que yo te lo ponga todo por delante. Es lo justo...

—Eres una caja de sorpresas, Sam.

Esa proposición inesperada que me había acabado de hacer alegró mi mañana, ya que pasaría el día con él. Volvía a hacerme la tonta. Que yo me mostrara un tanto infantil noté que le gustaba.

—Pero, ¿te vas a venir a comer la paella? Me salen de puta madre. Es lo único que sé hacer en la cocina —dijo con una alegría especial en sus ojos.

—¡Acepto! — dije mientras le ponía la taza de café delante y le guiñaba el ojo.

—Perfecto, antes pasaremos por un supermercado para comprar todos los ingredientes. Luego entraremos en la pastelería de mi barrio y compraremos unos deliciosos dulces para pasar la tarde frente a la chimenea.

—Me parece genial, sin duda una gran idea. Pero aún queda un mes para Navidad, te recuerdo, y lo que me estás describiendo es una escena navideña — dije bromeando.

—Por cierto, prepara una pequeña maleta porque podríamos ver esta noche unas películas y quedarnos a dormir en mi casa. Verás lo bien que se está allí.

—¿Una maleta? ¿Películas? — repetí un tanto impresionada.

—¿No te gusta la idea? — preguntó un poco acojonado al ver mi reacción.

—No lo dudo, me parece un planazo — dije alucinando por la idea de pasar el fin de semana con él.

—Pues, listo, cuando desayunemos, preparas tus cosas y nos vamos.

—Oye, ¿qué películas vas a ponerme? — pregunté con intención de ponerlo en un compromiso y reírme un poco de él.

—Tengo de todo tipo: romántica, acción, terror. Lo que quieras.

—A mí me gustan las de terror, pero las clásicas como Viernes 13 — dije yo entusiasmada.

—Joder, pensaba que eras de románticas — añadió él, un poco sorprendido.

—Por supuesto, esas que no falten tampoco. Tenemos que ver Titanic. Me entran ganas de llorar desde el primer minuto —dije yo entregada completamente a la proposición de Sam.

—Perfecto, pero ahora vamos a coger fuerzas porque ayer con tanto alcohol las perdimos.

—Sí que la cogiste gorda — dijo muerto de risa.

—No me lo recuerdes... No te lleves una mala impresión de mí. Yo no soy así, Sam.

—¿Y lo bien que nos lo pasamos? — volvió a guiñarme un ojo, mientras yo colocaba las tostadas en una bandeja.

—Es verdad, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esta manera. A veces te metes de lleno en el trabajo y te olvidas de saborear la vida. Y la vida es más que trabajar.

—Pues nada, a partir de ahora los fines de semanas quedamos y nos vamos de fiesta — dijo con picardía.

—Eso, volviendo a la juventud.

—¿Me has llamado viejo? — preguntó frunciendo el entrecejo.

—¡Para nada ! Pero yo no sé si sería capaz de volver a repetir lo de anoche y hablo en serio.

—No me digas eso que me vengo abajo. Yo todavía creo que soy un chaval.

—No. Te cuidas y estás muy bien. Pero yo al menos no estoy ya para hacer botellón

Tras el desayuno, fui a ducharme. Antes, había preparado la pequeña bolsa

de viaje de fin de semana, ya que estaba claro que me iba a quedar en su casa. Mientras yo hacía todo eso, Sam fregaba y secaba los platos y las tazas. Luego se vistió y se sentó en el sofá delante de la tele.

Al salir de la ducha, me sequé. Podía escuchar el ruido de la tele al fondo. Me hubiera encantado que hubiese entrado a mi habitación y me hubiese sorprendido desnuda. Pero no lo hizo. Verdaderamente era un caballero. La luz de la mañana entraba a mi cuarto e iluminaba mi cuerpo. Volvía a sentirme una diosa al echarme el aceite sobre mi cuerpo. Quería estar espléndida.

El cielo despejado y las voces de los niños y las madres en el parque me daban la vida y saber que Sam estaba allí conmigo me hacía sentir una mujer especial. ¿Sería Sam ese hombre que veía en mí lo que no había sido capaz de ver Nelson? ¿Tendría alguna posibilidad de crear un futuro con ese chico? Entonces recordé las palabras de Melisa, esas palabras que me aconsejaban que no me comiera el tarro, que aprovechara cada instante del día.

Un rato después salimos directos para ir al supermercado y a la pastelería antes de encerrarnos en su casa, frente a esa chimenea. Solo de pensarlo se me hacía muy apetecible.

Llegamos a su casa y me puse a mirarla de arriba abajo mientras él guardaba la compra. Me sentía una niña pequeña haciendo algo prohibido aunque él mismo me había animado a que lo hiciera, pero me sentía extraña de todas formas. Estaba sobriamente decorada y con un gusto perfecto, se notaba el toque masculino, le gustaba lo simple por lo que deduje de lo funcional que era todo y eso me gustó aún más. Era muy Sam todo, por lo que yo lo iba conociendo.

—Me vas a ayudarte a cocinar, ¿no? — pregunté cuando entré de nuevo en la cocina.

—No, tú haz lo que quieras, como si quieres tomar un baño, pero no me molestes, puedes desconcentrarme.

—¿Necesitas concentrarte para hacer una paella? — pregunté divertida, con todo el morro que Dios me había dado, abrí el frigo y saqué una lata de refresco, me senté a la mesa para tomármela — ¿Puedo fumar aquí?

—Sí y sí. Ahí hay ceniceros, dejé de fumar hace poco — explicó —. Y claro que sí, la paella es mi especialidad pero tú ya me desconcentras bastante solo estando aquí, cuanto más si te pones a ayudarme — me miró y me sacó la lengua.

—¿Te desconcentro? ¿Por qué? — bebí un poco de la lata.

—Olvídalo, solo fue un comentario — empezó a picar la verdura.

—Mmmm... — me levanté y fui a por mi tablet, no iba a ningún lado sin ella.

Fue divertido estar ahí, haciendo cosas mientras él cocinaba y bromeaba conmigo de vez en cuando. Era como cuando vivía con Nelson, parecía que había pasado mucho tiempo sola pero no era así, aunque con Sam era diferente, me encontraba muy relajada y eso que tampoco lo conocía tanto,

pero era el efecto que él tenía en mí.

No pude probar la paella, que olía de maravilla, hasta que estuvo servida en los platos, casi puse cara de haber tenido un orgasmo cuando lo hice.

—Y tan de puta madre que te sale — dije sin pensarlo.

Sam empezó a reírse y así pasamos la comida, como si nos conociéramos de toda la vida.

La tarde fue igual, un ambiente perfecto. Nos sentamos los dos en el sofá y jugamos al parchís.

—¡Sí! — grité y pegué un salto del sofá cuando le gané.

—Has hecho trampa — dijo seriamente.

—Una leche, trampas, si es que eres muy malo — me reí.

—Nadie es malo jugando al parchís.

—Ya, bueno, eso pensé yo hasta que te vi jugar a ti — no podía dejar de reír.

Me hizo caer al sofá y empezó a hacerme cosquillas y era algo que yo no soportaba, me retorcí y lloré mientras reía.

—¡Para! — chillaba una y otra vez hasta que dejó de hacerlo y nos

quedamos los dos mirándonos un rato a los ojos.

—Te toca elegir película entonces — carraspeó y se separó de mí.

—Sí, Viernes 13 — dije roja como un tomate.

—Pfff, me arrepentiré de esto...

Le saqué la lengua, intentando evitar el episodio incómodo del sofá y al poco tiempo estábamos otra vez como siempre, relajados. Pedimos comida china para cenar y nos sentamos más tarde a ver una peli en el sofá.

Me quedé dormida casi sin darme cuenta, Sam me despertó para que me fuera a la cama, me tapó con las mantas y me dio un beso en la frente.

Cuando escuché sonar el móvil, lo miré somnolienta. ¿Un mensaje de Sam? Pero si me acababa de dejar en la cama y estaba en la habitación de al lado.

“No sabes cómo me gusta tenerte aquí...”

Sonreí como una idiota, lo mío era de película.

“Ya te cansarás de aguantarme.”

“¿Me estás retando, Marta?”

“¿Yo? Para nada, solo bromeaba.”

“Descansa, te veo por la mañana.”

“Buenas noches.”

“Ah, y Marta...”

“¿Sí?”

“Sueña conmigo. Besos.”

Sonreí de nuevo, este chico sabía cómo ganarme...

El domingo, al levantarme, ya tenía el desayuno preparado, me acerqué a Sam y le di un beso en la mejilla y me regaló una preciosa sonrisa. El día fue corto, tenía que volver a casa a preparar algunas cosas para el trabajo al día siguiente, así que después de almorzar con él, me dejó en mi piso.

En ese momento me di cuenta de lo bien que me sentía con él y de cómo me costaba separarme de su lado.

Tenemos un problema..., pensé.

Capítulo 6

Me desperté muy ilusionada por el fin de semana que había vivido y sobre todo porque ya no me hacía tanto daño en pensar en Nelson. Era una mujer distinta. Sentía que era una mujer distinta. No era ya esa mujer a la que habían destrozado el corazón. Me sentía realizada. Salí de mi casa directa hacia el trabajo, pero, poco antes de salir, abrí el buzón puesto que se me había pasado hacerlo el viernes.

Me impresionó ver que había una carta del juzgado en la que me citaba para ir a recoger una notificación lo antes posible. El corazón me dio un vuelco ya que yo había solicitado al juez de todas las formas posibles que me aportara información sobre mis orígenes ya que mi partida de nacimiento no aparecía por ningún lado y no encontraba ninguna información de mis familiares.

Además sentía que ahora vivíamos una época donde saber algo así era crucial para cualquier persona. Cuántas veces había llorado delante de esos programas de televisión en que hijos e hijas buscan a padres y familiares, y éstos aparecen por sorpresa. Cuántas veces no había deseado llamar a la televisión para que yo recibiera una sorpresa como esa. Nelson siempre me dijo que todo eso era una estupidez y que quizá mis padres estuviesen muertos o no querían saber nada de mí después de todos estos años.

El hecho de no saber de dónde eres o quién eres en realidad puede convertirse en una pesadilla. Hasta ahora lo había llevado bien, aunque había

pasado momentos de mi adolescencia y de mi juventud en los que hubiese agradecido tener unos padres a los que confiar mis secretos, con los que compartir mis preocupaciones y de los que recibir útiles consejos.

Llegué al trabajo y comenté que tenía que acercarme al juzgado. Me dijeron que no me preocupase. Antes de salir por la puerta, Melisa, que venía de desayunar, me paró y me acosó con toda clase de preguntas.

—Chica, cuéntame cosas. ¿Cómo vas con tu novio? ¿Es bueno en la cama? ¿Tiene dinero? ¿Te hace feliz? ¿La tiene más larga que Nelson?

—Joder, ni los buenos días. Ya te he dicho que, por ahora, no te puedo contar nada. Pero, para que te quedes tranquila, va todo bien. Y me acuerdo de lo que me dijiste. Si me acuesto con él, serás la primera en saberlo — dije yo con prisa, intentando no ser antipática.

—Esa es mi chica. Te dejo. Veo que tienes prisa.

—La verdad es que sí. Tengo que ir al juzgado.

—Espero que no sea nada grave.

—No. Ya te contaré, pero es muy importante para mí — dije y salí aprisa sin apenas acabar la frase.

Estaba muy nerviosa cuando llegué al juzgado. Mi corazón latía de forma acelerada. Me sudaban las manos y había aparcado el coche en zona azul y, cuando estaba subiendo las escaleras, me di cuenta de que no había colocado

el ticket de pago. Me daba igual que me multasen. Ahora no iba a volver. Sentía un nudo en el estómago según me acercaba al control de la entrada. Cualquier persona que estuviese en mi lugar lo entendería.

Llevaba años viviendo en una soledad no buscada, en la desprotección que causa no saber por qué tus padres no se hicieron cargo de ti. ¿Por qué acabé en un orfanato? ¿Por qué tenía que resignarme a no conocer la verdad de mi nacimiento? Necesitaba saber si el juez había aprobado mi solicitud o de lo contrario no había podido encontrar absolutamente nada.

Atravesé muy nerviosa el control policial que había en la entrada y me dirigí hacia el número del despacho que venía en la carta. No había demasiado trabajo en estos momentos que yo pudiera observar. Llamé a la puerta y pedí autorización a la chica que estaba allí, tecleando informes y cartas. Me dijo que pasara. Al llegar hasta ella, le entregué la carta y fue a buscar el expediente.

Ví que traía la carpeta en las manos y lo abrió, y se puso a leerlo para informarme.

—Verás, Marta, este es el pleito que llevas cuatro años solicitando contra el Registro Civil de esta ciudad. Por fin el juez te ha dado la razón y aquí tienes toda la partida literaria tuya con la que espero que resuelvas esas dudas que tiene sobre tus orígenes. Suerte.

—Gracias, señorita. Gracias. He luchado mucho para llegar a esto. He vivido toda mi vida sin saber quién soy en realidad — dije con tono penoso.

—No eres la primera que viene. Por desgracia, hombres y mujeres como tú tenemos todas las semanas reclamando información de sus padres biológicos.

En esos momentos, las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas y cogí el sobre que me había entregado. No me despedí al salir. Estaba acongojada. Sentía alegría y tristeza al mismo tiempo. Tenía miedo a saber la verdad, pero necesitaba cerrar ese episodio en mi vida.

Es cierto que, en pocos días, me había enfrentado a muchos dilemas: la separación de Nelson, la aparición de Sam y la revelación de mis orígenes. Salí por el control policial muy emocionada y temblorosa. Quería abrirlo ya y ver la información que contenía.

Me senté en la primera terraza que vi. Estufas exteriores y taburetes altos de madera la salpicaban. Necesitaba fumar un cigarro a la vez que me tomaba un buen café que me sirvieron rápidamente. Abrí el sobre con mucho cuidado. Respiré hondo, pero no podía contener las lágrimas. Volvían a temblarme las manos y las piernas. Cerré los ojos como si quisiera negarme a saber lo que allí había escrito.

Al final comencé a leer y pude comprobar que mi nombre no había sido alterado, pero mis apellidos sí lo estaban. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sorbí el café. Estaba dulce como a mí me gustaba. Curiosamente el café estaba asociado a momentos importantes de mi vida, a momentos felices, salvo cuando Nelson me dijo que me dejaba.

Mi padre se llamaba Fernando Solís Gutiérrez y tenía sesenta años. Mi madre era Lucía Bravo Carrera y era cinco años menor que mi padre. No constaba que hubiesen tenido más hijos. Yo había nacido en Madrid y ellos también.

Las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas. Por fin, tenía un pasado. Por fin, tenía una familia. Unos nombres que jamás había escuchado estaban unidos a mí. Sentí alivio al leer aquellos apellidos, pero después sentí la también la ansiedad de averiguar quiénes eran aquellas personas. Descubrí que no me había librado en absoluto de la soledad que dominaba mi corazón.

Tenía unos nombres. Era algo muy importante. Un primer paso. Pero todavía no tenía nada. Y de nuevo venían las preguntas a mi cabeza: ¿De qué serviría encontrarlos? ¿Me aceptarían? ¿Serían capaces de darme unas explicaciones coherentes y creíbles sobre mi abandono? No sé si había hecho bien al conocer esos nombres.

No me daba cuenta de que la gente caminaba delante de mí, se cruzaban delante de mis ojos. Algunos hicieron el ademán de preguntarme qué me pasaba. Pero yo estaba ausente, lejos de la realidad, lejos de todo lo que me rodeaba.

Yo tenía la mirada puesta en aquel papel y mi rostro, arrasado por las lágrimas, revelaba la tristeza de alguien que todavía no ha encontrado la paz consigo mismo. Tanto esfuerzo para nada, porque no tenía claro si buscarlos ahora que lo pensaba detenidamente.

Quizá bastaba con saber sus nombres, saber que yo tenía una familia, que alguna vez la tuve. Con eso bastaba. Levanté la cabeza y miré a la gente que caminaba, que se cruzaba, que ascendía por las calles con destino a su trabajo. Volví a respirar hondo.

Mis pulmones se llenaron de un aire frío y húmedo. Mis labios se habían mojado con las lágrimas y noté el sabor salado de ellas. Pensé en Sam. Me podría aconsejar bien.

Aunque parezca mentira, al guardar el informe en el sobre tuve la sensación, la misma sensación que experimentaba en el orfanato cuando uno de mis compañeros se marchaba de allí porque había sido adoptado y yo me quedaba sola, doblemente sola, sin padres y sin ese amigo o esa amiga que había vivido allí en el centro donde todos formábamos una gran familia.

Volví a tener la certeza de que quizás mis padres no querrían saber nada de mí y posiblemente mi aparición podría ser un quebradero de cabeza para ellos. Pero también podría existir la posibilidad de que mis padres tuvieran que abandonarme en aquellos momentos porque su situación laboral y económica era muy difícil.

Seguramente querían buscar mi estabilidad emocional en personas que sabrían cómo hacerlo. La miseria y las penurias nunca son una buena escuela de aprendizaje para una niña. Todo esto me venía muy grande, pero ya tenía las respuestas más importantes por las que había luchado los últimos años: saber la identidad de mis padres.

Llegué al trabajo le conté a Melisa el motivo de mi salida a los juzgados. Ella no se lo podía creer y no paraba de repetir el nombre de mis padres. Le echó un vistazo al informe en su mesa. Un rato después se levantó y vino hacia mi mesa, sostenía el móvil entre sus manos.

—Marta, he registrado en Facebook y he encontrado el perfil de tu madre. Estoy segura de que es ella. Además de coincidir en los dos apellidos, coincide su fecha de nacimiento con la del informe del juzgado. No sé si estás preparada para verla, pero déjame decirte que tu parecido a ella es sorprendente.

Otra vez estaba llorando como una niña chica a la vez que Melisa socorría

para abrazarme.

—Enséñamela, por favor. Necesito verla.

—¿Estás preparada entonces? — preguntó ella con prudencia.

—Nunca se está preparada para estas cosas. Pero necesito hacerlo. Melisa, necesito encontrar un sentido a mi vida de una puta vez — dije con la voz rasgada.

Mi amiga me mostró la foto y me impactó verla. Era guapísima, con una sonrisa preciosa, pero su mirada emitía mucha tristeza. Solamente había nostalgia detrás de esas pupilas, como si sus ojos intentaran decirme algo. Sus ojos tan próximos a los míos.

Ni rastro de mi padre por su Facebook donde había otras fotos, mensajes, conversaciones, paisajes, como podemos tener muchos de nosotros en nuestro muro. Ella ponía muchos estados y frases de esperanza e ilusión debajo de esas fotos; algunas de ellas eran atractivas y preciosas. De hecho, muchos de sus amigos y amigas habían compartido esos estados y mensajes.

No quise seguir mirando, porque esperaba llegar a casa para ver todo su muro.

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte, Melisa. Por un lado, estoy ilusionada, pero, por otro, siento una enorme rabia. Es injusto, muy injusto, todo lo que me ha pasado. Ponerle rostro por primera vez a mi madre no es nada fácil. Pero

te agradezco que te hayas tomado tanto interés — dije con voz rota.

—Hay momentos, Marta, en que un hombre o una mujer descubre quién es en realidad. Cuando me dejaron plantada en el altar, creí que iba a morirme, que no levantaría cabeza. Sin embargo, aquel trauma me sirvió para descubrir que yo era una mujer valiente y capaz de superarme a mí misma. Ahora tú estás en la misma situación. Que hayas roto con Nelson y que sepas ahora quiénes son tus padres te van a ayudar a conocerte mejor, a descubrir que existe otra mujer dentro de ti, una mujer mucho más fuerte y madura — las palabras de Melisa estaban cargadas de sabiduría.

La mañana se me hizo eterna y, cuando salí del trabajo, fui directa para tirarme en el sofá de mi salón con la tablet y ver todo lo que había puesto la que parecía ser mi madre. Por el camino recibí una llamada de Sam, le conté lo sucedido y me dijo que, cuando saliese de trabajar, pasaría por mi casa a tomar un café. Me dijo además que debía contarle absolutamente todo.

Me compré un sándwich en un 24 horas que había debajo de casa y me senté en el sofá a tomármelo mientras abría la tablet y me ponía a revisar el muro de mi madre.

Pude deducir de todo su historial que vivía sola, que era una persona muy creyente y que siempre ponía frases relacionadas con una persona que no mencionaba. De hecho, en una frase decía:

“Por mucho que la vida te arrebate lo que más quieres, su corazón siempre estará dentro del mío.”

¿Lo decía por mí? No quería hacerme esas ilusiones, ya que podía ser que mi padre hubiese muerto y ella estuviese dedicando esa frase, llena de esperanza y de nostalgia, a él precisamente.

Abrí mil veces un chat con ella, pero no me atrevía a escribir. No podía dejar de llorar. La vida era demasiado injusta y me había robado demasiado tiempo como para ahora no ser capaz de dar el paso de hablar con ella. Por mucho que intente explicar todo lo que me pasaba por la cabeza, no encontraré jamás las palabras adecuadas. Jamás.

Me lo pensé mil veces y al final le envié una solicitud de amistad a ver si ella se percataba de quién era yo y me hablaba. Cambié mi foto de perfil y puse una donde se me veía bien la cara. Quería ver si ella era capaz de descubrir que yo era su hija. Quizás cuando me viese me bloquearía, pero necesitaba saber si ella tenía la intención de encontrarme, si en algún momento echó de menos a esa hija que pasó toda su infancia y juventud en un orfanato. Por muy mala que sea una madre, ese tipo de cosas no se olvidan jamás. Quedan grabadas a fuego.

Fui a ducharme y dejé la tablet sobre la mesa. Estaba nerviosa. Creo que el sandwich me sentó fatal. Me dolía el estómago y tenía ganas de vomitar. Cuando salí cogí una lata de Coca Cola y me fui para el salón a mirar si había sucedido algo en el Facebook. Al mirar de nuevo, me quedé sorprendida, pues tenía una notificación de ella. Había aceptado mi solicitud de amistad.

Abrí el chat y vi que estaba online. No pensaba escribirle hasta ver cómo ella reaccionaba. También existía la posibilidad de que aceptara a cualquier persona y ni siquiera se hubiese fijado bien en quién era yo. Aunque viendo sus amistades parecía que era muy selecta y las tenía contadas. ¿Me habría reconocido? No teníamos ni un solo amigo en común.

De repente, vi que había cambiado su estado y me lancé directa a leerlo.

“¿Coincidencia? ¿Respuestas? No sé de qué se trata, solo sé que hoy es uno de los días más felices de mi vida. Por fin lloro de felicidad. En estos momentos, no sé qué hacer, pero sí lo que me gustaría que pasara. Ya me puedo morir tranquila.”

Empecé a llorar como una niña pequeña, pues tenía muy claro que eso iba dirigido a mí. Aquellas frases iban directamente a mi corazón y, sin dudarlo, le di a un me encanta y contesté a su publicación.

“Las coincidencias no existen. Solo encuentras aquello que buscas. Comparto contigo la felicidad.”

No podía escribir más porque no dejaba de llorar. Mis manos volvían a temblar y la luz que provenía del parque tenía ahora un significado mágico para mí, era una luz de esperanza, una luz que me envolvía y me abrigaba, un abrazo invisible que no quería desprenderse de mí. Algo me decía que ella me había estado buscando o que se dio por vencida porque se lo prohibieron de alguna manera.

Ojalá Sam estuviera aquí conmigo para compartir este momento tan decisivo y hermoso. Estaba ansiosa de recibir una noticia de mi madre por privado, una noticia que no tardó en entrar. No podía creer lo que estaba leyendo.

—Hija...

—Sí, mamá.

—Te quiero, hija.

—Gracias, mamá y yo también a ti.

—Escúchame, cariño. Escúchame, por favor, yo sabía que no habías muerto. Te he buscado de mil maneras. Denuncié a todo el mundo, pero nadie me hizo caso. El poder que tenía la familia de tu padre hizo que yo no pudiera dar contigo. ¿Ha sido buen padre contigo mi niña?

Me quedé perpleja ante aquella pregunta. Creo que ella estaba viviendo una historia totalmente diferente a lo que había sucedido conmigo en realidad. Me di cuenta de que mi madre no sabía nada de donde había pasado toda mi vida hasta que cumplí la mayoría de edad.

—Mamá, no conozco a mi padre, alguien me entregó en un orfanato cuando tenía un año. Me he criado con las monjas. ¿Acaso no sabías nada?

—¡Dios mío, como te hicieron eso! Quiero verte, hija. Quiero verte.

—¿Dónde vives, mamá?

Hasta aquel momento, las palabras “madre” o “mamá” habían estado asociadas al odio, a la indiferencia, a una continua y desesperante ausencia que jamás iba a ver completada en mi vida. Y ahora, sin embargo, de repente, me movía la ternura cuando tecleaba en mi ordenador. Qué raro se me hacía escribir una y otra vez “mamá”.

—Vivo en Tenerife. Me vine hace veinte años después de estar diez buscándote. Aquí encontré un trabajo decente para sobrevivir.

—Yo estoy en Madrid. Mamá, dame unos días y preparo todo para ir a verte un fin de semana.

—Aquí te espero con los brazos abiertos, cariño. Estoy deseando abrazar al amor de mi vida.

—Yo también, mamá. Te dejo aquí anotado mi teléfono, así podremos hablar por WassApp o por llamada.

—Vale, mi vida, que Dios te bendiga. Te amo con todas mis fuerzas.

Cuando cerré el chat, los sentimientos encontrados causaron en mí una sensación de angustia que a veces era aliviada por la ilusión y la esperanza que me transmitía el hecho de encontrarme con mi madre. La luz de la calle se tornó de un color gris a causa de unas nubes que ocultaban el sol por unos instantes. Aquella pobre claridad no dejaba de ser un símbolo del estado en el que yo estaba sumida.

Estaba demasiado nerviosa y no sabía qué hacer, era casi la hora de la cena y yo no había parado de dar vueltas por la casa, ya no sabía ni cómo sentarme. Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Sam, no sabía si lo molestaría pero, aunque pareciera tonto, era la única persona que necesitaba en esos momentos para que me relajara. Fui directa al grano, no tenía paciencia para andarme con saludos y sabía que él lo iba a entender.

“Dime que no tienes nada que hacer hoy.”

Me respondió casi al instante.

“¿Estás bien?”

“No.”

“¿Dónde estás?”

“En casa.”

“Estoy allí en 15 minutos.”

Dejé el móvil y me tumbé en el sofá a esperarlo. Llegó puntual, me dio un abrazo al entrar y ver mi cara triste y mis ojos llorosos, me reconfortaba tanto...

Nos sentamos en el sofá y lo noté nervioso, no me gustaba haberlo puesto en ese estado, sobre todo verlo tan serio.

—¿Te ha hecho algo? — me cogió las manos y las apretó — Dímelo porque lo encuentro y te juro...

—No, no, tranquilo — negué con la cabeza y él suspiró de alivio, a saber qué estaría pensando —. Es mi madre — dije llorando otra vez.

—¿Tu madre? — preguntó sin entender.

—La he encontrado.

Me miró y fue a decir algo pero cerró la boca de golpe y volvió a abrazarme. Estuvimos así un rato, hasta que dejé de llorar y pude separarme de él para explicarle.

—Me llamaron del juzgado hoy y por fin pude conocer el nombre de mis padres, ya te lo explicaré todo con calma, la cuestión es que Melisa encontró a mi madre en Facebook y yo... Bueno, me lancé a la piscina.

—¿Has hablado con ella? — me acariciaba la mano tiernamente.

—Sí, me dijo que ella no sabía que yo no estaba muerta y que la familia de mi padre... Ay, no sé — me mordí el labio, llorando —. Yo no he estado con mi padre, no sé por qué dice eso.

—No pienses en eso entonces, no sabes nada. Tienes que dejar que ella te lo explique todo.

Asentí con la cabeza.

—Vive en Tenerife y le dije que iría a verla pronto. Pero quiero ir ya — dije llorando a mares.

—Primero relájate. Si quieres ir, vamos, yo te acompaño.

—Sam, tú no...

—He dicho que te acompaño, ¿puedes esperarte al viernes? Pido el día libre y nos vamos el fin de semana.

—Sí, pediré el día de asuntos propios — dije nerviosa y emocionada a la vez.

—Está bien, ahora compramos los billetes y no te preocupes del hotel, yo me encargo de todo cuando llegue a casa. Ahora quiero que te des un baño caliente mientras preparo la cena.

—Pero...

—Marta, ¿quieres hacerme caso? El viernes nos vamos, no te preocupes por eso. Pero tienes que relajarte y pasar estos días bien, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Le di un beso en la mejilla y preparé un baño. Cuando salí, había preparado una cena rápida para los dos. Cenamos tranquilos y compramos los billetes de avión con destino a Tenerife.

No se fue hasta que me vio acostada y relajada y yo se lo agradecí, me calmaba mucho estar con él.

Estaba ya casi dormida cuando el móvil sonó con un mensaje e WhatsApp, sonreí sabiendo que sería él.

“Descansa, preciosa, verás que todo sale bien.”

“No sé cómo agradecerte todo esto...”

“No tienes que hacerlo, una sonrisa y pagado.”

Era tan dulce...

Era sobre todo, en momentos así cuando más echaba de menos a Nelson, aunque ese idiota no era ni de asomo como Sam, quizás era que no soportaba la soledad muchas veces.

Me estaba acostumbrando demasiado a Sam.

En fin... No era momento de pensar en eso, mi madre era lo único que ocupaba mi mente en esos momentos.

Me despedí de Sam con un mensaje.

“Que descanses, Sam.”

“Besos, preciosa.”

Cerré los ojos decidida a dormir aunque el nerviosismo no me había abandonado y sabía que iba a ser una semana infernal. No vería la hora de que llegara el viernes y salir con destino a Tenerife.

El miedo me cogió de nuevo por sorpresa y me levanté a prepararme una tila, a ver si así podía.

Desperté muy nerviosa porque apenas había pegado ojo en toda la noche y me había despertado en varias ocasiones.

Miré por la ventana y el cielo amenazaba tormenta. Algunos rayos en el horizonte me deslumbraban. Gotas de lluvia resbalaban sobre los cristales. Sentía que el cielo estaba llorando como yo lo había hecho a lo largo de estos días. Fui a la cocina a prepararme un café en mi Nespresso.

La casa estaba en silencio y ese silencio me aliviaba. Aún faltaban dos horas para entrar a trabajar. El cielo seguía palpitando con sus luces.

No paraba de darle vueltas a la cabeza. No le estaba haciendo caso a las palabras de Melisa, mi compañera de trabajo, que me había dicho repetidamente que no me comiera el tarro. Bebí y aspiré el aroma de mi Volutto. Sentí un escozor en la rodilla de mi pierna derecha. Era una señal. Lo sabía.

De pequeña, encerrada en mi cuarto con mis compañeras del orfanato, ese escozor estaba siempre presente y, por desgracia, estaba asociado a un presentimiento, a una mala noticia.

Al día siguiente, alguna de mis mejores amigas era adoptada por una familia. Me quedaba entonces desolada y ese escozor desaparecía al cabo de un rato.

Sabía que mi madre iba a tener una buena explicación a todo el misterio que había rondado mi vida. Me había gustado la forma en la que se había volcado Sam con todo este asunto. Necesitaba todo el apoyo posible y él me daba fuerzas.

Apenas eran las siete de la mañana cuando recibí un mensaje de Sam.

“Buenos días, princesa, saca esa preciosa sonrisa. El universo entero

está empezando a conspirar para que todo empiece a cobrar sentido en tu vida, te deseo que pases un precioso día.”

Otra vez volví a sacar la mejor de mis sonrisas. Era increíble cómo conseguía hacer que yo me alegrara por cualquier cosa, hasta en el peor de los momentos.

“Buenos días, guapo. Me encanta despertar con tus mensajes. Espero que tú también tengas un precioso día. Mándame más mensajes de este tipo. Me encanta que lo hagas.”

Puse el móvil a un lado y no me había dado tiempo cuando había recibido otro WhatsApp pero, al abrirlo, descubrí que no era de Sam, sino de mi madre.

“Buenos días, mi vida, he estado pensando que me avises cuando vayas a comprar el vuelo ya que yo te envío el dinero para que no tengas que hacer gastos, cariño. Me siento muy generosa. Es lo menos que puedo hacer por ti.”

Ohhh, por unos momentos sentí que me sentía arropada por mi madre, como si estuviese a mi lado, como si pudiera tocarla con solo alargar la mano. ¡Qué bonita sensación estaba experimentando! ¡Era mi madre! Todas las lágrimas dentro y fuera del orfanato habían sido causadas por esa sensación continua de ausencia y ahora todo ese sufrimiento iba a desaparecer para siempre.

“Buenos días, mamá. Ya he comprado el vuelo. Llego a Tenerife el

viernes a las once de la mañana. No te preocupes por eso. Trabajo y puedo permitírmelo. Voy con un amigo, pero nos quedaremos en un hotel. Aunque pase todo el día contigo, por las noches iré a dormir a la habitación que he reservado. Perdóname y entiéndeme. Pero necesito tomarme mi tiempo, conocerte poco a poco. Ha sido muy duro vivir sin ti todo este tiempo. Supongo que, para ti, habrá sido lo mismo. No sé cómo explicarlo. No encuentro las palabras, mamá.”

No tardó en contestar. Además, me asombró lo rápido que lo hacía y el fácil manejo que tenía con los mensajes, Yo era hábil con las nuevas tecnologías, pero ella lo hacía más veloz que yo.

“Por favor, hija, no me hagáis eso. Tu amigo es tan bien recibido como tú en esta casa. No reservéis ninguna habitación. Os recojo en el aeropuerto el viernes a las once y no vale decirme lo contrario. Estoy deseando verte y quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Yo tampoco encuentro las palabras, hija. Ha sido muy difícil para mí vivir sin encontrarte. Tengo que confesarte muchas cosas. Pero todo a su tiempo. Todo a su tiempo.”

Llamé rápidamente a Sam y le comenté lo que me había dicho mi madre y me entró la risa. Me dijo que era normal, así que a él no le importaba que fuésemos a la casa de mi madre, pero que no quería ser un incordio para nosotras. Que a lo mejor se había precipitado al decirme que me acompañaba.

—No digas tonterías, Sam. ¿Cómo vas a ser un incordio? Te has convertido en una persona muy importante para mí. Te necesito cerca — dije con tono serio.

—Está bien. No quería preocuparte. No quiero que interpretes que me estoy entrometiendo en tu vida — añadió él, distante y serio también.

—No. Te lo repito. Necesito que estés a mi lado. Es mi madre. Es cierto, Sam. Pero también es una extraña para mí y no quiero verme sola si las cosas no salen como yo espero — dije intentando convencerlo para que no me dejara en la estacada.

—Está bien. Solamente quería asegurarme de que no era un estorbo.

—En el peor de los casos, si necesito estar a solas con ellas, te lo digo y listo.

Así que, tras hablarlo, acepté la invitación de mi madre y se lo comuniqué. Aquel mensaje la puso muy contenta.

“Gracias, hija. No te vas a arrepentir. Cuento los segundos para verte. ¿Sabes una cosa? Algo me decía en mi interior que ibas a aparecer en mi vida pronto. No sé por qué. Soñaba contigo, con tu cara, con tu figura, aunque no te conociera, aunque no recordara nada de ti. Eras un bebé cuando te fuiste de mi lado. Espero que puedas perdonarme, cariño.”

El lunes se me pasó volando. Después del trabajo, fui a un centro comercial a comprar ropa nueva y a echar la tarde ya que no me quería meter en mi casa comiéndome tanto el coco. Le tenía que haber pedido a Melisa o a Paula que me acompañaran. No es bueno estar tanto tiempo sola. Porque, aunque me había propuesto no hacerlo, no dejaba de pensar en todo lo que me

estaba pasando.

¿Estaba feliz? En el fondo estaba muy feliz, pero también nerviosa por reencontrarme con mi madre, esa que tanto había ocupado tanto tiempo de fantasía en mi cabeza.

Me la imaginaba de mil formas e incluso siempre soñaba que venía a buscarme y me decía que me quería; algo parecido a lo que me había dicho ella en aquel mensaje. Soñar con fantasmas era lo que habíamos hecho hasta ahora, soñar con fantasmas. Cuando pudiera abrazarla y besarla, se acabarían esas pesadillas, sueños extraños y asfixiantes donde estaba privada del cariño, de los orígenes.

El martes aproveché para ir con mi amiga Paula a comer. No volvería a quedarme sola en un centro comercial. Pensar y darle vueltas a la cabeza en mi situación no conducen a nada. Mi amiga estaba flipando con todo lo que le estaba contando.

—No me lo creo, Marta. Conoces al amor de tu vida y ahora aparece tu madre.

—Bueno, yo no he dicho que si al amor de mi vida, pero tampoco me importaría que lo fuese. Es tan fuerte todo que ya no me queda lugar en la cabeza para Nelson.

—Para que veas que después de lo malo siempre llega lo bueno. Nelson era la última mierda que debías quitar de tu vida y ahora todo empieza a salirte bien. Eres una tía cojonuda. Estás más buena que yo. Ya sabes que te lo he dicho muchas veces. Eres una tía trabajadora, sensible e

independiente. No tenías por qué arrastrarte.

—Ese tío era un machista y se permitió el lujo de ponerte los cuernos. Vaya un cabrón.

—Cálmate, Marta. Te veo más afectada que a mí.

—Claro que estoy afectada. Te aprecio, Paula, desde hace muchos años. Tú también me has ayudado en momentos muy malos de mi vida. ¿O no te acuerdas de la biopsia? Temblaba y tú estuviste a mi lado siempre.

—Menos mal que todo quedó en un susto.

—Sí, menos mal. Pero a veces sueño con ese maldito bulto en el pecho. Marta, fuiste la única amiga que entendió mi preocupación y que me acompañaste al médico a ver los análisis y comprobar mis resultados.

—Joder, tía. Me vas a hacer llorar — dije yo, emocionada con aquellas palabras tan afectuosas.

—Dejar a Nelson es lo mejor que te ha pasado en la vida. Estás llena de energía, de luz. Hasta tu pelo tiene otro color — añadió ella con un tono serio, como si sentenciara.

—Pues parece que tienes razón. Eso mismo he pensado varias veces últimamente. Que he hecho la gilipollas al lado de este tío todo este tiempo.

—Yo te veo genial, has dado un cambio bestial. Este chico empezó a

iluminarte la mirada y, ahora lo de tu madre, creo que va a ser el detonante para que brilles más que nunca. Te tengo envidia, ¿sabes? Envidia sana.

—Tengo mucho miedo al reencuentro del viernes a la vez que muchas ganas.

—Por lo que me has contado, ella te dará muchas respuestas y te va a recibir con mucho amor.

—Yo también pienso lo mismo. Pero estoy muy nerviosa. Ayer fui al centro comercial y me senté a pensar. Fue lo peor que hice. Volvieron los miedos, los fantasmas. Por esa razón te he llamado. No quería preocuparte. Pero necesitaba tanto contarte lo que me había pasado.

- Me ofendes. Si no llegas a llamarme, te mato — dijo riendo.

La semana pasó volando y por fin llegó el jueves a mediodía. Llegué a mi casa y me tumbé un rato en el sofá. Sobre las 8 de la tarde aparecería Sam para dormir conmigo y volar al día siguiente para Tenerife.

Llegó antes de tiempo y con la cena preparada, había comprado algo en el restaurante de debajo de mi casa para que no tuviera que cocinar. Le di un gran abrazo al verlo y nos tomamos una copa de vino en la cocina hasta que decidimos cenar.

—¿Nerviosa? — preguntó cuando nos sentamos en el sofá después de comer y recoger la cocina.

—Sí, no he podido dormir en toda la semana, y las pocas horas que lo he conseguido, no he descansado.

—Se te nota en los ojos — acarició mis párpados —. Pues esta noche tienes que dormir.

—Tengo tantas ganas de verla, Sam...

—Lo imagino, no puedo ni siquiera imaginar qué es lo que estás pasando, cómo se siente eso. Y aunque no te sirva de mucho, quiero que sepas que estaré contigo en todo momento.

—No sabes cómo me alivia eso, te has convertido en alguien muy importante para mí.

Sonrió con esa sonrisa de niño pequeño que me encantaba y yo me apoyé en su hombro.

—Solo quiero dormir esta noche y verla lo más rápido posible.

— Intenta descansar aquí, yo te despierto si te duermes.

Puso un documental y nos tapó a ambos con una manta. Yo intentaba despejar la mente pero era imposible, seguía demasiado nerviosa.

Sam, al ver que así no me relajaba, me mandó a la cama y le obedecí, esperando que quizás allí, pudiera cerrar los ojos y dejar de pensar.

Le ayudé a preparar el sofá para que durmiera, le di un abrazo y me fui a

mi dormitorio.

Pero dormir era imposible, comencé a dar vueltas en la cama, cambiando de postura y era incapaz. Estaba desesperada, ese estado de nerviosismo iba a acabar conmigo.

Encendí la luz de la mesilla de noche y miré la maleta que ya estaba lista, volví a llorar, nerviosa. Había intentado no hacerlo desde que Sam llegó, pero ya no podía aguantarlo más.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Sam, aunque estuviéramos en la misma casa, como él hizo cuando estuve en la suya.

“¿Estás despierto?”

“Sí.”

“No puedo dormir.”

No me respondió, si no que un rato después llamó a la puerta y entró en mi cuarto cuando le dije que adelante.

Se acercó a la mesilla de noche y apagó la luz, lo que me hizo pensar que se había ido. Pero noté cómo la cama se hundía por su peso. Se tumbó en la cama conmigo, nos tapó a ambos y me abrazó.

—Duerme — me dio un beso en la cabeza.

—Pero no te vayas — le pedí, pensando que así podría descansar.

—Ni en sueños.

Cerré los ojos y volví a pensar en mi madre. Ya quedaba menos para estar cerca de mi ella.

¿Qué haría?

No quería pensar en eso, solo en que todas mis dudas se resolverían pronto.

Capítulo 8

Sonó el despertador a las 5 y nos levantamos para tomar un café rápido, cogimos las maletas y nos fuimos pitando para el aeropuerto ya que nuestro avión salía a las 8 de la mañana. Tomamos un té y unas tostadas mientras esperábamos. Yo estaba callada, muy callada, algo que no era normal en mí.

—No estés triste, Marta. Piensa en positivo. Tienes que ser optimista. Además, me tienes aquí por si las cosas no salen bien — dijo Sam con ternura acariciándome la barbilla.

—Lo sé. Pero tú no entiendes lo que significa ser huérfana y que, de repente, descubras que tu madre está viva y que no fue su deseo entregarme a un orfanato — dije nerviosa, confusa, con la lengua seca a causa de los nervios.

—Es cierto. Yo no puedo saber qué es eso. Pero ahora que tengo más confianza contigo, te diré que mi padre lo era. Era huérfano. Nunca conocí a mis abuelos paternos. No sé si él hizo mucho por encontrarlos. Me da que no. Pero, ahora que lo dices, siempre lo noté distante y apagado cuando la familia de mi madre venía a casa algunos domingos o por Navidades.

—No sabía nada, Sam. Lo siento.

—Quizá nunca le he dado la suficiente importancia a no tener padres, porque yo sí los tuve. Ha sido contigo cuando me he dado cuenta de muchas cosas. Por ejemplo, me he dado cuenta de que mi padre siempre ha sido un hombre entregado. Estuvo encima de nosotros en los estudios, en el deporte, en los festivales. Creo que ser huérfano lo hizo más sensible y protector — dijo Sam con palabras inteligentes, mirándome fijamente a los ojos y sin dejar de acariciar mi barbilla.

Dejamos la cafetería y, cuando pasé el control de seguridad para irnos a la puerta de embarque, miré a Sam y comencé a llorar como una niña chica.

—Llora lo que necesites, Marta — dijo mientras me abrazaba muy cariñosamente.

—Toda mi vida esperando para este momento. Soy una tonta comportándome así, ¿verdad? Dime que soy una tonta. Dímelo. No te merezco.

—Vamos, Marta. Debes ser valiente y no eres ninguna tonta. Es normal lo que estás experimentando. Escúchame atenta, es normal por lo que estás pasando.

—Tengo miedo. No quiero verla. No sé quién es esa mujer en realidad. Son muchos años de soledad, mucho tiempo perdido entre nosotras.

—Lo sé, pero ya va a suceder. No te puedes echar atrás después de todo este esfuerzo, después de luchar tanto contra tus sentimientos y en los juzgados. Tienes que disfrutar del momento tan bonito que vas a vivir y con

el que tanto habías soñado.

Algunos pasajeros nos miraban asombrados. Al vernos abrazados y que yo no dejaba de llorar, pensarían que nos estábamos despidiendo para mucho tiempo o para siempre. Como en esas películas de amor que a veces veía con Paula para hartarnos a comer helado de chocolate y para llorar sin parar como si fuésemos protagonistas de esa historia.

En este momento llamaron a embarque y nos pusimos en la cola para entrar al avión. Sam intentó relajarme con arrumacos y palabras de cariño, pero estaba de los nervios. Me pasé todo el vuelo resoplando, moviendo las piernas, temblando, mirando a Sam que no paraba de sonreír al verme con ese ataque. De nuevo volvió el escozor a mi rodilla, ese maldito escozor.

El vuelo se me hizo eterno. No paraba de preguntar la hora y era incapaz hasta de hablar y Sam me acariciaba la mano constantemente. Pero respetaba mi silencio, algo que en esos momentos era muy importante.

Cuando aterrizamos en Tenerife, me empecé a dar cuenta de que ya era cuestión de minutos. Apreté la mano de Sam y me respondió de la misma manera. Pensé para mis adentros que, al igual que yo, había entre esos miles de pasajeros, alguna persona en la misma situación que yo, pero eso nunca lo sabría.

Fuimos directos a recoger la maleta y, al salir por la puerta, pude verla enfrente esperando mirando impacientemente. Me reconoció enseguida y se vino corriendo hacia mí gritando: ¡Hija mía, hija mía! Lloraba al mismo tiempo que no dejaba de sollozar y se abrazaba a mí muy fuertemente y yo le correspondí de la misma manera.

No paraba de decirme guapa y lo mucho que me quería. No podía dejar de

llorar aunque yo estaba de igual manera. Luego se acercó a Sam y se lo comió a besos. Creo que no entendió muy bien con la palabra “amigos” y ella pensó que éramos algo más.

Salimos hacia el parking donde tenía aparcado su coche. Me llevaba de la mano y no dejaba de llorar. Por el camino empezó a explicar su vida en Tenerife y lo tranquila que había sido. Parecía que había estado todo el tiempo esperando a este momento. Realmente lo había estado esperando.

Llegamos a su casa y me gustó el lugar en el que estaba, llamado Icod de los Vinos. Era una preciosa casa baja de estas antiguas en una calle. Al entrar percibí lo limpia que era.

Nos llevó a una habitación con dos camas y nos dijo que ahí teníamos nuestro cuarto. Se retiró a la cocina y nos dijo que, cuando quisiésemos, que apareciéramos por allí después de acomodarnos.

—Me encanta tu madre, me parece una persona súper entrañable y veo en sus ojos que ha debido soportar muchos golpes en la vida.

—He tenido la misma sensación que tú. Creo que ha sido víctima de una situación muy complicada y que la llevó a estar separada de mí.

—No lo dudes, ya verás cómo te cuenta la historia.

—Estoy deseando saberla....

Salimos hacia la cocina y nos tenía preparado una botella de licor típico de allí con un poco de queso y unas aceitunas, a modo aperitivo, a la vez que nos servía un guiso que tenía preparado para la hora de la comida y que olía deliciosamente.

—Hija mía, no sabes cómo has llenado esta casa — dijo mientras nos servía la copa con el licor.

—Gracias, mamá.

—No sabes cuánto he sufrido. Me tomaron por loca. Tenías apenas un año cuando estabas ingresada en el hospital. Fui a casa a recoger ropa y, a la vuelta, me dijeron que habías fallecido. Nadie quiso enseñarme el cuerpo e hicieron que todo se resolviese muy deprisa. Yo le dije a tu padre que sabía que todo eso era cosa suya, pero pensé que era para llevarte con él ya que nos estábamos separando. Su familia nunca aceptó nuestra relación — la voz de mamá sonaba triste, profundamente triste y yo estaba a punto de llorar.

—Pero... ¿él no me quería?

—Si te hubiese querido no te habría entregado a un orfanato. Yo sé que habría movido cielo y tierra para fingir que habías muerta.

—No entiendo por qué quería hacerte daño de esa manera.

—Pedí mil veces la partida de defunción e incluso me llegaron a dar una que nunca me creí. Luché contra viento y marea durante diez años. Tu padre se quitó de en medio y nunca más supe de él. Yo nunca me creí lo de tu muerte, pero pensé que estabas a su cargo. En el fondo eso me tranquilizaba, aunque no te tuviera junto a mí. Siempre rezaba porque te hiciese feliz aunque hubiese actuado de aquella forma. ¡Es un demonio!

Arrancar a su hija de la madre y encima abandonarla a una casa de acogida
— lloraba desconsoladamente y me levanté a abrazarla.

—Tranquila, mamá, ya has sufrido demasiado.

—Me he perdido toda tu hermosa vida y encima no he podido arroparte cuando más lo necesitabas.

—Nos queda un precioso tiempo por delante para recuperar todo ese tiempo perdido. No te martirices más, me llena de amor saber que siempre me has querido y has luchado por saber de mí.

—¿Y si empezamos a recuperar ese tiempo ya? —preguntó Sam.

Las dos lo miramos sin entender.

—Solo proponía dar un paseo y comer fuera, en algún sitio bonito
—dijo encogiéndose los hombros.

—Ay, sí, quiero presumir de hija — sonrió mi madre limpiándose las lágrimas.

—Vale — accedí —, pero me tengo que cambiar — le saqué la lengua a Sam mientras me limpiaba mis mejillas también.

—Sí, tomad una ducha y arreglaros con calma, tenemos tiempo.

Mi madre nos enseñó el baño y yo entré en la ducha antes que Sam, salí

con la toalla alrededor de mi cuerpo y entré en el dormitorio. Él estaba eligiendo la ropa que iba a ponerse y carraspeó al verme.

—Me olvidé la ropa — dije tímidamente.

—No te preocupes — dijo sin darle importancia —, voy a ducharme — señaló la puerta pero no salía.

—Aha...

—Bien, sí, me voy — dijo nervioso y me hizo gracia verlo así.

Una hora después estábamos tomando el sol mientras paseábamos por la calle, yo iba agarrada al brazo de Sam y mi madre me agarraba la otra mano, lo que me hacía sentir muy bien.

Apenas hablamos más del pasado y lo agradecía, le conté sobre mi vida en la actualidad y le hablé de Nelson. Noté que Sam estaba un poco incómodo escuchándome hablar de mi ex, pero no le di importancia, tal vez sería porque me tenía cariño y me había visto sufrir demasiado.

Comimos en un pequeño restaurante donde se notaba que conocían a mi madre muy bien, parecía que todo el mundo me estaba esperando y me saludaron y atendieron con mucho cariño, igual que a Sam, a quien todo el mundo consideraba mi pareja. Ambos sonreíamos y ninguno de los dos lo negaba.

Llegamos a casa a media tarde y Sam se durmió una pequeña siesta mientras mi madre y yo seguíamos poniéndonos al día, teníamos mucho de lo que hablar, no nos cansábamos.

Tras la cena, nos despedimos con besos y abrazos y Sam y nos acostamos en nuestras camas.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Sam, acostado en la cama de al lado.

—Es todo tan extraño — lo miré —, como si la conociera de toda la vida.

—Supongo que es normal. Se nota que ha sufrido mucho.

—Sí, demasiado...

—Eh, no te pongas triste — pero yo ya había comenzado a llorar. Sam se levantó de la cama y se acostó conmigo en la mía —. No, no me gusta verte así — me cogió la cara con las manos y me limpió las lágrimas pero yo no dejaba de llorar —. ¿Tengo que hacerte cosquillas para que rías?

—Ah, no... — gemí — Yo me río — le enseñé una falsa sonrisa.

—Bueno, me conformaré con eso — se quejó.

—Me va a costar separarme de ella ahora que la he encontrado — le confesé.

—Pero tú lo has dicho, la has encontrado. Hablarás con ella todos los días y estoy seguro de que os veréis más de lo que crees.

—Gracias por todo, Sam.

—No me las des, quizás debo de dártelas yo a ti.

—¿Por qué dices eso? — pregunté extrañada.

—Duerme, Marta — dijo dándome un beso en la cabeza.

—Eres un mandón.

—Sí, cuando quiero — rio —, así que duerme.

—No tengo sueño.

—Pero yo sí, vamos.

Me acomodó en su pecho y notaba cómo se reía.

—Me la pagarás. ¿Piensas dormir aquí?

—No, ya me voy...

Hizo el intento de levantarse y lo paré.

—Ni en sueños, Sam — le advertí.

Y él volvió a reír a la vez que yo sonreía y dormía como hacía tiempo que no lo hacía.

Capítulo 9

Por la mañana ya se podía escuchar el ruido de la cafetera antigua desde la cocina de la casa. Miré hacia Sam que me estaba observando desde su cama, lo que me hizo saber que se había cambiado. Entendiendo mi confusión me dijo que lo hizo para que yo estuviera más cómoda.

Si el supiera..., pensé.

Saltó de su cama a la mía para darme un gran abrazo de buena mañana. Los días eran otros, felices, simplemente felices, al lado de él.

Nos fuimos hacia la cocina y me fui para mi mamá a darle un gran abrazo. Por primera vez en mi vida, sentía que pertenecía al mundo, que yo no era diferente a mis amigas que podían hablar en cualquier momento con sus padres.

Ahora yo era como ellas y Sam estaba a mi lado, siendo testigo de esa nueva mujer en la que me había convertido.

“Hay un momento en la vida en que un hombre o una mujer sabe quién es”, recordé esa frase de Melisa. Cuánta razón tenía.

Yo ya sabía quién era. Yo tenía madre y a alguien muy importante que me apoyaba, que parecía quererme desde el compromiso y la generosidad. No podía negar que Sam estaba siendo muy generoso conmigo.

Mi madre nos ponía todo con muchísimo amor y cariño. Sentía que debía tratarme así, como si ella necesitara recuperar su faceta de madre que cuida de una hija adolescente.

Me hacía mucha gracia comprobar lo metida que estaba en el papel. Me

reñía si intentaba ayudarla. En el fondo parecía que me quisiese tratar como aquella niña pequeña que nunca pudo cobijar. Y yo disfrutaba con cada una de sus acciones.

—Marta, no tienes por qué ayudarme. Disfruta del día. Atiende a Sam. Mira lo aburrido que lo tienes — dijo ella con ironía.

—Mamá, no seas cabezona. No me cuesta nada ordenar y limpiar. Y por Sam no te preocupes que sabe cuidarse él solito.

—No seas engreída ni contestona.

Nos propuso dar un paseo un día por aquella maravillosa isla y nos fuimos en su coche y directos al norte de Tenerife a perdernos por sus calles. Quería enseñarnos lugares como el Lago Martiánez en el que aprovechamos para tomar algo y darnos un baño ya que el clima lo pedía. Eran unas vacaciones merecidas, pero había algo especial, inolvidable, claramente inolvidable: Sam y mamá.

Entramos a una tienda de ropa y mi madre me regaló dos camisetas muy chulas además de un vestido vaquero tipo camisola. Había que frenarla ya que me quería comprar todo lo que veía porque decía que era tan mona que todo me quedaba genial.

Sam reía y callaba. De vez en cuando le guiñaba un ojo para comprobar que no se aburría. Notaba que estaba disfrutando con aquel espectáculo. La luz en aquella isla era cálida y nítida. Calentaba tu cuerpo y te llenaba de vida y energía. El olor a mar, a sal, penetraba en tus pulmones y te elevaba.

Mi madre comenzó a contarme que hacía dos meses que había terminado

ya de trabajar y que le quedaba una paga de prejubilación ya que tenía un problema en la mano. Le habían tenido que operar dos veces el tendón y su trabajo de cocinera en la residencia hacía que la mano empeorara.

Al final el tribunal médico le había dado la razón, así que me estaba diciendo que quería vender la casa, que ya tenía apagada, e irse a vivir a Madrid. Insistía en que no me pensaba molestar, pero que quería vivir cerca de su hija. Yo le dije que me parecía una idea perfecta.

Era realmente lo que más deseaba en este mundo, poder disfrutar de mi madre día a día.

Le ofrecí que viniera a mi casa, pero ella prefería tener la suya para no invadir mi intimidad y no sentir que vivía a costa de su hija. Yo la comprendía perfectamente y en el fondo lo agradecí.

—Mamá, ¿sabes la alegría que me das al venirme a Madrid? Tenerte cerca será cumplir un sueño — dije ilusionada.

—Lo sé. Esta isla ha sido como un destierro. Tenerife ha sido como un hogar para mí. Pero he estado sola, muy sola. Pese a las amigas que he hecho y algunos novios, no he echado raíces — dijo apenada, muy apenada, mirándome a los ojos.

—Imagino por lo que has pasado. Pero ahora es tiempo para celebrar que el destino ha querido que nos encontráramos — dije yo con lágrimas en los ojos.

—Me hace mucha ilusión aprovechar los años que me quedan haciendo lo que no he hecho nunca, cuidándote, dándote cariño, aconsejándote. Vas a pensar que soy una tonta, pero no deseo otra cosa. ¿Qué hago yo ahora en

Tenerife? — sus palabras sonaron sinceras y confirmaban que había sufrido demasiado.

—Te entiendo perfectamente. Sam sabe por lo que he pasado y será un orgullo para mí presentarte a mis amigas como esa madre de la que siempre les hablé y que nunca conocí — dije yo, mirando a Sam para buscar su apoyo y complicidad.

—Marta, ha sufrido mucho. Le hará muy feliz que venga con ella a Madrid. Creo que necesitan conocerse mejor y cerrar un círculo por fin — comentó Sam con seguridad.

Pasamos todo el día paseando por aquella ciudad y probando algunas cosas típicas de allí como las patatas al mojo picón.

Volvimos a casa después de cenar también en la calle, un restaurante exótico donde se mezclaba la cocina canaria con platos mediterráneos y africanos. Aquellos sabores se mezclaban con la agradable sensación de tener a mi lado a las dos personas más importantes de vida.

Ojalá me viesen Paula y Melisa allí. Cuando llegara a Madrid, no sabría por dónde empezar a contar esta historia. Afortunadamente, el escozor de la rodilla no había vuelto a aparecer, ese escozor que me advertía que algo o alguien me iban a ser arrebatados.

Al día siguiente teníamos que volver para Madrid y eso nos apenaba mucho a mi madre y a mí.

—Es una pena que te tengas que marchar ya.

—Madre, no digas eso. Vamos a estar pronto juntas. Y ahora sé que eres una persona maravillosa en la que puedo confiar y a la que necesito.

—Me gusta que me digas esas cosas. No sabes cuántas veces me han preguntado si tenía una hija o un hijo. Y yo callaba. Y yo callaba el dolor de una ausencia. Simplemente sonreía y me justificaba argumentando que no había tenido suerte en el amor o cambiaba de tema rápidamente.

—¿Y no volviste a enamorarte, mamá? ¿Y no quisiste tener más hijos?

—No. Tu desaparición y la sombra de tu padre me impidieron tener relaciones duraderas. Más de una vez pensé en casarme y tener hijos. Pero no saber qué había sido de ti me hundió en una depresión de la que no salí jamás.

A la mañana siguiente, mi madre nos llamó para ir a la cocina a desayunar ya que quería que lo hiciésemos tranquilo antes de que nos llevase hasta el aeropuerto.

La pobre lloraba mucho y a mí me hacía emocionarme también. Sam y ella habían cogido mucha confianza y tenían mucho feeling. Mi madre le decía “mi niño” y en más de una ocasión me dijo flojito, mientras él estaba en el cuarto de baño o en cualquier otro lugar, que ese chico se notaba que me quería mucho y que le encantaría que acabase formalmente con él.

Ya le había contado yo lo que me pasó con Nelson y cómo apareció Sam de repente. Sin dudarlo, ella me dijo que era cosa del destino y que me tenía preparado todo lo mejor para ahora.

En el aeropuerto mi madre lloraba desconsoladamente abrazada a mí y le pidió a Sam que me cuidase hasta que ella volviese para Madrid a quedarse a

vivir.

Subí al avión con el corazón encogido, menos mal que tenía a mi lado a ese gran chico que cuidaba de mí como si fuese su mayor tesoro. El viaje había sido una experiencia maravillosa y todo había salido bien. Pese a la tristeza, estaba relajada y ya había descubierto quién era en realidad y cómo mi vida de algún modo se parecía demasiado a la de mi madre.

Cuando llegamos a Madrid y encendí el móvil tenía un precioso mensaje de mi madre en el WhatsApp.

“Le doy gracias a la vida de que, a pesar de que fuiste arrebatada de mis brazos, te has hecho una muchacha admirable, con todas las cualidades más bonitas que un ser humano puede tener. Deseando verte de nuevo y hablarte, y abrazarte. Te quiere siempre, tu madre.”

Otra vez mi corazón se encogió y empecé a llorar de nuevo. Le di el móvil a Sam para que leyera el mensaje y en esos momentos comprendió mis lágrimas, y me abrazó fuertemente diciéndome que todo esto era el principio de una vida muy feliz que me esperaba.

Sam se negó a dejarme sola viendo lo triste que estaba, así que me acompañó a casa y pasamos el día juntos. Preparé algunas cosas que tenía pendientes del trabajo y me dediqué a intentar animarme, lo mismo que estaba intentando hacer Sam todo el tiempo.

Estábamos viendo una película cuando sonó el móvil. Era Paula, así que le hice señas a Sam para que le diera al pausa.

—Bueno, ¿pero tú para qué tienes móvil? — preguntó enfadada.

—Hola, Paula.

—Hola ni hola. Estoy cansada de enviarte mensajes y no respondes.

—Iba a hacerlo ahora — mentí, los había leído pero no tenía ganas de contestarle y después se me olvidó.

—Mmmm... ¿Todo bien?

—Sí.

—¿Y ya está? ¿Solo un sí?

—Sí, te contaré todo mañana, pero hoy no me apetece — dije no queriendo volver a llorar.

—Y una mierda — dijo y yo empecé a reírme —. Vamos, Marta, no pienso quedarme con la duda.

—En serio, mañana te cuento, estoy agotada, Paula y necesito despejarme.

—Contármelo es despejarte — dijo muy segura de sí misma.

—Paula, que no quiero, no quiero llorar — dije tristemente.

Sam me quitó el móvil de las manos.

—Hola, soy Sam...— escuché cómo ella le decía algo pero no podía oírla —. Sí, todo ha ido muy bien, ella está bien ahora, he conseguido que se relaje y me ha costado lo mío — silencio de nuevo —. Sí, claro. Mañana te llama y te cuenta todo lo que no sepas, no te preocupes, pero ahora es mejor que descansa, ¿no crees? — se mantuvo escuchando — Eso mismo le digo yo, que debe relajarse — puse los ojos en blanco y él sonrió —. Encantado, Paula, espero conocerte pronto. Sí, un beso — y colgó.

—¿En serio? — pregunté estupefacta.

—Es una tía sensata — dijo él.

—Es Paula — le dije como única respuesta.

—Venga, que le doy al play — dijo ignorándome.

Seguimos viendo la peli y me quedé dormida. Me desperté tiempo después y ya estaba la cena preparada. Sam y yo comimos algo rápido y se despidió de mí dándome un beso en la mejilla.

Me acosté tarde esa noche, demasiadas emociones los días pasados. Pero antes de cerrar los ojos, recibí el mensaje de Sam.

“Que descanses, princesa. Y sueña conmigo.”

Sonreí, estaba adorando a ese hombre...

Capítulo 10

Ese lunes por la mañana era diferente. Amanecí con un mensaje de “buenos días” de Sam y otro de mi madre. El parque cobraba vida de nuevo. Paseantes, niños que iban al colegio y coches que buscaban aparcamiento me decían que la vida continuaba.

Me sentía más llena que nunca, pero ya estaba empezando a echarla de menos. Era una sensación muy extraña la que me había experimentado al conocerla. Parecía que habíamos creado un vínculo que ya sería muy difícil de partir. Sabía que era la única persona en la que podía confiar en este mundo y sobre todo la más importante a partir de ahora.

Qué diferencia este día a aquellos en los que estaba hundida en la mayor de las tristezas. Cómo juega la vida con nosotros, cómo el amor llega a ser un problema en nuestras vidas pero cómo ese amor es capaz de curar nuestras heridas con el paso del tiempo.

Y yo sentía que estaba curada gracias al amor de Sam, gracias al amor de mamá. La luz entraba a raudales por la ventana de la cocina y el café me supo a una bendición que yo había buscado a lo largo de toda mi vida.

Estando en el trabajo apareció un chico con un ramo de flores. Melisa no quitaba ojo. Seguramente no tardaría nada en acercarse a mi mesa a cotillear y a sacarme los colores con sus preguntas. Qué jodida era, pero qué bien me caía.

Me quedé impactada cuando preguntó por mí y, casi temblorosa, le dije que era yo. Me lo entregó y esperé a que se fuese para leer la nota ante la

atenta mirada de mi compañera Melisa que estaba loca por saber el contenido de la misma.

***“Sin buscarlo te has convertido en el amor de mi vida.
Te ama, Sam.”***

Estaba en parada cardíaca. Estaba deseando que me dijese algo así y había llegado el momento. Algo en mi interior me decía que esto pasaría tarde o temprano. Melisa me arrancó la nota de las manos y empezó a ponerse a bailar en medio de las dos mesas. A mí me hacía mucha gracia, pero a la vez estaba con un ataque de nervios de la emoción que sentía en esos instantes.

—¿Cómo te lo has callado, puta? — me dijo sin dejar de mover sus caderas con una música imaginaria en su cabeza.

—Cabrona, no te rías de mí.

—No me río. Estoy bailando. Ya era hora de que mojaras y que sentaras la cabeza — volvió a bromear sin dejar de bailar delante de la mirada de otros funcionarios que sonreían.

— Esto yo... — empecé y me callé.

—¿Sí? — hizo un gesto con la mano para que siguiera.

— Aún no hemos follado — susurré.

— Cómo que... Jajaja. ¿En serio?

— Sí, es extraño.

— Bueno, un poco sí, pero así es el amor. Eso sí, espero que no sea una decepción en la cama — empezó a descojonarse.

— Que te den — reí con ella.

— Como te gustaría a ti, ¿eh?

—Ya en serio. No sé qué decir. No sé qué hacer, Melisa — dije yo.

—Pero, ¿qué dices? No lo dejes escapar. Por tu mirada, por tus silencios, por tus comentarios tan discretos, sé que este tío es el hombre de tu vida. No lo dejes escapar. Mátalo a polvos. Es lo que hice yo con Pedro y sigo haciendo. ¿No ves lo alegre que estoy siempre?

—Estás como una cabra. Pero tienes razón. No debo dejarlo escapar. Es un hombre comprensivo y generoso.

—¿Está bueno, verdad?

—Sí, la verdad es que sí. Parece un actor de cine — dije sonrojada, mordiéndome los labios.

—Pues, no te lo pienses. Te lo quitan. El mercado está jodido y no abundan los tíos así — dijo con intención de convencerme, aunque no dejaba de taconear y de mover su cuerpo.

Cuando salí de trabajar me fui a tapear algo y recibí una llamada de mi madre. Estaba muy contenta porque un vecino suyo quería comprar su casa para su hijo y habían llegado a un acuerdo económico.

Firmaría en la notaría en los próximos días, así que me encargaba que, por favor, le buscara una vivienda de alquiler cerca de mi casa y que fuese a un precio bastante asequible ya que para ella sola le venía bien cualquier tipo de apartamento.

—Marta, yo me apañó con cualquier cosa.

—Se lo diré a Sam y buscaremos algo. Pero no te vamos a meter en cualquier sitio.

—Pensaba que este día nunca iba a llegar, hija. He sido muy desgraciada — dijo con un nudo en su garganta.

—Hemos sido muy desgraciadas. Pero ahora todo va a cambiar. Tenemos derecho a olvidar y a ser felices — dije sin olvidar la imagen de Melisa bailando entre las mesas.

—Tienes razón. Hemos sido muy desgraciadas, pero ahora todo va a cambiar. Nos tenemos la una a la otra y eso es lo que importa. No se le puede pedir más a la vida. Yo no necesito más — añadió ella riendo entre lágrimas —, tengo que darte una sorpresa y no quiero que digas que no.

Me dejó impactada, pues me dijo que el dinero de su casa de Tenerife iba

a ir íntegro para mí. Quería que yo me comprara una casa y que dejara el alquiler de mi vivienda. Eso me serviría para una entrada bastante gorda y que me quedase con una pequeña hipoteca.

Yo le dije que para nada, que era el dinero de su trabajo y que tenía que disfrutarlo ella. Le molestó bastante mi respuesta porque decía que era de la única forma que podía ayudarme en esta vida y yo le dije que ya me estaba ayudando entrando en mi vida de aquella manera y que con eso era suficiente.

—Mamá, te quiero a ti. No quiero tu dinero.

—Yo solo quiero agradecerte lo que estás haciendo por mí y pagarte de alguna forma ese sufrimiento.

—Hemos compartido el mismo sufrimiento. No me debes nada. No me hagas llorar. Te quiero a ti. Conmigo. Quiero mi tranquilidad y la tuya — dije con un tono amable, pero segura.

Esa tarde fui a una inmobiliaria en la que tenía a una amiga trabajando y le comenté lo del apartamento de alquiler y me llevó a ver una que estaba libre y que había acababa de poner a la venta.

El piso estaba en mi misma calle y era muy coqueto. El precio era muy asequible y además estaba totalmente restaurado, así que le hice unas fotos con el móvil y se las mandé por WhatsApp a mi madre. Enseguida aceptó emocionada quedarse con él y quedó en que al día siguiente enviaría el dinero para la señal.

Esa noche me tiré hablando una hora por teléfono con Sam y no paraba de decirme que reservaba el fin de semana pues me tenía que dar una gran

sorpresa.

Eso me emocionó bastante.

Al día siguiente me llamó la chica de la inmobiliaria para decirme que ya había recibido el dinero de mi madre. Eran apenas las diez de la mañana y me hizo mucha ilusión que ella tomase esa determinación de pagar cuanto antes para poder tener su casa y venirse a vivir aquí, a mi lado. Conmigo. La palabra “madre” ya no era una palabra extraña para mí.

Cuando salí de trabajar, me llamó para decirme que al día siguiente firmaba la compra de la casa y que iba a mandar todos sus enseres para Madrid a través de una empresa de paquetería. Se encargaría durante toda la semana de prepararlo todo y el lunes volaría definitivamente para Madrid, así que en esos momentos me sentía la mujer más afortunada del mundo. Tenía a mi madre y estaba conociendo a una persona tan maravillosa como era Sam.

La semana se me hizo muy corta y, cuando me di cuenta, ya era viernes por la mañana y a mediodía tenía en la puerta del trabajo a Sam esperándome. Yo llevaba mi pequeña maleta de fin de semana ya que nos íbamos a ir a un lugar que yo desconocía. Melisa salió conmigo para cotillear, para conocer al chico que había vuelto mi vida de color de risa. Miró, se presentó, lo besó y, riendo, se metió a la oficina de nuevo a terminar unos informes.

—Miedo me das — le dije a Sam con voz alegre.

—Estoy más nervioso que tú. Me gustas mucho, Marta, mi princesa — dijo él con voz temblorosa.

—Me encanta que me digas eso como hacías con tus primeros

mensajes.

Fuimos hacia la sierra de Madrid, a un complejo hotelero lleno de cabañas de madera. Indudablemente teníamos reservada una para pasar un fin de semana inolvidable en aquel precioso entorno rural.

Podía percibir la tranquilidad y el contacto directo con la naturaleza, el lugar tenía mucho encanto, pues era un rincón muy especial dentro de la sierra de Madrid.

Llegamos y deshicimos las maletas, metimos en el frigorífico la comida que llevábamos y nos dimos una ducha para relajarnos. Quería disfrutar de la sierra y todo su encanto pero también me apetecía estar relajada con Sam, sobre todo porque era la persona que más me tranquilizaba al tenerlo cerca.

Por la tarde, con un café en la mano y mientras Sam decía que él cocinaba, salí al porche y me lo tomé disfrutando de la puesta de sol. Era un sitio espectacular y estaba segura que recordaría siempre.

Entré cuando Sam me llamó que la cena estaba lista, había perdido la cuenta del tiempo que pasé fuera disfrutando de esa belleza visual y me quedé de piedra al ver que había pétalos de rosa por el pasillo y el salón. Entré en él y Sam estaba de pie, frente a la puerta, con una gran sonrisa en la cara. Todo estaba decorado con velas y la mesa era lo más romántico que había visto.

—¿Cuándo has hecho esto? — pregunté.

— Mientras estabas ensimismada, le eché la llave a la puerta por si se te ocurría entrar — me sonrió de nuevo.

— Yo... No sé qué decir.

— No tienes que decir nada, ven, siéntate.

Me retiró la silla y me senté, esperé a que se sentara frente a mí y sirviera la cena.

— Espero que te guste — dijo.

No me gustaba, me encantaba, estaba claro que era un gran cocinero.

Estuvimos cenando casi en silencio, solo mirándonos y sonriéndonos de vez en cuando, yo estaba nerviosa y enamorada por todo lo que me había preparado.

Al terminar de comer, se levantó y se acercó a mí, se puso de rodillas y sacó una cajita del bolsillo del pantalón. Yo me quedé con la boca abierta, imaginando lo que iba a ocurrir.

— No sé qué pasó, Marta, o cuándo — empezó —, pero te has convertido en el amor de mi vida. No ha habido ni habrá nadie como tú, eso tenlo por seguro.

Lo sé desde hace tiempo pero no veía el momento de decírtelo — yo ya había empezado a llorar sin dejar de mirar esos ojos que tanto me encantaban —. Te quiero en mi vida — abrió la caja y me enseñó un precioso anillo de oro y piedras —, para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

No pude contestar, tenía un nudo en la garganta. Aparté como pude la silla para ponerme de rodillas frente a él.

— No sé qué hubiera hecho sin ti, me has devuelto la ilusión y la fe en el amor. Claro que sí — rompí a llorar.

Me abracé a él y caímos al suelo mientras devorábamos nuestras bocas. Comenzamos a acariciarnos, dulcemente pero un poco descontrolados, como si lo hubiéramos esperado por mucho tiempo, cosa que parecía ser cierta, al menos por mi parte.

Nos levantamos y nos desnudamos para caer los dos juntos en el sofá, sin dejar de besarnos y tocarnos.

Estaba deseando de sentirlo dentro de mí y él pareció entender mi desesperación cuando me penetró sin esperar más. Gemí al notarlo y lo miré a los ojos sonriendo.

Hicimos el amor toda la noche, hasta caer agotados, parecía que no nos saciábamos.

— No sabes cuánto te amo — me dijo cuando estábamos en la cama, abrazados y con la respiración aún acelerada.

— Creo que me hago una idea — le di un beso en el pecho y empecé a reírme de repente.

—¿De qué te ríes?

— Recordaba algo que me dijo Melisa cuando le dije que nunca habíamos tenido relaciones — sí, sé que no fue así exactamente pero prefería guardarme el término para mí.

—¿Qué te dijo? — preguntó acariciándome la espalda.

— Que esperaba que no fueras una decepción en la cama.

Dejó de acariciarme y me hizo moverme para mirarlo.

—¿Lo soy? — preguntó muy serio, parecía que había tocado su ego de macho man.

—¿El qué? — me hice la tonta.

— Marta...

— Mmmmm... — me tumbé encima de él —Necesito más pruebas — sonreí.

— Me vas a matar — rio antes de besarme.

Nos dormimos cuando salía el sol y despertamos el día siguiente tarde, nos levantamos después de volver a salir el sol y salimos a disfrutar de ese precioso lugar.

Pasamos un fin de semana inolvidable y volvimos a la ciudad prometiendo que volveríamos allí. Estábamos felices y emocionados, sobre todo yo, deseando de empezar con los preparativos de la boda y convertirme en la esposa del hombre que amaba.

Capítulo 11

Estaba muy nerviosa. Por fin era una realidad aquello que tanto había deseado y que tanto había deseado también mi madre. En aquellos días no pensé en mi padre. En todo este tiempo no lo había hecho.

Preferí no hacerlo. Preferí no pensar en la crueldad de un hombre que fue capaz de hacer lo que me hizo a mí y a su esposa. Sé que el mal no tiene límites y, por respeto a mi madre, no quise averiguar nada sobre aquel ser tan maligno.

Pedí el día libre en el trabajo ya que llegaba el camión con los muebles y enseres de mi madre, y abrí la puerta del apartamento nuevo para que lo pusieran todo allí. Luego me fui al aeropuerto a recogerla.

Al verla aparecer una emoción que no puedo describir con palabras recorrió mi cuerpo. Ya la tendría a mi lado para siempre. Nos abrazamos y volvimos a llorar como dos niñas pequeñas. Hablamos mucho de camino a Madrid. Fuimos a mi casa a comer, antes de ir a la suya a ayudarla a preparar todo.

Mi madre estaba muy emocionada con la noticia de que Sam me hubiese pedido matrimonio y yo estaba muy feliz porque mi vida estaba empezando a cobrar sentido. Empezaba a librarme de todas las pesadillas que me habían acompañado durante toda mi vida.

Por las mañanas, iba a trabajar y a mediodía iba a casa de mi madre a comer, pues ya estaba casi instalada. Un par de noches Sam cenó con nosotros. Sentía en aquellos instantes lo mismo que había experimentado en aquel restaurante de Tenerife. Tenía una familia. Estaba junto a las dos personas más

importantes de mi vida.

Y volví agradecer al destino lo que me había regalado. Junto a una taza de café entre las manos, miraba por las mañanas al parque, a sus árboles, a su fuente, e intentaba no reflexionar, sino saborear aquel regalo, aquellas personas que habían venido para quedarse conmigo.

Pasamos el fin de semana con mi madre por Madrid, pero, al caer la tarde, nos ponía una excusa para regresar a su casa y dejarnos solos. Sam se quedó conmigo del viernes al domingo.

Sam y yo habíamos hablado que nos iríamos a vivir juntos a su casa después de la boda y yo abandonaría en alquiler en el que vivía desde que dejé aquel orfelinato.

Pasaron las semanas y por fin llegó la Navidad. Eran fechas especiales y todas las tardes salíamos por la ciudad para hacer compras y disfrutar de aquel precioso ambiente navideño que hacía que ese año fuese diferente al resto de todos los anteriores. Las luces, los escaparates, el ruido de las gentes y la alegría de la vida en las calles inundaban mis ojos y mis oídos a cada paso que daba junto a Sam.

—Soy feliz — dije una tarde, mientras caminábamos por Callao.

—Lo sé.

—Soy feliz. Has hecho que mi vida sea diferente y que yo mejore como persona.

—No digas tonterías. Tú no tenías que mejorar. Eres una mujer

increíble. A veces decisiones equivocadas llaman a la mala suerte. Todo ha sido un mal sueño, Marta. Que te quede claro. Yo no soy una persona tan importante. Han sido tu valentía, tu necesidad de amar, de conocer a quienes alguna vez te quisieron las cosas que han hecho que estas Navidades sean para mí mi mejor regalo. Te quiero, Marta. Es una frase que me cuesta decir después de mi ruptura — dijo con serenidad, con brillo en los ojos.

—Deja que te bese.

Nos besamos tímidamente mientras la gente avanzaba a nuestro alrededor. Y con la gente giraba el mundo, y también el suyo y el mío.

En poco tiempo, comprobé que mi madre era una dulzura. Nunca se oponía a nada y solía ponerlo todo muy fácil, pues siempre estaba pendiente de no molestar ni entrometerse en nada que tuviese que ver con nosotros. Siempre apoyaba cualquier decisión que tomásemos. Al mirarla en silencio veía la bondad y el abandono, y eso me conmovía, y eso hacía que la quisiera.

Pasamos la Nochebuena en casa de mi madre ya que había preparado una cena exquisita y había decorado todo de una manera muy especial. Estaba muy feliz y se le notaba que estaba volviendo a recuperar ese brillo que todos tenemos en la mirada cuando nos sentimos contentos con lo que nos está sucediendo.

Para fin de año Sam nos propuso ir a casa de sus padres quienes estaban deseando conocernos a todos. Ya sabían la noticia de que su hijo se iba a casar y sin embargo aún no conocían a su prometida.

Nos trataron con mucho cariño y amor. La madre tenía un regalo para mí, unos pendientes que llevó en su boda. Eran preciosos y me dijo que el día que su hijo se casó por primera vez sabía que aquello no iba a salir bien y, por esa razón, nunca se los entregó a aquella muchacha que le daba mala espina. Sin embargo, este caso, quería que yo sí los llevase. A mi madre le encantó ese gesto y me miró emocionada, con los ojos inundados de lágrimas.

No podía creerme las Navidades tan bonitas que había tenido. La noche de Reyes decidimos que la pasaríamos los tres en mi casa y pusimos todos los regalos envueltos bajo el árbol. Mi madre puso una cantidad increíble. Quería agradecernos nuestra entrega y muestra generosidad. Sam y yo nos miramos muertos de risa por la que había liado con los regalos.

Por la mañana, comenzamos entregándole los regalos a mi madre y estaba muy contenta y a la vez enfadada porque decía que nos habíamos gastado mucho dinero en ella. Pero, cuando vimos lo que ella nos había comprado, le echamos una bronca ya que se había gastado demasiado dinero y nos había agasajado con todo lo mejor.

Todo comenzaba a fluir de una manera muy bonita y entrañable. Yo la estaba haciendo muy feliz y, una vez pasadas las Navidades, tenía la emoción en el cuerpo sobre el tema de la boda. Mi madre me regaló un precioso traje que escogimos entre las dos en Pronovias y pagó la mitad del convite. La otra parte lo hicieron sus padres. Ya estaba todo listo, ya sólo quedaba esperar que llegara ese día.

Epílogo

Era nuestro primer aniversario de boda y nos encontrábamos en la misma cabaña en donde me pidió matrimonio.

Nuestro primer año de vida juntos había sido perfecto, claro que conociendo a Sam, no dudaba de que fuera a hacerme todo sencillo.

Estaba sentada en el porche cuando mi móvil vibró, esta vez con una notificación de un e-mail. Entré en mi correo electrónico y me encontré que era un mensaje de Sam.

Extrañada por una parte pero divertida por otra, ya que estaba un poco acostumbrada a sus mensajes, abrí el documento y empecé a leer la carta.

“Exactamente hoy hace un año que te convertiste en mi mujer. No sabes el miedo que tuve a intentar algo contigo después de lo que había sufrido y sé que a ti también te pasó lo mismo. Es algo inevitable...

Pero aquí estamos, más enamorados si cabe que el primer día, al menos así me siento yo.

Te he escuchado darme las gracias muchas veces, princesa, y lo que no entiendes es que soy yo quien tiene que dártelas.

Me devolviste las ganas de amar y me demostraste qué era estar enamorado de verdad, me hiciste sonreír de verdad y tener ganas de levantarme y luchar por algo y alguien todos los días.

Tú, con tu ternura, me lo has dado todo.

Ahora soy yo quien te da las gracias por eso y agradezco porque sigas a mi lado.

Nunca dudes de mí porque jamás te fallaré, como sé que tú tampoco me fallarás a mí.

Te amo, Marta, eres todo para mí.”

Me levanté deprisa y llorando al leer el mensaje, era el regalo más bonito que podía haberme hecho.

Entré en la casa y todo fue como un deja vú. Pétalos de rosas por el pasillo y el salón. Miré a Sam a los ojos y lo vi como lo hice un año atrás, sonriendo, solo que con un nuevo brillo en la mirada.

Estaba temblando y no podía acercarme a él. Así que se me ocurrió algo, escribirle un mensaje a él.

Vi cómo leía lo que le había mandado.

“Yo también te amo pero...”

Él frunció el ceño y contestó.

“Pero...”

“Pero tengo algo que contarte.”

Me miró a los ojos y le señalé el móvil para que leyera lo que le estaba escribiendo.

“Amor, estoy embarazada.”

En ese momento su móvil salió volando y él corrió hacia mí, cogiéndome

en volandas y dando vueltas conmigo mientras me besaba.

No había pensado darle la noticia así, pero lo hice. Nuestra historia estaba llena de mensajes y todos importantes, así que tenía que ser un mensaje el que lo hiciera partícipe de lo que yo había descubierto el día de antes.

A partir de ese momento, éramos tres...

Siempre tú

CAPÍTULO 1

Tras esa llamada, sabía que mi vida iba a dar un giro inesperado, miré a mi pequeño Daniel y le dije que me ayudase a preparar las maletas, él estaba muy feliz ya que por primera vez iba a montarse en un avión.

Desde hacía 4 años, dese que mi hijo vino al mundo, toda mi vida giraba en torno a él, lo saqué sola hacia delante ya que me convertí en madre soltera, fue algo imprevisto e inesperado, de una corta pero intensa relación, tras decirle que estaba embarazada me dejó muy claro que él se desentendía totalmente del tema y que si pensaba continuar hacia delante lo iba a hacer solita...

Y aquí estoy yo, con el pilar más importante que la vida me ha dado, tomé la decisión más acertada, aunque sabía que me iba a ser muy difícil sacarlo sola hacia delante.

Aunque mis padres, es cierto, que me intentaron ayudar mucho... pero yo quería que la responsabilidad cayera sobre mí, así que fui buscándome la vida para trabajar y sacar al pequeño hacia delante.

Lo triste fue que en España la situación estaba muy difícil en el tema laboral así que tuve que decidirme por mandar algunos currículums a algunos países de Europa para trabajar como recepcionista en algún hotel.

Yo había terminado el Grado en Filología Inglesa, pero al llegar Daniel a mi vida, no pude dedicarme a mi oficio de pleno, así que había trabajado en

academias particulares o para dar clases privadas, algo que me encantaba.

Por ello me decidí por Londres, aparte de su amplio abanico laboral. Sabía que tendría suerte allí y encontraría trabajo, aunque no lo imaginaba tan rápido.

Pero me había costado tomar la decisión por todo lo que ella conllevaba, sobre todo me había costado explicárselo a mis padres, iba a separarlos de su nieto.

Estaba muy nerviosa el día que lo dije y la impresión para ellos fue grande, pero al final, aunque dolidos, lo entendieron.

Aún más fuerte fue decírselo a Daniel ya que a su edad no entendía demasiado, pero se lo hice ver como una aventura que íbamos a vivir y estaba deseando que empezara.

Por fin llegó esa llamada donde me proponían un contrato de trabajo en Notting Hill en Londres, en un pequeño hotel, me pedían incorporarme a principios de septiembre por lo que faltaban muy pocos días, trabajaría solo de lunes a viernes en el turno de mañana, cosa que me venía genial para poder organizarme con Daniel.

Me organicé para encontrar casa en la misma calle, así que nada más que llegase, tendría solventada esa parte, me iba a ir unos días antes para poder inscribir al pequeño en el colegio y poder organizarme para empezar la rutina con el nuevo trabajo.

Daniel empezó a echar tantas cosas en su maleta que me tuve que empezar a reír, tenía una gran inteligencia para los cortos 4 años que tenía, le hacía

mucha ilusión irse a vivir a otro lugar, de todas formas, me pareció una idea genial para que él comenzase a hablar otro idioma.

La puerta sonó y Daniel fue corriendo ya que sabía que eran sus abuelos.

— Hola, precioso —dijo mi padre cogiendo en brazos al pequeño mientras se lo comía a besos y mi madre intentaba quitárselo para hacer lo mismo.

— Me voy en un avión —dijo el pequeño feliz por el viaje que iba a realizar.

— Pues yo en ese avión iré pronto a verte —dijo mi padre mientras lo seguía abrazando.

— ¿Alguien me puede saludar a mí? —dije reclamando mi lugar ante la risa de mi hijo.

Rápidamente vino mi madre a darme un gran abrazo y decirme que nos iba a echar mucho de menos a mí y al pequeño, pero que haría por vernos pronto, estaban apenados por la marcha de su nieto y me habían propuesto quedárselo aquí al principio mientras que me instalaba, pero yo no podía irme y dejar a mi hijo aquí, eso no se me pasaba por la cabeza, sin él sería incapaz de irme a ver ninguna parte.

Mi padre se pasó toda la tarde jugando con Daniel y mi madre no paraba de darme consejos e intentar ayudar en todo, estaba muy triste pero sabía que era por el bien de nosotros.

Los siguientes días lo pasamos arreglando todo, Daniel iba contándole a todo el mundo que se iba a montar en el avión y a mí me hacía mucha gracia con la ilusión que había abordado todo ese tema.

Había pensado en alquilar ese año mi casa y así sacar un extra, pero me daba mucha pena que cuando volviese no estuviese nada igual, con el trabajo que me había acostado reformarla y arreglarla toda. Ese piso me lo había dejado mi abuela en vida ya que yo era su única nieta, al menos no tenía hipoteca, de lo contrario si hubiera tenido que alquilarlo forzosamente.

Un día antes de salir hacia Londres recibí una llamada.

— Sí, dígame.

— Hola, Elsa, soy Erik, el propietario de la casa que vas a alquilar en Nott

ing Hill, era para decirle que ya la he dejado lista para su llegada, me preguntaba que a qué hora llegaríais.

— Hola, Erik, aterrizamos a las 2 de la tarde, cuando lleguemos cogeré un taxi hacia la casa así que imagino que sobre las 6 de la tarde estaremos allí.

— No, por favor, no os preocupéis, os recojo en la entrada del aeropuerto y os llevo hasta la vivienda.

— Se lo agradezco, pero déjelo, es mucha molestia, de verdad que no me importa coger un taxi.

— No hay más nada que hablar, os deseo un buen vuelo y os espero en el aeropuerto a las 5. Hasta mañana.

— Gracias, hasta mañana.

Me quedé impactada por la amabilidad que tenía, hablaba un perfecto español y se le notaba muy educado, daba la impresión de muy buena persona.

Esa noche nos acostamos rápido, estábamos muy nerviosos, Daniel seguía durmiendo conmigo ya que me apetecía disfrutar al máximo de él y pensaba que ya tendría tiempo para irse a su habitación cuando fuese más mayor, pero ahora mientras, pudiese estar con él, iba a hacerlo a tope.

No paraba de preguntarme que cómo era Londres y yo se lo intentaba explicar como un cuento, él se reía mucho, estaba de los nervios con ese viaje en avión que iba a darse por primera vez.

Por la mañana desperté temprano y Daniel seguía durmiendo así que lo dejé en la cama y me fui a prepararme un café.

— Quiero un Nesquik —se escuchó al fondo del pasillo.

— Buenos días, mi príncipe —dije mientras le daba un achuchón.

— ¡Hoy nos vamos en avión! —dijo apretándome muy fuerte.

—Sí, cariño —dije sonriendo—. Vete al sofá y pon los dibujitos que

ahora te llevo el desayuno.

Le preparé el desayuno y me senté en el sofá mientras se lo tomaba y yo me perdía en mis pensamientos. Me daba melancolía tener que dejar mi hogar, pero al menos tendría una estabilidad laboral durante el próximo año y quizás sería la puerta hacia un futuro mejor, aunque fuese en otro país, yo solo quería poder vivir cómodamente con mi pequeño.

Nos recogieron mis padres y nos llevaron hasta el aeropuerto, intentaban aguantar las lágrimas mientras se despedían de nosotros, pero yo sabía que cuando se fueran por la puerta, se iba a dar la pechá de llorar.

Nos tomamos un refresco cerca de la puerta de embarque, compré algunas revistas y por fin nos metimos en el avión.

Mi pequeño estaba alucinando mirando para todas partes hasta que ya nos dijeron que nos teníamos que abrochar el cinturón de seguridad, que íbamos a despegar, la cara de él era un poema y no paraba de aplaudir, una azafata no paraba de mirarlo embobada.

Cuando el avión comenzó a ascender, le entró un hormigueo por el estómago a Daniel y empezó a llorar, toda la felicidad se la había convertido en temor, yo no sabía si llorar o reír, estaba tan feliz que de repente me asombraba de verlo así.

— Daniel, que no pasa nada mi vida, que ahora se va a estabilizar y a poner derecho.

— Me quiero bajar de aquí, ya no me gusta.

— Vale, ahora nos bajamos —dije riendo.

— Pero llama ya al hombre que lo conduce y dile que pare.

Cuando ya por fin se había puesto el avión derecho y habíamos dejado de ascender, la azafata se perdió y apareció de repente directa para Daniel.

— Mira lo que te traigo —dijo mientras le ponía en la mesa un batido de chocolate, un cuaderno para colorear con los lápices que también le estaba dando.

— Gracias, pero dile al hombre que lleguemos rápido —dijo Daniel intentándose calmar.

— Por supuesto, ahora mismo voy y le digo que tenemos que llegar pronto, mientras ve dibujando que verás que así se pasa el tiempo más rápido —dijo amablemente la azafata.

Le di varias veces las gracias, se veía que tenía mucho feeling con Daniel, él se distrajo mucho con lo que le había traído, por fin empezaba a desaparecer el berrinche que le había entrado.

Cuando comenzamos a aterrizar, él me miraba asustado pero esa vez se lo estaba tomando mucho mejor y parecía que no iba a llorar.

Fuimos a por las maletas mientras él me decía que ya no se montaba más en avión, que a la vuelta lo haríamos en coche o en tren, a mí me hacía mucha gracia escucharlo, a la vuelta lo tendría que traer engañado de alguna forma.

Salimos del aeropuerto y pude comprobar que había un chico con un cartel que ponía Elsa, me hizo mucha gracia, a la vez que quedé impresionada por el parecido que tenía al actor desaparecido Paul Walker, mientras nos dirigíamos hacia él nos estaba esperando con una preciosa sonrisa, a mí me imponía mucho y me quedé un poco cortada, rápidamente se hizo con la atención de Daniel y estuvo haciéndole bromas, con él se pasó hablando todo el trayecto, parecían amigos de toda la vida.

Erik se pasó todo el camino guiñándome el ojo cuando le soltaba alguna broma a mi hijo, a la vez que Daniel se tiró todo el tiempo interrogándolo, ya sabía que era corrector literario y que trabajaba en su casa cómodamente, además de administrar tres viviendas que tenía arrendadas de herencia de sus padres que fallecieron hace unos años, no tenía familia, ni siquiera tenía pareja, imposible de imaginar en esa época que corría, y más ante un hombre tan educado y guapo, hasta se me pasó por la cabeza pedirle en esos momentos matrimonio en plan broma por el buen partido que era, indudablemente la vergüenza hacía que no fuese capaz de decirlo ya que me imponía mucho.

Tenía ganas de llegar a Notting Hill y ver la famosa calle de la película que llevaba su nombre, además de estar muy cerquita de Hyde Park y me hacía mucha ilusión recorrer ese parque.

Cuando entramos en el barrio me di cuenta que era muy cosmopolita, pero me gustaba el ambiente que en él se palpaba, Erik aparcó delante de una puerta y señaló como diciendo que esa era nuestra casa mientras nos bajábamos del coche.

La entrada era como lo había visto en las imágenes, una casa pegada a la

otra, me recordaba totalmente a la película, bajamos las cosas del maletero y fuimos detrás de él a entrar a la casa, por supuesto él ya se había encargado de coger todo lo que más pesaba, se le notaba muy atento con todo.

Daniel seguía mucho a Erik, se notaba que había congeniado genial con él, cuando abrió la puerta me dio una sensación muy buena esa casa, la cocina era muy coqueta, el salón muy amplio y las dos habitaciones también estaban muy bien amuebladas, en medio del pasillo había un pequeño baño.

Dejamos las cosas en el dormitorio y le pregunté dónde podría ir a un supermercado y se ofreció para acompañarnos hasta él, así que fui a comprar todo lo necesario mientras él jugueteaba por los pasillos con Daniel, aproveché para hacer una buena compra y llenar el carro a tope ya que allí no disponíamos absolutamente de nada.

La vuelta la hizo Eric con Daniel en los hombros y cargado de bolsas, solo se me pasaba por la cabeza que ojalá que el hombre fuese mi pareja y el padre de mi hijo, sonreír al pensar que parecíamos una preciosa familia.

Al entrar a casa le dije si quería quedarse a cenar con nosotros y aceptó bajo mi asombro, me gustó mucho que accediera a ello y Daniel empezó a dar botes de alegría y trajo una maleta que tenía llena de juguetes para enseñárselos, así que la abrió y desperdigó todo por el salón. Erik estaba muerto de risa y se tiró al suelo a jugar con él mientras yo colocaba todo en los muebles de la cocina, desde allí se divisaba el salón ya que era tipo americana, me encantaba verlos a los dos juntos, aunque sabía que una vez que se fuese, rara vez lo vería.

¿Para qué iba a volver? La vida no era una novela romántica, las cosas no

eran tan fáciles. No íbamos a tener una bonita historia de amor donde todo era tan fácil... Meneé la cabeza, pero en el fondo lo deseaba...

Preparé una buena ensalada de pollo y unos sándwiches, nos sentamos en el sofá a cenar ya que tenía una mesa muy cómoda en el centro.

Erik y Daniel eran incansables, no paraban de jugar, incluso cuando estábamos cenando estaban hablando de unos dibujitos animados que no imaginé que él conociese, mi pequeño estaba alucinando con él.

Me llamaba mucho la atención su dulzura y la forma de tratar a mi hijo, además que era impresionantemente atractivo.

— Elsa, ¿sabes que tienes el niño más inteligente del planeta? —dijo Erik guiñándome el ojo y mirando a Daniel.

Mi pequeño sonreía, le causaba felicidad escuchar eso, además que era muy gracioso cómo hablaba mi hijo, para su corta edad mantenía unas conversaciones con él como si tuviese 7 años.

— Sí, es muy inteligente además que también creo que es el más guapo de todo el planeta —dije para emocionar más aún al pequeño.

— Sale a su madre —dijo mirándome a los ojos.

En ese momento me sonrojé, me había sonado demasiado sincero. Él me sonrió con una sonrisa preciosa y yo le devolví una tímida sonrisa de vuelta.

— Mi mamá es la más bella del mundo —confirmó Daniel. Me acerqué a él y le di un enorme beso.

— Esta ciudad te va a encantar —dijo Erik mirando a Daniel, para cambiar el tema.

— Mi mamá me enseñó muchas cosas, muchas fotos, quiero ir a todos esos sitios y hacerme muchas fotos —se lo decía emocionado, a la expectativa.

— Y lo haremos, además yo creo que cuando vea la noria de Londres le va a encantar, ¿no crees, Elsa?

— Siiiiiiiiiii, yo quiero montarme en ella —contestó Daniel ante nuestra risa—. Mamá me la enseñó y le dije que quería.

— Pues si tu mamá quiere, mañana os hago una visita turística por Londres y así nos montamos en la noria.

Me quedé en esos momentos alucinada ya que me parecía la mejor propuesta que nos podían hacer en nuestras vidas, eso se llamaba aterrizar con buen pie en Londres.

— Mamá por favor di que sí —decía mientras me jalaba del brazo.

— Me parece una genial idea, pero no quiero que te preocupes por nosotros, no tienes necesidad de estar pendiente —dije deseando escuchar que para él era un placer.

— Para nada, será un gusto para mí pasar el día con vosotros, además que, a partir de ahora, cualquier cosa que necesitéis vais a contar conmigo ya que no quiero que os sintáis solos en esta gran ciudad por nada del mundo.

— Oh gracias, ¿eres así con todos los inquilinos? —pregunté riendo.

— No, soy muy Saborío con todos —dijo serio y con el ceño fruncido, igual que lo miró en ese momento Daniel a él.

— Nos estás engañando —dijo mi hijo cuando sonrió.

— ¿Yo? Jamás se me ocurriría. Soy la persona más seria del mundo —se fue hacia Daniel y empezó a hacerle cosquillas.

Yo sonreí al verlos, mi hijo lloraba de la risa.

— La verdad es que este pequeño se ha ganado mi corazón, estoy deseando pasar el día con él, va a ser muy divertido poder enseñarle algunas cosas que sé que le gustarían de esta ciudad —dijo Erik cuando ambos dejaron de jugar, mirándome a los ojos.

— Entonces me estás diciendo que entonces el bulto soy yo, ¿verdad? —dije bromeando.

— Para nada, pero Daniel es Daniel —dijo guiñando el ojo.

— Mamá, ya tengo mi primer amigo en Londres —dijo mi pequeño emocionado.

— Ya veo, qué facilidad para hacer amigos —dije sonriendo.

Tras un rato de cena, Erik se despidió de nosotros deseándonos una muy buena noche y esperando que por la mañana le pusiésemos un mensaje cuando estuviésemos listos para pasar a recogernos.

Empecé a colocar cosas en los armarios y acosté a Daniel que estaba que se caía de sueño, conseguí dejar todo listo, las tres maletas que iban cargadas hasta la saciedad.

Me había gustado la entrada que habíamos tenido en este lugar y sobre todo el planazo que nos había preparado Erik para enseñarnos un poco aquella ciudad, al ser fin de semana me lo tomaría de relax y el lunes empezaría a mover los papeles para el colegio de Daniel, hasta el miércoles no me incorporaría a mi nuevo trabajo.

Esa casa la veía muy adecuada para la temporada que teníamos que pasar inicialmente en Londres, me sentía cómoda en ella e incluso me recordaba un poco a mi casa en España, sobre todo lo que era el interior.

Me metí en la cama y me abracé a Daniel con muchas ganas, mi pequeño hombrecito me ponía todo muy fácil para seguir hacia delante, era increíble cómo podía percibir mi lucha y lo que intentaba acompañarme felizmente en ella.

Cerré los ojos y la imagen de Erik volvió a mi mente. Ese hombre era

como un ángel de la guarda y, después de habernos ofrecido acompañarnos ese día y decir que no quería que nos sintiéramos solos, me hizo pensar que tal vez yo estaba equivocada al pensar que lo veríamos poco.

Suspiré y abracé más a mi pequeño. Me estaba empezando a asustar Erik, lo que estaba sintiendo por él en tan pocas horas de conocerlo, no podía ser todo tan sencillo, la vida no era así. El amor no era así.

Pero también sabía que la vida te ponía a las personas en tu camino por algo, así que yo estaba decidida a vivir una nueva etapa con mi hijo y si Erik quería formar parte de ella, el tiempo que quisiese, no iba a negarme. Ese hombre era un amor, mi hijo lo adoraba, aunque lo conociera de poco y eso era más que suficiente para mí.

Tras darle vueltas a la cabeza largo rato, caí rendida sobre la una de la madrugada.

Por la mañana me despertó con abrazos el torbellino de mi niño.

— Mamá, levanta que hoy nos vamos con Erik a hacer una excursión por la ciudad —dijo emocionado.

— Esperemos que no nos deje tirados —dije bromeando.

— No, él nunca lo haría, es mi amigo —dijo en su defensa.

— Claro que sí, cariño, vamos a desayunar y ahora le ponemos un mensaje.

Preparé su Nesquik además de mi café y unas tostadas, Daniel se había

levantado hambriento, fue hacia mi móvil para ver si tenía algún mensaje y empezó a chillar que había uno de Erik, me pasó el móvil y abrí el mensaje.

“Buenos días, ya estoy de ambulando por la ciudad tomando un café, cuando me digáis paso a por vosotros, dale un abrazo a Daniel de mi parte”.

Era increíble cómo ese muchacho conseguía sacarme una de mis mayores sonrisas, cuando le leí el mensaje a Daniel, se puso loco de contento y empezó a decir que le invitaremos a desayunar, aunque ya hubiese tomado café.

“Buenos días, Erik, estamos desayunando, si quieres puedes venir por aquí y te invitamos a unas buenas tostadas...”

Daniel esperó impaciente su respuesta.

“Me estoy comiendo ahora mismo una, pero en breve estaré por allí a recogeros, desayunad tranquilos que nos espera un gran día de excursión”.

Daniel desayunó a gran velocidad y a mí me hacía gracia verlo ya que estaba muy nervioso porque su amigo iba a venir a por nosotros en unos instantes y tenía muchas ganas de montarse en la noria que yo tanto le había enseñado por fotos.

Un rato después ya estaba sonando el timbre.

Erik

Terminé mi tostada y le di un sorbo a mi café. Observé el restaurante en el que desayunaba. Iba muchos días a desayunar allí pero ese día era diferente, lo hacía con una sonrisa de oreja a oreja.

Me había pasado así toda la noche, apenas había podido conciliar el sueño, la imagen de ella estaba todo el tiempo en mi mente.

Elsa...

Desde que la había visto en el aeropuerto, había despertado en mí algo que nunca creí experimentar. Ya por teléfono, y aunque suene tonto, había notado que era una mujer diferente, quizás de ahí mi interés en conocerlos rápidamente. Aunque no sabría explicar el porqué.

Cuando la vi, fue como si algo dentro de mí se tambaleara y no puedo negar que me asusté un poco. Pero entonces llegó Daniel, ese niño con la cara angelical, era todo un encanto. No pude evitar tampoco sucumbir ante él.

Y tampoco es que quisiera hacerlo.

Me encantaba ese niño, sacaba la parte paternal que había en mí y que nunca tuve oportunidad de demostrar.

Las primeras impresiones fueron perfectas, pero con el paso de las horas

todo se intensificó demasiado.

Me había divertido enormemente en esa casa, con ellos, era como si ese fuera mi lugar.

Había notado que, aunque Daniel no tenía padre, no tenía ninguna carencia, Elsa se había dedicado a que a su hijo no le faltara la figura paterna y era admirable por su parte.

Le di otro sorbo a mi café mientras los recuerdos de la noche anterior pasaban por mi mente como si de una película se tratara.

No había podido evitar invitarlos a salir ese día, era como si necesitase pasar todo el tiempo del mundo con ellos, como si al no hacerlo, me perdiera parte de su vida y no podía consentir eso.

Quería que tuvieran la mejor estancia posible en mi país, que se fueran con un buen recuerdo.

Negué con la cabeza, no quería pensar en que eso sería temporal y en algún momento volverían a España. Era como si yo los quisiese cerca de mí y sabía que en parte era eso. No iba a evitar pasar todo el tiempo que desease con ellos, me encantaba su compañía.

La sonrisa de ambos se me vino a la mente y sonreí al recordarlas. Sabía que Elsa había desconfiado un poco, era normal, yo era un extraño, pero la había visto pensativa varias veces mientras nos observaba a Daniel y a mí, como si ella tampoco pudiese negar lo que ocurría.

Me levanté y pagué el desayuno, me marché caminando hacia la casa, iba a por ellos y pasaríamos un día perfecto, de eso no me cabía duda.

Llegué a la casa y me quedé en la puerta mirándola. Íbamos a hacer que Daniel pasara uno de los mejores días de su vida.

CAPÍTULO 2

— Buenos días, hombrecito —dijo Erik nada más abrirle la puerta Daniel, mientras le acariciaba el cabello y le daba un abrazo.

— Hola, pasa, mi mamá se está terminando de arreglar.

— Te has puesto muy guapo, ¿estás pensando en sacarte una novia londinense?

Yo escuchaba su conversación desde la habitación y me hacía mucha gracia en el tono tan divertido que le hablaba Erik a mi hijo.

— No, soy muy pequeñito aún —dijo a carcajadas suelta.

— Claro, primero tienes que disfrutar de la vida y sobre todo de esa infancia que no vas a volver a recuperar más.

— Buenos días —irrumpí en la conversación.

— Buenos días, Elsa. Por cierto, Daniel, tienes una mamá muy guapa —dijo mirándome de arriba abajo ante mi sonrojo.

— Eres un exagerado —quise quitar importancia a lo que me había

dicho.

— Mamá, si eres muy guapa, la más guapas de todas.

— Te doy totalmente la razón, pequeñín —dijo Erik sonriendo.

— ¡Vámonos ya! Me estáis poniendo colorada —salí directa hacia la puerta.

Primero nos dirigimos andando hacia el mercado de Portobello que estaba muy cerca de nuestra casa, tenía muchas ganas de enseñárnoslo por lo peculiar que era.

El mercado estaba considerado uno de los más famosos de Londres, lleno de antigüedades como relojes, muebles, joyas y muchos objetos populares, me quedé impresionada por lo larga que era la calle ya que tiene unos 3 kilómetros de longitud y llegaba hasta Notting Hill. Al ser sábado, toda la calle estaba repleta de puestos callejeros, Daniel y yo íbamos alucinados por la cantidad de cosas que se podían adquirir allí.

Toda la calle la hizo con Daniel a los hombros, se veía que le gustaba darle mucho juego, tenía una conexión espectacular con el pequeño.

Erik me parecía de lo más tierno y seductor, tenía una mezcla que me hacía fantasear todo el tiempo, ojalá mi hijo pudiera haber disfrutado de un padre como él, pero bueno, tampoco quería pensar en esas cosas, demasiado feliz veía a mi hijo.

De allí cogimos un autobús y nos fuimos para la noria llamada “London Eye”, impresionaba verla desde abajo ya que medía alrededor de 135 metros. Le dije a Daniel que una vez arriba, no se le ocurriese llorar como en el avión y ya que no iban a parar la noria por él, prometió que no lo haría y que con Erik se sentiría seguro, cosa que le hice cosquillas y le dije que con su madre también debía de sentirse de igual manera.

Se lo pasó bomba y además vivimos una experiencia de poder ver desde ahí arriba toda la ciudad de forma única e indescriptible, bajé con una sensación muy especial de los momentos que habíamos vivido durante ese trayecto de la Noria, Erik me hacía muchas muestras de cariño y me echó unas miradas que me divertieron durante todo el momento.

De allí nos fuimos a comer a una terraza frente a un parque que preparaba el típico pescado rebozado con patatas fritas tan típico en Londres, así Daniel también tendría la oportunidad de corretear un poco por ese lugar.

Tras comer, Daniel se fue a montarse al columpio y a un tobogán que había enfrente, nosotros nos pedimos un café y ahí tuvimos la oportunidad de entablar una conversación más privada entre adultos.

— Elsa, ¿has criado tú sola a Daniel?

— Bueno, mis padres han tenido un papel importante y me han ayudado bastante, pero desde que nació, nos fuimos los dos solos a vivir juntos ya que yo quería criarlo sola.

— Pues se nota que lo has hecho muy bien ya que se ve muy noble y

tiene una educación muy fuerte para la edad que tiene.

— Desde que nació fue muy bueno, apenas me dio malas noches ni tampoco tuvo ningún mal de mayor relevancia, pensaba que me iba a costar mucho sacarlo hacia delante y poco a poco todo fluyó de forma que no se me vino el mundo encima, eso sí, cuadrando todo para poder ir a trabajar y haciendo una rutina con él diariamente.

— Tengo que confesarte algo, nunca me han llamado especialmente la atención los niños, pero ha sido conocer a Daniel y ha sacado lo mejor de mis recuerdos de cuando era pequeño, tiene algo especial, ojalá tuviese yo uno como él, me lo iba a pasar bomba todos los días.

— Bueno, con el tiempo quizás tengas uno.

— No sé yo, soy un tipo muy normal, no me gusta salir de fiesta y al trabajar en casa me relaciono muy poco, pero me gusta mi forma de vida, no me puedo quejar, así que si tú me dejas de vez en cuando disfrutar del pequeño Daniel...—dijo soltando una sonrisa muy encantadora.

— Pues claro, es tu amigo, cuando te apetezca puedes verlo.

— Y tus padres... ¿cómo se tomaron el que te fueras de España?

— Bien. Bueno, al principio les costó entenderlo, o quizás no fue tanto así, pero sí que resultó un shock. Aunque a mi hijo lo crié yo, ellos han estado en todo momento con él y lo adoran. Pero entendieron que era por un futuro mejor, eso sin contar que suelen aceptar mis decisiones.

— Qué remedio —rio Erik.

— Oye, que yo soy muy sensata —le saqué la lengua y seguimos riendo un rato más—. Llevo poco aquí, pero los echo de menos.

— Lo entiendo, pero seguro que los veis pronto.

Sonreí. En ese momento Daniel comenzó a llamarnos para que lo mirásemos mientras se tiraba por el tobogán y Erik se levantó para grabar el momento con su móvil para después enseñárselo.

Se tiraron un buen rato jugando juntos mientras yo revisaba las redes sociales, lo mismo de siempre, las indirectas que se tiraban la gente en sus muros y los que les gustaban ir de Dios por la vida, pocos estados se veían con la esencia natural de cada persona.

Subí una foto que nos hizo Erik en la noria a Daniel y a mí, en esos momentos recibí una notificación de amistad, era de él. Miré hacia allí y me estaba sonriendo pues imaginó que yo estaba en el Facebook, tras guiñarme el ojo siguió jugando con Daniel.

Me entró mucha felicidad de que me hubiese buscado en el Facebook y tenerlo allí como contacto, comencé a registrar todo su muro y me sorprendí al ver lo minuciosamente cuidado que tenía todos los estados que ponía, me gustó ver ese perfil, rápidamente dio un me gusta a la foto mía en la noria con mi pequeño, volví a mirarlo y volvió a sonreírme.

Un rato después nos fuimos hacia un puesto de palomitas y nos compramos un cartón para los 3 mientras paseábamos por aquellos bonitos jardines, pero los que de verdad estaba loca por conocer eran el de Hyde Park, cosa que, al decírselo a él, me dijo que íbamos para allá inmediatamente, la verdad que era muy predispuesto y estaba siempre ahí pendiente a todo para que nos sintiésemos cómodos.

Cuando entramos a Hyde Park, quise ir inmediatamente a ver la conmemoración que tenían allí de Diana de Gales, pero la fuente conmemorativa me pareció muy poco para todo lo que había hecho ella, me dio la sensación de que no la habían dado el lugar que se merecía, más aun viendo que tenía más de 2 km, podrían haber hecho algo más emotivo y que resaltara.

El lugar era perfecto para escapar del ruido, podías tomar el sol cuando el tiempo te lo permitía, e incluso me comentaba Erik que alquilaban tumbonas.

Daniel estaba alucinando por el ir y venir de gente patinando o en bici, incluso practicando cualquier tipo de deporte, Erik alquilo una barca y nos llevó por el lago artificial donde se podía haber un montón de patos y otros animales, nos lo estábamos pasando genial, nada me hubiese hecho presagiar que comenzaríamos de esa manera nuestra aventura en otro país.

Erik me dijo que, si no estábamos cansados, podríamos ir a cenar ya que era sábado y disponíamos de todo el tiempo del mundo, cosa que Daniel empezó a chillar rápidamente que sí, ante la risa de nosotros, indudablemente acepté la propuesta tan esperada que había recibido.

Nos dijo que escogiésemos en lugar en el que íbamos a cenar ya que allí había una gran cantidad de restaurantes de todos los tipos y lugares, sobre todo japoneses, tailandeses, argentinos, mexicanos, jamaicanos, chinos, comida rápida americana y un sinfín de variedad que invitaba a los londinenses a comer a menudo en la calle.

Al final nos decidimos por un turco y fuimos a comernos unos kebabs, al pequeño Daniel le encantaba, así que disfrutó mucho de la cena mientras peleaba en broma con Erik.

— Mañana, si queréis, os preparo una deliciosa carne en la barbacoa de mi casa, así Daniel también puede jugar en el jardín y disfrutar del día soleado que nos espera.

— Mamá, ¡di que sí, di que sí!, por favor —dijo casi rogando, ante la risa de Erik y mía.

— Pero Daniel, que va a terminar aburrido de nosotros —respondí mientras sonreía.

— De eso nada, hoy ha sido uno de los días más divertidos y felices de mis últimos tiempos, para mí será un placer recibirlos en mi casa a pasar el día relajados y disfrutando del buen tiempo. No hay más nada que hablar, esta noche sacaré la carne para mañana hacerla en la barbacoa.

— Pues perfecto, prepararé algo para llevar, veré que invento esta noche para llevar mañana por la mañana.

— No tenéis que llevar nada, estáis invitados, así que no te preocupes por eso.

— No está bien que siempre antes tú pagando, y hoy has pasado todo el día haciéndolo, así que la próxima salida me toca a mí.

— No te preocupes, ahora cuando empieces a trabajar, te tocará pagar —dijo bromeando, más que nada porque su generosidad le haría que le costase aceptar que pagase yo.

— Mamá, ya sé lo que vas a hacer, será una sorpresa para Erik ya que a ti te sale muy bien —se acercó hasta mí y me dijo que preparase una tortilla de patatas.

Me reí por la facilidad que tenía para improvisar mi hijo, pero me pareció una idea excelente y por supuesto que la iba a llevar a cabo en cuanto me levantara por la mañana.

Erik nos miraba poniendo cara de circunstancia por no saber de qué se trataba la comida que íbamos a preparar, pero nos avisaba de que había bastante carne y que no nos complicáramos demasiado.

— Bueno, ya me dirás mañana si tienes razón, Daniel, en lo buena que me sale esa especialidad que voy a llevar.

— Perfecto, ya mañana hablamos también del tema del colegio para inscribir a Daniel el lunes ya que he realizado una llamada para que os

aligeren la plaza, tengo ahí un buen contacto y os recibirá con los brazos abiertos

— Gracias Erik, pero no debes de preocuparte en seguir tomándote tantas molestias que no te pertenecen, ya son demasiadas cosas que has hecho por nosotros desde que hemos llegado.

— Bueno todo se hace por un amigo, ¿verdad, Daniel?

— Claro, yo nunca he tenido un amigo tan mayor.

— ¿Me estás llamando viejo? —dijo poniendo cara de enfadado.

— No, viejo no, pero eres mucho más mayor que yo y a mí no me importa pues me lo paso genial.

— Si es así te perdono —dijo bromeando ante mi risa ya que me la causaban los dos.

— Tú verás a qué colegio más bonito vas a ir, vas a tener estupendos amigos de tu edad, solo espero que a mí no me olvides —dijo para llamar la atención de Daniel, poniendo cara de pena de nuevo.

— No, tú serás mi más mejor amigo.

— Entonces me quedo tranquilo, estoy deseando verte de uniforme, vas a estar guapísimo.

— Veremos a ver si el mismo lunes puedo comprarle todos los materiales y el uniforme del tirón, así me lo puedo quitar ya de en medio ya que quedan pocos días para que empiece el colegio, creo que, al otro lunes, también tengo que buscar una canguro para esta semana, los 3 días que tengo que ir a trabajar y el aún no ha empezado el cole.

— De eso nada, esos días se queda conmigo cuando vayas a trabajar, estoy todo el mes de vacaciones y hasta octubre no empiezo con las correcciones.

— Pero Erik, no puedes tomarte a esto a modo personal, yo te lo agradezco de todo corazón, pero no quiero ponerte en ningún compromiso.

— No diría de hacer algo que no me apeteciese, pero me quedaría más tranquilo si estuviese conmigo antes que con un extraño, puedes traerlo aquí antes de ir a trabajar o dejarlo durmiendo y yo voy para allá, te hago relevo y cuando se despierte me lo llevo por ahí todos los días a dar una vuelta y hacer los recados.

— Gracias, Erik, no sé cómo podré pagarte todo esto.

— No tienes que pagarme nada, es un placer estar disfrutando de este pequeño —dijo mientras le agarraba la barbilla y le hacía un gesto de cariño.

Tras la cena nos fuimos para mi casa y nos despedimos en la puerta, puso sobre un mueble que había en la entrada un sobre.

— Te pido que no lo abras hasta que me vaya, sobre todo que entiendas lo que hay en él.

— Vale —dije asombrada, pues no sabía qué contenía ese sobre.

— Pues mañana nos vemos —dijo cogiendo en brazos a Daniel y dándole un abrazo.

Llevé a Daniel a la habitación y le puse el pijama para que se acostase inmediatamente ya que estaba que se caía del sueño, yo me cambié y fui a ver qué tenía el sobre la curiosidad me mataba.

Al abrirlo pude comprobar que había dinero y una carta, me quedé perpleja pues no entendía nada, así que decidí leerla.

“Seguramente tendrás mucha curiosidad por el dinero que hay en el sobre. Si lo cuentas, puedes ver que es la cantidad exacta del mes en depósito del alquiler como del primer mes que me pagaste. Quédatelo, Elsa.

Y no, no digas que no con la cabeza (es como si te estuviera viendo mientras la escribo).

Sé que no me vas a fallar, confío en ti, igual que tú lo has hecho conmigo desde el principio. Por eso te devuelvo el mes de fianza, sabiendo que no me vas a fallar, de eso no tengo ninguna duda.

Y sobre el otro mes... Tómatelo como un regalo. Yo no lo necesito y tú no querrás aceptarlo, pero lo harás porque, aparte de que no admitiré un

no por tu parte, y soy muy cabezota, si no quieres mirarlo como un regalo por mi parte, hazlo como un regalo para Daniel. Necesita materiales y cosas para el colegio y con eso estarás más desahogada hasta que cobres el primer salario en tu trabajo.

Así que, sin ponerme ninguna excusa y olvidando ya esto, no te preocupes que te cobraré el siguiente mes.

Un beso.

Erik”.

Me quedé sorprendida por lo que había hecho, no podía permitirlo, pero había sido un gesto que pocas personas habían tenido conmigo a lo largo de mi vida, se me saltaron las lágrimas y me daban ganas de escribirle un mensaje, pero preferí al día siguiente hablar con él en persona y agradecerle este detalle, aunque sabía que no se lo podía devolver pues me lo había dejado bien claro en ella.

Llamé a mi mejor amiga Sara, me había puesto hacía un rato un WhatsApp preguntando cómo me iba todo y que nos echaba mucho de menos.

— Hola, preciosa me alegra recibir tu llamada.

— Hola, mi niña, sí sé todo lo que me está ocurriendo, me vengo para Londres antes —dije muerta de risa.

— ¿No me irás a decir que te has enamorado?

— Yo no sé si es amor, pero que me saca la mayor de mis sonrisas y que adora a Daniel más que a mí, eso sí te lo puedo decir.

— Pero... ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde? ¡Quiero saberlo todo ya! —preguntaba ante me risa al escucharla.

— Pues es el casero de mi casa, nos recogió en el aeropuerto para trasladarnos aquí y desde el primer momento hizo muchas migas con Daniel, pasó la tarde con nosotros, cenó y hoy nos llevó a pasar el día por los lugares emblemáticos de la ciudad, nos invitó a comer y cenar.

— Elsa, ¡no me lo puedo creer!

— Lo peor de todo es que ahora me ha dejado un sobre. el cual contiene el dinero que le di de fianza y el mes que corre, dice que no lo quiere y prefiere que lo hacemos nosotros ya que nos hará más falta para que vivamos este tiempo cómodos hasta que cobre mi primer salario. Estoy alucinando de que existan hombres así... y encima es guapísimo.

— ¡Pídele matrimonio ya! ¡Pero ya, Elsa! Es el hombre de tu vida, ¡sin dudas! Y si no se lo pides tú, voy y lo hago yo...

Empezamos a reírnos como dos energúmenas.

— El miércoles comienzo a trabajar y Daniel no empieza la escuela hasta el lunes, así que de miércoles a viernes me ha pedido quedárselo ya que no quiere que coja a un extraño para que lo cuide.

— Qué fuerte, Elsa, lo que puede cambiar la vida de un día para otro.

— Bueno, es lo que te digo, cogió mucha conexión con Daniel, no creo que lo haga por otra cosa.

— ¡Tú siempre tan inocente!

— De veras, deberías de ver cómo lo trata y se nota que no lo hace forzosamente ni por quedar bien, sino que le sale del corazón.

— Te entiendo, más conociendo a Daniel que es un niño que cualquiera se enamoraría de él, pero está claro que ese hombre y los detalles que está teniendo es porque le interesáis los dos. Te veo quedándote en Londres.

— Si fuera con él y encima teniendo trabajo.... ¡No me lo pensaría!, aunque sí aquí me fuese bien, está claro que no volveré por allí en algún tiempo ya que la estabilidad es lo primordial ahora mismo en mi vida.

— Seguro que él va a hacer todo lo posible por enamorarte, no te quepa duda.

— No sé, Sara. Por cierto, espero verte pronto por aquí, a ver cuándo te das una escapada que los vuelos salen muy baratos con las compañías de bajo coste.

— No es por eso, sabes que trabajo casi siempre hasta el sábado por la mañana, es lo malo de ser dependienta, pero en cuanto tenga un fin de semana o puente libre, tiro para allá sin dudarlo.

— Lo sé, pues vamos hablando, me voy a acostar que estoy reventada y mañana hemos vuelto a quedar.

— Perfecto, recuerda mantenerme informada, te quiero mucho.

— Yo también, Sara.

Me quedé un rato más sentada en el sofá ya que no tenía realmente sueño, me apetecía que llegase el día siguiente para estar junto a él ya que sentía que era la pieza que nos faltaba en esos momentos en Londres.

Luego me fui hacia la habitación y me di cuenta de que Daniel estaba durmiendo profundamente, estaba totalmente agotado de los dos días tan moviditos que habíamos tenido, pero se acostó muy feliz con la idea de que al día siguiente volvería a estar con su más mejor amigo, como él decía.

Me tiré en la cama y abrí el Facebook y me quedé sorprendida de todas las notificaciones que tenía sin leer, mi corazón dio un vuelco cuando me di cuenta que eran de él, le había dado me gusta a casi todos los estados que había puesto durante los últimos años, fotos de Daniel incluso había comentado cosas graciosas, pero con mucho cariño hacia él.

Le contesté a las que él había escrito, rápidamente recibí un me gusta por su parte, así que estaba conectado y pendiente a lo que yo estaba haciendo y

eso me gustó mucho.

Dejé el móvil en la mesita de noche y reí sin poder evitarlo. Ese hombre sacaba lo mejor de mí y me encantaba que no lo intentara evitar. Estaba empezando a sentir demasiado por él y por un lado me daba miedo, pero estaba encantada de poder sentir todo eso por el guapísimo y encantador londinense.

Erik

Llegué a mi casa, preparé la carne para el día siguiente y me tumbé en el sofá tras darme una ducha y ponerme algo cómodo para dormir.

Encendí la televisión, pero apenas le presté atención.

Hice como cada día desde que los conocí, recordar cada momento con ellos desde que me levantaba hasta que volvía a mi casa.

Otra vez habíamos pasado un día perfecto, todos juntos haciendo turismo por la ciudad. Me encantaba cómo Daniel disfrutaba de cada lugar nuevo que veía, con esa cara de sorpresa y emoción, con la mirada de un niño inocente disfrutando de cada segundo de experiencias nuevas.

Y yo disfruté igual, como si no hubiera vivido en esta ciudad toda la vida,

pero se veía de manera diferente desde los ojos de ellos dos, apreciabas más las cosas a las que estabas acostumbrado a ver en tu día a día y eso me gustaba mucho.

EL momento del parque también había sido perfecto, me encantaba disfrutar de Daniel, pero la conversación, en parte seria, en parte divertida con Elsa, me había servido para conocerla un poco mejor.

Era una mujer fuerte, aunque eso ya lo sabía yo ya que había criado a su hijo sola y ahora había decidido dejar toda su vida en su país para comenzar sola en otro país extranjero, trayéndose a su hijo, para darle a este una mejor calidad de vida.

La admiraba.

Y me encantaba su forma de ser, tan dulce y divertida...

Me levanté del sofá, apagué la televisión y me fui a la cama, pero no podía dormir. Así que entré en el Facebook de Elsa y me puse a mirarlo.

Sonreí al ver que estaba online e imaginaba que ya habría leído la carta que le dejé.

Había decidido eso la noche anterior, y todo lo que dije en ella era cierto. No necesitaba ese dinero, pero ella sí, sobre todo por Daniel. Sabía que así aceptaría la oferta, cosa que no haría si el pequeño no estuviera.

Me hacía ilusión cuidarlos, era como una necesidad de estar cerca de ellos. Me aportaban mucho: buenos momentos, risas, mucho cariño...

A veces pensaba que era por mi necesidad o por mis ganas, cosa que nunca había sentido hasta que ellos dos aparecieron en mi vida, de tener mi propia familia.

Y porque me estaba enamorando de Elsa...

Si no lo estaba ya.

Suspiré pesadamente y me reí, claro que lo estaba, ocurrió en el mismo momento en que la vi.

Ojalá ella sintiese lo mismo por mí, aunque algo me decía que sí que pasaba eso, que yo ya era mucho más para ella.

Con ese pensamiento me dormí, deseando que llegase el día siguiente para estar de nuevo con Elsa y Daniel.

CAPÍTULO 3

— Mamá, despierta, que tienes que hacer la tortilla —dijo Daniel mientras que se tiraba encima mía para darme un abrazo.

— Buenos días, enano, ¿qué hora será? —dije mientras cogía el móvil de la mesita de noche y comprobar que eran pasadas en las 9:30.

Lo cogí en brazos y me lo llevé hacia la cocina, estaba muy ilusionada por cómo se iba a presentar ese día.

Le preparé el Nesquik a Daniel con una tostada y se lo llevé al salón para que viese dibujitos, yo me quedé en la cocina tomando el café mientras preparaba la tortilla de patatas que iba a hacer gigante, estaba segura que les iba a encantar.

Sobre las 11 vendría Erik a recogernos ya que le había puesto un mensaje diciéndole que a esa hora estaríamos listos y que muchas gracias por todo, él me respondió con un emoticono de un guiño de ojos y otro de un beso.

Despertar con esos planazos la verdad que hacía que el día fuese diferente y esperanzador, cuando sonó el timbre de la puerta ya estaba Daniel detrás de ella abriéndola como loco, daba mucha ternura ver cómo Erik se lo comía a besos y le hacía cosquillas.

Salía hacia fuera y me recibió con una bonita sonrisa y un abrazo.

— ¿Qué tal habéis dormido?

— Muy bien, gracias, Erik, ¿y tú?

— Bueno.... Eché mucho de menos a este bichito —dijo mientras lo cogía en brazos en modo avión para meterlo en el coche.

Puse la bandeja redonda donde llevaba la tortilla tapada y escondida en el maletero del coche.

— Ummm... huele a tortilla de verdad —dijo Erik a la vez que el pequeño se ponía las manos en la boca impresionado porque nos había descubierto.

— Tienes buen olfato —dije riendo.

— Pero seguro que no habrás probado ninguna tan rica como la que hace mi mamá.

— De eso no me cabe duda, más oliendo ese rico sabor que desprende el maletero.

Llegamos a la puerta de la casa de Erik, a las afueras de Londres, un lugar con mucho encanto y un trozo de parcela, la casa era preciosa.

Pusimos la tortilla en la mesa de su cocina y, después de hacernos una visita guiada por todo su hogar, nos fuimos al jardín, él apareció pronto con

unos refrescos y unos aperitivos.

— Daniel, ¿ves aquella caja de allí? —dijo señalando a una que estaba al fondo del todo, junto a un garaje.

— Sí, ¿qué es?

— Tienes que ir tú y descubrirlo —dijo guiñándole el ojo.

Daniel fue corriendo hacia allí y empezó a pelearse con ella para abrirla, pero no podía, Erik con la risa me hizo señas para que fuéramos a ayudarlo, tras levantar la caja se quedó alucinado mirando una preciosa bicicleta que era justo de su tamaño.

— Toda tuya hombrecito, puedes corretear por aquí.

— ¿Es mía para siempre? —dijo Daniel emocionado mientras se montaba en ella.

- Por supuesto, he tenido que convencer a mi amigo para que me abriese esta mañana su tienda y recoger este regalo para ti.

— No deberías de hacer esto Erik —dije impresionada por todo lo que estaba haciendo por nosotros.

— No tiene nada de malo, me apetecía y sabía que a él le haría mucha ilusión, cosa que a mí me hace muy feliz.

— Pero lo del sobre, esto y todo lo que nos has ido pagando este fin de semana, lo veo ya excesivo.

— No te preocupes por ello, soy de los que piensan que contra más se da, más se recibe en esta vida y más si es por personas que merecen la pena y sé que ustedes lo merecís.

Sabía que me iba a morir de la vergüenza, pero me fui hacia él y le di un fuerte abrazo que me respondió muy calurosamente, permanecimos así unos buenos segundos.

Cuando nos separamos y vimos a Daniel estaba parado mirándonos embobados y soltó

— ¿Sois novios?

Nos miramos y empezamos a reírnos.

— Cariño, tú le das abrazos a Erik porque lo quieres mucho, pues yo hago lo mismo, él también es mi amigo.

Rápidamente empezó a reírse, arrancó la bicicleta y comenzó a dar vueltas de nuevo, pero no paraba de vigilarnos por si volvíamos a darnos un abrazo y si estábamos hablando sobre ello y muertos de risa, así que Erik me dijo que le siguiese el rollo que me iba a dar otro abrazo y terminamos otra vez abrazados ante la risa y el nuevo parón de Daniel.

— Ya van dos abrazos —dijo y continuó conduciendo la bici.

-

No parábamos de reírnos por lo vigilado que nos tenía y Erik decía que cuidadito cuando me sacaste pareja, que primero tenía que pasar la supervisión de Daniel ya que él tenía claro que era el que iba a controlar todo.

A Daniel lo que le pasaba es que tenía tal aprecio por Erik que le hacía ilusión vernos de aquella manera, ya que podría ver en él una figura paterna muy comfortable.

Sacó una botella de vino blanco muy frío, sirvió dos copas y brindó por habernos conocido, y sobre todo por una larga salud para Daniel, me encantaba lo bien que se expresaba en castellano, parecía que había vivido allí muchos años.

— Mañana iremos a apuntar a Daniel al colegio, ya me he informado dónde podemos ir, luego a por los uniformes y todo el material escolar, así que en un ratito lo tendremos todo hecho —dijo dejando claro que lo tenía todo ya controlado y que podría tranquilizarme.

— No te voy a decir más que no debes de preocuparte tanto porque sé que me vas a decir que no te molesta y al final siempre vamos a terminar discutiendo lo mismo, pero entonces me veo moralmente en deuda contigo y debo de agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros y ayudando en este nuevo y diferente camino.

— Ahí estaré para lo que os haga falta, para eso están los amigos, en cualquier momento puede ser yo quien necesito vuestra ayuda y sé que hay os tendré, es la recompensa a hacer las cosas de corazón —dijo mientras acariciaba mi mejilla ante mi sonrojo.

— Quiero un poquito de zumo —irrumpió Daniel.

— Marchando una de zumo para mi amigo preferido —dijo haciendo la avioneta para darle el vaso a Daniel.

Volvió a irse con la bicicleta a seguir dando giros sobre la casa, estaba feliz con su nuevo regalo.

— Elsa, quería proponerte algo —dijo Erik poniendo una sonrisa que sabía que aguardaba el reírse ya que seguro sería otro plan de él.

— Sorpréndeme como siempre —dije muerta de risa.

— He pensado en que podía alquilar una cabaña a una hora de Londres en un bonito lugar que conozco y en el que podremos pasar un fin de semana relajados y disfrutando del entorno, además que allí podrá corretear con la bicicleta y jugar bastante.

— Me parece un planazo, acepto con la condición de que lo paguemos a medias, ya esto no puede seguir así —dije intentándome poner seria.

— Mira, como buen negociador, te diré que cuando cobres tú primer sueldo del hotel, te acepto que me invites un fin de semana adonde quieras, este lo he planeado yo y seré el que lo pague.

— Perfecto, pues me debes un fin de semana que seré yo la que me encargue de todo.

— Por cierto, el viernes cuando salgas de trabajar estaremos yo y Daniel listos para salir directos.

— Me parece perfecto, dejaré antes todo preparado.

— No le digas nada al pequeño, por favor, quiero que sea una sorpresa.

— Genial, Erik, le encantará ese viaje y pasar un fin de semana entero contigo.

Pasamos una tarde preciosa en casa de Erik y comimos una buenísima carne a la barbacoa a la vez que él disfrutó de la tortilla y decía que era la más rica que había probado en su vida.

Por la noche cenamos una ensalada aquí también y luego nos llevó hacia casa quedando en recogernos a las 9 para hacer todo el papeleo del colegio y comprar todo lo necesario para dejarlo listo.

En la puerta de mi casa le dio un gran achuchón a Daniel y luego me dio otro abrazo de esos que duraban varios segundos y que no quería que nunca acabase.

Me acosté muy ilusionada por lo de irme de viaje con él ese fin de semana y pasarlo entero a su lado, estaba viviendo una preciosa historia que no sabía si él sentía lo mismo que yo, pero que a mí hacía elevarme a lo más alto.

Nos duchamos y fuimos directos a la cama ya que Daniel estaba agotado

como los días anteriores, además que a mí me apetecía poner la oreja en la almohada y fantasear con eso que me estaba sucediendo, un hombre así sería lo que cualquier padre querría para su hija, encima bebía los vientos por mi hijo y eso era lo que más me impresionaba de él.

Por la mañana me desperté temprano ya que me encontraba fatal, me había venido el periodo y estaba desplomada total.

Me preparé un café y seguidamente se levantó Daniel pidiendo su Nesquik impacientemente, me hacía mucha gracia que se levantase así, era la alegría de todas mis mañanas.

Sonó el timbre de la puerta y ya estábamos listos para ir para el colegio y Erik, como siempre, recibió a Daniel comiéndoselo a besos.

Nos montamos en el coche y fuimos hasta las afueras donde estaba el colegio, lo bueno era que el autobús lo recogería cuando comenzase en la misma puerta de mi casa y disponía de dos horarios: el primero a las 7 de la mañana, que era el que me venía genial y ese era para los niños que sus padres trabajaban, lo dejaban de vuelta a las cuatro, que también era perfecto ya que yo terminaba mi jornada a las tres y media de la tarde, ya volvería comido y todo.

Cuando llegamos al colegio pude ver lo bonito que era además que imponía mucho y se veía que no era cualquier cosa, Daniel miraba embobado ya que decía que eso era muy grande y que ahí se podían perder y nosotros nos moríamos de risa.

Entregué la solicitud además de rellenar lo de comedor y el autobús, dejé todo listo para que el niño comenzase a la siguiente semana y de allí nos

llevamos todo el material necesario que habría que comprar además de los uniformes, así que una vez que salimos del colegio nos fuimos directos a comprar todo y quedarnos relajados por esa parte, sobre todo Erik, que parecía que era su hijo el que iba a comenzar la escuela.

Después de allí nos fuimos a un centro comercial a buscar unos tenis y unos zapatos para el uniforme de Daniel, así que aprovechamos para comer en un italiano que había allí.

Tras la comida nos llevó a otra tienda del centro comercial y le dijo a Daniel que escogiese la mochila con carrito que quisiese para el colegio, ya le dije que no se preocupara, que se la compraba yo, pero no hubo formal, así que le regaló una de Bob Esponja y Daniel iba súper contento con ella.

Cuando nos dimos cuenta eran las 8 de la tarde y seguíamos por el centro comercial dando vueltas, así que nos comimos una ensalada y un sándwich y volvimos cenados, nos despedimos en la puerta de la casa y dijo que al día siguiente nos llamaría por la mañana por si nos apetecía hacer algo, evidentemente yo haría con él todo lo que hiciese falta y más.

Me acosté feliz porque ya tenía todo listo y preparado para comenzar ese nuevo cambio en nuestras vidas y había sido tan fácil gracias a Erik, se hubiese convertido en el héroe de mi vida.

Por la mañana recibí un mensaje de él proponiendo recogernos a las 12 e invitarnos a perdernos por las calles de Londres y pasar el día por ahí, por supuesto le dije que sí, así que desayunamos tranquilos y luego nos duchamos y nos preparamos para irnos con él.

Mientras caminábamos, me asombraba cada vez más de la vida tan movida que había en aquel lugar y sobre todo la de restaurantes y tiendas que había por todas partes.

Daniel escuchaba todos embobado ya que no entendía nada del inglés, decía que allí hablaban raro, menos mal que en esa escuela lo irían adaptando a esa lengua poco a poco.

Estuvimos todo el día charlando y caminando, parábamos a tomar alguna copa de vino y tapear algo, pero el día pasaba volando a su lado, me daban ganas de poder frenar el tiempo y que nunca me separase de él.

Por la noche nos despedimos y quedamos en que aparecería a las 7 de la mañana para quedarse con Daniel, me daba pena por él que se tenía que levantar tan temprano, pero él decía que le hacía mucha ilusión hacerlo por esa causa y que cuando se despertase Daniel, se lo llevaría por ahí todos los días a jugar un rato en algún parque para que se relacionase con niños.

A las 7 ya estaba en la puerta, me dio un abrazo con unos buenos días y le invité a pasar y tomar un café ya que iba bien de tiempo y el hotel estaba a dos pasos, me dijo que me esperaría para comer y que si no me importaba él utilizaría la cocina para preparar algo delicioso y le dije que adelante, que hiciese lo que quisiese.

Llegué a mi nuevo puesto de trabajo muy nerviosa y con el uniforme en la mano que había recogido el día anterior al pasar por él.

Mi compañero de trabajo, que coincidía en el mismo turno, me cayó genial

desde el principio, tenía unos 50 años, pero era más juvenil que yo, tenía un carácter precioso y además que me cayó bien desde el primer momento.

Esa mañana me ayudó mucho y me puso al día rápidamente con todo, la verdad que no era muy difícil llevar aquel pequeño Hotel, ya que nosotros solo nos encargábamos de recibir clientes y hacer reservas, además de por supuesto cuando hubiese un problema llamar a la persona adecuada que estaba contratada por el hotel para solucionarlo.

La mañana se me pasó volando y me di cuenta que en aquel lugar iba a estar muy cómoda así que tenía que cuidarlo mucho para aguantar el tiempo máximo que pudiese estar trabajando allí.

Llegué a casa muy contenta, nerviosa por contarles a Erik y Daniel cómo me había ido el día, aunque seguramente ellos lo estuvieran también por saberlo y eso me gustaba. Además, quería ver cómo se lo había pasado mi pequeño con su más mejor amigo, aunque no tenía dudas de que se lo habrían pasado los dos geniales.

Entré en casa y dejé el bolso en el aparador de la entrada. Escuché las risas que procedían de la cocina y al entrar, me apoyé en el marco de la puerta mientras los miraba divertida a los dos, estaban riendo a carcajadas mientras removían la comida y ambos la probaban diciéndole al otro si le faltaba un poco de sal o estaba demasiado caliente.

— Ya estoy en casa —dije divertida.

Ambos me miraron y sonrieron al verme.

— ¡Mami! —chilló Daniel mientras venía corriendo hacia mí.

Le di un fuerte abrazo al agacharme y después lo cogí en brazos para seguir achuchándolo. Erik se acercó a nosotros cuando dejé al pequeño en el suelo y me dio un beso muy dulce en la mejilla.

— ¿Cómo fue el día? —preguntó al separarse de mí mientras me invitaba a sentarme. Lo hice y él se puso a servir la comida.

— Muy bien, los compañeros de trabajo son excelentes, me encantan todos, y han sido muy amables conmigo. Pero estaba muy nerviosa —sonreí.

— ¿Tú? ¿Nerviosa? —preguntó Erik.

— Sí, no quería fallar en nada.

— No pasa nada si lo haces, mami, siempre me dices eso —dijo Daniel de repente mientras masticaba con la boca llena.

— No hables con la boca llena —rio Erik al verlo y yo no pude decirle nada, me había emocionado que mi pequeño me dijera esas palabras que yo tanto le repetía a él para que no se sintiera mal si algo no salía como él esperaba. Y eso que aún era muy pequeño para entender sobre lo que estaba hablando.

— Claro que no —dije finalmente—, pero tenía miedo de no gustarles —intenté explicarles.

— Eso es imposible, mamá, le gustas a todo el mundo. ¿A que sí, Erik?
—lo miró, esperando su respuesta.

— Claro que sí —dijo él con la voz ronca de repente.

Desvié la mirada en ese momento, estaba segura de que me había puesto como un tomate.

— ¿Y cómo os fue a vosotros? —pregunté.

— Muy bien, mami. Hemos ido de nuevo al centro comercial y...

— ¿Y? —pregunté al ver que Daniel no continuaba.

— Bueno, no te vas a enfadar con Erik, ¿verdad, mamá? Él es mi más mejor amigo y el tuyo también.

Erik comenzó a reír y yo no pude hacer otra cosa que reírme con él, este Daniel era un caso aparte

— ¿Lo prometes? —preguntó de nuevo Daniel.

— Claro, cariño, yo no me enfadaré con nuestro más mejor amigo, pero dime... ¿qué pasó?

— Es que tú siempre le dices que no tiene que gastar dinero.

— Yo no le digo eso de esa forma.

— Sí, yo te escuché. Pero se ha gastado muuuucho dinero hoy.

— Ah —me aguanté la risa mientras Erik tosía para hacer lo mismo—.
¿Y en qué? Si se puede saber...

— Pues en cosas que hemos comido y en...

— ¿Sí?

— Me compró algunos juguetes. Pero no te enfadas, ¿verdad, mami?

— Cariño, no necesitas juguetes.

— Eso me dijo Erik que dirías.

— Erik me conoce bien —sonreí mirándolo y él me guiñó un ojo.

— Pero mamá, es muy bonito lo que me compró, ¿me dejas tenerlo?

— Ya está comprado, no puedo hacer nada.

— Eres la mejor —dijo viniendo a abrazarme.

— No seas pelota —le dije al darle un beso en la frente—. Así que os habéis divertido.

— Sí, Erik es el más mejor amigo del mundo mundial.

— No, ese lo eres tú —dijo Erik revolviéndole el pelo a Daniel.

Terminamos de comer entre risas y después de recoger la cocina juntos, Daniel me había enseñado “el juguete” que le había comprado Erik. Le reñí con la mirada al ver la videoconsola portátil, pero Erik sonrió como un niño pequeño y yo acabé derretida al verle esa cara, eso sin contar la de alegría de mi pequeño.

— No puedes mimarlo tanto, Erik —le dije mientras estábamos en la cocina tomando un té. Habíamos dejado a Daniel estrenando la videoconsola.

— No es tanto, Elsa, es un buen chico y de vez en cuando no viene mal un capricho.

— Pero eso es demasiado —dije pensando en lo cara que le habría costado.

— No me importa —se encogió de hombros—, te aseguro que la disfrutaré igual —se rio.

— No tienes remedio —reí con él.

— Me gusta verlo sonreír y estoy seguro de que sabrás hacer que la use con precaución.

— Pero no lo acostumbres, por favor.

— Lo prometo.

Pasamos la tarde en casa y cenamos algo ligero los tres juntos. Erik se fue a su casa después de ver una película y yo casi quedarme dormida en el sofá.

Los siguientes días pasaron igual. La rutina de ir a trabajar y llegar a casa y encontrarme a Erik era una sensación maravillosa. En realidad, éramos ya como una familia, solo que entre Erik y yo no había pasado aún nada y no sabía si pasaría. No sabía qué sentía él, aparte de las miradas y el coqueteo, nada más...

Por fin llegó el día en el que nos íbamos a ir a pasar el fin de semana fuera. La noche anterior me había entretenido a preparar las maletas con las cosas necesarias para llevarnos. Me había levantado y duchado y estaba en la cocina tomándome un café cuando la puerta sonó.

Fui a abrirle inmediatamente la puerta a Erik, como todos los días, y entramos en la cocina donde yo ya le tenía a él su café preparado.

— ¿Ya hiciste la maleta? —le pregunté.

— Sí, casi la tenía preparada, solo me faltaban algunas cosas por meter.

— Yo también tengo todo listo.

— ¿Es todo lo que está en el salón?

— Sí, creo que no se me olvida nada.

— Si se olvida, ya le buscaremos solución, la cuestión es que estemos los tres juntos y pasemos un perfecto fin de semana.

— Daniel está que apenas pudo dormir de la emoción —sonreí.

— Es normal, verás lo que vas a disfrutar allí.

— Todos estos días ha vivido demasiadas cosas buenas.

— ¿Y eso es malo?

— No, sé que sabrá entenderlo si las cosas...

— No lo digas. Venga, que llegas tarde —me cortó.

Me levanté y le di un beso en la mejilla, despidiéndome de él hasta que saliera del trabajo, dispuesta a pasar un perfecto fin de semana.

Erik

Cerré la puerta cuando Elsa se marchó y me senté en el sofá, esperaba a que el pequeño se levantara para ir a mi apartamento y dejar las cosas en el maletero del coche, listas para cuando tuviéramos que partir.

Leí las noticias online pero como siempre los últimos días, mi mente no se concentraba. Solo pensaba en ellos.

Me había acostumbrado demasiado rápido a tenerlos en mi vida, era natural pasar todo el tiempo del mundo conmigo, casi no entraba en casa, solo para ducharme y dormir.

Daniel era como mi hijo, lo quería como a si fuera mi propio hijo y Elsa... Estaba seguro de que la amaba más que a nadie en mi vida.

Pero me sentía inseguro, no había ocurrido nada entre nosotros. Sí, coqueteábamos y nos lanzábamos miradas, yo la provocaba mientras ella se sonrojaba y se ponía nerviosa, pero no había sido capaz aún de dar el paso, ni siquiera para besarla.

Y estaba deseando hacerlo.

Pero, ¿sentiría ella lo mismo por mí?

Me levanté del sofá y fui hasta la habitación de Daniel, tenía la puerta abierta, como cada mañana.

Lo observé durmiendo plácidamente y con una sonrisa en los labios. Me fui a la cocina y empecé a prepararle el desayuno, estaba seguro que se levantaría en breve.

— Buenos días —dijo educadamente una vocecita.

— Buenos días, campeón —me agaché para darle un abrazo—, es hora de desayunar.

— Ya se fue mamá.

— Sí.

— ¡Y hoy nos vamos! —gritó pegando saltos.

— Vamos a pasar un fin de semana perfecto.

Desayunó y lo ayudé a vestirse para salir un rato. Tenía pensado llevarlo al parque.

— ¿A dónde vamos hoy?

— Al parque, estaremos un rato y después comeremos algo, ¿te apetece?

— Sí, ¿y a qué hora nos vamos?

Le respondí a toda la lista de preguntas que me tenía preparada mientras cerrábamos la puerta de la casa. Nos fuimos, dispuestos a pasar la mañana fuera con los incipientes nervios del viaje que haríamos en unas horas.

CAPÍTULO 4

Salí de trabajar después de una mañana muy entretenida y amena, pero estaba deseando ver a los dos chicos en la puerta esperándome, así que cuando los vi allí, una sonrisa iluminó mi cara.

— Mamá, mótate que tenemos las maletas en el coche y nos vamos a ir de vacaciones hasta el domingo, que tiene una sorpresa para nosotros mí me más mejor amigo.

Me dio la risa mientras me lo comía a besos y ya me senté delante junto a Erik para hacer el camino hasta esa cabaña.

Nos alejamos durante tres horas y pico de Londres y llegamos a una preciosa zona donde era todo muy rural y con una paz increíble, yo pensé que íbamos a ir más cerca, pero él nos engañó y nos llevó a uno de los mejores sitios de la campiña de Londres, un lugar llamado Edale.

Nos estaban esperando para entregarnos las llaves de esa cabaña en medio de la naturaleza, un paisaje rural que hacía el mayor de los encantos para la vista y eso que ya había atardecido y la noche caía encima.

Entramos a la cabaña y Erik sacó todas las bolsas que había preparado para comer allí, por el camino me había comido un bocata delicioso que me había preparado el de ensalada de pollo, la verdad que cocinaba requetebién y todo le salía delicioso.

En sentimos las luces exteriores y Daniel se puso a corretear con la

bicicleta mientras nosotros preparábamos las cosas y sobre todo la cena.

Erik no paraba de agradecerme que hubiésemos aceptado pasar el fin de semana con él y lo que no comprendía era que para nosotros era lo mejor que podía pasarnos.

De repente escuchamos a Daniel afuera llorando y salió corriendo Erik, mi pequeño se había caído de la bicicleta. Cuando llegué ya estaba calmándolo y mirándole la herida que se había hecho en la rodilla, lo metió en brazos para el sofá haciendo como si fuese un médico y hubiese que salvarlo para hacer un poco de broma y luego fue para el coche a coger un pequeño botiquín con el que limpió un poquito el rasguño que se había hecho.

Tenía una bendita paciencia, era digno de adoración ya que sin ser su hijo tenía una serie de recursos muy fuertes para adaptarse a cualquier situación que pusiese Daniel por delante.

Cenamos dentro del salón que era todo acristalado, la cabaña era una pasada y el pequeño Daniel quería que encendiera la chimenea, pero aún no hacía frío para ello, pero él dijo que daba igual, que se la iba a poner y abriríamos las puertas, me encantaba con el cariño que trataba todo.

Me hizo gracia porque en la habitación lo único que había era una cama litera y otra pequeñita así que teníamos que dormir los tres juntos y pasamos la noche contando cuentos e inventando historias con las que Daniel no paraba de llorar de la risa.

Cuando por fin cogió el sueño, nosotros dos estábamos desvelados, así que nos fuimos al salón a tomarnos un Gin tónica, ya que había llevado bebida

y no teníamos prisa ninguna porque pasaríamos todo el fin de semana encerrados allí.

Puse música en el móvil de la que yo escuchaba, le hacía mucha gracia los temas que le ponía, él me dijo que había un tema en español que le gustaba mucho y que por favor lo escuchase.

Me llevé una grata sorpresa cuando pude comprobar que la canción que quería que escuchase era la de “El mundo”, cantada por Sergio Dalma.

*“No, esta noche amor yo no, yo no he pensado en ti.
Abrí los ojos para ver en torno a mí.
Y en torno a mí giraba el mundo como siempre.*

*Gira, el mundo gira
en el espacio infinito.
Con amores que comienzan,
con amores que se han ido.
Con las penas y alegrías de la gente como yo.*

*El mundo.
Llorando ahora yo te busco.
Y en el silencio yo me pierdo
Y no soy nada al verte a ti.
El mundo.
No se ha parado ni un momento.
Su noche muere y llega el día.
Y ese día vendrá.*

*Yo, que aún pensaba que eras algo especial.
Después la vida me ha enseñado mucho más.
Que en torno a ti no gira todo como siempre.*

*Gira, el mundo gira
en el espacio infinito.
Con amores que comienzan.
Con amores que se han ido.
Con las penas y alegrías de la gente como yo.*

*El mundo.
Llorando ahora yo te busco.
Y en el silencio yo me pierdo
Y no soy nada al verte a ti.
El mundo.
No se ha parado ni un momento.
Su noche muere y llega el día.
Y ese día vendrá”.*

La escuché con la copa en la mano y mirándolo fijamente, cada vez notaba más que sus ojos ardían en deseo y me hablaban, me estaba sonrojando de tenerlo clavado en mis pupilas cuando de repente acarició mi mano y se la llevó a los labios para besarla mientras seguíamos en un absoluto silencio escuchando de fondo la música.

Nos pusimos de pie y nos fuimos hacia fuera a respirar el aire puro que emanaba aquel lugar, nos pusimos a hablar un poco de lo que cambiaba la vida de repente, decía que Daniel le había abierto mucho la mente desde que había

parecido ya que él estaba más encerrado en su trabajo y no estaba apenas disfrutando de la vida, como era el salir a pasear por la ciudad para hacer las cosas que había hecho en tan pocos días con nosotros y que estaba muy feliz por ello, me recalcó dos veces que le habíamos hecho desconectar por primera vez de su rutina.

Pusimos las copas sobre la mesa que había en la terraza exterior y nos quedamos de pie observando todo aquello que teníamos ante nuestros ojos, cuando de repente me echó la mano por el hombro y me propinó un beso muy cariñoso en la mejilla, yo en esos momentos no sabía si saltar de alegría, si volverme y comérmelo a besos o que la tierra me tragase, pero algo tenía que hacer, así que me giré y lo besé en los labios.

Le di un tierno beso que él recibió abrazándome y rodeándome por la cintura para continuarlo un buen rato, cuando nos separamos con una sonrisa y mirándonos fijamente, él me dio las gracias, le respondí inmediatamente que las gracias se las teníamos que dar a él.

Estuvimos afuera charlando mientras tomábamos una copa pero estábamos de pie, así aprovechábamos para estar abrazados y regalarnos algunos besos, estaba haciendo una de las noches más bonitas de mi vida sin duda alguna, desde que tuve a mi pequeño jamás había vuelto a estar con ningún otro hombre.

Miraba la luna que ese día estaba llena, daba una cierta luz a aquel lugar, en esos momentos solo tenía ganas de que el mundo se parase y estar disfrutando de esa noche mucho tiempo.

Cuando acabamos en la copa volvió a echar otra, al final terminamos sentados y escuchando música mientras charlábamos y nos comíamos con la

mirada.

Un rato después escuchamos chillar a Daniel e imaginé que estaba soñando ya que le había pasado más de una ocasión y a Erik no me dio tiempo a decírselo cuando ya estaba intentándolo calmar, cuando llegué a la habitación estaba acostado junto a él abrazándolo y diciéndole que no pasaba nada y me hizo con la mano señas para que me fuese, ya que ahora vendría él cuando se hubiese vuelto a quedar dormido.

Lo esperé en el jardín viendo en mi mente esa maravillosa imagen que me había encontrado al entrar en la habitación, ojalá lo de nosotros fueses el comienzo de algo serio que pudiese florecer mi vida como en esos instantes, los cuales ahora mismo tenía ganas de llorar de la emoción ya que lo que estaba sintiendo era muy fuerte e inesperado para mí.

Quise dejar de fantasear un poco ya que por unos besos no podía ilusionarme o creer que íbamos a comenzar una maravillosa relación, eso era una lotería y era imposible que me hubiese tocado a mí.

Y de repente vi cómo aparecía con una sonrisa.

— Tuvo una pesadilla, creo que ya está durmiendo más plácidamente.

Me hizo gracia cómo me lo había dicho, como si yo no supiera que había sido una pesadilla, pero le sonreí con mucho cariño ya que sabía que todo lo estaba haciendo de corazón y que le preocupaba todo aquello que le pudiese pasar a mi pequeño amor.

Me agarró las manos y me levanto arrastrándome hacia él para darme otro

gran abrazo acompañado de un tierno y apasionante beso.

— Eres la mejor persona que pudo la vida poner en mi camino, me encantaría poder estar en vuestras vidas, si ustedes me dejáis estar en ella os prometo que os cuidaré cada momento de mi vida.

Pues nada, lo tuve que soltar y sentarme a llorar de las palabras que me había acabado de decir y se me habían colado en lo más profundo de mi corazón, él se agachó y se puso de cuclillas agarrándome las caderas, no sabía si estaba llorando de la emoción o porque me pasaba algo que no podía explicarle.

— La vida, lo más grande que me ha dado ha sido Daniel. Aunque haya tenido que luchar y sacarlo sola hacia delante pasando mucho miedo, pensando que alguna vez me podía faltar trabajo y no darle lo que realmente necesita, no he tenido tiempo para dedicarme a mí, ni de volver a conocer a nadie, por no tener tiempo no lo tuve ni para fijarme en todas las personas que se ponían en mi camino. Hasta que llegaste tú y entraste directo al corazón de lo que más amo en mi vida que es mi hijo, comprendí que le estabas dando unos momentos, los que le habían faltado con un padre a lo largo de estos años y ahora me dices que, si te dejamos estar en nuestras vidas, cuando deberíamos de ser nosotros los que te estuviésemos rogando que nos dejara permanecer en la tuya. No me creo que esto me esté pasando, eres uno de los hombres más buenos que he conocido por ahora.

— Escúchame, Elsa, desde que te vi en el aeropuerto por primera vez me impresionaste mucho y me gustó tu belleza natural, sobre todo tu saber estar, por lo poco que sabía era que venías a trabajar sola con tu hijo, pero

tras hablar con él por primera vez, comprendí que erais las dos personas más entrañables con las que me había cruzado jamás.

— Eres un exagerado —dije mientras seguía llorando.

— Para nada, te estoy contando lo que mi corazón siente de verdad y fue ese trayecto junto a Daniel en el que pasé los momentos más simpáticos que había pasado desde hacía mucho tiempo, así que me conquistó a la primera de cambio, me costaba trabajo separarme de ustedes y eso que era solo el primer día, yo había decidido vivir una vida en solitario hasta que llegasteis vosotros y comprendí que era la familia que yo quería tener.

— No me creo que me esté pasando esto, Erik.

— Ven, levanta —dijo mientras me empujaba hacia él y me sumergía en un gran abrazo—. No quiero que pienses que quiero transformar vuestra vida y hacer ahora como si fuésemos una familia y dar un giro a todo, solo te pido que me dejéis estar de alguna forma y que poco a poco, si me gano vuestro corazón, me dejéis permanecer con ustedes.

— Nuestro corazón ya te lo ganaste desde el principio y claro que queremos que permanezcas en nuestra vida, ojalá todo esto salga bien, sé que a Daniel le cambiaría la vida por completo al tenerte a su lado.

— Os prometo que estaré lo mejor de mí para que no os sintáis solos en ningún momento y que sepáis que no lo estáis para nada, que aquí me tenéis para defenderos con uñas y dientes y apoyaros en todo lo que vaya sucediendo en vuestras vidas porque estará pasando también en la mía, me

importáis mucho, Elsa.

Comenzamos a besarnos como dos locos quinceañeros que se habían acabado de conocer, él no paraba de decirme en cada beso que me quería y estaba feliz de la vida por lo que a él también le estaba sucediendo.

Me pidió que la acompañase dentro y que le ayudase a sacar el sofá fuera, así que como dos locos cogimos aquel gigante sofá y lo plantamos en el porche, trajo una manta y puso la mesa enfrente, así que nos pusimos a charlar ahí tumbados tomando esas copas y con la otra mano unida bajo la manta.

Estaba en uno de esos momentos que no había dinero en el mundo que pagase el tener todo lo que necesitas en un solo lugar y sobrando los lujos, aquello era toda una circunstancia de todo lo bonito que nos estaba pasando.

De repente empezó a preguntarme con más profundidad acerca de mi vida.

— ¿Qué es del padre de Daniel? —preguntó bajo mi asombro.

— Salía en el grupo con el que yo paraba y tuvimos buena química y pronto empezamos una relación esporádica los fines de semana, así durante un año, pero nada serio. Un día descubrí que estaba embarazada y cuando se lo comenté, me dijo que lo sentía pero que no pensaba destrozar su vida y que hiciese lo que hiciese, la decisión solamente sería mía, pero que con él no contase como padre. Ese día me harté de llorar y al poco tiempo descubrí que se había ido a trabajar fuera, le conté la verdad a mis padres y me dijeron que no me preocupase, que me iban a ayudar en todo lo que pudiese y como yo tenía la casa de mi abuela que era herencia para mí, la preparé y tras el parto me fui a vivir con mi pequeño.

— ¿Nunca más apareció?

— Al cabo de los 2 años me lo encontré en un centro comercial, iba yo con el carrito, tenía el pequeño poco más de un año, él nos miró y puso cara de asco, yo levanté la cabeza y caminé pasando por su lado, muy orgullosa de lo que llevaba en mis manos.

— Muy bien hecho, eso no es ser persona, al fin y al cabo, Daniel está a salvo de estar al lado de alguien que se comporta de esa manera, al final ha acabado ganando el pequeño.

— Pues sí, eso que pasó en el centro comercial me hizo más fuerte aún más orgullosa de lo que yo había conseguido sola, por un hijo se da la vida.

— Ese animal no se merece tener un hijo como Daniel, pero de todas formas no es padre, deja mucho que desear en ese caso, gracias a Dios que el pequeño tiene una gran madre con unos valores muy importantes en la vida.

— Gracias de todo corazón, Erik

— Yo no seré padre, pero no permitiré que le falte de nada y menos una sonrisa en su cara a ese que está ahí adentro y que quiero como si fuese mío.

En ese momento volví a llorar de nuevo. Las lágrimas corrían por mis

mejillas mientras Erik me sujetaba la cara con las manos e intentaba sécame la cara con los pulgares.

— Elsa, por favor, nunca quiero verte llorar.

— Es de alegría —hipé.

— Ni por eso. No quiero ver lágrimas en tus ojos.

— ¿Cómo no, Erik? Me haces la mujer más feliz del mundo con tus palabras. Lo llevas haciendo desde que vine.

— Es lo que uno hace por la persona que ama, ¿no crees? —dijo emocionado.

Me abalancé sobre él y lo besé apasionadamente. Ese hombre había conseguido de mí todo lo que quería y además, yo se lo había entregado gustosa porque se lo merecía.

— Te deseo —dijo cuándo separamos nuestros labios.

— Pensé que no lo hacías —bromeé.

— ¿Cómo? —preguntó muy serio, separando su cara de la mía lo suficiente para poder verme bien la cara.

— Nunca habías hecho nada por tocarme —intenté explicarle, sabía que me deseaba, pero no quería que malinterpretara mis palabras tampoco.

— Elsa, he muerto cada día por el deseo de tocarte, pero no quería que pensaras que era eso lo que buscaba. ¿Dudas de mí?

— No —respondí rápidamente—, eres la persona en quien más confío.

— No soportaría que lo hicieras, no lo hagas nunca.

— No podría hacerlo. No digas estupideces.

— ¿Me llamaste estúpido? —bromeó.

— Un estúpido al que adoro.

Me miró fijamente y emocionado. Y me besó.

Cuando abandonó mis labios, siguió bajando por mi cuello a la vez que me hacía tumbarme en el sofá y él se ponía encima de mí. Nos besamos hasta perder la noción del tiempo, a veces dulce y a veces más apasionados.

— No tienes ni idea de lo mucho que te deseo —me dijo.

— Quizás tanto como yo a ti —le dije entre besos.

— Eso es discutible.

— Mmmm...

Empezamos a desnudarnos lentamente, acariciándonos uno al otro cada parte de piel que dejábamos al descubierto. Estábamos yendo lentos, disfrutando cada segundo que pasábamos juntos.

Cuando estuvimos completamente desnudos, piel con piel bajo la manta, un escalofrío recorrió mi cuerpo, la sensación era perfecta.

Las caricias no paraban y no podíamos dejar de besarnos, teníamos mucho amor que demostrar.

Los movimientos de sus caderas entre mis piernas... Ese roce me estaba volviendo loca. Yo no paraba de levantar las mías, pidiéndole sin palabras que me penetrara, pero Erik no tenía ninguna prisa.

— Erik —me quejé.

— Ten paciencia —me besó de nuevo.

— Oh, de eso ya tuve demasiada. Por favor, no puedo más.

— Me tienes aquí, ¿qué más quiere? —noté la sonrisa en su voz.

— A ti —le dije seria y mirándolo a los ojos.

Las ganas de guasa que tenía se le fue instantáneamente, en ese momento su mirada quemaba por el deseo.

— A mí siempre me tendrás —dijo emocionado y entendí lo que estaba diciendo.

— Pues ya es hora de que lo note —me reí, intentando quitarle un poco de emoción al asunto, iba a darme algo si no me penetraba pronto.

Me mordió el cuello mientras se reía y se introdujo dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás y me mordía el labio para no chillar.

Hicimos el amor lentamente, en todo momento tocándonos, besándonos, amándonos...

Cuando terminamos, nos quedamos en el sofá, abrazados bajo la manta, esperando que nuestra respiración se volviera normal.

Yo estaba apoyada sobre su pecho y lo acariciaba a la vez que él me tenía abrazada con un brazo y acariciaba mi espalda.

— Mierda... —gemí cuando me di cuenta.

— ¿Qué ocurre? —preguntó asustado de repente.

— Erik, es mi culpa, yo...

— Ey, ¿qué pasa? —me hizo levantar la cara para mirarlo.

— No uso medio anticonceptivo.

— No tomas la píldora, ¿eso quieres decir?

— Ni nada, no la necesitaba —confesé—, y nosotros...

— En ese caso yo sería tan culpable como tú. Pero no es que no tuviera medios, Elsa, es que no los quise usar.

— ¿Qué?

— Yo sería el hombre más feliz del mundo si me dieras un hijo.

Me quedé mirándolo con la boca abierta. Pero no porque hubiera hecho eso, era culpa de los dos, no podía reprocharle nada, sino por lo que acababa de decir.

Pero lo que más miedo me daba era que después de lo que me había pasado al quedarme embarazada de Daniel, me hacía ilusión tener un hijo de ese hombre al que adoraba tanto.

Desde luego... Lo tuyo no es normal, Elsa, me dije a mí misma.

Nos quedamos los dos en silencio, apenas se escuchaba nada a esas horas de la noche y nuestras respiraciones volvían a ser normales.

— Ya te lo dije antes, Elsa, lo quiero todo contigo.

— Lo sé.

— Pero lo siento, fue un fallo...

— No digas nada —le di un beso en los labios—, el destino nos juntó, Erik, nos enamoramos, que la vida decida qué es lo que nos aguarda. Y si es ser padres juntos, seré la mujer más feliz del mundo siéndolo.

— Te amo —me dijo antes de besarme apasionadamente y volver a hacer el amor.

Erik

Le di un beso en el pelo y ella se apretó más contra mi cuerpo. Sonreí al notarla sobre mi pecho.

Me había hecho el hombre más feliz del mundo ese día, en ese momento era mía y yo la amaba más que a nada en el mundo. Bueno, eso sin contar a Daniel, él había robado mi corazón primero.

La abracé fuertemente y la acaricié, no podía dejar de tocarla.

Miré el cielo estrellado y di gracias por todo lo que me estaba dando la vida. Cuando creía que estaría solo, cuando me había resignado a esa soledad, la vida se había encargado de mandarme a esos dos ángeles para darle sentido a mi existencia.

Alagué la mano y cogí el móvil con cuidado de no despertarla, así que esperé cuando noté que se removió, hasta que volvió a relajarse sobre mi pecho.

Mandé un mensaje a mi mejor amigo, Louis, hacía días que no le cogía las llamadas así que en ese momento me veía con fuerzas de hablarle y contarle todo lo bueno que estaba viviendo.

Tras chatear con él, me levanté, con cuidado para que no se despertara y fui a ver a Daniel. Estaba completamente dormido. Preparé un par de téis calientes por si Elsa se despertaba.

— ¿Dónde estabas? —preguntó cuando volví junto a ella, tenía el pelo revuelto y los ojos casi cerrados por el sueño— Me asusté al no notarte, lo siento.

— No te disculpes por eso, me pasaría lo mismo. ¿Estás bien? —me senté a su lado cuando ella se sentó también, tapada con la manta, me tapé también con ella.

— Sí, solo me sentí insegura y me dio un poco de pánico...

— ¿Qué yo hubiera desaparecido? —le di la taza de té.

— No... Esto... Lo siento —suspiró—. Confío en ti, Pero...

- Tus miedos son normales, cariño, pero sabes que no te abandonaré.

— Lo sé —dijo segura, una vez más despierta.

— Fui a mirar a Daniel, está dormido plácidamente. Me apeteció un té y te preparé uno por si despertabas.

— Gracias.

Nos lo tomamos tranquilamente, sin hablar. Cuando terminamos, dejamos las tazas en la pequeña mesita cercana y Elsa me hizo seas para que me acostara con ella. Volvimos a tumbarnos en el sofá, tapados y abrazados de nuevo, hasta quedarnos dormidos.

CAPÍTULO 5

Escuché la voz de Daniel chillando que quería su Nesquik y que dónde estábamos y cuando salió para fuera y nos vio tirados en ese sofá en la calle, nos preguntó muy graciosamente si nos habíamos levantado temprano.

— Sí, cariño, nos levantamos hace un rato y nos vinimos aquí y casi nos quedamos dormido de nuevo —dije mientras me abalanzaba encima para darme un abrazo y luego irse a dárselo a Erik.

— Parecéis novios —dijo muerto de risa.

— ¿Te gustaría que así fuera? —preguntó Erik riendo.

— Sí, porque así tendrías que ser mi papá.

Erik y yo nos miramos y empezamos a reírnos más aún y a Daniel eso le causaba más risa.

— Yo como papá sería muy aburrido —dijo bromeando.

— Como papá tú eres el mejor, que yo lo sé.

Ahí los dejé discutiendo algo que me encantaba mientras me fui a preparar los cafés y el Nesquik para el pequeño, que eso no lo perdonaba nada más

levantarse.

Llevé la tostadora hacia fuera para que se fuese calentando el pan a la vez que tomábamos el café y estábamos ahí sentados.

Me encantaba ver esa estampa de los tres juntos desayunando como una familia, era lo que siempre había deseado para mi pequeño Daniel así, que deseaba que por todo lo que fuese eso, llegase a buen puerto.

Después del desayuno, mientras ellos jugaban un rato en el jardín, yo me puse a preparar la comida para dejarla lista para el mediodía, ya que quería hacer una pasta que me salía muy rica con una salsa especial.

Tras un rato en la cocina y por fin con todo terminado, me fui hacia afuera y comprobé que ya tenía todo el salón y la habitación recogida, ese hombre era un chollo y lo que me parecía raro era que ninguna mujer lo hubiese intentado atrapar.

Erik nos propuso ir a dar una vuelta por un sendero que había por allí cerca, así que nos fuimos a pasear y nos tiramos unos selfies preciosos en ese entorno, Erik me retó diciéndome que a ver si no lo recortaba y lo ponía también en el Facebook junto a nosotros, inmediatamente las subí todas y puse como texto que estaba pasando uno de los mejores fines de semana de mi vida. Él, al verlo en su móvil, me sonrió y le dio un me gusta, un rato después comprobé que había comentado diciendo que ese era el primero de miles de ellos.

Me hizo gracia porque ya tendría a mis cotillas hablando de que me había sacado novio y que estaba con algún hombre por ahí perdida.

Tras hartarnos de andar y reír con el pequeño Daniel, volvimos a la casa para comer, así que preparamos la mesa de fuera y comimos allí.

Daniel estaba muy feliz en aquel entorno y se levantaba de la mesa y se iba a coger la bici, cosa que yo le tenía prohibido que cuando se comía no podía levantarse, pero lo veía tan feliz allí que dejaba que correteara e hiciera lo que le diese la gana ya que para todo había momentos en esta vida.

Tras la comida nos tiramos en el sofá a ver una película que había llevado en el ordenador y era para todos, se llamaba La Edad de Hielo, muy entretenida, pero sobre todo divertida ya que nos hartamos de reír varias veces y el pequeño no dejaba de perder ni un minuto de hilo de la película.

Erik, tras la película, nos dijo que nos íbamos a ir a un pueblo cercano a merendar y nos llevó a una terraza con unas vistas impresionantes que no dejaba desaparecer mi rostro impresionado por aquello que estaba viendo.

Tras un rato allí volvimos a la casa para preparar la cena y volver a tener una noche de copas con la que llevaba amenazándome todo el día, sabía que detrás de las copas volveríamos a descargar esa tensión sexual que aún llevábamos acumulando en nuestro interior.

No habíamos terminado de cenar cuando ya el pequeño estaba durmiendo en la silla y nos entró la risa floja al ver que no éramos capaces cogerlo y meterlo para dentro, hasta que por fin Eric se puso serio y me miró para que no me riese, cogió al pequeño y lo llevó a la cama.

Volvimos a quedarnos solos en nuestra intimidad que también nos hacía falta, volvió a echar dos copas de Gin Tonic y sacamos el sofá hacia fuera poniendo la mesa delante.

Esa noche me tocaba preguntar a mí.

— ¿No has tenido ninguna relación duradera?

Se le puso una sonrisa en los labios, me miró fijamente y se dispuso a contestar.

— Una, pero más vale que nunca hubiese existido, uno de los palos más gordos que me llevé en este mundo.

— ¿Qué pasó?

— Estuve saliendo con ella durante 3 años y justo cuando decidimos irnos a vivir juntos, descubrí que estaba engañándome desde hacía tiempo con uno de mis amigos, no le permití que me diese una explicación, corté inmediatamente la relación y le avisé a los dos que no se acercasen nunca más a mí.

— Vaya, lo siento.

— No pasa nada, ya lo superé, aunque me costó, todo sea cierto, no me apetecía volver a conocer a nadie y es más, tenía muy claro que quería vivir mi vida solo hasta que aparecisteis vosotros y le disteis un giro inesperado.

— Pues entonces no está tan mal —dije bromeando.

— Lo mejor de todo es que no tengo ni miedo, confío en ustedes plenamente.

— Me gusta cuando habla de nosotros, refiriéndote a los dos.

— Por supuesto, es tu hijo, aparte de que le tengo muchísimo cariño, él debe ser el primero en todo, de todas formas, si quieres enfadarte.... pero lo quiero más a él que a ti —dijo chuleando ante mi risa floja de una tonta enamorada.

— Me encanta que lo quieres a él más que a mí, eso me hace aún más feliz. Si este momento tuviese que describir qué es lo que siento, no hay canción más acertada que esta para hacerlo —dije mientras la buscaba en el móvil para ponérsela, por mis muelas que a este le ponía yo a la Rocío Jurado.

*“Valió la pena conocerte,
valió la pena enamorarte,
mentir sin tregua y esconderse,
valió la pena hasta engañarle.
Dejar la gris monotonía
por este sin vivir constante,*

*dejar la paz en que vivía
por este infierno delirante.*

*Porque contigo vibro
cuando despiertan tus besos
mis dos palomas dormidas.*

*Cuando tus manos caminan
por el borde de mi cuerpo.*

*Cuando tus brazos me amarran
y me vencen y dominan.*

*Porque contigo vibro
cuando tu boca se calla
lo que tus ojos me gritan.*

*Cuando por fin se realiza
lo más grande y lo más bello.*

*Cuando te quedas cansado
y son tiernas tus caricias.*

Contigo siempre vibro”.

Se quedó embobado escuchando la canción y me dijo que le había puesto la piel de gallina, ya le conté que era una artistaza que levantaba el público y cantaba como nadie, una gran pérdida para el mundo de la música en España y

en muchas partes del extranjero.

Estar abrazados en ese lugar era tocar el cielo con las manos, además que solía estar a su lado sintiendo las caricias con las que me agasajaba a cada momento, era digno de que el mundo se detuviera.

— Hay algo que me preocupa mucho, Elsa —dijo serio.

— ¿De qué se trata? —pregunté preocupada.

— El tema de que Daniel se tenga que ir en el bus de las 7 de la mañana ya que no entra en el aula hasta las 9, pienso que podría dormir más y yo podría encargarme de llevarlo al colegio todos los días ya que no me importaría.

— Lo sé, Erik, pero no puedo darte esa responsabilidad, acostumbraré a dormirlo temprano para que vaya descansado.

— Vale, lo acepto por ahora, pero el tema de comer en el colegio y salir tan tarde también lo veo excesivo y a esa hora sí que puedo ir a por él y así me tomo una rutina para salir de casa y no quedarme encerrado como siempre hago, así que puedo recogerlo a las 2 del colegio y que coma conmigo y luego te damos el encuentro, por favor te pido que me lo permitas ya que a mí también me haría un gran favor de comer todos los días acompañado por él.

— Me parece bien, Erik, de todas formas, dejaré el comedor y la vuelta en bus en abierto por si algún día no puedes ir, aviso para que se quede allí y lo traigan.

— Me parece perfecto, Elsa, te lo agradezco de corazón, no te preocupes que el lunes llamo al colegio y lo dejo solucionado para que así sea y a las 2 voy a por él y lo recojo.

Me hacía sentir en una nube ese hombre y todo lo que estaba haciendo por nosotros, ojalá fuera cierto que la vida nos quería haber puesto un futuro bonito en nuestro camino.

— Se me ha pasado el sueño —escuchamos detrás del sofá.

Rápidamente Erik se levantó para cogerlo en brazos y sentarlo en su falda para taparlo con la manta, comenzó a explicarle a Daniel que le gustaría comer con él todos los días y que si no le importaba que le fuese a recoger y traérselo junto a él cosa que al pequeño le hizo mucha ilusión y le causó una alegría increíble.

— Pues cuando los compañeros de mi clase me pregunten que quién eres, voy a decir que mi papá —dijo dejándonos helados a Erik y a mí.

— Pues claro, además hasta nos parecemos, nadie tiene porqué saber nuestro secreto, así que tú llámame como quieras, cariño, siempre que por supuesto tu madre lo permita —dijo guiñándome el ojo.

— Eso es cosa de ustedes, mientras que no me quite mi lugar de madre, podéis rifaros todos los títulos del mundo —dije bromeando.

— Pues yo le voy a llamar papá a partir de ahora porque él me deja.

Erik me miró con los ojos muy abiertos, impresionado por lo que había dicho, pero se le escapaba una sonrisa que delataba que le encantaba que el niño le llamase así.

Un rato después Daniel ya estaba durmiendo en sus brazos y volvió a llevarlo hacia la cama.

— ¿Te importa que el pequeño me llame papá? —dijo mientras que se volvía a sentar junto a mí y me abrazaba.

—Para nada, Erik, debe ser tú el que decida si se lo permites o no.

— ¿Cómo no se lo voy a permitir? Para mí lo siento como si lo fuese y cualquier cosa que necesite estaré ahí para dárselo.

— Me parece increíble que nos conocimos hace apenas 8 o 9 días —dije mientras suspiraba por todo lo que había pasado tan rápidamente, bendita coincidencia la que había ocasionado que hoy estuviésemos ahí tan felices.

Nos besamos lentamente mientras nos decíamos uno al otro lo que sentíamos sin palabras.

— Esta noche tendrás paciencia, ¿verdad? —me preguntó sonriendo cuando estábamos desnudos.

— ¿No la tengo siempre? —le pregunté haciéndome la ofendida.

Se rio y entró dentro de mí suavemente, igual que como se movía. El sexo con él era así, súper dulce.

Terminamos abrazados después de decirnos cuánto nos amábamos y caímos rendidos sin darnos cuenta.

Daniel nos despertó pidiendo el Nesquik, se tiró encima de nosotros y comenzó a abrazarnos.

— No os mováis, hoy me toca hacer a mí el desayuno —dijo Eric.

— Vale, papá - dijo ante nuestro asombro.

A Erik se le iluminó la cara y se le escapó una preciosa sonrisa.

Me quedé sentada con el pequeño Daniel en la falda y tapados con la manta, esa que tantos momentos importantes nos había dado ese fin de semana a Eric y a mí.

— Mamá, ahora voy a jugar con la bicicleta.

— Claro, cariño.

— No me quiero ir de aquí —bajó su cabeza y puso cara de tristeza.

— ¿Por qué, mi vida? Allí también puedes jugar con la bici.

— Pero allí él se irá para su casa y no podrá estar junto a nosotros y lo echaré mucho de menos por las noches y cuando me levante.

—Bueno cariño, pero él estará a diario con nosotros y sabes que nos estará cuidando.

— Pero yo no quiero que se vaya —dijo llorando mientras aparecía Erik y preguntaba qué pasaba.

— Díselo mamá, díselo.

— Bueno, Daniel tú ya eres mayorcito, no seas tonto y no te preocupes.

— Díselo, por favor.

Erik esperaba impaciente a enterarse de qué se trataba, más aún cuando veía a Daniel llorar desconsolado.

— Dice que no se quiere ir de aquí pues cuando volvamos a casa tú volverás a irte y que no quiere que desaparezcas más, ya le he dicho que no debe de preocuparse que nos veremos a diario, se ha levantado un poco triste, pero se le pasará...

Puso la bandeja sobre la mesa, fue hacia Daniel y lo cogió en brazos para sentarlo encima de él.

— Nunca, nunca, os voy a dejar solos, todo se andará poco a poco, cariño, ¿confías en mí? —dijo Erik ante los llorosos de Daniel.

— Sí confío, pero no quiero que te separes por las noches de nosotros.

— Bueno, Daniel, todo se hablará —dije intentando quitar del compromiso a Erik.

— Daniel, te prometo una cosa, si mamá nos deja, todos los fines de semana lo pasaremos los tres juntos, ¿te gusta la idea?

— Sí, mamá ¿verdad?

— Claro, si a él le apetece, nosotros estaremos encantados —dije guiñando el ojo a Erik.

Cuando el niño se fue a jugar un rato con la bicicleta, Eric me dijo que más para adelante hablaríamos sobre ese tema ya que también le parecía interesante y que el niño en cierto modo tenía razón, no me podía creer que el estuviese pensando en irnos a vivir los tres juntos, pero por mí estaba dispuesta a hacerlo en cualquier momento.

De allí nos fuimos para recoger las cosas y comer por el camino, Daniel iba muy triste y callado todo el tiempo, Erik no paraba de bromear para que se riera, pero me di cuenta en ese momento que a partir de ese momento el niño iba a llevar muy mal el acto de tener que separarse de él, había encontrado una figura muy importante en su vida.

Paramos en un restaurante de carretera donde nos pedimos unas hamburguesas gigantes, el pequeño seguía cabizbajo y no quería comer, casi

tuvimos que obligarlo prometiéndole mil cosas que haríamos durante la semana.

Cuando llegamos a casa, Erik entró a tomar un café, aunque bromeamos diciendo que el café duraría hasta las once de la noche.

Mientras estábamos charlando en la cocina, Erik me dijo que íbamos a jugar a un juego a partir de ahora y que íbamos a engañar para hacer feliz a Daniel, como estaba claro que íbamos a estar juntos todo el día, por las noches el pequeño se acostaría sobre las 8 así que haríamos como que él dormiría aquí y por la mañana se iba muy temprano a trabajar, así no sospecharía Daniel y estaría feliz esos días.

Nos sentamos a cenar en la mesa y entonces tomó el rol Erik y yo le seguí el juego.

— Daniel, hemos decidido que a partir de ahora voy a dormir con ustedes aquí.

— ¿De verdad? —gritó preguntando feliz y emocionado por lo que le había acabado de decir.

— Sí, aunque por las mañanas me tendré que ir a trabajar muy temprano así que no podré despedirte para el colegio, pero te daré un beso antes de irme, ¿te parece bien?

— Siiiiiii —aplaudía de felicidad mientras gritaba.

Erik y yo nos miramos aguantando de reírnos, pero por fin habíamos conseguido cambiar la cara de Daniel ya que era un poema durante toda la vuelta del viaje.

Como ya lo había duchado antes de cenar, cuando terminó dijimos que tenía que irse a dormir ya que era muy tarde y tenía que descansar para el nuevo día en su nuevo colegio, así que Erik se lo llevó hacia la cama y lo cobijó dándole las buenas noches con un fuerte abrazo y no se fue hasta empezar a contarle un cuento y él quedarse dormido.

Lo hizo rápidamente, en menos de 10 minutos ya estaba durmiendo, Erik vino al salón con una sonrisa de tranquilidad de saber que lo había dejado durmiendo plácidamente.

Se sentó un rato a mi lado y estuvimos hablando sobre que al día siguiente él llamaría al colegio para decir que dejaba la plaza de autobús de vuelta y comedor en abierto, que ya llevaríamos una nota del día que se tuviese que quedar allí, así que él iría a recogerlo a las dos y se lo llevaría con él a comer.

— Me hace mucha ilusión recogerlo mañana y poder comer con él
—dijo mientras besaba mi mano.

— A mí también me hace muy feliz y me deja muy tranquila.

Tras un rato viendo la tele, Erik ya se fue, me dio un fuerte abrazo y dijo que estaba deseando que llegase al día siguiente para estar de nuevo los tres juntos.

Me fui hacia la cama muy contenta ya que empezaba una nueva rutina en mi vida y lo hacía acompañada por la mejor persona que se podía haber cruzado en mi camino.

Por la mañana el despertador nos avisó de que era hora de ir levantándonos, así que desperté con todo el cariño del mundo a mi pequeño gran amor y me lo llevé hacia la cocina para prepararle el Nesquik y el desayuno para el colegio mientras tomaba un café.

Lo dejé nerviosito perdido en la parada del autobús, una chica encargada de ellos lo recibió con una sonrisa preciosa y mucho cariño, cosa que a Daniel le causó mucha seguridad y subió muy feliz diciendo adiós con su manita.

Sentía pena ya que era su primer día de colegio, pero estaba muy tranquila porque sabía que todo estaba marchando mucho mejor de lo previsto y a las dos lo recogería mi gran amor.

La rutina se instaló rápidamente en nuestras vidas. Erik pasaba todo el día en casa, cuando yo llegaba de trabajar, él ya estaba allí con el pequeño. Caminábamos por la ciudad y hacíamos muchas actividades juntos.

Por la noche preparábamos las cenas los tres, también juntos, éramos como una familia. Cuando Erik acostaba al pequeño, había cogido ese roll y Daniel quería que lo hiciera él, nos quedábamos los dos en el sofá charlando, leyendo, viendo una película, lo que se nos apeteciese ese día.

Cuando ya estábamos cansados, nos íbamos a la cama y hacíamos el amor hasta acabar rendidos.

Me había acostumbrado demasiado rápido a esa vida y a veces me sentía

insegura por el miedo a perder al hombre de mi vida, pero confié en que todo iría bien.

Erik

Llegué a mi casa y me preparé una ducha caliente. La tomé tranquilamente y me senté en la cocina a tomarme un té caliente que había preparado antes de ducharme.

Cogí el móvil y vi que tenía un par de llamadas perdidas de Louis, así que decidí llamarlo.

— Hombre, hasta que me coges el teléfono.

— Lo siento, tío, estos días vivo en las nubes.

— ¿Significa eso que todo sigue con la chica española?

— Sí, no dudes de eso, Elsa no saldrá de mi vida jamás.

— Vaya, qué seguridad. Nunca se puede decir eso. Además, os conocéis desde hace poco y...

— No, te lo estoy asegurando —lo interrumpí.

— ¿Eso quiere decir que te has enamorado de ella? —preguntó incrédulo.

— Ya te lo había dicho.

— Sí, bueno, pero no lo creí.

— Sí, tío, es la mujer de mi vida y Daniel...

— El chico se ha ganado tu corazón, ¿eh? —dijo de nuevo divertido, era padre y supuse que me entendería.

— Soy feliz, Louis, ellos lo son todo para mí.

— Si es así, me alegro.

Me despedí de mi amigo y quedé en llamarlo pronto para presentarles a Elsa y Daniel. Me hacía ilusión. Conocía a mucha gente, pero tenía tratos de verdadera amistad con muy poca gente, para mí era muy importante saber que Elsa y mis pocos amigos se llevarían bien.

Decidí comentárselo a ella, sabiendo de antemano que aceptaría inmediatamente.

Me acerqué al salón y me puse a revisar unos documentos. Miré el reloj, sabiendo que ya Daniel estaría en su primer día de colegio y me puse

nervioso, ese chico y su madre de verdad lo eran todo para mí.

CAPÍTULO 6

Salí hacia la puerta del trabajo y allí estaban mis dos amores esperándome para pasar un fin de semana en casa de Erik.

No podía creerme que todo estaba marchando tan felizmente, cada vez que hablaba con mi madre tenía que fingir y no contarle exactamente todo tal cómo estaba pasando porque creía que era demasiado pronto, pero sabía que en cualquier momento iba a reventar y darle el notición que le iba a encantar escuchar.

— Ya os tengo secuestrados —dijo Erik cuando me senté en el coche mientras me daba un beso en la mejilla.

— Pues yo estoy muy agobiado, me han mandado mucha tarea —dijo Daniel tristemente.

— Cariño, no te preocupes que yo te voy a ayudar —respondió Erik.

— Claro, seguro que será muy divertido que hagamos la tarea contigo.

Ya se le cambió la cara, iba más feliz y convencido, la verdad que el nivel de allí era muy fuerte y para lo pequeño que era le habían mandado una serie de caligrafía que era excesiva para la edad que tenía, pero así serían los hábitos más rápidos para cuando tuviesen realmente que estudiar.

— Tengo preparada las mejores de lentes del mundo, ¿verdad,

Daniel? —dijo mientras se reía pues ya el pequeño venía comido porque no aguantaba el hambre al salir del colegio.

— Están riquísimas, mamá, me he comido dos platos.

— Es cierto, pese a haberle llenado el plato hasta arriba, repitió otra vez ante mi asombro, va a crecer más que nosotros.

— Genial, tenemos un chollo con Erik —dije mientras miraba hacia atrás para quiñar el ojo a mi pequeño.

— Pues aprovechaos de mí que estoy en rebajas —dijo bromeando.

Llegamos a casa y la verdad que olía genial a lentejas, nos sentamos a comer mientras Daniel se quedaba en el salón viendo unos dibujitos.

Eric comenzó a contarme que, al recoger al niño en el colegio, lo había encontrado muy feliz y desde el fondo venía chillándole papá, parecía que quería que todo el mundo se enterase que tenía un padre.

El pequeño estaba muy feliz por todo lo que le estaba pasando y por eso comprendí que tenía la necesidad de chillarle al mundo que tenía una figura paterna.

Erik se sentía orgulloso con esas cosas, se notaba la hora de contarlo y a mí me hacía muy feliz que él estuviese encantado con esas cosas de mi hijo, era indudable todo lo que sentía por él, aunque ese amor era mutuo.

Tras la comida Erik hecho dos Gin tonic y los puso en el jardín, el pequeño aprovechó para coger la bicicleta y dar vueltas alrededor de la casa.

Una vez que pasó por delante de nosotros chilló:

— ¡Viva los novios!

Nos miramos y comenzamos a reírnos, ya no podíamos negarle lo que era una evidencia.

En esos momentos Erik estaba trasteando el móvil y me dijo que escuchase una canción que había descubierto esa mañana buscando una letra especial de alguien en español.

Me hizo mucha gracia e ilusión que se preocupase por buscar una canción para ponérmela a mí cuando estuviese a mi lado, además que tuvo la suerte de dar con una que a mí me gustaba mucho.

*“Agua del arroyo blanco,
agua pa saciar mis labios,
agua de tu primavera, de mi zalamera pa mi corazón,
eres para mí como agua clara,
que corre hacia mi corazón como un río,
que nada y que muere en el fondo del mar.
Eres para mí como la luna, desnuda ante la noche.
Guiando mis pasos hasta el amanecer.*

*Siempre para mi eres lo primero.
Aunque falte el dinero te quiero.
Yo sin oro ni plata te espero hasta el atardecer.
Tú serás la calma y el consuelo y el aire que me falta algunas veces,
agua del arroyo blanco,
agua pa saciar mi sed.*

*Quiéreme,
como se quiere por primera vez, quiéreme,
quíereme,
para los restos de la vida
y quiéreme,
como sé que tú lo hacías
y quiéreme de noche, quiéreme de día,
quíereme
como se quiere por primera vez, quiéreme,
quíereme para los restos de la vida.
Quédate que mi alma es una bulería.*

Me sacó una de mis mejores sonrisas, estaba viviendo un momento que era muy difícil de describir y sobre todo tenía ganas de gritarle al mundo que había encontrado al amor de mi vida y me estaba haciendo vivir el cuento más bonito que jamás pude leer en mi vida.

Esa tarde la pasamos charlando como cotorras mientras veíamos ir y venir

a Daniel en la bicicleta, Erik estaba en todo momento muy cariñoso y atento conmigo, estábamos muy relajados disfrutando de la tarde libre y tomando una copa en ese jardín que tanto me gustaba, era increíble estar en pleno septiembre y hacer los días tan veraniegos que hacían.

— Elsa, una cosa digo sin ánimo de meterme en tus decisiones, si no te has planteado que Daniel se apunte alguna actividad extraescolar algunas tardes de la semana.

— Sí que lo había pensado, el fútbol le gusta mucho, además que le vendrá muy bien relacionarse con otros niños de su edad en un entorno fuera del colegio.

— Me parece genial, por eso lo decía si quieres voy informándome esta semana algún club de fútbol que haya cerca de aquí.

— Pues me parece perfecto, la verdad que le vendrá muy bien.

Cada vez que hablaba era para embelesar más mi vida, era indudable que ya era una parte muy importante de nosotros y un pilar fundamental en ese país, además de habernos robado el corazón de un plumazo.

Cenamos una deliciosa carne de barbacoa en el jardín y luego nos metimos hacia dentro para ver una película ya que Daniel se había quedado frito y estaba en la cama, esa noche dormiría solo en un dormitorio ya que yo dormiría con Erik en su habitación.

— Erik, déjame ver la peli —reí cuando se abalanzó sobre mí y

empezó a comerme el cuello a besos.

— No quiero.

—Pero esto podemos hacerlo luego —intenté quitármelo de encima en plan broma.

— No.

— Erik —reí.

Pero Erik ya me había casi desnudado y jugaba con mis pechos.

— No puedo esperar, Elsa —dijo con la voz entrecortada.

Me gustó verlo tan desesperado, así que comencé a forcejear un poco con él hasta que conseguí ponerme encima.

— Pero hoy mando yo —dije.

Agarró mis pechos desnudos con las dos manos y comenzó a lamerlos sin parar mientras, de vez en cuando, mordía mis pezones. Estaba salvaje y nunca lo había visto en esa actitud, pero me encantaba igualmente.

Me coloqué en posición, haciendo que su miembro entrara dentro de mí por completo. Gemí al notarlo entero, pero sin parar, comencé a moverme encima de él, deseando llegar al orgasmo.

Caí desplomada encima suya y él nos tapó a ambos mientras me daba un beso en la cabeza.

— Te amo —dijo antes de que yo cerrara los ojos para dormir.

Por la mañana despertamos y Erik nos propuso irnos a perdernos un poquito por la ciudad ya que el día estaba perfecto para pasear por los parques de Londres, así que tras un buen desayuno nos fuimos a perdernos por la ciudad.

Cogimos los tickets del bus turístico donde podríamos estar subiendo y bajando por todas las zonas de Londres y así sucesivamente, además que ese día comimos en un crucero por el río Támesis, fue una propuesta mía y por fin conseguí que me permitiese pagar la excursión y la comida, nos pusieron un menú con 3 deliciosos platos mientras paseábamos a bordo por el río.

Daniel estaba muy feliz en ese barco, tras bajar nos realizamos una visita por el teatro Globe de Shakespeare, donde se interpretaron las obras de William Shakespeare, además que fue su lugar de trabajo.

De allí nos fuimos a comernos un plato al curry en Brick Lane, un lugar repleto de restaurantes indios, una zona muy animada con muchos artistas y multitud de bares.

Tras la cena nos fuimos hacia la casa de Erik a descansar ya que estábamos reventados del día que habíamos pasado de excursión por Londres.

Daniel ya iba dormido a la vuelta así que lo metimos en brazos hacia la casa y lo acostamos directamente, nosotros nos fuimos al jardín que tanto nos gustaba y como él sí que tenía un cómodo sillón grande donde cabíamos los

dos y podíamos echarnos una manta, allí nos quedamos charlando mientras tomábamos una copa.

Sobre la una de la mañana nos fuimos a la cama a dormir después de haber estado charlando y de parranda unas 3 horas.

Esa noche me llevó en brazos hacia la habitación donde sabía que me esperaba otra noche de desenfreno total.

Llegó el domingo por la mañana y Eric nos sorprendió con el desayuno ya preparado en la mesa del jardín, algo el día anterior me había empezado a sentir mal ya que me encontraba indispuesta y muy mareada.

No podía ni con mi cuerpo, me tomé un zumo de naranja y me eché un rato en el sofá a ver si se me pasaba, no era resaca, estaba segura que había cogido algún virus, Erik me quería llevar al médico, pero le dije que en un rato descansando, seguro que se me pasaba.

Él preparó una sopa para la hora de la comida a ver si eso me he levantaba un poco, había momentos que me sentía mejor, pero estaba pasándolo realmente mal con esa sensación que tenía dentro de mí.

Me tiré toda la tarde reboleada en el sofá y él me dijo que así no me iba para mi casa sola, que él se vendría a dormir con nosotros, así que cogió sus cosas y por la tarde nos fuimos para la mía, fue llegar y empezar a vomitar como una loca, tras ello ya empecé a sentirme mejor y empezó a cambiarme un poco la cara aunque estaba muy decaída y me tiré toda la tarde tumbada en el sofá mientras Erik se encargaba de Daniel y venía a preocuparse a cada instante por mi estado.

Por la mañana desperté y ya estaba preparando el desayuno que se iba a llevar al colegio Daniel e incluso le había dado ya de tomar el Nesquik, para mí tenía preparado un zumo de naranjas ya que el café me podía sentar mal y no estaba dispuesto a dármelo, me acompañó a llevar a la parada de autobús a Daniel y luego hasta la puerta del trabajo donde se despidió hasta el mediodía que nos veríamos en mi casa para comer.

En el trabajo intenté fingir que estaba bien, pero me encontraba muy desplomada y cansada, no quería decir nada de que me encontraba mal ya que llevaba muy poco tiempo en el trabajo y no me gusta hacer eso, así que puse la mejor de mis caras y eché la mañana como buenamente pude, a la salida me estaba esperando Daniel junto a Erik, el pequeño como siempre ya había comido, nosotros lo hicimos nada más llegar a casa.

Esa semana la pasó entera Erik con nosotros ya que decía que no me dejaba de esa forma y peleaba mucho por ir conmigo al médico, el viernes cuando me recogió en la puerta del trabajo, me llevó directamente a una consulta privada que había cogido cita para que me viesen.

Llegamos a la consulta y rápidamente nos pasaron a que el doctor nos atendiese, rápidamente me mandó unas pruebas. Al día siguiente por la mañana tendría que ir con la primera orina y sacarme una muestra de sangre además de un electro, así que ya nos habían dado el planazo del sábado por la mañana, puse ojos en blanco solo de pensarlo.

Pasamos toda la tarde paseando por la ciudad y comprando ropa para Daniel ya que había descubierto que había dado un tirón y me había dejado colgada muchas de sus ropas nuevas ya que no le valían.

Después de allí salimos directos hacia la casa para cenar una ensalada y unos sándwiches y descansar tirados en el sofá ya que yo seguía encontrándome en muy mal estado.

Por la mañana, tras levantarnos, nos fuimos a hacer la prueba directamente ya que no podía desayunar y una vez que me la hiciese ya iríamos a un bar a darnos un banquete, por supuesto antes de salir de casa el pequeño ya se había tomado su Nesquik.

Cuando llegamos allí me tomaron sangre rápidamente y me pasaron a hacerme el electro, ya había entregado la muestra de la primera orina que me habían pedido.

De allí nos fuimos para casa a pasar el día relajados, el lunes por la tarde fuimos a por los resultados y Erik decía que no se iría de mi lado hasta que no supiese que todo estaba perfectamente bien, pero estaba claro que algo tenía ya que no era normal mi estado.

Pasé todo el fin de semana encerrada en casa bajo los cuidados que él y el lunes por la mañana me fui a trabajar hecha un trapo, él me recriminaba que esa tarde iba a intentar que me diesen la baja, que no podía, ni debía, trabajar así, al menos hasta que me sintiese bien, pero yo no estaba en condiciones de hacer ahora mismo eso en mi trabajo.

Pasé la mañana laboral cada vez peor y salí de ahí directa para ir a mi casa a vomitar, no me entraba ni la comida, estaba deseando que me diesen los resultados para que me pusiesen un tratamiento que acabara ya con ese calvario.

A llegar a la consulta del médico, el médico dijo la noticia, pensando que éramos una familia ya que íbamos con Daniel.

— Felicidades, vais a volver a ser padres.

— ¿Cómo? ¿Estás seguro? —pregunté asombrada por la noticia que me había acabado de dar, pero al mirar a Erik vi que estaba con una sonrisa de oreja a oreja

— Totalmente seguro, ahora pasaréis a que te hagan una ecografía.

En ese momento quería que la tierra me tragase y no era lugar para hablar con Erik, una enfermera nos acompañó hasta la sala donde me harían la ecografía, mi pequeño Daniel iba gritando que iba a tener un hermano, yo estaba en tal estado de shock que no era capaz de decir ni media palabra.

Cuando estaba tirada en la camilla, me echaron ese gel y pasaron el aparato por encima de mi barriga, rápidamente se empezó a escuchar el corazón de nuestro bebé y las lágrimas empezaron a inundar mis mejillas recordando cuando me pasó lo de Daniel.

El pequeño estaba feliz cuando le enseñaba o marcaban en la pantalla dónde estaba su hermanita y Erik no paraba de sonreír y guiñar el ojo de felicidad, al salir de la consulta nos dieron cita para la ecografía de los 3 meses.

Salí de la clínica muda y Erik no paraba de abrazarme y mirarme a los ojos, pero yo esquivaba la mirada, Daniel no paraba de saltar gritando que iba a tener un hermano, fuimos hasta mi casa y una vez allí el pequeño se puso a

jugar en su habitación y él y me dijo que quería hablar conmigo, que lo acompañase a la cocina.

— Esta vez no estarás sola, esta vez te acompañaré en todo momento y haré que todo sea felicidad y nada de preocupaciones, no te preocupes por nada que a esta familia la saco yo para adelante, no quiero que sufras por nada y menos aún por esos dos hijos que también son míos, me da igual que uno lleve mi sangre y el otro no, pero para mí los dos son iguales y si tú lo permites a Daniel estoy dispuesto a ponerle mis apellidos también.

Yo no paraba de llorar, era incapaz de contestarle, pero estaba feliz de que esta vez no me iba a coger sola y estaba junto al hombre más maravilloso del mundo.

Le pedí que ese día nos hablase del tema más ya que quería asimilar todo lo que había sucedido en tan poco tiempo, así que me dejó un poco de libertad y me quedé tirada en el sofá mientras él se dedicaba a distraer a Daniel.

Por la mañana lo llevamos a la parada del autobús y fuimos a mi trabajo a entregar la baja ya que me habían aconsejado de que estuviese de relax al menos hasta que pasasen esos 3 meses tan críticos en los que los vómitos no pararían de aparecer a cada instante.

En el trabajo me dijeron que felicidades, que no me preocupase por eso ya que en mi cadena hotelera cuidaba mucho de las mujeres que se quedan embarazadas y no ponían inconvenientes para que en un futuro le afectase ese motivo de baja.

Me dieron una dirección y un teléfono donde debía de coger cita para que

me viese el médico que tenía privado la mutua de mi trabajo, ellos tendrían que decidir y valorar cuánto tiempo sería esa baja, pero nunca sería por tiempo inferior al que me habían aconsejado en el Centro Médico.

Salí y fui hacia el bar que me estaba esperando Erik tomando un café, me pidió que me sentase que quería hablar conmigo.

— Sé que esto se te ha hecho muy grande, que apenas tienes ganas de hablar, pero quiero que me expreses todo lo que sientes y lo que te pasa por la cabeza, quiero dejarte muy claro que estoy de tu parte, no enfrente tuya, que esa criaturita que llevas en tu barriga es de los dos y va a nacer entre unos padres que le quieren un montón, no debes de tener miedo, quiero decirte que esa noticia no la esperaba por nada del mundo pero es que la noticia que más feliz me ha hecho sobre la faz de esta tierra.

— Gracias Erik —dije mientras me derrumbaba a llorar y él agarraba mi mano para acariciarla.

— ¿Tienes miedo a algo? —preguntó con ansias de saber más sobre y lo que yo pensaba.

— Solo me da miedo que esto estropee el momento tan bonito que estábamos pasando, pero en el fondo sé que en la vida no me podía pasar algo mejor que tener un hijo de la persona que más amo en este mundo y ese eres tú, pero ha sido todo tan rápido y bonito que me da miedo a que se estropee. Sé que este tiempo de baja me lo pagará el seguro médico, pero necesito depender de mí misma para no sentirme mal ya que no me gustaría que tú tuvieses que afrontar todos los gastos, quiero trabajar y sacar mi

vida hacia delante.

— Cariño, por eso no te preocupes, en ese sentido estás cubierta por tu trabajo y además que no te sientas mal por nada del mundo, pero yo quiero que sepas que todo lo que tengo es vuestro, que no me importaría estar cuidando de ustedes toda mi vida y dedicándome a trabajar para que no os falte de nada, somos una familia, Elsa, no se te olvide.

— Debo ir a hablar con mis padres, necesito que conozcan toda la situación, no se merecen que les esté mintiendo, necesito ir a hablar con ellos este fin de semana, quiero hacerlo pese a encontrarme delicada de salud.

— ¿Me permites ir contigo y que seamos los dos lo que le contemos lo que nos está sucediendo? Me encantaría acompañaros en este viaje.

— Claro, luego en casa reservaremos el vuelo para ir el viernes por la tarde y estaremos allí hasta el domingo.

— Gracias, cariño, verás que cuando veas lo bien que estamos juntos les hará mucha ilusión recibir la noticia, me gustaría que a la vuelta os vinieseis a mi casa a vivir conmigo, esta la podemos alquilar y en aquella viviremos más tranquilos y cómodos.

— Pienso que vamos a estorbar en tu vida y que estamos cambiando todos los planes que tenías —dije llorando.

— Sí, habéis cambiado mi vida, ahora sé lo que es vivir, antes no disfrutaba de nada ni de nadie y habéis llegado vosotros y habéis vuelto a darme la familia que perdí hace mucho tiempo, no quiero que por nada del mundo esto cambie —dijo mientras me abrazaba.

De allí nos fuimos para recoger al pequeño al colegio el cual nos recibió muy feliz porque iba a tener un hermano, no paraba de repetirlo, le comentamos que el fin de semana lo pasaríamos en España con los abuelos para decirle la noticia y le hizo una ilusión tremenda.

Al llegar a casa vimos los vuelos y había dos que nos encajaba perfectamente, así que lo reservamos y luego le llamé a mi madre para decir que teníamos que darle una sorpresa ese fin de semana y que íbamos hacia allí para presentarle a una persona, ella ya se imaginaba de qué trataba y por supuesto estaba loca por conocerlo, lo que no sabía es que íbamos con nuevo miembro incluido.

La semana pasó volando y Eric y yo la dedicamos a embalar cosas para irnos a su casa a la vuelta, esos días él seguía quedándose en la mía.

Por fin llegó el viernes y fuimos a recoger directos al colegio a Daniel para salir pitando para el aeropuerto donde comeríamos un sándwich y nos montaríamos en el avión con destino a España.

En el avión Daniel cumplió su promesa de no llorar y se pasó todo el vuelo jugando con Erik, yo una de las veces no pude aguantarme y terminé vomitando, estaba deseando que el avión aterrizara, cuando lo hizo y salí de él, comencé a sentirme mucho mejor.

Solo llevábamos equipaje de mano por lo que salimos directamente afuera

ya que nos estaban esperando mis padres. Daniel, al verlos, salió corriendo hacia ellos para abrazarlos, los abuelos no dejaban de llorar y me recibieron también con un gran abrazo, luego se dirigieron a Erik muy cariñosamente y dejándole claro que era muy bien recibido y estaban muy contentos por ello.

Mi madre no paraba de mirarme, ya sabía que algo me pasaba, la vi nerviosa y deseando que le contaste lo que fuese, así que tal como llegamos a casa le expliqué que nos habíamos conocido desde el primer día y había habido mucha química entre los tres y el resultado era que volvía a estar embarazada, pero esta vez con un hombre que no quería separarse ni un minuto de mi lado ni del de Daniel, pero por el camino descubrieron que mi pequeño lo llamaba papá y que había mucha química entre nosotros por lo que esa noticia las recibieron aplaudiendo y felicitándonos por todo lo alto.

Erik le dijo muy claro que nos cuidaría y que no se preocupasen, que con él no nos faltaría de nada y que nos cuidaría tanto como si fuesen ellos.

Mis padres no paraban de agradecerle lo que había hecho por nosotros.

Al día siguiente, mi madre y yo salimos el sábado a tomar algo las dos solas ya que necesitábamos charlar un poco. Erik se quedó con mi padre y Daniel y decidieron darle una vuelta por la ciudad para que la conociera.

Mi madre y yo entramos en una cafetería a la que solíamos ir cuando yo vivía en España y, tras saludar a todos los trabajadores que conocía y que se alegraron mucho de verme y saber la buena nueva, mi madre no se callaba y se lo contaba a todo el mundo, nos sentamos y pedimos dos cafés.

— Estás asustada, ¿verdad?

— Sí, mamá. Pero no por lo que tú crees.

— Lo sé. Pero tienes miedo de ser un estorbo para él —dijo muy hábilmente. Mi madre sabía leerme bien.

— Fue todo demasiado rápido, mamá. Y el amor es impresionante entre los dos. Pero tengo miedo de que él se marche presionado o... o... —comencé a llorar, como hacía muchas veces últimamente.

— Cariño —mi madre me cogió las manos por encima de la mesa y yo la miré—. Ese hombre te quiere, de eso no me cabe duda, solo hay que ver cómo te mira. En el mismo momento en que lo vi, lo supe.

— Lo sé, mamá, pero...

— No —me interrumpió—. Tienes que confiar en él. Es un hombre bueno, te adora a ti y a Daniel con toda su alma, ha sido como vuestro ángel de la guarda. Deja la inseguridad, tu embarazo no es una frontera que se levante entre los dos. Es algo que os va a unir más de lo que crees.

— Es el mejor hombre del mundo —dije emocionada.

— Me gusta escucharte decir eso. Ahora entiende que estás embarazada y tienes que cuidarte. Tu estado de ánimo es muy importante para el bebé —me recordó.

Asentí con la cabeza, sabía que tenía razón.

Terminamos de tomarnos el café, pero esa vez más felices y contentas. Le conté muchos de los momentos que pasamos con Erik y mi madre, como mi padre, estaba encantada con él, decía que por fin había llegado a mi vida el hombre que me quería más que a su propia vida y que me haría feliz, a lo que yo le respondí que la que lo quería así, era yo a él.

Llegamos a casa y decidimos ducharnos y arreglarnos para irnos a cenar fuera, mis padres estaban encantados con tenernos allí y querían hacer decenas de cosas con nosotros.

Antes de cenar, paseamos un poco por la ciudad y nos hicimos decenas de fotos, sobre todo Erik y yo juntos.

Estábamos felices por todo lo que la vida nos traía y eso se notaba. Pasamos un hermoso fin de semana en mi tierra.

Erik

La última noche en España estuvimos cenando fuera. Tras la cena, volvimos a casa de los padres de Elsa. Yo había llevado a Daniel en brazos porque recién comió, se quedó dormido.

Los padres de Elsa me habían gustado bastante, me habían hecho sentir como un hijo y se lo agradecía en el alma, yo echaba demasiado de menos a los míos, así que poder contar con ellos era todo un placer para mí.

Cuando Elsa estuvo completamente dormida, me levanté de la cama intentando no hacer ruido y fui a la cocina. Me extrañó ver la luz encendida, el padre de Elsa, estaba allí preparando café.

— ¿Sin poder dormir? —preguntó cuándo lo saludé.

— Sí, me está costando demasiado, supongo que echo de menos el té nocturno —bromeé.

— Ahora mismo te preparo uno —dijo diligentemente.

Me senté a la mesa cuando me dijo que no necesitaba ayuda y esperé a que se sentara frente a mí. Puso mi taza de té frente a mí y se sentó.

— Nunca había visto a mi hija tan feliz —dijo tras un corto silencio.

— Ojalá sea cierto —dije tristemente.

— ¿Por qué dices eso, muchacho?

— Tiene miedo desde que está embarazada.

— ¿A que te marches? —preguntó y me asombró su exactitud.

— Sí, confía en mí pero cree que todo esto puede ser un estorbo en mi vida y —suspiré— no sé qué hacer.

— Solo dale tiempo a que se adapte, a que veas que estás ahí y que no eres la carga que ella cree. Después de su experiencia con el embarazo de Daniel y demás, es normal —me tranquilizó.

— Sí, imagino que sí —dijo sabiendo que tenía razón.

— Vamos, muchacho, te ama demasiado.

— No más que yo a ella —dije efusivamente.

Terminamos el té y café respectivamente y nos fuimos a dormir. Abracé a Elsa cuando me acosté y sonreí, sabiendo que íbamos a ser felices.

Dormí, preparándome para el viaje al día siguiente.

CAPÍTULO 7

Del aeropuerto salimos directos a mi casa donde pasaríamos la última noche y por la mañana, cuando dejásemos a Daniel en el autobús, haríamos el traslado de todas las cosas.

Al entrar me di cuenta que ya estaba todo listo así que esa noche preparamos una cena rápida y nos tiramos en el sofá a ver un rato la televisión, solo había que trasladar nuestras ropas y objetos personales.

Acostamos a Daniel y nosotros nos quedamos tumbados mientras me acariciaba mi mano y no dejaba de transmitirme lo feliz que le hacía saber que mañana iba a comenzar una vida en común con nosotros como lo que siempre había soñado, con poder tener una bonita familia y en esos momentos tenía la

mejor del mundo.

No paraba de repetirme que tenía los mejores suegros y que le había encantado conocerlos.

Esa noche dormimos los tres juntos en la cama de matrimonio ya que Daniel decía que quería dormir la última noche en la casa junto a los otros dos y allí estuvimos aplastados y yo levantándome toda la noche para ir al baño de la fatiga que tenía.

Por la mañana le dijimos a Daniel adiós y volvimos a la casa para poner todo en el coche, aunque Erik no me permitía hacer fuerzas ni coger nada, así que allí estaba yo, siguiéndolo pero sin poder echar una mano.

Antes de irnos llegó la chica que limpiar y a la casa para dejarla lista para los nuevos inquilinos, en la zona que se encontraba se alquilaba rápidamente en menos de 24 horas, así que me despedí mientras nos alejábamos de la zona del que fue mi barrio durante ese escaso tiempo, pero nunca me olvidaría que había vivido en Notting Hill y allí había nacido mi más bonita historia de amor.

Lo bueno de la habitación que tenía Erik es que era muy amplia y tenía un gran vestidor donde cabía perfectamente toda mi ropa y seguían sobrando me mucho sitio para rellenar.

La habitación de invitados que era nueva se la dejó a Daniel, al ser los muebles blancos le pusimos todos los adornos que yo le había comprado a la otra habitación así que quedó infantil y muy bonita, le coloqué en las repisas

todos sus juguetes para cuando llegara viese que ya estaba todo perfecto y se sintiese como en casa, aunque él estaba muy feliz por ese traslado.

Tras colocar todo fuimos a por Daniel a recogerlo al colegio y a avisar que ya no entraría más en el turno de las 7 de la mañana ya que lo llevaríamos nosotros expresamente al colegio todos los días para que entrase a las 9.

Erik tenía claro que ya que yo no estaba trabajando y el niño no se iba a levantar más temprano y que tampoco iba a permitir que se fuera en el autobús ya que él prefería encargarse de llevarlo y recogerlo en el colegio.

Esa semana fui al médico de la mutua y me recomendó que me pasase todo el embarazo sin trabajar ya que el estar de pie en el trabajo podría causarme más de un inconveniente durante el embarazo, así que me dijo que me despidiese de trabajar hasta pasada la baja maternal una vez que hubiese nacido el niño, vamos, que en esos momentos me estaban regalando más de un año de vacaciones pagadas.

A Erik le hizo mucha ilusión escuchar eso ya que él no quería que trabajase como hice el embarazo anterior y que disfrutase de esa experiencia más tranquila y relajada, pero sobre todo rodeada de mucho cariño, amor y apoyo por su parte, no paraba de decirme todos los días lo enamorado que estaba de mí.

Nos acoplamos a la rutina perfectamente y disfrutábamos de cada día que pasaba, Daniel era muy feliz, nos encantaba disfrutar de la chimenea los fines de semana sin salir de allí y viendo maratones de películas, los dos se preocupaban mucho por mí y me tenían en una nube de mimos.

La barriga comenzó a crecer lentamente, pero se notaba algo, sobre todo cuando entramos en la recta de navidades, justo cuando fuimos a hacer la ecografía de los 3 meses.

Daniel estaba rezando para que dijese que era una niña ya que decía que le hacía mucha ilusión tener una hermanita, la vida quiso que así fuese y nos anunciaron que era claramente una niña y que se veía que estaba marchando todo correctamente.

Salimos de allí muy emocionados, aún faltaban tres días para que le diese las vacaciones a Daniel, mis padres vendrían a pasar todas las fiestas con nosotros, llegarían en el día 24 por la mañana y tenía muchas ganas de que llegase ese día, hasta a Erik le hacía mucha ilusión poder pasar unas fiestas tan especiales rodeado de tanta gente a la que él ya consideraba su familia.

Ese día lo pasamos mirando muebles para la habitación que la pequeña ya que queríamos una que fuese directamente con cama ya que al principio la tendríamos en la cuna en nuestro dormitorio, escogimos una que era una cucada y nos dijeron que nos la llevarían al día siguiente, ya Eric había preocupado de pintar la habitación de blanco para dejarla lista.

A la mañana siguiente, llamaron los de la tienda de muebles a la puerta y yo estaba sola ya que Erik se había ido a llevar a Daniel al colegio, mientras montaban los muebles apareció él, estaba muy contento de saber que ese día se quedaría un dormitorio más relleno de la que sería la niña de nuestros ojos, al igual que el niño era nuestro Daniel.

El dormitorio quedó precioso ya que los muebles eran rosa pastel y

vainilla, el contraste era bestial sobre aquella pared blanca, que quedaba preciosa. Erik no paraba de decirme que teníamos que aprovechar para ir a comprar ropa para el bebé y yo le decía que aún quedaba tiempo suficiente, que no andará tan rápido, pero la ilusión de vivir eso por primera vez lo tenía atacado de los nervios, además que ya por las noches había empezado a trabajar sobre una obra que le habían enviado para corregir, él decía que no conseguía concentrarse, que tenía tanta emoción en el cuerpo que era incapaz de estarse quieto.

Por fin llegó el día que le daban las vacaciones a Daniel y fuimos a recoger las notas, su tutor nos felicitó por el hijo que teníamos ya que decía que era de lo más atento y noble que tenía en la clase, sacó unas notas radiantes, así que le hicimos una fiesta de felicitaciones y salió muy orgulloso de vernos así por su logro.

Lo llevamos a comer a un restaurante de comida rápida ya que quería una hamburguesa y luego fuimos hacer una gran compra ya que en 2 días llegarían mis padres y queríamos tener la despensa y el frigorífico llenos para que no les faltase de nada, aunque con lo exagerado que era Erik siempre estaba todo bien cargado de comida, sobre todo de todos los caprichos que le gustaban a Daniel.

Entre la bebida y la comida que compramos, salimos con dos carros repletos hasta la bola, ahí íbamos cargados con todo el marisco y la carne para todas las navidades, así como los productos de dulcería típicos de Navidad.

Descargaron todo y yo me dediqué a colocar, ya cenamos algo rápido y nos echamos a dormir porque estábamos reventados del día tan largo que

habíamos tenido.

Por la mañana dejamos a Daniel en un parque donde se iba a celebrar el cumpleaños de uno de los niños de su clase, allí estarían sus padres con los monitores para hacerse cargo de todos los niños y nos pusieron como hora de empezar a recogerlos sobre las cinco, así que teníamos todo el día para pasear por Londres ya que queríamos comprar algunos regalos para Daniel y sobre todo para mis padres. El día de Navidad no podía faltar de nada, yo ya tenía un regalo comprado para Erik, me escapé en el centro comercial que habíamos ido para comprar en el supermercado y le compré un regalazo que estaba deseando que viese el día de Papá Noel.

Entramos en una tienda de juguetes y Erik se fue directo para los coches teledirigidos ya que le encantaba los camiones de bomberos a Daniel y quería ver si había uno con mando para que él lo dirigiese, dicho y hecho, allí había un precioso camión de aluminio con su mando para que pudiese jugar y disfrutar de aquel precioso juguete.

Erik lo puso en el carro sin dudarlo, luego fuimos a la parte de los puzzles y le compramos uno de Bob Esponja que le encantaba y otro del muñeco de nieve de Frozen, además de comprarle un balón oficial de fútbol y una equipación del equipo que tanto le gustaba a Erik que era el Manchester City, ya salimos de allí porque estaba bien para hacer solo Papá Noel, luego nos quedarían los Reyes que eso sí que serían más especiales.

Luego fuimos a una perfumería y le compramos un perfume a mi padre y otro a mi madre, aparte de un maletín de maquillaje que sabía que a ella le haría mucha ilusión, a mi padre además le compramos una sudadera del Manchester City.

A las cinco estábamos recogiendo a Daniel ya que habíamos dejado todo en casa escondido, venía feliz y con la cara pintada, se lo había pasado genial, estaba muy contento, pero tenía muchas ganas de vernos.

Nos fuimos para casa ya que queríamos preparar varias cosas y sobre todo el dormitorio donde se instalarían mis padres durante todas las fiestas.

Por la mañana desayunamos y nos fuimos hacia el aeropuerto a recoger a los abuelos que aterrizarían sobre la una de la tarde, cuando Daniel los vio llegar corrió hacia ellos, mis padres eran para él un pilar fundamental en su vida, sabía que le había costado mucho separarse de ellos, le expresaba con el cariño que los recibía cuando los veía, aunque no había un solo día que no los nombrase y que no agarrase el teléfono para hablar con ellos.

Cuando llegamos a la casa, mi padre no paraba de decir que no imaginaba lo bien que vivíamos, que él quería una casa así para ellos, Erik le decía que se viniesen a vivir con nosotros, que también era su casa, era muy agradable el ambiente y el amor que en esos momentos se respiraba.

Mi madre, cuando vio la habitación de la pequeña, me tocó la barriga y empezó a llorar y a decirme que era la mujer más feliz de este mundo y que se alegraba mucho de ese embarazo, no paraba de decirme que había encontrado a un buen hombre y que eso había dejado muy tranquilos a mi padre y a ella.

Nos sentamos a comer ya que Eric había dejado la comida preparada, pero íbamos a comer light ya que por la noche era la cena de Nochebuena y ahí tenía preparada un gran festín que se había preocupado en elaborar Erik.

Durante la cena mi madre dijo que había soñado con la nieta ya nacida y

que se llamaba Elsa al igual que yo cosa que era lo que deseaba Eric, así que decidimos en la mesa que se llamaría así.

La cena fue muy divertida ya que Daniel se encargó de dar la nota durante toda la noche y hacer el payaso con el gorro de Papá Noel.

Mis padres estaban súper felices y no paraban de hablar con Erik, parecía que lo conocían de toda la vida y eso a él lo hacía muy feliz que lo acogiesen de aquella manera.

Le comenté a mis padres que quería que naciese en Londres ya que así tendría la oportunidad de tener doble nacionalidad, que como estaba de dura la vida, era mejor estar más segura de esa manera y tener los mismos derechos en dos países, les pareció genial la idea, me dijeron que a mediados de junio se trasladaría aquí a algún sitio alquilado para estar durante el parto y 2 días posteriores para lo que yo pudiese necesitar.

Erik les dijo que, de eso nada, que volverían a la casa y estarían aquí con nosotros el tiempo que desearan ya que no era un estorbo sino una bendición tenerlos en nuestra casa, la verdad que cada vez que hablaba se ganaba más a mis padres.

Por la mañana, el día de Navidad, nos despertamos temprano para colocar todos los regalos bajo el árbol, pero al llegar nos encontramos con la sorpresa que ya estaba repleto de regalos preparados por parte de mis padres.

Colocamos los nuestros muertos de risa y nos fuimos a la cocina a prepararnos un café y esperar que se levantasen los demás, aunque Daniel apareció pronto, alucinado por todo lo que había en el árbol, pero le dijimos que no se podía tocar nada hasta que se despertase los abuelos y cada uno cogeríamos nuestros regalos.

Tomo el Nesquik hecho un manojo de nervios, cuando mis padres se levantaron y vieron que el árbol de Navidad duplicaba los regalos empezaron a reírse y les pusimos el café mientras se sentaban alrededor de él para empezar a destapar los regalos que primero indudablemente serían los de Daniel.

Cuando descubrió el coche teledirigido y todo lo que había comprado Erik, estaba flipando, y cuando encima vio los de mis padres que eran unos patines de bota, un patinete y una colección de películas de Disney, empezó a saltar de la alegría y a decir que eran las mejores Navidades de su vida.

Mis padres rápidamente se levantaron y entregaron el siguiente regalo para Erik, indudablemente él empezó a decir que no deberían de haberse molestado en eso, pero le hacía mucha ilusión que hubiesen tenido un detalle con él, al abrirlo pudimos comprobar que le había regalado un precioso reloj Festina de la nueva colección de esa marca, él se levantó y les dio un fuerte abrazo ya que le había encantado y decía que sería un objeto de gran valor a partir de ahora para él.

Aproveché para entregarle yo el de Daniel y mío, al abrirlo se le saltaron las lágrimas al comprobar que era un bolígrafo que una vez me enseñó y dijo que sería su próxima adquisición y que costaba 500 €, pero él no se merecía menos ya que había dejado su vida de lado por dedicarse por completo a nosotros, así que se merecía eso y mucho más.

Luego le entregamos los regalos a mis padres, les encantó absolutamente todo y estaban muy felices, nos recriminaron muchas veces que nos hubiéramos tomado la molestia de gastarnos dinero en ellos, la típica actitud

de todos los padres, pero ellos se merecían lo mejor del mundo.

Luego me entregaron mis padres un regalo para mí y al abrirlo empecé a llorar como una niña pequeña ya que era una pulsera de oro que mi madre guardaba como el más valor de los recuerdos ya que era de mi bisabuela, la pulsera era una exclusiva joya con unas piedras preciosas de cristal muy fino.

Yo no dejaba de llorar mientras abría el siguiente regalo que era un precioso bolso de la marca Desigual que tanto me gustaba.

Los abracé como siempre, con el mayor amor que sentía por ellos, siempre estaban ahí dispuestos a darnos lo mejor.

Luego mi pequeño gran amor me sorprendió con un regalito y al abrirlo era una pulsera preciosa de cuero y en medio en plata ponía “Te quiero, mamá”, me lo comía a besos, aunque sabía que eso era cosa de los abuelos, pero él me lo entregaba con especial felicidad.

Luego Erik se levantó y me entregó una caja preciosa cerrada con un bonito lazo rosa y al abrirlo pude comprobar que había una cajita pequeña y otra más grande, tengo una con tenía una preciosa cadena de oro con un colgante de una llave y una nota que decía que era la de su corazón, en la otra un precioso anillo que decía que esperaba que sellase nuestro compromiso, yo no podía dejar de llorar de felicidad y me abracé a todos comiéndomelos a besos.

Pasamos un precioso día de Navidad frente a la chimenea y con una cocina exquisita preparada por mi padre y Erik.

Los siguiente día lo pasamos de turismo por Londres, mis padres estaban

encantados con aquella gran ciudad, así nos tiramos hasta el día de fin de año que hicimos una fiesta muy bonita y que duró hasta altas horas de la mañana.

El día 2 de enero nos despedimos de mis padres en el aeropuerto de Londres ya que volvían a España y prometimos que pronto iríamos a visitarlos, ya me habían dejado un montón de regalos escondidos y envueltos para que sacase el día de Reyes.

Volví a mi casa con la tristeza de que mis padres se iban, pero con la felicidad de saber que lo hacían contentos porque sabían que mi vida había dado un giro muy inesperado y deseado por ellos.

Por fin amaneció el día de Reyes que tanto esperaba el pequeño Daniel, Erik me había pedido encargarse de todo y coloco todo el salón lleno de regalos para todos nosotros, Daniel estaba feliz abriendo todo lo que veía y flipando por la cantidad de juguetes que le había caído tanto por parte de él y como por parte de mis padres, aunque a él solo sabía le habíamos encargado cada uno de nosotros en una carta hacia los Reyes.

A mí me puso unas preciosas botas y un chaquetón súper bonito, además de unas pulseras exclusivas de la marca Viceroy, a Erik le encantó los regalos que yo le había comprado, eran todos de ropa al igual que hicieron mis padres con él al dejarle una bonita chaqueta cazadora que no paraba de decir que le había encantado.

A nuestra pequeña Elsa, que nacería en los próximos meses, también le cayó algunas ropas de primeros meses tanto por parte de mis padres como por la de su papá, ya que ir y que estaba muy nervioso y no paraba de comprar cosas.

Pasamos el día disfrutando de ver cómo Daniel era muy feliz en su día de Reyes disfrutando de todos los regalos.

Los siguientes meses pasaron volando y ya la tripa se me notaba considerablemente, llegaba Semana Santa y teníamos decididos irnos a España a pasar unos días junto a mi familia.

Daniel estaba deseoso de ver a los abuelos y sobre todo de que viesen como tenía la barriguita de grande, estaba muy orgulloso y feliz del acontecimiento sobre el próximo nacimiento de su hermana.

Por fin aterrizamos en España en el aeropuerto donde ya estaban esperándonos mis padres que no dejaban de tocarme la barriga y de transmitir la felicidad que sentían al tenernos por fin allí con ellos.

Pasamos toda la semana comiendo en la calle y disfrutando del ambiente que había durante esos días, por las noches terminábamos todos agotados.

La semana pasó volando y llegó el domingo cuando teníamos ya que volver hacia Londres, en dos meses estarían a mis padres allí para esperar el nacimiento de su segunda nieta.

Todo había pasado demasiado rápido, pero es lo que pasaba cuando se estaba a gusto en algún lugar y con la gente que de verdad querías.

El vuelo de vuelta se lo pasó en silencio Daniel ya que iba muy triste porque se había tenido que separar de sus abuelos y decía que quería que se fueran a Londres a vivir, ya quisiera yo tener a mis padres allí, pensaba.

Los dos siguientes meses pasaron volando preparando todo para el

nacimiento de bebés, aunque ya teníamos su habitación lista y todo lo necesario para recibirla.

Mis padres llegaron el 15 de junio, justo 5 días antes que el médico decía que yo me pondría de parto, pero nada que ver con la realidad ya que al día siguiente rompí aguas y empezaron las contracciones y tuvimos que salir pitando para el hospital.

Cuando llegamos allí, mi padre se quedó fuera con Daniel en un parque que había frente al hospital, todo había sido justo cuando recogimos al pequeño del colegio, mi madre estaba muy nerviosa y Erik, que era el que iba a entrar a ver el nacimiento de su hija, estaba que se iba a comer hasta los nudillos y eso que no solía tocarse las uñas.

Rápidamente me pasaron a paritorio y me pusieron la epidural, a los 20 minutos ya estaba llegando al mundo nuestra pequeña Elsa.

Ví cómo Erik lloraba de felicidad mientras la ponían en mi pecho, unos minutos después estaba entrando a mi madre para ver a su nieta, como toda madre lloraba desconsoladamente de la emoción.

Mi pequeña era preciosa, no paraba de acariciarla suavemente, esa vez me sentía más fuerte que nunca y súper orgullosa de la familia que había creado.

A los dos días me dieron el alta y mis padres estuvieron en casa una semana más, hasta que decidieron irse para dejarnos tranquilos disfrutar de nuestra nueva familia.

En esos momentos comprendí que había conseguido todo lo que había soñado durante esos años y que por fin mi pequeño Daniel tenía la felicidad

completa que yo deseaba, Erik sentía el mismo amor tanto por uno como por el otro, sin importar que uno proviniese de su sangre y el otro no.

CAPÍTULO 8

UN AÑO DESPUÉS

Era verano y estábamos en España en una casa que mis padres habían alquilado en la playa para que pasáramos las vacaciones de verano con ellos.

Erik estaba tirado en la arena, intentando hacer un castillo de arena con Daniel, pero Cristal aparecía de vez en cuando y los destrozaba todos. Erik le reñía y Daniel la miraba serio para reñirle también, pero la pequeña sonreía con esos pequeños dientecitos y esa preciosa sonrisa y al final padre e hijo acababan suspirando por no poder competir con ella.

— Es preciosa —dijo mi padre. Yo estaba sentada bajo la sombrilla, viéndolos jugar, cuando él habló. Mi madre se había levantado a coger a la pequeña.

— Sí, se parece a su padre —dije orgullosamente.

— A mí se me parece a ti.

— No, papa, es como Erik —reí. Siempre teníamos la misma discusión.

Nos quedamos mirando a nuestra familia en silencio.

— Estoy muy feliz por ti, Elsa, tienes una preciosa familia.

— Yo también, Erik es el mejor hombre del mundo, mejorando lo presente, claro —me acerqué y le di un beso en la mejilla.

— No seas zalamera —se rio.

— Todo está bien, papá, adoro a ese hombre y él a mí, jamás pensé que pudiera ser tan feliz.

Mi padre se levantó, me dio un beso y se fue con los demás mientras yo los observaba sonriente.

Íbamos a la playa todos los días y mis hijos disfrutaban de lo lindo.

Un sábado por la tarde, Erik me dijo que me arreglase, que íbamos a salir. Mis padres iban a quedarse con los niños para que pudiéramos estar solos.

Me hacía mucha ilusión eso porque, aunque mis hijos no me molestaban, echaba de menos estar con Erik a solas.

Me puse un vestido corto negro que aún no había estrenado y unas sandalias de tacón muy cómodas, yo no soportaba los zapatos si no eran cómodos.

Erik silbó al verme y mi madre aplaudió diciéndome lo guapa que estaba.

Nos despedimos de los niños y mis padres y salimos de la casa.

Primero fuimos a un restaurante que había en primera línea de playa y donde Erik ya tenía mesa reservada. Nos sentamos y pedimos una botella de vino.

— Estás preciosa.

— Deja de repetirlo —sonreí, pero lo besé.

— No podría, aunque quisiese, cada día estás más guapa.

— Cariño, eso es el amor, pero ya te digo yo que los años pasan y que después de dos partos...

— Tonterías, tú me gustarás estés como estés.

— ¿Aunque pesara doscientos kilos? —pregunté con los ojos abiertos como platos.

— Ponme a prueba —me dio un suave beso que paró cuando el camarero trajo los platos.

— ¿Y qué planes tenemos? —pregunté cuando probé el pescado en salsa que estaba delicioso.

— He pagado por una noche de hotel los dos solos.

— Pero Erik —fui a quejarme.

— Vale, me pillaste, me la regalaron tus padres.

— Eso no lo arregla —le dije riéndome.

— Tengo ganas de estar contigo a solas, Elsa.

— Y yo.

Sabía a lo que se refería, me pasaba exactamente lo mismo.

— Entonces vamos a cenar y vamos a probar esa cama de hotel.

La cena estaba deliciosa y salimos de allí encantados. De camino al hotel, que estaba cerca, paramos en una típica heladería y nos comimos un helado cada uno.

El hotel, pequeño, pero bien acondicionado, era precioso. Cuando entramos en la habitación me quedé con la boca abierta, estaba llena de rosas por todos lados y de velas encendidas que le daban un aire muy romántico.

— Erik...

— No mereces menos —me dijo agarrándome las manos y poniéndose

frente a mí, delante de la cama.

— Gracias por todo esto.

— Soy yo el que tiene que agradecértelo, soy el hombre más feliz del mundo a tu lado y con nuestros hijos.

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas, ese hombre me hacía sentir la mujer más especial del mundo.

Me abracé a él y lo besé con todo el amor que sentía por ese hombre que había dado significado al amor y a mi vida.

Comencé a desnudarlo a la vez que él hacía lo mismo conmigo y caímos desnudos en la cama, uno al lado del otro, acariciando nuestros cuerpos y besándonos sin parar.

Me puse sobre él y comencé a lamerle el cuello mientras iba besándolo hacia abajo hasta llegar a su miembro.

— No hace falta que hagas eso hoy —gimió cuando lo lamí.

— Me gusta hacerlo —le dije.

— Lo sé, pero necesito hacerte el amor hoy y no quiero terminar en tu bica —dijo entrecortadamente mientras yo no paraba de jugar.

— ¿Qué fue de eso de no tener prisas? —le pregunté burlonamente.

— Hoy no, amor.

Me cogió por los brazos y me hizo subir a la vez que me tumbaba de espaldas y se colocaba entre mis piernas.

— Hoy no puedo esperar —dijo antes de introducirse dentro de mí.

Esa vez no fue dulce, si no que estaba deseoso, pero a mí, como me gustaba de todas formas, no me quejaba.

— Eso no fue hacerme el amor, fue más bien follarme —dije cuando caímos los dos agotados en la cama.

— Esa boca...

— Te encanta —reí.

— Te lo diré cuando tengas algo en ella que no te deje hablar.

— ¿Con ganas de guerra, cariño? —lo miré con las cejas elevadas.

— Sí, pero déjame recuperarme un poco —dijo señalando su pene.

Me reí, no pude evitarlo.

Al final, con el tonto, acabamos jugando de nuevo, su tiempo para

recuperarse era poco, así que jugué con ella en mi boca hasta que conseguí ponerlo a tono de nuevo.

Recostados en la cama y con una copa de vino entre las manos, Erik comenzó a hablar.

— A veces me parece mentira en lo que se ha convertido mi vida.

— ¿Qué quieres decir?

— Ese día, cuando te vi en el aeropuerto, supe que te quería. Pero jamás imaginé que la vida nos lo fuese a poner todo en bandeja.

— Tampoco es todo tan fácil.

— Lo sé, cariño, pero nosotros hemos sido muy afortunados.

— La verdad es que sí, pero la afortunada soy yo por haberte encontrado, no al revés.

— No digas eso, lo único que he hecho ha sido...

— Darlo todo —lo interrumpí—. Junto con nuestros hijos, eres la persona a la que más quiero en este mundo. Jamás podría dejarte, Erik, como no soportaría que tú lo hicieras.

— Eso ni lo imagines, nunca pasará.

— Eso no se sabe, Erik, nadie sabe lo que la vida nos tiene deparado.

— Felicidad, porque jamás permitiré que mis hijos y tú tengáis otra cosa que no sea eso.

— Dios, cómo te quiero —lo besé largamente.

Cuando el beso acabó, me separé y lo miré a los ojos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó cuándo después de un momento me quedé en silencio.

— Mierda, cariño...

— ¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

— Nos hemos olvidado de usar preservativo —yo no tomaba la píldora porque a mi organismo no le sentaba bien, pero más de una vez nos olvidábamos de usar el preservativo y las consecuencias eran unos buenos sustos.

— ¿Y? —siempre respondía lo mismo.

— ¿Y? Cariño, el día que me quede embarazada de nuevo... A mí me da un patatús.

— Solo sería una alegría más.

Cogí la almohada y le di con ella. Adoraba a mis hijos y sin dudas tendría más con él, pero quería un tiempo de descanso, Elsa era aún muy pequeña.

— No entiendo dónde está el drama —dijo encogiéndose de hombros.

— Tú nunca ves el drama en nada —puse los ojos en blanco.

— Pues no, para dramática y llorona ya estás tú —dijo descojonándose de la risa.

— ¿Te estás riendo de mí? —estaba incrédula y aguantándome la risa yo también.

— ¿Yo? No se me ocurriría.

Dejamos las copas en las mesillas de noche y Erik me hizo cosquillas mientras yo intentaba quitármelo de encima y reía sin parar.

Cuando terminó, estaba encima de mí y me cogió la cara entre las manos. Me miraba fijamente, bajó su cabeza, me dio un tierno beso en los labios y volvió a mirarme a los ojos.

— ¿Te he dicho hoy que te quiero?

— No —mentí.

— No tengo perdón de Dios —suspiró.

— Cierto.

— Elsa...

— ¿Sí?

— No te voy a decir que te quiero.

— Ah, ¿no? —pregunté con el ceño fruncido.

— No, sería mentir.

— Oh... —estaba empezando a agobiarme. ¿A dónde quería llegar?

— Eso sería decir poco, Elsa —sonrió—. Tú no eres solo la única mujer que amo, es que estoy completamente seguro que jamás habrá otra para mí.

Lo eres todo, junto con nuestros hijos.

No hay día que no dé gracias por haberte conocido, no hay momento que no agradezca el que hayas entrado en mi vida. Eres la persona que me enseñó a vivir. Eres quien me enseñó qué era el amor, incondicional y puro. Tú, junto con mis hijos, me hacéis el hombre más feliz de la tierra.

Me besó mientras lloraba. Ese hombre al que adoraba, acababa de describir exactamente lo que yo sentía por él, yo no habría sido capaz de haberlo dicho mejor.

Lo adoraba, él era el hombre de mi vida y sin él tampoco sabría vivir.

Después de hacer el amor de nuevo, nos dormimos abrazados, como hacíamos todas las noches, felices porque la vida nos había puesto en el camino del otro.

“La vida, la mayoría de las veces es injusta, sobre todo con el amor. Pero hay personas que están destinadas a encontrarse y a demostrarse día a día que el amor existe y puede con todo.

Estamos tan acostumbrados a sufrir, que si algo nos llega fácil, estamos a la expectativa de que se tuerza. Pero quizás no siempre es así.

Por y para todos los que viven el amor, sea de la clase que sea, AMAD, nunca os calléis nada, buscad la felicidad”.

Daniel

Nuestra vida ha cambiado mucho desde el día que conocimos a mi padre.

Lo mejor que hizo mi madre fue decidir irse hasta Londres para que tuviéramos una nueva vida. Allí conocimos a Erik, mi padre.

Tengo recuerdos de la primera vez que lo vi y creo que nunca podré borrarlos de mi mente. Años después, aún sigo teniéndolos en mi memoria.

Erik se convirtió en el padre que nunca tuve, me dio todo y yo lo quise desde el primer momento, aún recuerdo cuando lo llamaba mi más mejor amigo.

Cuando mi hermana nació, mi padre no hizo ninguna distinción entre nosotros y no dejó de prestarme la misma atención de siempre, cosa que le agradeceré siempre, jamás me sentí desplazado por él ni por mi madre. Y lo mismo ocurrió con el pequeño de la casa.

Ella, mi madre, sonreía cada día. Nuestra vida, aunque con los típicos problemas, era feliz.

Por eso, y ahora que ya soy mayor, agradezco el día en el que mi madre tuvo el coraje de irse a buscarse su futuro, porque gracias a eso conocimos a

la persona que cambiaría nuestra vida para siempre y nos enseñaría a vivir completamente felices.